Juan Cercas

J. Jesús Becerra González

J. JESÚS BECERRA GONZÁLEZ

Juan Cercas

(Novela)

GUADALAJARA, JALISCO
JUNIO DE 2020

D.R. © 2020. Segunda edición.
GOBIERNO DE JALISCO
Secretaría General de Gobierno
Oficialía Mayor
Dirección de Publicaciones
Av. Prol. Alcalde 1351, 1er Piso del Edificio C,
Unidad Administrativa Estatal
Col. Miraflores, CP 44270
Guadalajara, Jalisco, México
www.jalisco.gob.mx

Diseño y producción: Dirección de Publicaciones del Gobierno de Jalisco

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico

“A los campesinos de mi patria…
Y de todas las patrias”

Agradecimientos

Al Gobierno del Estado de Jalisco
A la Secretaría General de Gobierno
A la Oficialía Mayor
A la Dirección de Publicaciones
Por el apoyo y las facilidades brindadas para la realización de esta obra, y a todos aquellos que la han enriquecido.

ÍNDICE

Dedicatoria 5
Agradecimiento 7
Índice 9
Prefacio 11
Prólogo 13

Primera parte
EL ALTEÑO 15
I. La de malas 17
II. El velorio 35
III. El padrino 43
IV. Recordar es vivir 51
V. Viva Cristo Rey 59
VI. El éxodo 65
VII. El ahorcado 75
VIII. Agua que no has de beber 85
IX. La Nico 97
X. La boda 109
XI. La sequía 119
XII. La apuesta 127
XIII. Se haría agrarista 141

Segunda parte
EL AGRARISTA 149
I. Juan recibe su parcela 151
II. Buey mañoso, buey ladino 161

III. El Zarco Joaquín 171
IV. La trilla 185
V. El patrón 199
VI. Cuando Dios da, da a manos llenas 205
VII. El brinco 211
VIII. Melitón vuelve del norte 225
IX. La fiesta 231
X. La sesión 247
XI. La Chala 259
XII. El asuntito 269
XIII. Hombres de deber y hombres de placer 279
XIV. Hablan las pistolas 287
XV. La excomunión 299
XVI. La política 307
XVII. El capitán Centellas 315

Tercera Parte
EL PRÓFUGO 327
I. Pancho Pistolas 329
II. A solas con Dios y su conciencia 339
III. Las carboneras de Santa Fe 349
IV. Andrés Arias, "El Gavilán" 355
V. La ciudad 377
VI. El corrido de Juan Cercas 391
VII. El hombre propone, Dios dispone y las mujeres lo descomponen 403
VIII. El retorno a la tierra 409

Directorio 427

Prefacio

En la región central del Estado de Jalisco, como a 16 leguas al Oriente de su Capital siguiendo una línea recta, un poco más si se va por el tortuoso camino carretero que hacia ahí lleva, se encuentra un hermoso valle, ubérrimo, feraz.

Rodeado por altas montañas que hacia él dejan descender arroyos y riachuelos y trasminar sus aguas subterráneas, el valle de Totoltlán, que ese es su nombre, viene siendo una especie de sótano de la Región de los Altos. Tierras negras, prodigiosas y nobles, reciben año por año el beneficio de las crecientes que aniegan e inundan toda la extensión, esparciendo por doquiera, como una bendición, los lamiedales que las abonan y revitalizan.

Trigo, maíz, garbanzo, caña de azúcar, naranjas, limones, legumbres, todo se produce en esas tierras privilegiadas.

En una rinconada de ese hermoso valle, está enclavado un pequeño pueblo, que en sus días de mayor auge, no llegó a contar cinco mil habitantes, y que con la fisonomía propia de las poblaciones de la región, alínea sus callejuelas rectas y empedradas entre tupidas arboledas que le rodean y casi lo ocultan, y entre las que emerge apenas la torre de ladrillo enorme y rojiza, símbolo de la religiosidad de sus moradores. Estos, de raza mestiza como casi todos los del Estado, indolentes tal vez a causa de la misma prodigalidad de las tierras, bravos y nobles a la vez, viven la vida lenta y monótona de la gente del campo.

Pueblo pequeño, perdido entre los maizales, arboledas y trigales, olvidado, ignorado casi para el resto del mundo, sintió en carne viva más que ninguno otro quizá, las convulsiones de aquella terrible lucha fratricida que por los años del veintisiete al veintinueve asoló varios

Estados del Centro de la República y la cual, apenas sin bandera que la justificara, murió en su cuna.

Sencillos, rudos, creyentes hasta el fanatismo, muchos de los habitantes de esa región fueron presa fácil de las prédicas incendiarias de los falsos apóstoles que los soliviantaron y los empujaron al grito de "Viva Cristo Rey", hacia ese estúpido suicidio; algunos de ellos se comportaron como héroes en esa lucha estéril y en ella se jugaron la vida y derramaron su valor y su sangre dignos de mejor causa.

Destruidos sus sembradíos, quemados sus ranchos y haciendas, exterminado su ganado, al final de esa cruenta lucha, la región quedó en plena miseria; pero después, por efecto de una reacción lógica y explicable, el agrarismo que hasta entonces había sido contenido por la fuerza y perseguido con tanta saña por los rebeldes, se abrió paso poco a poco en la conciencia de los campesinos y contra la obstinada oposición de los hacendados, invadiendo al fin como impetuoso oleaje todo el valle, reconstruyendo poco a poco la economía y la moral de sus sufridos pobladores.

Es en esa región y en la época inmediata que siguió a esa convulsión que irónicamente fue llamada Revolución Cristera, que se desarrolla esta historia.

Prólogo

En la región central del Estado de Jalisco, como a 16 leguas al Oriente de su Capital siguiendo una línea recta, un poco más si se va por el tortuoso camino carretero que hacia ahí lleva, se encuentra un hermoso valle, ubérrimo, feraz.

Rodeado por altas montañas que hacia él dejan descender arroyos y riachuelos y trasminar sus aguas subterráneas, el valle de Totoltlán, que ese es su nombre, viene siendo una especie de sótano de la Región de los Altos. Tierras negras, prodigiosas y nobles, reciben año por año el beneficio de las crecientes que aniegan e inundan toda la extensión, esparciendo por doquiera, como una bendición, los lamiedales que las abonan y revitalizan.

Trigo, maíz, garbanzo, caña de azúcar, naranjas, limones, legumbres, todo se produce en esas tierras privilegiadas.

En una rinconada de ese hermoso valle, está enclavado un pequeño pueblo, que en sus días de mayor auge, no llegó a contar cinco mil habitantes, y que con la fisonomía propia de las poblaciones de la región, alínea sus callejuelas rectas y empedradas entre tupidas arboledas que le rodean y casi lo ocultan, y entre las que emerge apenas la torre de ladrillo enorme y rojiza, símbolo de la religiosidad de sus moradores. Estos, de raza mestiza como casi todos los del Estado, indolentes tal vez a causa de la misma prodigalidad de las tierras, bravos y nobles a la vez, viven la vida lenta y monótona de la gente del campo.

Pueblo pequeño, perdido entre los maizales, arboledas y trigales, olvidado, ignorado casi para el resto del mundo, sintió en carne viva más que ninguno otro quizá, las convulsiones de aquella terrible lucha fratricida que por los años del veintisiete al veintinueve asoló varios

Primera Parte

EL ALTEÑO

I. La de malas

Al llegar al principio de la cuesta, el caballo se detuvo instintivamente: durante un momento, el pobre animal jadeante y tembloroso por la media legua de furioso galopar estuvo tomando aliento; pero luego, dolido al rudo espolear del jinete que inclemente castigó sus hijares sudorosos y anhelantes, echó hacia abajo por el sendero pedregoso, que torciéndose como una culebra, descendía hacia el valle que abajo verdegueaba de tiernos trigales.

Al iniciar el descenso, Juan no se paró a contemplar el hermoso panorama que tanto le agradaba ver cuando bajaba al pueblo; esta vez sólo miró hacia el fondo del valle, hacia el rincón donde estaba enclavado el pueblo y en donde sólo emergía del manchón verde gris de la arboleda, la torre grande y rojiza de ladrillo y uno que otro techo blanquesino; pensó en la hora corrida que le llevaba siempre para llegar ahí y pensó también, que ahora tenía que reducir ese tiempo lo más que pudiera, pues todavía resonaba en sus oídos las palabras de doña Simona "la facultativa" que le había dicho asustada señalando el rincón del jacal, donde en una cama de varas yacía su Nico más muerta que viva.

—Anda pronto al pueblo, Juan, a trair al médico, que Nico se muere y la verdá ya no jallo qué hacerle.

Por un solo momento, en la penumbra del jacal, que se acentuaba más por el brillante sol que afuera deslumbraba, vio la cara de su Nico donde brillaban sus negros ojos; tenía una palidez cadavérica que le inundó el alma de angustia y de piedad, cuando haciendo ella un esfuerzo para tomar una de sus manos y con una mueca que quiso ser una sonrisa, le dijo con voz que apenas se oía:

—Anda pronto Juan, y traime también al Padre, no se te olvide.

Por un instante nomás, apretó entre las suyas la mano de la enferma; hubiera querido estarse un poco más a su lado para consolarla y darle ánimo; pero oyó cómo un pequeño chorro de agua que de la

cama escurría hacia el suelo, volteó a ver a la comadrona con mirada interrogante y ésta le contestó con una sola palabra que ahora no se apartaba de su pensamiento:

¡Sangre!

¡Y era sangre de su Nico la que chorreaba como de una pequeña canal! Súbito comprendió que tenía que obrar con rapidez; no se paró a reflexionar, él de suyo tan tímido, en que no tenía un solo centavo para pagar al médico; sólo pensó en que su Nico se moría y que había que traerle al doctor fuere como fuere.

Salió huyendo del jacal; hubiera ido corriendo hasta el pueblo, pues para él, acostumbrado a largas caminatas a pie y a andar días enteros tras el arado, nada significaba lo que había recorrido desde la milpa de su compadre Manuel, donde él pizcaba y a donde llegó corriendo a avisarle Nato, el hijo de un vecino; pero pensó rápido que iba a necesitar un caballo para el médico y salió disparado rumbo al jacal de su cuñado; antes de llegar hasta ahí tuvo la fortuna de encontrarlo; a trote largo venía a su encuentro, pues también ya le habían enterado del suceso.

—¿Qué hay de mi hermana? le preguntó éste al emparejar.

—Está muy mala, Odilón; empréstame tu cuaco que voy al pueblo a traile al doctor.

De un brinco bajó aquél del caballejo, dio las riendas y las espuelas a Juan que montó presto y cortando por un atajo entre los maizales arrancó a galope. Ya en plena carrera volteó para gritarle:

—¡Ahi te la encargo, Odilón, no me tardo!

* * *

El caballo seguía bajando trabajosamente la empinada y difícil pendiente y a poco tropezó y estuvo a punto de caer, por lo que Juan,

desmontando, siguió cabestreando la cabalgadura, con lo que pudo acelerar el descenso. Cuando llegó a un punto donde la pendiente tenía un declive más leve, brincó de nuevo al caballo, que al llegar al arroyo seco y pedregoso cuyo cauce marcaba el final del descenso, ya se había repuesto algo. Siguió el alazán a trote largo por el ahondado camino que casi llevaba en línea recta al pueblo.

Ensimismado en su pena, no se preocupaba Juan por cerrar, contra su costumbre, las puertas de palos y alambres de los potreros y se sorprendió casi con el ruido que hacían los cascos herrados de la bestia al entrar por una calle del poblado.

No tuvo que pensar a quién vería primero, porque al llegar a la plaza, vio al doctor parado en la puerta de su casa; amarró el caballo de la rama de un árbol de la plaza y llegó hasta donde aquel se encontraba.

—Dotor —le dijo con una voz quebrada por la pena y la congoja— lo necesito; quero que vaya su mercé a ver a mi mujer que se me está muriendo.

—¿Y dónde está tu mujer, muchacho?

—Aquí nomás, en "La Mesa de los Guayabos", donde jué el otro día a curar a la mujer de mi compadre Luterio.

—¿Y qué tiene tu vieja, muchacho?

—Pos tá mala de niño, y según dice doña Simona, la partera, tiene un juerte "borraje".

—¿Y desde cuándo está mala?

—Pos no tiene gran cosa, porque en la mañana como a las cuatro que me juí al desmonte, apenas empezaba… ¿Y cuánto me va a cobrar su mercé, dotor? Yo estoy muy probe y muy amolado insistió con voz apagada y ansiosa.

—De eso no te preocupes, muchacho, de cualquier modo nos arreglamos: nada más me esperas un momento que voy a preparar mis cosas.

—Entonces orita guelvo, voy por el Padre, que también me dijeron que llevara.

—Anda y no te tardes, que yo en un momento estoy listo.

Partió el cuitado calle abajo, hacia el otro lado de la plaza, donde estaba el Curato, y un momento más tarde, tocaba la puerta con el grueso aldabón, y al ver que nadie contestaba, llamó con más fuerza.

—¡Van, van! —dijo una voz desde dentro en tono mal humorado, casi al tiempo que se abría el grande portón y asomaba el sacristán, que con su único ojo bailón, lo interrogaba—. ¿Qué quieres?, y no toques aquí como si estuvieras llamando un mesón, que es el Curato.

—Busco al Señor Cura o algún otro padrecito que me vaya a auxiliar a un enfermo muy grave que tengo.

—El Señor Cura está ocupado y no puede salir; y menos del pueblo, —dijo al notar la catadura del fuereño. Pero pásate y siéntate— añadió señalándole una banca que estaba en el pasillo—, voy a ver qué dice él.

Con el sombrero en la mano pasó Juan y se sentó, y mientras el sacristán regresaba, se entretuvo contando las campanadas de un reloj que en el interior de la casa daba las horas. Serían poco antes de las ocho cuando me vine, pensó, hace más de una hora... ¿qué habrá pasado en todo ese tiempo con mi Nico? La pregunta le acrecentó su angustia.

—Dice el Señor Cura —dijo el sacristán llegando—, que no puede ir, que tiene reunión con las "Hermanas de la Asociación de San Vicentito" a las diez, y, además, no hay nadie más quien pueda ir, porque el Padre Serafín salió muy temprano a decir una Misa a "Cuesta de Ovejas" y no vuelve hasta la tarde, y el Padre Pérez fue a arreglar un asunto a Guadalajara a la Sagrada Mitra.

—Bueno, pos qué le vamos a hacer, si no se puede, ni modo, que las pase buenas —dijo saliendo.

En la puerta se detuvo reaccionando.

—Oiga, déjeme nomás hablarle al señor Cura a ver si así va: mi Nico me encargó mucho que no dejara de llevarle un Padre, y la pobre se me está muriendo. Aquí nomás es, en la Mesa del Guayabal.

—No seas terco —respondió el sacristán ya malhumorado—, acaba de decir la misa de ocho y está muy fatigado. Si quieres vuelve a mediodía a ver si puede ir.

Y cerrando la puerta, casi lo empujó fuera.

Quedó Juan por fuera de la puerta que se cerraba a sus espaldas. ¿Y qué le iba a decir a la Nico si volvía sin el Padre? ¿A ella, que con tanta insistencia le había pedido un confesor?

Bueno, él le había hecho la lucha; no quedaba por él. Sólo una cosa no podía hacer, y era esperar.

Aprisa desanduvo el camino hacia la plaza. Pero, ¿y con qué iba a pagar al médico? Pasaba entonces por la casa de don Abundio el comprador de maíz. A Juan le había repugnado siempre vender maíz al tiempo; sabía que era hacer sus pesos tostones; pero ahora no tenía remedio la cosa. Necesitaba dinero para curar a su Nico, y para lograrlo, hubiera vendido su alma.

—¿Don Abundio? —preguntó al entrar a la tienda, al muchacho encargado que en ese momento pesaba un bulto de maíz.

—Está almorzando, ¿qué le quieres?

—Dile que vengo a vender maiz.

—Al tiempo no compro —dijo el gordo Abundio entrando a la tienda por una puerta trasera—; este año no he querido dejarme "trincar"; el año pasado todos me hicieron "topillo". Así es que ya sabes, tráilo, y a ocho pesos fanega compro todo el que tengas, pero en báscula.

En otra ocasión Juan no hubiera insistido; le disgustaba rogar con el fruto de su sudor y más con tipos como éste, perfecto ejemplar de judío. Pero ahora era distinto: se trataba de su Nico y si fuera preciso, de rodillas se lo pediría.

—Pos usté ya sabe, don Abundio; que el maiz ya está puesto; no lo he pizcado porque quero que amacice bien; pero si usté quere, luego luego se lo traigo; hora no podría aunque quisiera. Pero yo necesito unos cincuenta pesos, tengo a mi mujer muy mala y son para el dotor y para lo que se necesite.

Había tal tono de angustia en esa voz que suplicaba y tanta desesperación en los ojos de aquel hombre a los que casi nublaba el llanto, que hasta el duro corazón del comerciante se conmovió. Lo miró detenidamente y le dijo:

—Yo a ti te conozco, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Juan Salcedo, pa'servir a usté, señor; por mal nombre me dicen "Juan Cercas". El año pasado le vendí cuatro anegas de maíz por año nuevo —dijo como para refrescarle la memoria—; casi todos los años le traigo maiz, patrón.

—Ah, conque "Juan Cercas", entonces tú eres hijo de Juan el cerquero, el que horcó el gobierno en la Mesa de los Guayabos. Bueno, pos a ver si tú eres tan legal como tu padre; a él siempre que lo ayudé, me pagó con la mano derecha—y volviendo al dependiente—. A ver si hay en el cajón cincuenta pesos y dáselos a éste. Y ya sabes —dijo a Juan—; que me debes diez anegas de maíz; me las tráis bien secas y limpias. Si sabes escribir me firmas un vale y si no, pos hay se lo dejo a tu conciencia. A ver si ésta también la pierdo—; dijo entrando a la casa.

Recibió Juan el dinero y se encaminó a donde el doctor. Éste lo estaba esperando en la puerta del consultorio:

—¿Y el Cura? —inquirió.

—Él no pudo venir dotor, está muy ocupado; pero vámonos nosotros a ver si su buena persona me alivia a mi Nico.

Se encaminaron los dos a donde estaba el caballejo. Juan ayudó a subir al doctor y partió rápido adelante, llevando en la diestra la pequeña maleta del médico, y más corriendo que andando. Y así,

peatón por delante y jinete detrás, salieron del pueblo ante la curiosa mirada de algunos vecinos que embozados en sus cobijas y sentados al bordo de las banquetas tomaban el sol que ya casi templaba la fría mañana de noviembre.

Llevaban como media hora de caminar; habían dejado ya muy atrás el pueblo trasponiendo las puertas del potrero de Piedras Coloradas sin cambiar una sola palabra, cuando el doctor, por decirle algo, le preguntó:

—¿Y ya es grande tu mujer, muchacho?

—Qué grande va a ser, dotor, si apenas tiene veinte años la probe; nos casamos cuando no cumplía todavía los quince. Dios nos ha dado ya dos niños, hombre y mujer y con éste, van a ser tres, si Dios lo deja.

Siguieron hablando de cosas sin importancia. Pasaron en ese momento el arroyo seco y principiaron el penoso ascenso. Ya en la subida, dos veces tuvo que parar el doctor por un rato, para darle un respiro al pobre animal que jadeaba, y Juan aun contra su voluntad tenía que detenerse también. A poco la cuesta comenzó a hacerse menos empinada, hasta que al fin llegaron a la planicie de la Mesa donde el caballo pudo arreciar el paso igualando el del peatón.

—Ya casi llegamos señor, ahí se ven ya las casas —dijo Juan a poco, apuntando con la mano—; cortándole por esta vereda llegamos más pronto.

En efecto; entre los maizales se veían desperdigados aquí y allá, míseros jacales de paja y zacate entretejido, rodeados casi todos por pequeños corrales de piedra y matizado todo el conjunto que en total no llegaba a cincuenta chozas, por uno que otro árbol, guayabos en su mayoría, que hacia el oriente del rancho se hacían más numerosos formando un huerto, que era lo que le daba el nombre al lugar.

Al pasar junto a uno de los jacales orilleros, asomó por un portillo de la cerca una mujer, y Juan sin detener el paso y después de espantar los perros que ladraban desaforadamente, le preguntó:

—¿Y la Nico, cómo está?

—Yo no he ido, Juan, pero allá está mi mamá.

A poco andar atravesaron un portillo de una cerca semiderruida y Juan dijo:

—Aquí es, dotor.

Y tomando del freno a la cabalgadura ayudó al galeno a desmontar, ante la mirada de unas mujeres que habían salido a recibirlos. Una de ellas pareció comprender la mirada interrogante de él, porque tomándole la maletilla de la mano, le dijo en voz baja:

—Yo creo que se está muriendo, señor dotor.

Se agachó éste para poder pasar por la puerta bajísima del jacal, esperó un momento, y ya adentro para desencandilarse y hasta entonces distinguió, en un rincón, a la enferma. De un golpe de vista apreció la situación: estaba palidísima, exangüe, casi comatosa.

Fue una lucha tremenda, heroica de la ciencia, con los pocos medios con que allí se podía disponer, contra la muerte, que podía decirse, ya había hecho presa de la infeliz mujer. Después de terminar de aplicarle una enorme inyección de suero fisiológico y otras más, movió el doctor la cabeza descorazonado, al ver que la infeliz, lejos de reaccionar, seguía agravándose por momentos, apartándose del lecho de la paciente para dejarle lugar a Juan.

Como en un último esfuerzo, tomó ésta una mano del desesperado y como dejando caer las palabras una a una después de poner la mano de él sobre su pecho:

—Juan... Yo ya me voy… ahi te encargo a los muchachos… cuídalos bien...

Lo dijo trabajosamente, arrastrando las palabras y se fue quedando quieta, muy quieta, y en su faz blanquísima y en sus ojos negros, la inexorable fue dejando sus sombras una a una y aquella boca que alguna vez debió haber sido bella, se contrajo al fin en un rictus postrero.

* * *

Juan seguía hincado al bordo de la cama con la mano de la muerta entre las suyas, mientras las mujeres rezaban una letanía. Una de ellas se acercó piadosa y apartando a Juan suavemente, puso entre las manos de la que había partido en el viaje sin retorno un pequeño crucifijo y se las cruzó luego sobre el pecho.

Ante aquel cuadro de dolor y miseria y no obstante por su profesión aquello le era familiar, el doctor se conmovió. No quiso turbar el dolor del muchacho, que seguía prosternado con la cabeza baja ante la muerte y salió del jacal. Afuera, en el pequeño corral, algunas gentes del rancho se habían reunido; sobre una piedra y a la sombra de una higuerilla se sentó a esperar.

A poco llegó un hombre que llevaba dos pequeños de la mano, una niña como de cuatro años y un niño como de dos. Salía Juan en ese momento y al ver a sus dos pequeños se abrazó a ellos desesperadamente, como queriendo ampararlos en su orfandad. Los chiquillos, sucios, desgarrados, con el pelo enmarañado y mugroso, descalzos, sin poder apreciar toda la inmensidad de su desgracia, pero al ver a las mujeres que lloraban, lloraron también con sollozos entrecortados. Juan seguía estrechándolos fuertemente contra sí, sin hablar, sin decir nada; sólo una pena inmensa se reflejaba en su semblante y las lágrimas que al fin corrieron copiosamente de sus ojos, dejaban manchones sobre sus mejillas llenas de tierra, de mugre y de sudor. Estrechando a sus hijos entre sus brazos, llorando silenciosamente, parecía no darse cuenta de nada de lo que lo rodeaba y así hubiera permanecido quién sabe cuanto tiempo, si el doctor no lo vuelve a la realidad.

—Muchacho —le dijo tocándole el hombro suavemente— es hora que volvamos al pueblo y además tú tienes que arreglar muchas cosas allá.

—Está bien, dotor—contestó, mientras con el dorso de su manga, se limpiaba las lágrimas—. Ahí te encargo los muchachos, compadre —siguió diciendo al hombre que los había llevado—; voy al pueblo a llevar al señor y a comprar lo que se necesite.

—Pos si tú queres yo voy, compadre.

—No, compadre, empréstame nomás tu caballo.

—Pos ya está listo, nomás agárralo que ahi lo tengo amarrado en la puerta, de mi jacal.

—Usté se irá en él, dotor —dijo Juan—, está más juerte que esta matadura que trallemos y amás está descansado.

Apartó de sí a los niños que todavía seguían llorando y partieron; a la pasada por el jacal del compadre montó Juan en el caballucho después de haber ayudado al doctor a montar en el tordillo, e iniciaron el regreso lentamente, silenciosos, como si los dos estuvieran temerosos de romper el penoso silencio. Al fin se atrevió Juan a hacer la pregunta que tanto temía y hacía un rato traía a flor de labio.

—¿Y cuánto le debo, señor dotor? Si no ajusto por ora a darle todo lo que me cobre, me espera su buena persona y unos días más le completo.

—Ya te dije que por eso no te mortifiques, muchacho; dame si puedes unos diez pesos, que es poco más o menos lo que valen las medicinas que gasté, esto es todo.

—Aquí están dotor y muchas gracias; hay Dios se lo ha de pagar. Yo sé que no vale eso su venida y su trabajo porque sé lo que le cobró a mi compadre la otra vez que jué y veo pues, que no me cobra usté casi nada; pero algún día, Dios mediante, le pagaré esto.

—Está bien, está bien, muchacho; pero lo poco que traigas déjalo para que compres lo que necesites.

Por otro momento siguieron caminando.

—Yo no conozco de medecina —siguió Juan—; pero dende que la vi comprendí que la Nico estaba perdida; y fíjese nomás que se me murió sin los auxilios del confesor que ella tanto me pidió; quiero que me diga usté que es más leído y escrebido y me quite este mal pensamiento: No sé por qué se me hace, que si en vez de ser yo como soy, un probe infeliz que no tiene en qué cairse muerto, juera uno de esos ricos que tienen mucha plata, como don Abundio, como don Clemente, como don Nacho, como cualquera de esos, sí me habían atendido. ¿No cree usté eso?

—Mira, hombre de Dios, no te atormentes —dijo el galeno al mismo tiempo que sofrenaba su caballo para dejar al de Juan que emparejara—, que el señor Cura no haya podido venir, o no haya querido, da lo mismo para el caso, que tu mujer para nada lo necesitaba; los señores Curas no son más que seres humanos, ni más ni menos que tú y yo y no tienen poder como dicen ellos y como ustedes creen, para salvar o condenar a un prójimo. Lo que puede salvar a uno son sus acciones, sus buenos o malos comportamientos y la justicia de Dios que es eterna y sabia, no va a esperar que un señor Cura le diga que es lo que tiene qué hacer. Esas personas, como tu mujer, que tanto sufren en la vida, que nacen en la miseria, que muy poco conocen de los goces y de las alegrías, que echan en sus hombros la responsabilidad de ser esposas y madres siendo casi niñas, que son buenas, abnegadas, trabajadoras, fieles y resignadas y que mueren como ella murió, con humildad, con resignación, sin rebelarse, no necesitan para salvarse, si es que más allá de esta vida hay otra más feliz o mejor dicho, menos cruel, que un señor Cura les dé un salvo conducto; ella con su dolor y sufrimiento lo debe tener bien ganado. Sería injusto, terrible, que después de sufrir tanto en esta vida, fuera a penar en la otra porque un señor Cura no pudo o no quiso perder su desayuno para ir a darle la obsolución.

Hubiera querido el doctor seguir hablándole, confortar aquella alma sencilla que tanto lo necesitaba, para aliviar en algo aquella inmensa pena que se veía atormentaba al pobre muchacho.

—La verdá dotor, yo no creiba que juera usté así, porque le diré; me habían dicho que usté era algo hereje, pero ora veo que no, porque yo no creo que los herejes hablen ansina ni sean ansina y por lo que ora me doy cuenta, usté lo que es, es puro buena gente.

—Mira, muchacho, tengo algo de lo que las gentes sencillas como tú llaman hereje; yo te quisiera explicar ahora; pero creo que tú no me comprenderías, en qué consiste mi herejía; tan sólo te diré que también como tú creo en Dios; con Él hablo a veces y a Él pido por mí y por los míos; no soy católico, es cierto, porque no practico sus reglas; pero mi religión es hacer el menos mal posible y hacer todo el bien que me permite mi egoísmo. Al principio, cuando llegué al pueblo y la gente se dio cuenta de que yo no iba nunca a misa ni a la iglesia para nada, me veían con recelo; pero poco a poco se fueron acostumbrando y al final se dieron cuenta que no comía niños ni hablaba con el diablo, como muchos creían en su candidez. —¿Tú sabes leer?— interrogó en seguida como queriendo variar el rumbo de la conversación.

—No señor; nunca juí a la escuela; aquí en la Mesa no hay y mi padre era muy probe para poder mandarme al pueblo —y luego como rememorando— ... Él murió cuando yo era muy chico todavía; sabe usté, lo horcó el Gobierno en el Guamúchil que está enfrente del jacal, cuando la "cristiada"...

Al recuerdo penoso los dos volvieron a callar y siguieron lentamente al tranco cansado y lento de las bestias, que libres casi del gobierno de la rienda que los jinetes habían aflojado absortos en su conversación, de vez en cuando cabeceaban para triscar de las hojas secas de la milpa que bordeaba la vereda.

Hubiera querido el doctor que aquel camino se prolongara; sentía la pena del muchacho y le dolía dejarlo solo con ella, ya que veía que con su conversación se distraía.

* * *

Ya bajaban la cuesta. Algunas veces las patas de las bestias empujaban alguna piedra suelta del sendero, que desgajada por la barranquilla, rodaba chocando y rebotando contra las peñas y los arbustos, para ir a caer lejos, detenidas en su caída por algún peñasco; y el doctor comparaba a esas piedras con esas pobres gentes, como aquel muchacho que ahora con él iba, que abandonados a mitad del camino, rodaban al menor empujón hacia abajo, hacia el despeñadero, rebotando contra los obstáculos, sin una mano que los guiara o los detuviera en su caída, hasta que quedaban ahí abajo, en la sima, olvidados de todo y de todos, solos, vencidos.

¡Cuántas veces había presenciado él lo que ahí arriba acababa de ver! En los doce años que contaba su vida de médico rural, en ese tiempo que llevaba él también rodando de pueblo en pueblo, había visto muchos casos como éste; de mujeres que morían en el noble pero doloroso trance de dar un nuevo ser a la vida, carentes del más elemental auxilio, cuando con una ayuda eficaz y a tiempo podían haberse salvado. ¡Cuánta gente miserable había visto él morir! Abandonadas, sin lucha, sin auxilio, cuando hubiera sido muy fácil quizá, salvarlas con la atención médica oportuna. Y su espíritu noble y justiciero protestaba contra esos absurdos, contra esas paradojas que con tanta frecuencia le brindaba la vida en sus andanzas de médico rural, angustiándose al ver a tantas madres que ofrendaban su vida, inútilmente muchas veces, por querer traer otra al mundo.

—Amacícele la rienda a su caballo que vamos a pasar el arroyo y se puede trompezar en alguna piedra, y así que lo brinquemos, le

apretamos a las truchas, que nos hemos venido muy despacio —dijo Juan.

—Como tú quieras, yo no llevo mucha prisa —le contestó el doctor.

—Pos es mejor, señor. Usté es hombre de muchas ocupaciones y pueden ya estarlo esperando.

Espolearon a los animales y a poco estaban ya en la puerta del consultorio.

—Qué te vaya bien, muchacho, y cuando bajes al pueblo ven aquí a que platiquemos un rato —le había caído bien el mozo, por su sinceridad y buena fe.

—Qué Dios se lo pague, señor —dijo Juan a punto de retirarse.

Dejó el caballo del compadre amarrado en la plaza y en el que montaba se encaminó a casa del maistro Genarillo, el carpintero, que hacía cajones de muerto. Después de mucho regatear, compró por quince pesos, uno que no era más que cuatro tablas mal pegadas y peor pintadas; hubiera querido comprarle a su Nico una de aquellas cajas vistosas, bonitas, afelpadas y con chapetones brillosos que ahí mismo había; pero costaban mucho y con los cincuenta pesos que le había prestado don Abundio, menos los diez que le había dado al doctor, le quedaba un pequeño resto, con el que tenía que avenirse a hacer todos los gastos que aún le faltaba realizar y que eran muchos.

Ahí mismo compró las cuatro velas de cera; en la tienda de la esquina, el azúcar, la canela, el café y todo lo demás que necesitaba para el velorio.

Ya regresaba a la plaza con el cajón atravesado en la silla del animal y en el que había puesto todo lo demás que había comprado; pero sentía que algo se le olvidaba, algo le faltaba qué hacer, algo importante y que en su aturdimiento no acertaba qué era; casi brincó sobre la silla del caballo cuando se acordó. ¡Qué bruto! ¡Pero si no le había avisado a su padrino! Él que siempre había sido tan bueno y que tanto le había

ayudado con un cariño casi paternal. Encargó en la tienda sus enseres y el caballo y de dos zancadas se llegó a la casa de su padrino.

No estaba. Su madrina Petra se lo dijo, andaba por El Refugio.

—Ya sabes, ahijao; anda en la parcela regando las tierras. Pero, ¿qué trais, hombre? Si trais cara de muerto...

—Pos yo no, madrina; es la Nico la que se murió.

—Pero, ¿cómo, hombre? Si no sabíamos nada; tu padrino se va a enojar porque no le avisaste que estaba mala.

—Pos si no estaba muy enferma: jué un mal parto, en un ratito se jué... ¡La de malas, madrina! Ora mesmo en la mañana la dejé bien; me juí al desmonte de mi compadre Manuel a ayudarle a rozar el maíz y allá me jueron a avisar que estaba mala; yo me vine luego a llevarle el dotor; pero jué por demás..., bien le decía yo a la probe que no hiciera tanto quihacer; pero ya usté la conoció: no estaba contenta si no andaba trabajando; y para colmo de sus males, no pude llevarle el Padre, murió sin confesión es lo que más me duele. ¡La de malas, madrina, la de malas!

—No te amargues la vida, Juan, la Nico era una santa; Dios la ha de tener a su lado descansando.

—Bueno, madrina, ya le avisé y dígale a mi padrino que mañana la enterramos, antes de mediodía la bajamos pa' cá.

—Está bien, Juan; no te digo que te quedes, porque tu trais tu asunto; pero mañana, cuando llegues, no dejes de avisarnos pa' acompañar el cuerpo. Pero antes que te vayas, tómate siquiera un taco, porque se me hace que no has ni almorzado.

—No he almorzado, es cierto y nadita de hambre que traigo; nomás deme un jarro de agua su mercé.

Tomó Juan el agua, se despidió de la madrina besándole como siempre lo hacía reverentemente la mano y salió. Recogió sus enseres

y el caballo que había dejado encargado; amarró el cajón bien firme y él en el alazán, regresó a su rancho paso a paso, cabestreando la otra cabalgadura.

II. El velorio

Llegó ya cayendo la tarde.

Su cuñado y demás parientes habían tendido la muerta, con su vestido mejor y sus medias negras; era la ropa que usaba cuando iba a misa al pueblo los domingos. Le pusieron un pañuelo al derredor de la quijada y anudado a la cabeza; con otro lienzo le habían amarrado las manos y entre ellas sujetaba un crucifijo.

—Cuñao —le dijo el hermano de la Nico cuando él llegó y mientras descargaba las cosas—, yo quisiera llevarme mejor el cuerpo pa' la casa; aquí casi apenas cabe ella y ya ves, mi casa es más amplia.

—Gracias, cuñao; yo no quiero darte tantas molestias; y amás aquí vivió la Nico conmigo y aquí quero que pase sus últimos momentos. ¿Y los niños? —siguió diciendo al no verlos por ahí.

—La Nacha se los llevó a la casa y allá comieron; siquera que los probes no estén aquí llorando. Y tú, está bueno qué vayas también a echarte un taco.

—Pos yo no tengo hambre, cuñao, gracias; yo voy a la casa a disponer todo p'al velorio, orita vengo.

A poco regresó.

Ya los hombres y las cosas se empezaban a esfumar en la penumbra; y del rancho y de otras rancherías vecinas, estaban llegando amigos y parientes conocedores ya de la noticia; llegaban cariacontecidos, daban el pésame y se acomodaban fuera del jacal, en el pequeño corral que lo circundaba. Algunos hombres se sentaban sobre las piedras de la cerca y embozados en sus obscuras cobijas, se recortaban sus siluetas contra la mate claridad de los últimos fulgores del crepúsculo con aspectos fantasmales.

En eso llegó doña Victoriana, la mujer más anciana de los contornos, alma piadosa que nunca faltaba en los velorios de por ahí, donde llevaba la voz cantante en los rosarios; se sentó en un rincón, y cuando consideró que había suficiente concurrencia:

—A ver —dijo con su voz destemplada por la herrumbre de los años, que habían doblado sus hombros empujándolos hacia la tierra y habían dejado en su cara marchita los surcos que labran las penas—, a ver, vamos a rezarle un rosarito a la Nico para el eterno descanso de su alma.

Todos se hincaron y principió el rezo, monótono, tristísimo. La vieja decía sola una oración que era luego contestada a coro por todos los demás y era una sucesión interminable de padrenuestros y avemarías, intercalados a los cuales, de vez en cuando, se espetaba la vieja un latinajo que ni ella misma entendía, para terminar todos con un amén largo y uniforme.

Juan no contestaba el rosario; casi ni lo oía; hincado a la puerta de la choza, sólo veía el cadáver de aquella mujer que durante seis años había compartido con él todas sus pobrezas, todas sus miserias, todas sus amarguras y también sus pocas... ¡Cuán pocas alegrías! A ella, que todo le había hecho falta en su vida, hasta sus padres; a la que él hubiera querido dar sólo alegrías y a la que sólo pudo brindar privaciones y angustias. Y seguía viendo a la muerta que ahora reposaba entre cuatro cirios el sueño de los justos y a quien hacía seis años había llevado joven y hermosa al altar. Y ahora yacía ahí, fría, inmóvil, marchita... Y a la luz vacilante de las velas que daban contornos imprecisos a las cosas y que por momentos casi se apagaban por las fuertes rachas de viento que se colaban por las hendeduras del jacal, él vio como si la muerta se sonriera. ¡Sí! Le sonreía como cuando él llegaba muy cansado del trabajo y ella lo esperaba a la puerta del jacal con un gran jarro de agua; le sonreía como cuando él, tembloroso, la detuvo para hablarle por primera vez cuando bajaba ella al agua, le sonreía como aquella vez, cuando al año justo de casados, al entrar él al jacal, ella desde la cama donde yacía le había dicho: "Mira, Juan, ven, abraza a tu hija". Sí, era su sonrisa como siempre, inocente y fresca… Una ráfaga de viento

fuerte apagó los cirios; se levantó y los fue encendiendo de nuevo uno a uno, buscando en el rostro de la muerta, rígido y frío, esa sonrisa que tal vez sólo había existido en su mente calenturienta, dislocada por la pena y el ayuno.

Acabó de sacarlo de su ilusión, la voz hueca y ya cansada de la anciana que en ese momento guiaba la letanía:

—Torre de marfil —decía la vieja.

—Ruega por ella —contestaban en coro.

—Casa de Oro.

—Ruega por ella.

—Arca de la Alianza.

—Ruega por ella.

—Puerta del Cielo.

—Ruega por ella.

—Estrella de la Mañana.

—Ruega por ella.

Él volvió a pensar en su Nico y en la sonrisa que había visto en su cara y en sus ojos; entonces, si sonreía, era que no estaba sufriendo ni tampoco iba resentida con él por no haberle llevado al Padre como ella se lo había pedido. Una paz interior, como si un gran peso se le hubiera quitado del corazón, una resignación como jamás creía que llegaría a él, inundó su alma.

—Salud de los Enfermos.

—Ruega por ella.

—Consuelo de los Afligidos.

—Ruega por ella.

Y la letanía le sonaba en los oídos, en el alma, como una cosa vacía y carente de sentido. Él no sabía cual era la Torre de Marfil, ni por qué el Arca de la Alianza, ni el Lucero de la Mañana irían a rogar por su Nico, si aquí estaba él, él que la adoraba como a nadie en el mundo y que no

sólo pediría por ella, sino que por ella entregaría su cuerpo, su alma y su vida; y también estaban las buenas acciones de ella, sus sacrificios, sus dolores, su bondad, que no sólo rogaban, sino que gritaban por su salvación.

¡No! ¡No había sido una ilusión...! Su Nico le había sonreído como otras veces que él sufría; lo había querido curar con el bálsamo de su sonrisa de la terrible pena que ahora lo embargaba. No se lo platicaría a nadie, porque al fin, nadie se lo creería y hasta se reirían de él, tal vez hasta loco lo juzgarían.

En esos momentos terminaba el rosario que había sido larguísimo, de quince misterios como todos los que aquella buena vieja doña Victoria sabía guiar.

—Juan, Juan, levántate —le dijo su cuñado tocándole un hombro—; hay que darle un café a la gente.

Se levantó Juan y cruzaron ambos entre los grupos de personas que estiraban las piernas para descansar de la larga estancia de rodillas, buscando acomodo para reposar.

Se encaminaron al jacal de su hermana donde estaban sus chiquillos. Los encontró llorando y no querían dormirse hasta que no viniera su mamá. Juan los consoló como pudo; acostó a la niña, se puso al pequeño sobre sus rodillas y no se separó de ellos hasta que los dejó profundamente dormidos.

Entonces regresó donde la muerta; ahí la gente platicaba en voz baja, por grupos o en parejas, más reanimados ya por las rondas de café con alcohol que se habían servido y las vueltas que habían dado las botellas de tequila. Al entrar al corralillo se topó con otro de sus compadres, que echándole un brazo sobre el cuello y ofreciéndole una botella de tequila lo invitaba:

—Échate un trago, compadre; no tiagas la vida pesada. Ya sabes que para todo mal, mezcal —estaba perfectamente borracho, como diario...

—Gracias, compadre; ya sabes que yo no liago y además quero enterrar a la Nico en mis cinco sentidos, pero échatelo tú por mí.

—Pos ta bien, compadre; pero yo creo que no te cairía mal un trago.

Se deshizo casi con disgusto del impertinente que se quedó tambaleando y fue él a sentarse bajo la higuerilla, donde dos mozos del rancho estiraban las piernas. De ahí no se movió en mucho tiempo; no era necesario, pues la hermana y su cuñado se encargaban, entre rosario y rosario, cuando la gente comenzaba ya cansada a cabecear vencida por el sueño, de llevarles café o canela bien cargaditos y humeando de calientes. Por momentos la gente se callaba, adormecidos unos, cansados los otros y se hacía un silencio pesado que sólo interrumpía de vez en cuando el aullido de algún coyote que merodeaba por ahí en busca de una presa y que era contestado por un coro de ladridos de los perros del rancho. De hora en hora el canto de los gallos le iba tomando su tiempo a la noche negra y fría que parecía prolongarse eternamente.

La fatiga fue invadiendo a Juan y se quedó dormido; no supo cuánto; pero cuando despertó al canto de los gallos que anunciaban el amanecer, y ya el frío de la mañana azotaba su cara. Quedaban todavía muchas personas, las más allegadas; unas platicaban quedamente, otras dormitaban y algunas roncaban estrepitosamente. Adivinó, más que vio, a su cuñado recargado en el portillo de la cerca, se arrimó a él y le dijo:

—¿A qué hora crees que sería bueno bajar el cuerpo?

—Pos yo crioque luego. Ya casi ajustó las veinticuatro horas y con el cuerpo cargándolo tardamos mucho en llegar al pueblo. Sería, bueno que clariando nomás y con la fresca nos juéramos. Yo ya le dije eso a los que nos van a ayudar y ya están listos.

—¿Y los niños, cuñao?

—Hace rato les di una vuelta y están dormidos los inocentes.

—Probecitos de mis hijos, ¡Cómo les va a hacer falta su madre!

—Mira Juan. Por eso no te mortifiques tanto; que quen los cuide no les ha de faltar; si tú queres nos los dejas. Ya sabes que Nacha tu hermana los quere como si jueran suyos.

—Eso ya lo veremos después, compadre; pero de todos modos te agradezco.

Los gallos seguían cantando con su estridente clarineo y en el Oriente, del otro lado de los cerros, principiaba a asomar una tenue claridad, preludio del amanecer. La luz opalescente que dibujaba la alborada, iba inundando con lentitud las colinas, los senderos, las hondonadas. En su eterna lucha, el sol vencía como siempre a las tinieblas. Juan se puso a contemplar como casi a diario lo hacía, el espectáculo hermosísimo del amanecer. En su espíritu rústico y primitivo había algo de artista, de poeta, que lo inclinaba a admirar la magnificencia de la naturaleza. Todo estaba como siempre, todo hermoso, todo alegre, como si todo fuera ajeno a su dolor. El sol, que ya despuntaba, arremetía en una orgía de colores contra los montes, contra los cerros, pareciendo como si en su prisa por alumbrar quisiera derribarlos.

—Ya estamos listos, Juan —le dijeron acercándose los que iban a ayudar a cargar el cadáver.

—Vamos a empezar nosotros cuatro —le dijo el cuñado—; en seguida van Tacho, Lupe y los dos hermanos Flores, también ellos tan listos, ahí tan esperando nomás.

—Vamos, pues —dijo Juan—, lo que ha de suceder, que suceda…

Entraron todos juntos al jacal; al ir a poner a la muerta dentro del cajón la vio Juan por última vez; quería que se quedara grabada para siempre en sus pupilas y en su corazón, la imagen de aquella mujer que había sido su primero y único amor; de aquella mujer a quien había amado con toda la fuerza de su alma agreste y sensitiva. La hubiera querido apretar por última vez contra su pecho y llorar mucho, mucho, abrazado de ella; y sobre todo, no dejar que la encerraran en esa horrible

caja negra donde apenas cabía. Las miradas de los hombres estaban fijas en él; hizo acopio de valor, acomodó la cabeza de la muerta que había quedado torcida, le alineó un mechón de su pelo negrísimo que había caído sobre su frente y lenta, muy lentamente, fue bajando la tapa del ataúd como si no quisiera hacer ruido para no despertarla. Después los cuatro hombres se la echaron a cuestas y rompieron la marcha seguidos de algunas mujeres que sollozaban.

III. El padrino

Al llegar a la pendiente relevaron otros cuatro hombres, los más fuertes, y así, de relevo en relevo, cuando llegaron al pueblo iban todos los hombres sudorosos y fatigados. Ahí se unió al grupo, Juan, que se había adelantado, tanto para arreglar los papeles como para avisar a su padrino. Salió de la Presidencia Municipal con la boleta del entierro en su mano, para pagarla, tuvo que arañar en su bolsillo los sueltitos de los centavos y ya cuando llegó el cortejo fúnebre a la plaza conversaba él con su padrino que hacía un momento había llegado del Ejido de Él Refugio.

—¿Qué hay ahijao? —le había dicho al encontrarlo— ¿Pos, qué pasó?

—Pos ya ve usté, padrino, la de malas, se me jué la Nico.

—Bueno, pos ya luego hablaremos —le contestó al ver que ya llegaba a la plaza la caravana con la muerta.

El padrino, don Rufino era un viejo como de cincuenta y cinco años, seco, arrugado, en cuyos ojos brillaba una mirada vivaz e inteligente.

Junto con el cortejo atravesaron el pueblo ante la mirada de la curiosa gente, que al ver la indumentaria de los que lo componían (camisa de manta y calzón ancho manchados de tierra rojiza), decían algunos:

—Son alteños.

Ya caminando insistió el padrino.

—Yo no sabía nada; anoche me quedé en El Refugio regando el trigo; hasta que hoy en la mañana, de madrugada, me llegó un recado de tu madrina, y por lo que veo, apenas llegué a tiempo.

Tomaban entonces la calzada que saliendo del pueblo llevaba recta al cementerio que estaba como a un kilómetro de ahí. Los rezos se sucedían a los rezos y una nube de finísimo polvo envolvía toda la caravana, que ya cansada, seguía con paso lento hasta el panteón, donde ya Juan había mandado excavar la fosa. Al borde de ella colocaron la

caja bien clavada ya, la ataron con unas sogas y la fueron bajando poco a poco y después de que alguien echó sobre el ataúd unas gotas de agua bendita, comenzaron a caer sobre ella las paletadas de tierra, haciendo un ruido sordo que retumbaba dolorosamente en el corazón de Juan; cogió éste un puñado de tierra y lo arrojó también. Hundió después sobre el montón de tierra la pequeña cruz de madera mal labrada que llevaba, dio una última mirada a la fosa y emprendió, el último ya, el regreso. A su lado venía el padrino.

—Vamos a la casa un rato, Juan; después te vas al rancho.

—Muchachos —les dijo Juan a los que lo habían acompañado—, ahí nos vemos, les agradezco mucho a todos, yo me voy después.

Llegaron a la casa del padrino; sentados en dos sillas bajitas de tule, después de haber escuchado de labios del ahijado la narración pormenorizada de los hechos, habló así don Rufino:

—Mira Juan, vente aquí con nosotros; ya otra vez te invité a que te vinieras y ora otra vez lo hago con gusto. Y te invito por el cariño que te tengo, el que tenía a la difuntita, que en paz descanse, y también por el recuerdo de tu padre que fue mi mejor amigo y al que quise más que a un hermano. Entonces te negaste y yo atendí tus razones; pero ahora no sé qué te pueda tener pegado a esa tierra miserable; allá donde tú estás, vive uno como un salvaje, como un animal, sin protección y sin esperanza cual ninguna. Se trabaja mucho y no se consigue nada; la tierra es muy pobre y casi no da nada y se tiene que trabajar de sol a sol para mal vivir. Y cuando le sucede a uno algo como lo que ahora a ti te pasó, entonces se da uno cuenta de que vive uno allí como las chivas, como los coyotes, sin más aliento y protección que la esperanza que pone uno en Dios. Yo me vine a tierra baja, pacá, hace ya muchos años y no me arrepiento de haberlo hecho; estas tierras son muy ricas, son nobles y siempre corresponden a lo que se les siembra; nunca se quedan con nada; a mí, ya tú lo ves, no me ha ido mal; y es que trabajando se puede hacer algo.

—Chupó del cigarro de hoja que había liado mientras hablaba y arrojando una gran bocanada de humo por boca y nariz, que siguió con la vista hasta que se esfumó, prosiguió así:

—Si tu padre me hubiera hecho caso y se hubiera venido pacá como yo le aconsejaba, tal vez no le hubiera pasado lo que le pasó, porque aquí yo no lo había dejado hacer lo que hizo. Yo sé que tú eres trabajador, honrado como tu padre y por esto te quero aquí, paque hagas algo. Yo tengo con tu padre, no una, sino muchas deudas que pagar y quero abonarle algo ayudándote. Juntos nos criamos él y yo; juntos crecimos también; juimos compañeros en todo; juntos cuidábamos las chivas, tocábamos el mismo órgano de boca, bebíamos en el mesmo cántaro, nos casamos con dos muchachas que también se querían como hermanas, el mesmo día, a la mesma hora y en el mesmo templo. Yo te podría contar muchas aiciones de él, que tal vez tú no sepas; pero sólo te diré: era hombre de su brazo; muchas veces lo vi enfrentarse al peligro y a la muerte, con un valor y una sangre fría como pocos; en el rancho, en el plan y en todas partes donde lo conocían le "alzaban" pelos. No era provocador, pero eso sí, era muy macho y más que todo era un buen amigo. Por eso los licenciados esos que vinieron de la ciudá de Guadalajara a alborotar a la gente para que se levantara en armas y que según decían eran los jefes de "La Unión Popular" y los curas que lo mandaron trair, lo escogieron para jefe de grupo, y no se equivocaron; tu padre era muy creyente y muy buen hombre, la fe lo tenía ciego; por eso cuando los licenciados y los curas sembraron en su corazón alzado y bravío la semilla de la rebelión, él les creyó a ciegas y aceptó capitaniar una partida de rebeldes y como te dije, no se equivocaron, eran muy listos y sabían escoger; él jué de los que más guerra le dieron al Gobierno; primero con muchos hombres, cuando la revuelta estaba en privanza, atacó y derrotó columnas enteras de soldados; después, cuando ya casi abandonado por aquellos que lo habían embaucado,

muertos algunos de los rancheros que capitaniaban los grupos, prófugos otros, tu padre no se rajó y al grito de "Viva Cristo Rey" siguió dándole pleito al gobierno ya casi solo. Yo quise arreglarle la admistía como con algunos otros hice; pero él estaba ciego; decía que no le importaba que los demás se hubieran rajado, porque él no dejaría de pelear hasta que no se abrieran los cultos. Por esos entonces andaba ya desesperado, como un loco y hasta los mismos de él le tenían miedo, pues a uno de los jefes que le olió que se iba a entregar, lo quebró. Todavía tres días antes de que lo mataran tuvo un agarre con el gobierno, él y tres hombres que trayía nomás. Jué en la Barranca del Crucero, les tumbó seis hombres, un mayor entre ellos y a él también le mataron dos de los suyos; de allí jué a dar a su casa, a La Mesa; yo no sé todavía por qué se jué allá seguro que ya era su sinio morir donde había nacido, porque él no era tarugo; pero ya el gobierno andaba sobre él y otro día al amanecer, le sitiaron el jacal y todo el rancho; dicen que era un regimiento completo. Más de una hora duró peleándoles y todavía les tumbó varios soldados y un capitán que se arrimó a prenderle fuego al jacal donde estaba afortinado; con la lumbre, el salió haciéndoles juego... Pero —dijo el padrino pensando—, ya te estoy hablando de cosas de las que tú te diste cuenta, porque tú estabas allí y ya estabas grandecito, pues si no me equivoco, tú ya tenías para entonces tus catorce años.

—No padrino, acababa de cumplir los quince.

—Eso quere decir que hora tienes veinticinco. Bueno el caso es que hasta los tres días conseguimos el permiso para bajarlo del guamúchil donde lo habían colgado y enterrarlo; no, querían; estaban muy enojados con él todavía a pesar de que ya estaba muerto; tú te has de acordar de todo eso. Pero no debes avergonzarte de tu padre por eso, al contrario; él nunca robó ni se jué al cerro por negocio; él creyó siempre que estaba peleando por Dios y por la patria, como se lo habían hecho en crer. Jué equivocado y no tuvo él la culpa de todo lo que hizo; los que

la tienen son los que le envenenaron su alma sencilla con sus prédicas y sermones. Yo creo que tu padre jué uno de los pocos que se jueron a la cristiada de corazón y que murió con fe por lo que peleaba, porque hubo muchos, casi la mayor parte, que nomás se metieron a robar. Te acuerdo esto que tú ya sabías, pa que no se te olvide que tu padre era un buen hombre, trabajador y bien intencionado; como trabajador no había más. En todo el valle y en lo que yo conozco de los Altos, no había naiden pa hacer cercas como él: por eso le decían "Juan Cercas". Yo creo que eso de lo cerquero lo llevaba en la sangre, porque su padre jué cerquero y el padre de su padre también lo jué: en sus pláticas, él decía que era tan viejo el oficio de cercador en su familia, que cuando el Arcángel San Gabriel hechó fuera a Adán y a Eva del Paraíso, Dios había contratado al primero de los "Juan Cercas" para que le echara una cerca alrededor del Paraíso para que ya no se pudieran meter. Yo llegué a trabajar mucho con él, era incansable; muchas de esas cercas que tú ves sobre los cerros las creó él, o sus abuelos. Lo que le pasó, pues, no jué por que fuera él malo, jué por su inorancia; y por eso quero que tú te vengas aquí, pa que vivas como la gente, y tus hijos aprendan siquera a ler y escrebir, abran los ojos y no se dejen engañar de cualquera que les hable bonito. Vivir como ustedes viven allá arriba, inorantes y hambrientos, es horrible. Jué por esa inorancia que los embaucadores aquéllos pudieron engaratuzar a tanta gente, pues casi todos los que se levantaron entonces en armas eran gente rústica, donde las palabras enmieladas y las promesas engañosas de los catrines esos que vinieron a ensartarles, encontraron una presa fácil. Eso te quería decir, ahijao, pa que te vengas pa acá. Aquí tienes una probe casa pa ti y para los tuyos; donde comen dos pueden comer tres y donde comen tres pueden comer diez. Y te lo digo orita que van a hacer una ampliación del "Ejido de El Rincón" y uno de los que estaban apuntados para recibir tierras se jué y ora a ti te puedo poner en su lugar; aquí en los ejidos, se necesita

gente trabajadora y amás tú ya conoces los cultivos, porque has venido muchas veces a ayudarme. Con diez hombres como tú en cada ejido, les tapaba yo la boca a los que dicen que las comunidades no producen. Ya lo sabes pues; no quero que me resuelvas orita; piénsalo bien y dentro de ocho días vienes y me resuelves pa saber a qué atenerme. Las tierras las entriegan el día veintiocho, estamos a doce, así es que tienes tiempo pa pensarlo; decídete y si te vienes, yo te aseguro que no te pesará.

—Está bien, padrino, voy a pensarlo y yo le resuelvo pronto.

—Bueno, pos hora vamos a almorzar, que ya es rete tarde y ninguno de los dos hemos probao bocado.

En la cocina hacía rato que se oía el ajetreo de la madrina que estaba preparando el almuerzo: se oía tortear la masa para las calientes, el ruido del molcajete donde hacían el chile y el chillido de la manteca al freír los frijoles y los chilaquiles.

Por un reflejo, Juan sintió una punzada en el estómago; hacía más de veinticuatro horas que no probaba bocado y al hablarle de comida y por los apetitosos olores que de la cocina venían, se le hacía agua la boca y sentía un hambre atroz.

Comió a satisfacción. Las calientes con carne de puerco con chile, chilaquiles y frijoles refritos, junto todo con un buen jarro de atole.

—Bueno, padrino —dijo cuando terminó de comer—, pos me voy a hacer como la chinche, que se llena y se va; pero es que tengo pendiente por los niños.

—Está bien ahijado, y acuérdate de lo que te dije.

Se despidió y salió; con más brío emprendió el regreso.

IV. Recordar es vivir

Por todo el camino vino Juan meditando en lo que su padrino le había dicho; siempre había él querido llevarlo a tierra baja, hacerlo agrarista; pero Juan no olvidaba las palabras de su padre, que decía que los agraristas eran unos bandidos, unos aprovechados que agarraban lo que no era de ellos; fue en eso, en lo único que nunca se pudieron poner de acuerdo su padre y don Rufino; pero ahora, pensándolo bien, tal vez su padre estuviera equivocado: conocía Juan muchos de los que anduvieron en la Cristiada peleando contra "Los Agrios" como les llamaban burlonamente y que ahora eran agraristas. El agrarismo iba extendiéndose poco a poco y nada había podido contra él, ni los ardides de los hacendados, ni las represiones sangrientas de las acordadas, ni las armas de los cristeros, ni los sermones de los curas; ya no se veía que se señalara con el dedo, allá en el valle, como antes sucedía, a los que se hacían agraristas; al principio éstos se podían contar con los dedos de la mano y ahora por cientos; tenían muchas garantías, hasta para poner presidentes municipales de los de ellos y por otra parte, hacía ya mucho que el señor Cura no tronaba contra ellos en el sermón de la Misa Mayor. Sólo allá donde él vivía, no habían progresado esas ideas; pero ¡quién iba a pelear esas tierras pedregosas y áridas, madriguera de coyotes y de víboras y donde según su padrino, lo único que se cosechaba eran lagartijos!... En cambio, esas tierras negras y fuertes de allá abajo, ¡eso sí que era bueno! Tierras "prietas" y nobles que respondían con más del ciento por uno a todo lo que se les echaba; tierras fértiles, abonadas año por año por las crecientes que bajaban de los altos y desparramaban sus lamadales por toda la llanura; él recordaba los trigales que se le daban a su padrino, cuando año por año bajaba a ayudarle al corte y los pepinos y las sandías y los melones de las huertas, y los cañaverales; daba gusto ver esas cañotas habaneras y criollas que parecían troncos de árboles y tan dulces y tan blanditas. ¡Cómo había él deseado un pedazo de esa tierra! Pero para aceptar las proposiciones de su padrino le había

detenido siempre el temor que su padre le infundió a agarrar lo ajeno. Y para él, esas tierras seguían siendo ajenas. Y en cuanto a comprar un pedazo, ni cuándo, porque esas tierras eran tan buenas como caras; y sin embargo, el gobierno se las daba dadas al que quería trabajarlas y encima les prestaba dinero para que las pudieran sembrar. Bueno... ¡Quién sabe si al final se decidiera!

Llevaba caminando buen rato; iba a mitad de la cuesta ya y cosa rara, por primera vez en su vida se fatigaba al subirla; tardó un poco más de lo acostumbrado en llegar a la cima; ahí estaba el frondoso casahuate fresco y verde, como enmarcando el final de la subida y el principio de la Mesa, bajo cuya frescura bienhechora reposaba él un poco cuando no venía de prisa; no pudo resistir la tentación: se sentó en una piedra que parecía puesta a propósito para descansar, puso su cobija sobre el tronco retorcido e inclinado, propicio y acogedor y se recostó; estiró plácidamente los miembros; en verdad que se sentía cansado; sentía como un sopor que le invadía todo el cuerpo; que entrándole por la cabeza le descendía hasta los pies… En esos momentos ya casi ni la fatiga sentía; se encontraba en ese estado transitorio entre la vigilia y el sueño, en que aún dándose cuenta de que se está en este mundo, se vuela por los espacios nebulosos de la inconsciencia. Casi se había dormido; pero en un último esfuerzo reaccionó; no, no debía dormirse; se desperezó, sacudió la cabeza como para ahuyentar las brumas del sueño que lo agobiaba y extendió su mirada ya despierta, hacia el valle prodigioso que con el calor de la siesta se veía como envuelto por un tenue velo transparente.

Un sol vivísimo lo inundaba todo de luz encendiendo con su fulgor todo el paisaje, ese hermoso paisaje que tantas veces se había parado a contemplar desde ese lugar; el valle entero era una alfombra de verdura, donde el verde tierno de los trigales alternaba con el verde seco de los garbanzales y de vez en cuando también con los inmensos

espejos plateados de las lagunas, encima de las cuales parecía que una que otra nube se paraba a contemplar sus figuras caprichosas. En una rinconada, se dibujaba apenas el caserío del pueblo, que visto desde ahí, por su pequeñez parecía como de juguete; las franjas de un verde más obscuro formadas de sauces y sabinos, marcaban el cauce de los arroyos que descendían por las laderas de los cerros en varias direcciones y dividían el valle en porciones irregulares, para venir a unirse, ya rumbo al "puerto", en un río más ancho que se fugaba por ahí. Allá, las altísimas arboledas de gigantes que ocultaban casi el caserío de la Hacienda de Coinán; por el rumbo de la Hacienda de Yerba Buena, el cobertizo gris de lámina del trapiche, donde una vez, de eso hacía ya muchos años, había ido a traer melado para su Nico, cuando eran novios; más acá, hacia el sur, la Hacienda de Carrozas con su enorme laguna; y salpicándolo todo, como esparcidos al azar, las casas de los ranchos de Santa María, Los Morales, San Antonio, San Isidro, El Chicalote, El Refugio. Cintas blanquesinas se veían por doquier, que eran los caminos que entrecruzándose en diferentes direcciones, unían todos esos ranchos y haciendas con el pueblo. Y sobre las laderas de los cerros más cercanos, pequeños puntos blancos y negros, que por la lentitud con que se movían parecían casi inmóviles y que era el ganado que pastaba. Valle rico, valle feraz, valle ubérrimo. ¡Qué pronto había reaccionado con el trabajo de sus hijos, devolviéndoles la prosperidad, después de aquella estéril y sangrienta lucha que acababa de pasar y que había asolado los ranchos, haciendas y poblados, exterminando el ganado, agotando los pastos y que como una maldición del Señor, casi no había dejado piedra sobre piedra! Y bordeándolo todo, los cerros enormes, altísimos, que parecían abrigar con su majestad aquel valle paradisíaco.

Los fue recorriendo con su vista que parecía hipnotizada por el esplendor de la naturaleza; el Cerro de Atotonilco, el Cerro Alto, el

Pelón, el Cerro Chato donde él había pasado parte de su niñez cuidando las cabras de don Roberto; el Cerro de Troneras y en el fondo, hacia el oriente, más allá del de Chapulines, la mole inmensa del Cerro Gordo, esfumándose casi en la lejanía, cerca del cual había pasado una vez, cuando de chico su padre los llevó a él y a su hermana Nacha a pedirle a la Virgencita de San Juan de Los Lagos porque se aliviara su madre que ya tenía más de un año de estar enferma; a la evocación de su madre que había muerto dos meses después de esa excursión, afluyeron a su mente los recuerdos de su niñez, con una precisión y una fidelidad como nunca le había sucedido. Recordaba a su madre, flaca, extenuada, enfermiza, de la que decían que su hermana Nacha era el vivo retrato, hincada como todas las mañanas lo hacía moliendo en el metate el maíz para las tortillas, con un lazo amarrado a un pie que anudaba por el otro extremo a la cuna que colgaba del techo y el cual, al mismo tiempo que molía, estiraba con el pie para mecer en la cuna a su hermanita para que no chillara la chiquilla; y el jacal mísero, estrecho, con un fogón de barro en una esquina donde parecían esconder su miseria dos o tres ollas y otras tantas cazuelas ahumadas; y las dos sillas de tule que junto con las dos camas de varas casi no dejaban espacio libre. Para esos entonces él tendría cinco años; recordaba cómo el día que nació la hermana lo echaron del jacal por la noche y lo llevaron al de su padrino que estaba cerca y como al volver por la mañana, se encontró a su madre acostada y con una niñita a su lado.

—Mira a tu hermanita, hijito —le había dicho su madre—, me la trajeron en la noche unos carboneros; por eso es tan prietita la inocente.

Ya por ese tiempo su padre salía con frecuencia del lugar, por temporadas que variaban desde uno o dos días a unas semanas y cuando él preguntaba, le decía que andaba trabajando, haciendo cercas en alguna parte; durante el tiempo que estaba ausente, el compadre Rufino cuidaba de la casa y daba protección a la familia; cuando su

padre trabajaba cerca de ahí, por los alrededores y ya siendo él más grandecito, su madre lo mandaba con las "gordas" para él; se las llevaba en una árguena y el agua fresca en un bule... Después que su padre comía, le gustaba a Juan sentarse un rato para verlo cómo trabajaba. ¡Con qué facilidad empujaba aquellas enormes piedras que jalaban los bueyes con su paso cansino y las acomodaba en la línea de las cercas para que sirvieran de base, y después acomodaba sobre éstas, piedra sobre piedra, de mayor a menor, hasta rematarla con otras bolonchas que coronaban el lienzo; su padre era muy meticuloso en su trabajo; era un orgullo para él, que dijeran que era el mejor cerquero de los contornos y en efecto, ni una piedra, ni una arista sobresalía de las cercas que él hacía; por arriba, el cordón parecía, como decían algunos, dibujado; era increíble el tino que tenía para escoger la piedra que encuadraba en la hilera, y que siempre quedaban como mandadas a hacer; y así, viéndolo trabajar, absorto, se estaba él buen rato bajo la sombra de algún mezquite o palabobo, siguiendo paso a paso los movimientos de su padre, hasta que éste le gritaba.

—Ya vete, Juan, tu madre va a tener pendiente si no llegas pronto.

Entonces recogía Juan su morral, el bule ya vacío y se volvía sintiendo un no sabía qué de orgullo, una íntima satisfacción de ser hijo de aquel hombre.

Eso era siempre en las secas; porque llegando el tiempo de aguas, su padre dejaba el oficio de cerquero y se ponía a arar, siempre el mismo pedazo de tierra. Entonces era ahí donde él llevaba las gordas; veía a su padre encorvado, sudoroso, caminar detrás del arado, incansable, paciente, dando vuelta tras vuelta sobre la besana, haciendo surco tras surco, hasta dejar la tierra como peinada. Después, cuando ya la milpa crecía y se ponía en elote, lo mandaba desde muy temprano a la labor provisto de una honda de mecate y una bolsa de yute repleta de piedras, a espantar a los madrugadores cuervos, sanates y demás pajarracos que diezmaban la cosecha.

Acababa de cumplir los ocho años cuando lo llevó su padre como sembrador; por la noche le había dicho a su madre:

—Mujer, mañana arreglas gordas para los dos, porque me voy a llevar a Juan a que siembre —y volviéndose a él—: Yo quiero que tú seas cerquero como yo, como mi padre y como todos mis mayores, pero para eso eres todavía muy chico; cuando llegues siquiera a los quince, yo te enseñaré.

Desde ese año le siguió ayudando a sembrar, a desyerbar primero, después a azadonear y a casanguear la yerba que maleaba la labor, y en los ratos que el viejo ya cansado reposaba un poco y se paraba y se ponía a liar un cigarro de hoja al bordo de la besana, ya Juan, llamado por la voz de la sangre y de la herencia, agarraba el timón del arado y el chuzo y empezaba a arar dando traspiés entre los surcos. ¡Y no lo hacía mal! Sintió la vez primera, como si ya antes lo hubiera hecho muchas veces; sólo al llegar al final del surco, tenía dificultad para dar la vuelta al arado pesado de palo, y tenía que ayudarle su padre; éste, a las dos o tres vueltas que Juan daba, descansado ya y guardando sobre la oreja el resto del cigarro que apagaba con saliva, le decía:

—Presta acá, Juan; todavía no puedes con el tercio; a ver si el año que entra ya puedes y entonces le pido al patrón otra yunta para ti.

Entonces él se volvía al rancho, o esperaba a su padre para volverse juntos. Después, cuando terminaba ya la siembra y en los intervalos del descanso que dejaban los beneficios de la misma, cuando los palobobos retoñaban y se cubrían de flores blancas y el campo todo parecía un inmenso vergel, salía su padre, casi siempre acompañado de don Rufino, armado con su treinta, muy de mañana, para regresar casi siempre por la tarde, algunas veces al anochecer, con uno o dos enormes venados de varias puntas. Su padre tenía fama de buen tirador y eso lo atestiguaban los cueros de coyote, de venado, de onza y de gato montés, unos ya curtidos y otros puestos a sacar sobre la

puerta del corral o sobre la higuerilla; los dos o tres días que seguían eran de fiesta en el jacal y también en los de los vecinos, pues su padre repartía siempre la carne del venado, dejando, por supuesto, grandes pedazos, que hechos cecina después de haber sido puestos a secar al sol, su madre sabía guisar tan sabrosamente y de la cual comían los días siguientes.

Otras veces, por la tarde, cuando no había qué hacer, su padre agarraba el "treinta" y limpia que limpia, lo dejaba reluciente como un peso nuevo. Su madre llamaba al arma "Doña Pepa", por comparación con una doña Pepa que vivía en el rancho, que por lo flaca y estirada parecía una escopeta, y de la cual decían que con su lengua era más peligrosa y hacía más daño que don Juan con su arma; y ¡vaya que era el mejor tirador de la comarca!

V. Viva Cristo Rey

Fue por ese tiempo que empezaron a pasar cosas raras en el rancho: llegaban hombres de otros ranchos de la Mesa y hasta de partes lejanas, se juntaban con los hombres del lugar, y hacían reuniones aparte, en donde no dejaban entrar mujeres, y las cuales duraban horas enteras. Su padrino tuvo una noche de esas, una larga entrevista con su padre en el jacal y alegaron mucho, casi se acaloraron; después de eso, su padre se había quedado muy pensativo, muy preocupado, más todavía que cuando regresaba de las famosas juntas misteriosas que tenían. Otro día, su padrino salió del rancho con su mujer, sus muchachos y todas sus cosas, para no volver más.

Su padre también se ausentaba algunas veces; pero ya no a hacer cercas ni a cazar, porque ya no llevaba sus armas, ni sus niveles, ni sus barras, ni sus cuerdas ni demás enseres de trabajo; volvía a los varios días muy pensativo y casi sin hablar. De su jacal, como de todos los demás del rancho, había huido la alegría; se respiraba una atmósfera de desazón, de temor y algunas veces vio a su madre comadrear vivamente con las mujeres vecinas con una excitación inusitada.

Un día, muy de mañana, llegaron hombres, mujeres y niños de los demás ranchos de la Mesa; despertó él y se asombró del gran movimiento que había; recargado en un mezquite de la plazoleta que entre ellos dejaban los jacales, estaban terminando su padre y otros hombres un altar improvisado con tablas, ramas, colchas, sábanas y papel de china. Iba a venir un padre a decirles una misa y eso era lo que reunía tanta gente, pues hacía ya bastante tiempo, algunos meses, que el gobierno había suspendido los cultos. No tardó en llegar el padrecito de San Francisco de Asís, que por su catadura más parecía un guerrillero que un sacerdote; llegó acompañado de otros hombres, que como él llevaban el pecho cruzado de carrilleras llenas de parque, pistola al cinto y carabina sobre el hombro. Dijo su misa; después, un señor vestido de catrín, bien rasurado y bien parecido y al que todos los

demás le decían licenciado, empezó a hablar desde arriba del altar y a medida que hablaba gritaba más fuerte. Debían ser cosas muy graves las que decía, porque tenía cara de muy enojado; de cuando en cuando los hombres allí reunidos interrumpían el discurso gritando con voz estentórea: ¡Muera el Gobierno! ¡Viva Cristo Rey! Él no entendió nada de lo que aquel hombre dijo, pero debió haber sido algo muy importante y vital para todos, porque otro día, muy temprano, salieron muchos hombres del rancho, con su padre al frente, todos a caballo y bien armados; serían más de cincuenta; unos llevaban carrilleras, otros bolsas de lona llenas de parque; pero todos con rifles nuevecitos que quién sabe de donde habrían sacado. Iba su padre adelante de todos, muy serio y detrás, de dos en fondo, todos le seguían; y así se fueron alejando del rancho ante la mirada asustada y llorosa de las mujeres, que con las manos, con los ojos y con el alma, les echaban la bendición... Muchos de ellos no habrían de volver a ese lugar donde dejaban esposas, madres, hermanos o hijos.

Desde ese día pocas veces vio ya a su padre; un primo hermano de aquél, ya viejo, los recogió tanto a él como a su hermana y vivieron en el jacal del tío, que distaba apenas unos cuantos pasos del de ellos. Allá, muy de vez en vez, despertaba a medianoche por el ruido inusitado y veía a la luz del mechón de petróleo, a su padre platicando con el tío. A veces estaba su padre toda la noche en el jacal y antes de amanecer se iba sin hacer ruido, como había venido, como los coyotes; cuando le hablaba, sólo le decía que cuidara de su hermana y que pronto vendría ya a estarse para siempre con ellos; que obedeciera al viejo don Daniel como si fuera su padre.

Aquellos dos años los recordaba como una pesadilla; fueron muy duros para él. Recién ido su padre agarró ya la yunta y era un trabajar desde que Dios amanecía hasta en la noche; y en ese trabajo que era muy superior a sus fuerzas y a su edad, dejaba casi el alma; pero algo

le decía que debía ayudar a aquel don Daniel tan bueno, que sin tener propiamente obligación, era un verdadero padre para ellos. El buen viejo no hacía distingos entre sus hijos y ellos. Les compraba su ropita como a todos los demás. Juan no preguntaba nada; comprendía que no debía preguntar; en medio de su ignorancia, presentía que era una fuerza muy superior a su voluntad y a sus deseos, la que obligaba a su padre a abandonarlos así; y por otra parte, tal vez de nada le hubiera servido preguntar, porque tanto su padre como su tío eran hombres de muy pocas palabras.

Una noche como otras tantas de aquéllas, llegó su padre al amanecer; venía herido, traía el brazo izquierdo colgado sobre el pecho y amarrado con pedazos de manta sucia. Su padre no salió del jacal durante varios días y a todos les recomendaron que no dijeran a nadie de su estancia ahí. Entonces, cuando regresaba Juan del campo de rozar el maíz, porque era época de siega, por la tarde, se sentaba en una sillita de tule junto a su padre y ahí se quedaba acompañándolo; éste no le hablaba, nada le decía, sólo de vez en cuando le acariciaba la cabeza con la tosca mano que tenía sana; Juan entonces se sentía feliz. En unos cuantos días curó de la herida y se repuso: ya hacía varias noches que su padre, cuando ya no había gente fuera, salía a tomar el aire fuera del jacal y entonces, cogidos de la mano los dos, se encaminaban hasta el guayabal que estaba a la orilla del rancho y ahí se sentaba a contemplar la noche. Después, pasado un rato, volvían como habían ido, casi sin cruzar palabra... Un día llegó al rancho un desconocido; habló primero con su tío quien lo pasó en seguida con su padre. Fue buen rato el que hablaron los dos; su padre preguntaba y el otro contestaba; a media noche se fueron juntos. Juan dormía, su padre lo despertó.

—Juan —le dijo—, la cosa anda mal; tú ya eres hombrecito; tal vez no nos volvamos a ver; sólo una cosa te encargo y es que cuides a tu hermana como si tú fueras su padre; si yo falto, mientras tú llegas a

la mayor edad, seguirás obedeciendo a tu tío Daniel como si fuera yo mismo. Yo me voy porque ese es mi deber.

Esta vez, antes de partir, les dio un abrazo a él y a su hermana. Esa noche Juan no pudo dormir; casi lo sorprendió el alba pensando en cuál podría ser ese deber de que su padre le hablaba y que lo obligaba a dejarlos solos y a andar como una alimaña a salto de mata; entonces su cerebro, ya más despierto, empezaba a querer comprender.

VI. El éxodo

A los pocos días llegó una orden que vino a desorganizar toda la pacífica vida del rancho: todos los vecinos, no sólo de ahí, sino de una vasta región, tenían que reconcentrarse en algún pueblo grande de los que se citaban en la orden, fueron unos soldados los que la llevaron, reunieron a todos los vecinos, la leyeron en voz alta y la dejaron clavada en uno de los árboles que había en la plazoleta. Se daba un plazo improrrogable de ocho días para que quedara todo desalojado bajo pena de muerte para quien no la cumpliera. Fue aquello un desbarajuste. Los vecinos huían con lo que se podían llevar; llevaban cargados los burros y los pocos caballos viejos que quedaban con todo lo que podían echarles encima y hasta hombres y mujeres llevaban a cuestas muebles y utensilios de casa, arreando por delante vacas, cerdos, chivos y borregos. Por el rancho pasaban caravanas de gente y animales que cruzaban por ahí provenientes de los ranchos de más arriba, pues era el camino más corto que los llevaba a Ocotlán, uno de los puntos de concentración y el más cercano. Ellos no pudieron salir luego porque doña Tacha, la esposa de su tío, estaba enferma y por otra parte el tío estaba aferrado e indignado contra la orden. Decía que no se movería de ahí aunque lo mataran.

Pero un día, después de terminado el plazo y cuando ya el rancho estaba casi vacío, muy temprano, pasaron por encima del caserío y casi rozando la copa de los árboles unos pájaros enormes que hacían ruido ensordecedor; fue un instante tan solo el que pudieron verlos, porque a poco los tres pájaros se perdieron al otro lado del monte.

Juan estaba con su tío dándole de comer a unos lechones; al oír el tremendo ruido, los dos suspendieron su trabajo y con la vista siguieron los aparatos hasta que se perdieron como si hubieran descendido sobre el valle. Luego voltearon a verse uno al otro, azorados, sin alcanzar a comprender. Su tío movió la cabeza y dijo en voz baja:

—Esto no está bueno; esto es cosa del enemigo malo.

Iban a volverse al jacal, cuando se oyó allá en la lejanía, en dirección del pueblo, un trueno fortísimo, como cuando se desencadenaba una tormenta, luego otro y en seguida otro.

—¡Malo! ¡Malo está esto! —dijo su tío sentenciosamente—: Creo que al fin vamos a tener que irnos de aquí.

Al entrar al jacal, la enferma le dijo al tío:

—¿Oyiste los truenos, Daniel? Están tronando las nubes y no es tiempo de aguas, ni siquiera nublado está; la verdá yo tengo miedo, Daniel.

Salió el tío y Juan tras él; en la plazoleta, junto al mezquite, estaban unos cuantos vecinos que no habían podido, o que reacios como el tío, no habían querido cumplir la orden de evacuación; todos tenían la cara larga de miedo y no acertaban a saber qué sería el ruido ese ni aquellos pájaros enormes que habían cruzado por el rancho.

—Yo creo —les dijo el tío—, que al fin de cuentas siempre nos vamos a tener que largar de aquí.

—¡Ah, que Daniel! Ya te entró el miedo —le dijo uno de los presentes que era otro viejo más o menos de la misma edad—. Y así lo pensaba yo, que a los primeros truenos ustedes se iban a cuartiar. ¡Váyanse pues, que yo aquí me quedo! ¡A mí de mi rancho no me sacan más que muerto! El ruido ese que a ustedes los espanta, se oyó por el rumbo del pueblo; por allá anda Lupe mi hijo; vamos a esperar a que venga y nos diga a ver que pasa; a eso jué, a enterarse de lo que hay. Y no se asusten, que si nos toca morir, pos nos tocó y ya y se acabó. El valiente muere sólo una vez, el cobarde muchas, cada vez que se asusta.

—Pos si lo dice por mí, amigo don Rito —contestó el tío—, pos a mí no me viene el saco; yo no me asusto; y si me ve nervioso, no es por mí, es por los muchachos y por la vieja que casi se me está muriendo y quisiera que muriera en paz; que en cuanto a mí, el cuarto de hora que me falta, donde quera se los acabalo. Si por mí juera, no me salía de aquí más que se voltiara la tierra al revés.

Siguieron discutiendo; enfrascados en ello estaban cuando llegó Lupe, el hijo de don Rito, a mata caballo.

—¡Tata! ¡Tata! —le dijo con voz entrecortada por el pavor— hay vienen los pajarotes esos; en el pueblo dejaron cair tres bombas de dinamita; dicen las gentes que se llaman airoplanos y que el Gobierno tiene montones desos hasta pa sacarnos de debajo de las piedras si no nos vamos de aquí; las pocas gentes que quedaban en el pueblo ya arrancaron espantadas. Mire Tata; yo estaba en la esquina de la plaza cuando tronó la primera bomba, en la esquina de la iglesia y vi como el tronido arrancó casi el bolitario grandote que está enfrente de la Presidencia; y yo que estaba lejos, sentí un aironaso como cuando cae un rayo cerca de uno; las otras ya no vi ni donde cayeron, porque me arranqué hasta onde tenía el caballo y me vine pa' cá a todo galope. Yo creo Tata, que lo mejor será que nos vayamos, al fin con el Gobierno no se puede...

—¡Ya tú también te rajaste! —dijo el viejo—. Está bien, pos vámonos; a los hombres se les puede pelear con el rifle, a machetazos y hasta a mordidas; pero con esos diablos de pájaros no podemos.

—Pos usté dirá lo que quera, don Rito, pero yo me voy orita mesmo, —dijo don Daniel.

A la carrera, ansiosamente se arregló la huida; el viaje fue un "Vía Crucis"; con la enferma gravísima, que no podía sostenerse sobre el lomo del burro donde la subieron en peso y a la que era necesario ir teniendo a cada paso del animal para que no cayera; otros dos burros cargados hasta el exceso con todos los "triques" de la casa y hasta las jaulas con las palomas que las muchachas no quisieron dejar, y éstas, y el único hermano que quedaba en casa, la hermana y Juan, arreando los marranos, las cabras y la única vaca de chiquito que tenía el tío y la cual no quiso dejar, por la leche que daba para la enferma que se iba mareando de débil; deteniéndose también para dejar reposar a los tres

marranos gordos que llevaban y que ya no podían dar un paso. Al fin llegaron a la hacienda del Sauz, ya en el otro lado de la Mesa; estaba desierta; todo anunciaba la precipitación de la huida; algunas puertas de las casas, abiertas, perros, marranos y gallinas sueltos que andaban revueltos por todo el patio de la hacienda y los míseros muebles, camas, sillas y mesas que los habitantes del lugar en su prisa por huir habían abandonado.

Ahí quedó la tía; ahí llegó ya más muerta que viva y a poco de apearla del burro falleció; en el patio de la hacienda la enterraron casi a flor de tierra, pues no tenían utensilios con que escarbar; sin ceremonias, rápidamente y partieron. Otro día llegaron a Ocotlán y los cuatro meses que ahí permanecieron fueron un verdadero calvario; en el camino habían dejado los tres cerdos cebados que llevaban y que fatigados se les cayeron con rumbo del rancho de Las Higuerillas y ya no pudieron levantarlos; también abandonaron las cabras que espantadas por el ruido de un avión que pasó casi rozando la tierra, huyeron hacia el monte y a las que no fue posible seguir y volverlas por la premura del tiempo y el temor que sentían de encontrarse a la "Federación", pues vencido como estaba el plazo para reconcentrarse, temían que los fueran a fusilar por haber desobedecido la orden.

Cuando llegaron a Ocotlán, la población estaba atestada de forasteros, gente toda que venía de la zona prohibida. Toda la tarde se pasó el tío buscando alojamiento, mientras Juan cuidaba de la familia y de las cosas que quedaron esperando en un llanito cerca de la estación de los ferrocarriles.

No había en el pueblo un solo cuarto vacío y todavía se veían los caminos llenos de gentes y animales que llegaban hacia el lugar. Al fin, con un paisano encontraron alojamiento; en un corredor se acomodaron como pudieron.

Cuatro meses fueron los que duraron ahí; cuatro meses llenos de sufrimiento, de hambres y miseria; aguantando las heladas en el

corredor que los abrigaba tan poco, que casi podían decir que estaban a la intemperie; sin medios para alimentarse ya que no podían conseguir trabajo, lleno como estaba aquello de gente desocupada que estaba ansiosa de ganar algún dinero. Los primeros días los pasaron con el producto de la venta de los pocos animales que pudieron conservar y hacer llegar hasta ahí y los que regalaron casi, en virtud de que los compradores se estaban aprovechando con la gran cantidad de animales que les ofrecía la gente necesitada; después, hasta los burros remataron; luego hubo días que hicieron una sola comida, a veces nada. Juan se pasaba todo el día buscando trabajo, ofreciéndose en lo que fuera, de mandadero, de cargador, barriendo las calles para poder llegar por la noche con unos cuantos centavos, que se les iban en comprar cualquier cosa, porque los precios de los alimentos andaban por las nubes.

Al fin Dios se apiadó de ellos; consiguió el muchacho un trabajo de ordeñador en un establo propiedad de un conterráneo rico y ahí le daban un peso y un litro de leche diariamente, con lo que al menos tenían asegurada una comida al día. Las muchachas hubieran podido ayudar buscando trabajo de lavar o planchar, pero para eso tenían que salir a la calle y con tanta gente extraña y tanto soldado que muchas veces andaban borrachos, peligraban; y el tío había dicho que primero se morían de hambre en ese rincón donde vivían, que dejarlas salir y exponerlas a que les pasara un desaguisado.

Al fin llegó la nueva orden como una bendición, como un bálsamo que vino a llenar sus corazones de alegría. Ya podían los emigrados volver a su rancho. Ya era tiempo; porque quizá más no hubieran resistido; estaban flacos, desnutridos, hambrientos; y de ropa ni que decir; andaban todos en un vivorremiendo, andrajosos y sucios, porque ni agua para lavarse se conseguía si no era comprada, porque había que traerla de muy lejos, del río que cruzaba por las afueras de la población.

La esperanza de regresar a su rancho, donde si la vida también era dura, al menos ya estaban más familiarizados con ella, los había

sostenido y las muchachas, para que el milagro se realizara, habían elevado al Santo más milagroso de su devoción, quien sabe cuántos triduos y novenas.

Fueron de los primeros que regresaron al rancho, como habían sido de los últimos en salir; cuando estuvieron en él, después de muchas penalidades, porque el viaje lo hicieron a pie y carentes de todo recurso, aquello parecía un cementerio; estaba todo desierto, mudo y triste; empezaron buscando entre las labores mal cosechadas por la prisa que todos tuvieron en salir, las mazorcas que podían haber quedado y encontraron las suficientes para no morirse de hambre, así como unos cuantos granos de frijol con lo que mal comían.

A los pocos días de llegados fue a visitarlos el padrino Rufino; desde que el padre de Juan se había lanzado a la revuelta, el buen viejo no había dejado de ayudarlos, de ir a verlos y nunca llegaba con las manos vacías; pero nunca como ahora les había servido lo que les llevaba, pues se encontraban carentes de todo. El tiempo que duró la concentración se lo había pasado don Rufino en otro pueblo con un pariente y con las vaquitas que llevó, pues como hombre prevenido las había sacado muy a tiempo, puso una pequeña ordeña con la que no había pasado trabajos. Siempre había tenido cuidado del muchacho y de la hermana, así que tan luego como regresó a Tototlán y supo que aquéllos habían vuelto al rancho, fue a buscarlos a la Mesa; también le dio a Juan razón de su padre, que ahora andaba por Guanajuato; lo había sabido por un soldado que andaba con las fuerzas que lo habían combatido y que habían casi exterminado la partida que comandaba el ya famoso "Juan Cercas", allá por León de los Aldamas. Seguía siendo él uno de los pocos cabecillas que ya casi extinguida la rebelión, seguía dando mucha guerra al Gobierno.

Pasaron así algunos meses más; comiendo lo que podían, tunas, guayabas, nopales y una que otra "gorda" que lograban hacer del poco

maíz que con mucho esfuerzo conseguían. Cuando comían frijoles y chile, podía decirse que había banquete en el jacal. Juan bajaba por temporadas al valle, donde trabajaba de peón y sí llevaba lo poco que conseguía, al rancho. En poco tiempo éste se pobló de nuevo casi con todos sus antiguos moradores que volvían por la querencia, salvo los que se habían ido a la revolución, de los cuales muchos habían muerto ya y otros que se quedaron en los lugares donde se habían reconcentrado. Todos en la Mesa pasaban las mismas penalidades que la familia de Juan; sin gallinas, sin cerdos, sin cabras ni borregos ni ganado y casi sin qué comer; habían regresado como ellos, flacos, hambrientos, reflejando en su cara y en sus cuerpos las penalidades y miserias que habían tenido que soportar. Los niños era a los que sufrían más; empezaron a morir por decenas; con las piernitas flacas como popotes, los vientres hinchados y las caritas esqueléticas, casi encueraditos, se les veía deambular por el rancho tambaleantes. Empezaron a enfermar unos, otros ya venían enfermos; les daba diarrea y se les hinchaban los pies y las piernas; la cara se les abotagaba como si se las hubieran soplado se ponían amarillos transparentes y numerosas manchas moradas les cubrían el cuerpo; no duraban mucho; poco a poco se iban agotando, se iban extinguiendo como una lamparita que se va apagando cuando le falta el petróleo. También algunas gentes grandes morían; se les pelaban los brazos, se les descascaraban; a algunos se les hinchaban las encías y se les caían los dientes; el rancho se diezmaba a ojos vistos.

Llegó así la temporada de siembras y todos los hombres y las mujeres útiles empezaron a trabajar, a sembrar con azadones, con picos, con palas, y los más afortunados con troncos de burros; bueyes, casi no los había, pues se habían acabado en los dos años de revolución y los pocos que lograban conseguir rentados, les resultaban casi inútiles por lo viejo y flacos que estaban.

Como una bendición cayeron las primeras lluvias y la yerba brotó; el campo se cubrió de verdor y como por encanto el hambre

también terminó; ya tenía la gente qué comer: quelites, verdolagas, acelgas, berenjenas, guayabas y camotes del cerro. También como por encanto la mortandad cesó en el rancho. A poco, las calabacitas tiernas, ejotes, elotes y verduras que habían plantado, vinieron a acabar con la miseria que tan cruelmente se había dejado sentir. Paso a paso se fue normalizando la vida en el rancho; ya empezaba a haber gallinas, cerdos y ganado que es el complemento de la vida del ranchero.

Aquellas pobres gentes trabajadoras, sufridas, con paciencia y tesón, lograban poco a poco borrar las heridas que había dejado la revuelta que como una maldición había barrido sus hogares y sus vidas.

El fuego de la revolución cristera casi se había extinguido y sólo quedaban partidas pequeñas y aisladas, que no eran ciertamente un peligro ni un problema para el Gobierno, pero sí para los pacíficos vecinos de rancherías y haciendas que quedaban aisladas y lejanas de los lugares donde había guarnición. Hasta ahí llegaban las partidas de alzados, que más bien eran forajidos sin bandera, a cometer depredaciones.

Juan y los suyos se alimentaban con la esperanza de que su padre se acogiera a la amplia amnistía que el Gobierno Federal había concedido a todos los rebeldes. El padrino, en la última vuelta que dio por el rancho, les había dicho que estaba tratando de ver a su compadre y convencerlo de que depusiera las armas y se dedicara pacíficamente a su trabajo. Por ello la esperanza y la alegría renacieron en el corazón de todos los moradores del jacal.

Ya varios de los del rancho que se habían ido a las armas habían regresado con plenas garantías; habían vuelto desilusionados, maltrechos, decepcionados de la revolución y de los que a ella los habían empujado.

A los pocos días regresó el padrino; venía cariacontecido, triste, y les contó que era imposible convencer a aquel Juan Cercas terco

y empecinado de que abandonara las armas; había logrado verlo valiéndose de mil argucias para que no se enterara el Gobierno, que ya estaba al tanto de que aquél había regresado a la región y al que ya casi tenían localizado. Logró verlo por el cerro de Troneras, donde tenía su guarida y fue por demás tratar de convencerlo de su inútil sacrificio; fue por demás invocar el recuerdo de sus hijos, prometerle seguridades de que nada le harían. ¡Terco y caprichudo! ¡Bien cerrado que era su compadre! Bien claro le contestó y de una vez por todas que no se entregaría; que él no faltaría a la palabra empeñada y que moriría en la raya; que no dejaría las armas, no ya hasta derrotar el Gobierno pues comprendía aunque tardíamente que eso era imposible. Pero sí, hasta que hubiera libertad de cultos, que era por lo que él se había lanzado a la revolución. Por eso se lanzó él a la pelea y seguiría luchando aunque fuera solo para conseguirlo, o moriría en su empeño.

Y lo cumpliría… ¡Vaya si lo cumpliría! él conocía bien a su compadre.

Después de esto, el padrino regresó al pueblo dejando a Juan y a los suyos ya sin ninguna esperanza.

VII. El ahorcado

Pasaron algunos días; Juan no recordaba cuantos, cuando una noche despertó con el ruido que se oía en el jacal; era su padre que hablaba en voz baja, de prisa y muy excitado con su tío; oyó decir a éste que se fuera de ahí, que no lo comprometiera; su padre se retiró luego y después supo que se fue hasta el jacal de en frente, como a veinte pasos del de ellos y que estaba vacío; ellos ya no durmieron; nerviosos, anhelantes, esperaban algo grave que presentían iría a suceder. No tardó mucho; empezaba a querer clarear la mañana y no hacía un cuarto de hora que su padre había salido, cuando se oyó un tropel de caballos que venían por el camino que bajaba al pueblo; debían ser muchos, porque el ruido era ensordecedor. A rastras fue el tío a asomarse por los agujeros de la cerca; volvió muy excitado: son muchísimos, dijo y tienen bien rodeado el rancho; ahora sí que no se les "pela" Juan; casi inmediatamente comenzaron los tiros y se dio cuenta Juan que era por su padre que venían los soldados y que éste, al verlos acercarse al jacal donde estaba oculto y bien afortinado, había abierto el fuego. Como media hora duró el tiroteo cerrado, ensordecedor; a veces entre el ruido de los tiros se escuchaba la voz de los soldados y oficiales que urgían al sitiado a rendirse y la respuesta de su padre que les gritaba:

—¡Aquí estoy, changos hijos de... vengan, sáquenme de aquí si son tan hombres!

La posición estratégica en que estaba situado el jacal donde el viejo se defendía y los fortines que con piedras había hecho, le permitían ver y disparar para cualquier dirección; además, no malgastaba parque y buen tirador como era, soldado que se ponía a descubierto soldado que caía herido o muerto; además, las armas que portaba eran de primera, automáticas y con parque en abundancia; y fue sólo así que pudo hacer el milagro de contener a tanto hombre que lo rodeaba.

En el jacal del tío Daniel todos estaban espantados; las muchachas a medio vestir, enredadas en las sábanas; la niña Nacha llorando asustada,

el primo, don Daniel, él y todos los demás tirados sobre el suelo para defenderse de las balas que atravesando muchas veces el techo de zacate del jacal los rociaban de paja. A Juan, más que el miedo, lo tenía paralizado la angustia de pensar que iban a matar a su padre, que no se escaparía, que no podría escaparse; si hubiera tenido una arma se habría lanzado a ayudarle aunque sabía que iría a una muerte cierta; pero así, sin nada, sólo hubiera sido complicarle la situación ya de suyo muy comprometida en que él se encontraba. Su tío, acurrucado en un rincón, temblando de pies a cabeza, no dejaba de mirarle y adivinando tal vez su pensamiento le dijo:

—Es por demás, Juan, nomás empeorarías las cosas; reza nomás pa que Dios le ayude, que es de Él del único que puede recibir ayuda.

Entonces todos empezaron a rezar la "Magnífica".

Fue media hora larga, terrible, que parecía que no iba a terminar nunca.

A poco el tiroteo calmó poco a poco y al fin cesó por completo; olía a zacate quemado y entraba humo por la puerta del jacal y por las rendijas. Se oyó un ruido de carreras que de muchas direcciones convergían hacia el jacal donde estaba su padre y al instante una voz que gritó:

—¡Ya lo tengo al hijo de…!

Quisieron salir él y su tío, pero un oficial que se asomó en ese momento a la puerta del jacal les dijo apuntándoles con la automática:

—Que no salga nadie de aquí; al que se mueva lo quemo y si alguien dispara desde adentro los matamos a todos y quemamos el rancho.

Volvieron a sentarse en el rincón como autómatas, mientras las muchachas se vestían sollozando.

A los pocos momentos entraron tres soldados que a empujones sacaron a los hombres del jacal; los llevaron a donde estaba el que parecía jefe, que les dijo:

—Ustedes son los parientes de ese desgraciado... ¿No? Y este ha de ser el hijo, pues se parece. Orita los vamos a ahorcar a todos, ya lo verán.

Al salir al claro de la plazoleta que quedaba entre los jacales, Juan se detuvo espantado: ahí estaba su padre colgado de una rama del guamúchil, con las ropas sucias, quemadas, desgarradas, sangrando todavía por las numerosas heridas. Tenía la cabeza hecha pedazos, la cara completamente desfigurada a golpes.

El jacal donde se había defendido ardía chisporroteando todavía como una hoguera. En el otro lado de la plazoleta estaban casi todos los hombres del rancho amontonados, asustados, rodeados de soldados que los encañonaban con los fusiles, y más allá, tendidos sobre el suelo, en unos capotes y cobijas, varios soldados y un oficial muertos al parecer. Al lado de éstos, otros oficiales curaban y vendaban a otros de sus compañeros heridos, uno de un brazo y otro de la cabeza. Más soldados registraban todos los jacales, buscando inútilmente armas y parque; eran muchos, muchos soldados.

Todo eso veía Juan; pero de donde no podía apartar la vista era del cuerpo destrozado de su padre, que pendía de la rama del guamúchil con una soga al cuello como a un metro del suelo y con una horrible expresión en su cara hecha pedazos; volteaba hacia otro lado, para volver a mirar luego a donde estaba el colgado... No lloraba Juan, no podía llorar, aunque lo hubiera querido; la intensidad de su dolor, el miedo, la angustia, el furor y el odio que sentía hervir en su pecho, habían secado la fuente de sus lágrimas, que al verterse descargan el alma.

A él, a su tío y a cinco más de los amnistiados que vivían en el rancho, los bajaron al pueblo y ahí, en la Presidencia Municipal donde estaba el Cuartel General de los Federales, los interrogaron de uno por uno y los fueron dejando salir en completa libertad. Primero fueron los

amnistiados, después a su tío y al final a él; estaban interrogándolos cuando llegaron con su padrino; interrumpió el general su interrogatorio para decirle bruscamente a don Rufino:

—¡Usted es padrino de este muchacho, ¿no?

—Sí, mi General.

—Hace ocho días fue usted a la Mesa de los Guayabos.

—Sí, mi General.

—Fue usted a prepararle el escondite al bandido ese de Juan Cercas, su compadre, ¿no?

—No, mi General, yo iba seguido a ver a este muchacho, que es mi ahijao y a su hermana y a llevarles algo de ayuda.

—Usted ya sabía donde estaba ese bandido y sin embargo, no dio parte al Gobierno como era su obligación.

—Mire usté, mi General; es cierto que yo fui a verlo y a tratar de convencerlo para que se rindiera, como a usté le consta que hice y lo logré con otros que andaban levantados; el lugar donde nos vimos no era donde él acostumbraba estar; yo mesmamente no sabía cual era su guarida ni traté de averiguarlo y tal vez, aunque lo hubiera sabido, no lo habría denunciado —dijo con entereza—, Juan era mi compadre y eso nunca he tratado de negarlo; yo lo quería como a un hermano, pues nos criamos juntos y me dolía en el alma lo que andaba haciendo; por eso jué que traté de traimelo a la vida pacífica, como me opuse siempre a que se levantara en armas contra el Supremo Gobierno. Usté mesmo, como hombre, sabe bien que uno no puede traicionar a un amigo. Si yo cometí un delito con eso, que se me castigue; tratar de evitarle más males tanto a él como al Gobierno, que jué lo que pasó, eso es todo lo malo que he hecho. En cuanto a mi conducta, todos los compañeros agraristas y todo el pueblo sabe que yo soy un hombre de bien y que no sólo no fui partidario de los cristeros, sino que ayudé al Supremo Gobierno en lo que pude, convenciendo a muchos que me hicieron caso para que dejaran las armas.

—Está bien, eso que le valga; lo vamos a dejar libre, porque queremos que ya esto se acabe sin más derramamiento de sangre; puede retirarse y usted también —dijo al muchacho.

Salieron padrino y ahijado; se dirigieron a arreglar todo lo del velorio y el entierro del muerto. Al anochecer regresaron para el rancho. Por el camino se encontraron con el grueso de la columna de soldados que traían en parihuelas improvisadas con palos y ramas a los muertos y heridos; Juan, el padrino y el tío, al verlos acercarse se apartaron del camino para no ser reconocidos; pero la avanzada los detuvo, y tuvieron que dar su identidad y mostrar los salvoconductos que les habían entregado en el Cuartel General para que les permitieran seguir su camino.

Llegaron ya entrada la noche; en el rancho reinaba una calma, un silencio absoluto; nadie andaba fuera de los jacales. Antes de llegar a las primeras casas, la voz de un soldado que estaba de centinela les marcó el alto:

—¡ Alto ay, quién vive!

—Gente pacífica, gente del rancho —contestó rápido el padrino.

Pasaron y volvieron a identificarse y llegaron hasta la plazoleta; ahí estaba todavía un grupo de soldados; a un capitán que los mandaba y con el que fueron conducidos por otro oficial, le pidieron permiso para bajar el colgado y enterrarlo.

—No pueden bajarlo —les dijo el capitán— tengo orden de mi General de dejarlo colgado hasta que se pudra, y se lo coman los zopilotes o se caiga a pedazos. A ver si así les sirve de escarmiento a los demás. ¡Ah! —les dijo cuando ya se retiraban— y no quiero tampoco que se arrime nadie al muerto ni que me hagan mucha bulla, y el que desobedezca, que se atenga a las consecuencias.

En el jacal pasaron todos la noche en vela; las dos primas rezaban en voz baja, el tío y el padrino platicaban quedamente, Juan meditaba

en su tragedia; el primo era el único que cabeceaba y roncaba de vez en cuando.

Por la mañana salió el padrino al pueblo a conseguir el permiso para bajar el cadáver. Juan y el primo se pasaron el día espantando a pedradas a los zopilotes que rondaban al muerto, algunos de los cuales se posaban a veces en las ramas del guamúchil.

Hasta otro día por la mañana volvió don Rufino; traía la orden para que se le entregara el cadáver.

El capitán después de leerla, dijo mal humorado:

—Está bien; mi General manda, yo sólo cumplo órdenes —y dirigiéndose a su asistente que esperaba—: Diles a los muchachos que tienen libertad estos para bajar y enterrar el muerto. ¡Y si quieren que hasta se lo coman! —y volviéndose al padrino—: Pero nada de mitotes en el entierro, porque si no se los quitamos y lo volvemos a colgar.

Estaban indignados todavía por la terrible defensa que había hecho el muerto y los estragos que había causado.

Fueron a bajar el cadáver; el padrino y el tío se oponían a que el muchacho fuera, para evitarle la pena de ver otra vez a su padre en el terrible estado en que se encontraba, pero ante la insistencia de él, tuvieron que ceder. Era su padre al fin y el muchacho tenía ya la consistencia moral de un hombre hecho y derecho. A los quince años de edad, el sufrimiento, las penalidades y la lucha a brazo partido con la vida, habían hecho prematuramente de un niño, un hombre cabal. Estaba espantoso el cadáver y despedía un olor fétido y repugnante porque ya estaba en plena putrefacción; tenía la cara y el cuello abotagados, tanto, que el dogal que tenía al cuello se perdía hundido entre la carne; la cara negra, los ojos salidos de las órbitas y todas las partes del cuerpo que tenía al descubierto, descarnadas ya por los buitres que habían empezado su horrible banquete, aprovechando los momentos de descuido de quienes protegían al muerto.

Muchas veces después se había acordado Juan de aquella figura de su padre, pero sin horror, sin temor, sólo con una inmensa piedad y un profundo dolor. Todo lo que después viera en su vida, por terrible que fuera, no había de compararse nunca con aquel cuadro tan despiadado y tan cruel.

Le cambiaron las ropas desgarradas, quemadas y llenas de sangre por otras limpias de su tío, después de haberlo bajado; lo colocaron en el cajón y procedieron a sacarlo para enterrarlo en las orillas del rancho sin tardanza ni demora; esa era la orden que traía el padrino y que le habían dado juntamente con la de la entrega del cadáver. Poco a poco fueron llegando las gentes del lugar; se iban acercando temerosas, viendo a los soldados de soslayo; llegaban pausadamente, en pequeños grupos y se unían a la comitiva que ya caminaba con el muerto, sin decir nada, casi sin saludar; cuando llegaron en medio del guayabal que era el lugar designado, estaba reunida casi toda la población del rancho. Fue el entierro más silencioso que él había presenciado; lo bajaron a la fosa que unos mozos del rancho habían hecho a medias y de prisa también, lo taparon con la tierra como si tuviera la gente ansiedad por terminar. Luego, todos se regresaron; Juan se quedó todavía un rato largo; solo frente al montón de tierra, no atinaba ni a rezar ni a llorar; el dolor y la fatiga lo tenían alelado y sólo quería acompañar unos momentos más a su padre.

El susto que había pasado su tío fue demasiado fuerte para su constitución ya minada por la vejez, el trabajo y la miseria; principió con una diarrea que no pudieron detener ni el "cocimiento blanco" que Juan le fue a comprar a la botica del pueblo, ni los brebajes que con miles de hierbas le prepararon las muchachas por consejo de las vecinas; luego, nada se le quedaba en el estómago, pues si agua tomaba era la misma que volvía; empezó a ponerse amarillo de los ojos y de todo el cuerpo y a secarse a gran prisa y al mes justo de aquellos sucesos, lo bajaron también al pueblo dentro de una caja negra.

Los hijos de su tío, los que ya estaban casados, que de La Barca vinieron ya casi para morir el viejo, quisieron llevarse a las dos hermanas de ellos, pero las muchachas se resistieron y prefirieron quedarse en el rancho para hacerle casa a su hermano, a Juan su primo y a la chiquilla Nacha. A los pocos días aquéllos se regresaron de donde habían venido.

La más grande de las muchachas, Lupe, que apenas llegaba a los dieciséis años, le ayudaba las siguientes temporadas, antes que ella se casara, en todos los trabajos del campo, como un hombre y la más chica, Lola y su hermanita Nacha, hacían los quehaceres de la casa. Y así, tristes, monótonos, trabajando sin cesar, transcurrieron los años siguientes, alegrados tan sólo por las periódicas visitas del padrino que a raíz de la muerte del tío, también quiso, sin lograrlo, llevarlos a él y a su hermana al pueblo y por las pocas veces, casi siempre los domingos, en que bajaban todos al pueblo a oír Misa y a comprar algún enser que ellos necesitaban, cuando su raquítico presupuesto se los permitía. ¡Años grises que no dejaron casi ningún recuerdo en su mente!

VIII. Agua que no has de beber

A los tres años de la muerte de su padre se casó la Lupe; fue una boda sencilla, con poca fiesta; se casaron por la mañana y en la tarde se fueron al rancho El Potrero donde el marido vivía, más arriba de la Mesa, casi junto al cerro Chato.

Eso fue para él como si le hubieran sacado una espina de un ojo, porque aquella muchachota veinteañera, rolliza, francota y ardiente, había sido siempre una tentación y un peligro para él.

Desde que ido su padre a la revuelta, se recogieron él y su hermana con el tío, y fue con ella, de toda la familia, con quien más simpatizó y con quien más bien la llevaba.

Al principio, cuando eran muchachos, casi niños, jugaba con ella a las luchas y fuertota y garrida como estaba, haciéndose una mujer más pronto que él un hombre, que apenas con sus trece años, esmirriado, casi hambriento de mal alimentado, débil y flacucho, casi siempre era dominado por ella, que gozaba en tumbarlo y subirse a orcajadas sobre él, y sudorosa, con el pelo revuelto por la lucha, agitada por el esfuerzo, lo jineteaba gritándole:

—¡Hepa, burro, hepa burro!

Ante las protestas de Nacha y Lola, porque delante del viejo Daniel y del hermano tenían buen cuidado de no jugar.

Luego Lola le decía indignada, tal vez más por no atreverse ella a hacer lo mismo que por lo malo que pudiera tener el juego:

—¡ Ándale, chivita! ¡Poca vergüenza! ¿No tienes pena de jugar así con Juan, como si jueras hombre? Ora lo verás con mi Tata Daniel ora que llegue pa que te dé una monda. ¡Poca vergüenza!

—¡Bah! ¿Pos qué tiene que ver? Ni que no juera mi primo, casi mi hermano…

Y se levantaba arreglándose la blusa, la falda y el cabello, que con el juego se le había desordenado y riendo con su risa franca y cristalina.

Se levantaba Juan también sacudiéndose el polvo de las ropas, jadeante por el esfuerzo hecho y presa de una turbación que ni él

mismo sabía a qué se debía ni cómo explicarla, y encendida la cara de calor, pero de un calor que no era sólo el de la lucha.

Cuando salían al campo y muchas veces cogidos de la mano se adelantaban a todos los demás, ella le apretaba la mano con una fuerza y ansiedad que casi le hacía daño.

Entonces, todas aquellas cosas, aunque no le parecían completamente naturales, en su candor, no les daba el significado que verdaderamente tenían. Era todo un enigma para él y muy lejos estaba de darse cuenta del cariño de la prima Lupe.

Y el afecto y solicitud con que le arreglaba su ropa y demás cosas, su bastimento inclusive, que a nadie dejaba que le arreglara. Cuando se enfermaba de gripa o de cualquiera otra cosa, que por fortuna nunca fue nada grave, no se apartaba ni por un momento de la cabecera de su cama, atendiéndolo con una solicitud casi maternal y pendiente al menor deseo de él.

Y las miradas que le dirigía, que si entonces nada significaban para él, ahora, que juzgaba las cosas pasadas más serenamente y con más conocimiento del mundo y de la vida, le hacían comprender el cariño que ella le tenía.

¡Pobre de la Lupe! ¡Tan hermosa! ¡Tan ardiente y tan desgraciada! ¡Enamorada de él y él tan bruto que ni siquiera se daba cuenta de ello!

La primera vez que se enteró de los sentimientos de ella y lo comprendió todo, fue una vez que volvió de la labor a donde había ido a azadonear la hierba, mucho antes de la hora usual. Fue a mediodía. Su hermana y la Lola habían salido a traer agua, su tío y el primo habían bajado al pueblo y sólo la Lupe estaba en el jacal. Cuando él llegó, ella estaba hincada ante el metate, torteando las gordas para el bastimento de otro día y con el vaivén que hacía el cuerpo al moler la masa, sus dos senos redondos y morenos, que bajo la camisa y la holgada blusa estaban apenas a medio sujetar, iban y venían en un rítmico movimiento,

descubriéndose casi hasta la mitad; y la cadera amplia, maciza y comba, ceñida justamente por la falda de percal, se ofrecía tentadora y pujante. Llegó Juan hasta ella, que con la atención puesta en el trabajo y el ruido que hacía al palmotear la masa no le oyó y siguió en lo suyo. Se paró por un momento tras de ella y la estuvo observando; así como estaba, la Lupe realzaba toda su pujante y tentadora belleza. Sin pensarlo, por su mente cruzó rápida la idea malsana: la ocasión no podía ser más propicia; nadie más estaba en el jacal; las muchachas sabe Dios dónde estarían y la Lupe que lo veía siempre con agrado no lo rechazaría. ¡De eso estaba él seguro! A punto estuvo de lanzarse sobre ella; sentía el corazón que no le cabía en el pecho; pero reflexionó también por un sólo instante y en vez de acercarse retrocedió un paso con ánimo de salir del jacal; con el movimiento hecho torpemente por la nerviosidad que hacía presa de él, cayó el azadón que llevaba en la mano y al ruido volteó la Lupe sorprendida.

—¡Hepa! —le dijo sonriente—. Si parece que andas por el viento, si no te oyí llegar—; y sacaba el comal de la lumbre terminado ya su trabajo—. Pero siéntate, hombre, que estás tan turulato que parece que viste al diablo. ¿Y por qué te volviste ora tan pronto del desmonte?

Y sonreía picarescamente mal interpretando la venida extemporánea de él, acercándose a Juan, que turbado, no atinaba a responder, quitándole el morral del hombro y agachándose para recoger el azadón, rozándole una pierna con la enanca poderosa, mientras reía con su risa fresca y sabrosa que parecía un torrente desbordándose.

Haciendo un esfuerzo pudo Juan responder:

—Este maldito azadón que se le cayó el cabo; voy con Petronilo a ver si tiene uno que me empreste en mientras lo compongo. —Y hacía ademán de salir.

—Pero —le contestó ella vivaz—, si aquí está el de mi Tata, él no lo llevó ora; pero ya no es hora de que te guelvas hasta la labor; ya es muy tarde y no alcanzas a hacer nada; mejor siéntate y cómete una caliente.

—¿Y las muchachas…?

—Jueron hasta el Ojo de Agua, por aquí los pozos están ya muy resecos.

—Mejor orita guelvo —y volvió Juan a hacer el impulso de salir.

Temía quedarse solo con ella, ahora que ya comprendía tanto los sentimientos de ella, como el impulso que hacía un momento lo empujó a abrazarla. Desde hacía algún tiempo la rehuía, porque la última vez que habían jugado y de eso hacía ya algo, ella, al quedarse orquetada sobre él, se había abalanzado sobre su boca y se había prendido a sus labios en un beso goloso que duró hasta que llegó la Nacha, que casi los había sorprendido; pero la cual con su inocencia sólo se concretó a decirles:

—A qué diablos de ustedes que no se cansan de juegar…

Desde esa vez no se había prestado él a más juegos, pues aunque no le concedió al beso toda la mala intención que en sí tenía, algo le decía que eso no debía volver a suceder y evitó desde entonces estar a solas con ella y por eso mismo ahora quería retirarse. Pero la Lupe, que comprendió su movimiento de huida, le cortó la retirada parándose en la puerta del jacal y mirándole fijamente a los ojos, le dijo con descaro:

—Parece que me tienes miedo, Juan; desde aquel día —y recalcaba la palabra— ni siquiera te me arrimas ni dejas que yo te me arrime.

—¿Por qué te había de tener miedo...? —dijo Juan aparentando serenidad—, ni que comieras gente.

—Pos, entonces, haste pa' cá, para que me muestres como los hombres que no me tienes miedo. ¿O es que no me queres? —y lo miraba temerosa de la respuesta y ansiando a la vez que le contestara.

Juan nada le respondió; se acercó decidido y sin esperar más, ella le echó los brazos al cuello; era más de lo que él podía resistir; la estrechó en un abrazo frenético y ya se iban a juntar sus bocas, cuando los contuvo un ruido y las voces de las muchachas que regresaban cantando con los cántaros al hombro.

Apenas tuvieron tiempo de desprenderse el uno de los brazos del otro cuando entraban las muchachas; todavía alcanzó ella a decirle:

—Te espero en la noche ajuera del jacal.

No asistió a la cita; aquello era ya demasiado y temía llegar a un extremo del cual no pudiera ya retroceder; y sabía que si iba, sucedería lo que él no quería que sucediera.

Le gustaba la prima, era verdad, y como mujer, claro que valía la pena; pero no la quería; sentía para ella la atracción que todo hombre siente para la hembra y hasta cierto punto la deseaba; pero este deseo estaba cohibido no sólo por el parentesco sino también por el respeto que sabía tenía que guardarle al viejo Daniel y a su familia que tan noblemente los recibiera en su seno a él y a su hermana; y contra su natural decente chocaba el pensamiento sólo de esa mala acción; aparte de todo, el sentimiento que la prima le inspiraba era un afecto fraternal que sólo las provocaciones e insinuaciones de la ardiente hembra hacía olvidar por momentos. Ahora que casarse con ella, ni por un momento había pensado en ello y para tenerla como mujer, para enamorarla, no se explicaba que pudiera ser de ninguna otra manera que llevándola al altar.

Como por ese tiempo ya no vivía su padre y como el tío murió poco después se hizo indispensable que la Lupe le acompañara al campo muchas veces a ayudarle en las labores; Juan trató de hacer que ella fuera mejor a ayudar al hermano; pero ante la negativa de éste que argumentaba que a él no le hacía falta por tener un muchacho que le ayudaba y las instancias de ella, tuvo que acceder, tanto para no despertar sospechas, como por las necesidades del trabajo. Ella fuerte y conocedora del campo, le ayudaba como un hombre a sembrar, a desyerbar o a azadonear la labor y trataba él de tenerla a prudente distancia con su respeto y algunas veces hasta mostrándole un disgusto que estaba lejos de sentir.

Algunas ocasiones, ya de vuelta, después que habían comido del bastimento que ella misma preparaba y calentaba después, sentándose al borde de la labor, o a la orilla del riachuelo que bajaba hacia los Tanques que era donde él tenía su sementera, debajo de los árboles, ella, ingenua o provocativa que no sabía Juan en verdad que era, lo hacía que se volteara o se retirara un poco, para detrás de unos matorrales desnudarse y luego echarse al agua y ya dentro, transparentándose en el agua el cuerpo que se deformaba a través de ella, lo llamaba con cualquier pretexto y sacando guijarros del fondo se los arrojaba, o cuando Juan se acercaba lo suficiente, lo mojaba arrojándole agua con las manos. Se sentía Juan entonces nervioso intranquilo, con una desazón que no podía definir.

Ya no era un niño; diez y siete años corridos tenía y ya su cuerpo y su alma se conmovían con las inquietudes propias del sexo y ya perfectamente se daba cuenta qué era lo que la Lupe se proponía.

Sabía que a la hora que él quisiera, aquella mujer sería suya, pero algo que no sabía qué era, inexplicable, pero suficientemente fuerte para contenerlo, le impedía cometer esa acción reprobable, que algunas veces pensó no iba a poder evitar.

Por eso, valiéndose de subterfugios y mañas, haciéndole casi comprender, logró que el hermano le prohibiera a la muchacha, que no cejaba en su empeño que lo volviera a acompañar.

De sobra comprendió ella de donde le venía el golpe y algunos días duró resentida con él, casi sin hablarle; pero pronto se le pasó y volvió a su mismo peligroso y difícil juego; ella de provocarle y él de rehuirle.

Una tarde que regresaban de la labor a donde había ido toda la familia a traer calabacitas tiernas y elotes, a instancias de ella se adelantaron a todos los demás; lo había tomado de la mano como siempre que caminaban juntos y sin cambiar palabra seguían lentamente hacia el rancho. Por romper el pesado silencio le dijo Juan:

—Ándale, Lupe, no estés triste. Cántame una canción; ora no has querido cantar, quen sabe por qué.

Volteó hacia él sus ojos más negros que dos capulines, lo envolvió con una mirada preñada de amor y reproche a la vez, suspiró y al fin dijo:

—Ta bueno, Juan; no tenía humor de cantar; pero ya que tú lo queres, te voy a cantar "Los Laugreles".

Y principió a hacerlo queda, apasionadamente, con su cálida voz volteando a medias de cuando en cuando a ver a Juan, como para ofrecerle los versos de esa canción en la que ponía toda su vida y todo su amor.

Te di mi amor debajo de los laugreles,
Pa que lo cubras con ramitas y hojas verdes;
Te di mi amor pa que de mí te acuerdes,
He de ser tuya y esa suerte me tocó.
Quero que vayas a mi jardín a pasiarte.
Pa que cortes las flores que más te agraden;
Te lo alvertí, que en el mundo no quería a naiden,
He de ser tuya y esa suerte me tocó.

Terminó de cantar, hizo una pausa que rubricó con un suspiro y al fin, volteando a ver a Juan, buscando en los ojos de éste la sinceridad de la respuesta, volvió a la carga:

—Oye Juan, me vas a decir la pura verdá… Tú tienes novia ¿no?

—No, Lupe; ¿por qué me dices eso?

—Porque todos los muchachos del rancho y de tu edad ya la tienen; como Mero el de don Alejo y el "Colitas" y Tano, en fin, todos, y yo creo que por ahi debes de tenerla, porque a todas las muchachas del rancho nos miras como al pardear.

—Pos no, no la tengo; porque pa mí, hay que buscar novia cuando uno ya piensa casarse; y yo, aunque lo quisiera, que antavía no lo tengo pensado no podría; tengo a mi hermana y a ustedes que tanto me las encargó mi tío Daniel y tengo que echarlas primero por delante… para luego pensarlo tavía.

—Pos eso no es deficultá; porque con llevar a tu mujer a la casa quedaba resuelto todo; y si de la casa juera, sería mejor, ¿no te parece? —dijo ya con descaro y sin velar sus intenciones.

—Eso no puede ser, Lupe...

—Pos no será por el parentesco, porque ya tú ves a mi hermano y a Nacha que se queren y según me dijo ella, piensan casarse.

—Pos manque a mí no me estorba la Nacha, eso es lo que quero; que se case ella y también ustedes, pa que tengan un respaldo y un hombre que las proteja por si yo llego a faltar.

—Si tanto te apura que nos amparemos... podías empezar por amparar tú mesmo a una… —y luego aprovechando la vacilación al ver que se hacía el desentendido, sin intenciones de contestar a la insinuación de ella.

—Pos pué que tengas razón y que sea bueno seguir tus consejos a mí me habló anoche Liborio, me mandó una carta muy bonita; tú me dirás qué le contesto… —y le miraba con ojos picarescos y retadores.

—¡Ah, que Lupe. Pos yo ¿qué queres que te diga…? Eso pregúntaselo a tu corazón. ¡Nomás eso me faltaba! Que empezara yo a oler a alcanfor.

—Pos como dices que te gustaría vernos casadas...

—A la verdá, te diré que Liborio no es un mal hombre: es trabajador, honrado y ya le había yo maliciado que te quería...

—¿Ah, sí? —interrumpió colérica la Lupe—. Pos ora mesmo le correspondo.

Bien sabía Juan, que todo aquello era mentira y que todo lo hacía ella por picarlo.

Para colmo de las desdichas de Lupe, fue por ese tiempo que llegó la Nico al rancho y la intuición de aquélla la hizo ver en ésta una peligrosa rival; y no se engañó.

A los pocos días de llegada, cuando Juan estaba una tarde espiando detrás de la cerca para lograr verla, lo sorprendió la Lupe que, le dijo iracunda:

—No lo dudo ni tantito que a ti también te traiga "bembo" esa "liendre de puerco" de enfrente, como a todos los del rancho: no sé que le ven a esa ojos de buey manso; no más les hecha ojos de borrego horcado y toititos los azonza ¿No que no tenías ganas de novia? ¡Date priesa porque te la ganan!

—Y se metió al jacal casi llorando.

A los pocos días fue peor. Anochecía y volvía Juan del Guayabal a donde había ido a arreglar la tumba de su padre, cuando al llegar al jacal oyó voces de mujeres. Eran Lupe y Nico que discutían; más bien dicho, era Lupe la que hablaba en voz alta y como disgustada:

—Pos ya te lo digo, por aquello de las dudas.

—No pases cuidado —le respondió calmadamente Nico—, Juan a mí no me ha hablado, ni creo que lo hará; pero si me hablara para novios, yo ya sé qué le contestaría. ¿Y ya tienes mucho tiempo de novia de él?

—Algo..., algo... —respondió Lupe turbada—, algo más de un año.

Hizo ruido, Juan, adrede para que viera que llegaba y acercándose las saludó.

Casi corriendo, la Lupe se retiró y Nico iba a hacer lo mismo; pero Juan la detuvo llamándola:

—Nico, Nico, no se vaya; ya oyí todo y manque esto tal vez no sea de hombres, no quero dejarla ir así, sin decirle que la Lupe le estaba echando mentiras. Yo no soy su novio; a la probe se le ha metido en la cabeza que así sea, pero yo sólo la quero como hermana; y le digo esto pa que no viva equivocada.

Nico no le contestó nada; se retiró, pero Juan se daba cuenta que no iba muy convencida.

A la Lupe se la encontró llorando en el jacal; no quiso reclamarle nada para no mortificarla; sólo la vio y salió moviendo la cabeza.

Muchos días duró la Lupe sin hablarle; pero como la vez anterior, poco a poco se le fue pasando el disgusto y lo que más le alegraba a Juan era ver que se iban haciendo amigas, como si al fin ya Lupe se hubiera hecho el ánimo y estuviera arrepentida de lo que había hecho aquella tarde, y tal vez para desagraviar a Juan que no dejaba de manifestarle disgusto, un día, confidencialmente, le confesó a la Nico que lo que le había dicho aquella vez era mentira.

Se había resignado por fin a perderlo; pero a lo que no se resignaba era a no conseguir marido; su natural ardiente le impelía a buscarlo y por eso, valiéndose quién sabe de que artes, logró que a los tres meses de noviazgo, la pidiera el ranchero al que en su despecho había correspondido.

Admiraba ahora, Juan, a aquella mujer valiente e impetuosa, que haciendo un lado resabios y prejuicios propios de su sexo, impelida por su naturaleza ardiente e imperiosa, había ido directa a conseguir lo que ella quería. ¡Mala su fortuna que por desgracia para ella no lo había logrado!

Por eso era que Juan, ahora que ella se había casado al fin, sentía como si un peso se le hubiera quitado de encima.

Cuando la vio partir Mesa Arriba en compañía del palurdo que era ahora su marido y que ufano abrazaba a la guapota hembra, a aquella moza garrida que tan cerca estuvo de ser suya, no dejó de sentir algo de tristeza y un poco de celos al pensar que aquel hombre iba a deleitarse con los encantos de aquella mujer, a la que él con sacrificio y con tanto valor había renunciado.

Pero ahora se sentía contento de que las cosas hubieran sucedido así, porque era mejor para todos.

Y cuando ya entre el boscaje donde se adentraba la vereda que ellos tomaron, se iban perdiendo marido y mujer rumbo a su rancho y rumbo a su hogar, los músicos que habían alegrado la boda, cantaban, como si la vida quisiera hacerle comprender en su sabiduría todo lo justo y lo bueno que había sido su proceder, la canción que parecía hecha a propósito para esos momentos.

"Agua que no has de beber, déjala correr...

Déjala, déjala".

Él la había dejado; aquella agua cristalina y límpida que a sus labios sedientos se había ofrecido, seguía ahora por su cauce, por aquel cauce que él no había querido torcer, clara y diáfana, sin que el cieno de su lujuria y de su egoísmo la hubiera enturbiado.

Y por eso ahora que entraba a su jacal, se sentía alegre y ligero y tarareaba inconscientemente el sabio estribillo.

"¡Agua que no has de beber, déjala correr, déjala correr!"

IX. La Nico

En el año siguiente hubo otras dos bodas: primero fue su hermana; se casó con el primo Melitón, el que vivía con ellos, hijo de su tío Daniel; todo mundo esperaba esa boda; desde que su hermana empezó a crecer, se vio que se querían y viviendo juntos, fue lo mejor que pudo suceder; se fueron a vivir al jacal del otro lado.

Ese año la cosecha no había sido tan mala y él le pudo regalar a su hermana un rebozo y algunas otras prendas de vestir, para el matrimonio. Juan no se opuso al casorio porque a pesar de que su hermana era todavía una chiquilla, ya que no cumplía aún los quince, se había dado cuenta desde hacía tiempo de que ellos se querían; además, la costumbre era así; que las muchachas se casaran aun casi antes de ser mujeres y por otra parte, no podía dejar a la Nacha en mejores manos que las de aquel primo hacendoso y callado, trabajador y bruto como un burro. Para él era una garantía dejar a su hermana con una protección por si él llegara a faltar o por si alguna vez, quién lo sabía, él también llegara a casarse, pues no tenían ningún pariente cercano que en caso de que esto sucediera pudiera recoger a su hermana.

A los tres meses de aquello fue la Lola; parece que se habían puesto de acuerdo; se la pidieron al hermano, pero éste descargó su responsabilidad en Juan y a pesar de que él les dijo que no tenía autoridad para ello, tuvo al fin que actuar como jefe de casa y accediendo a los deseos de la muchacha, consentir en el matrimonio. A los hermanos mayores se les escribió solicitando su consentimiento, pero éstos ni siquiera contestaron, por lo que Juan tuvo que aceptar toda la responsabilidad. Era curioso ver a aquel muchacho con tan pocos años, improvisado padre de familia, resolver esas cuestiones con un juicio y una serenidad tan completos.

Para Juan eso fue una sorpresa, pues ni siquiera sabía que la Lola tuviera novio y menos que éste fuera del pueblo. Cierto que no era fea la tal Lola, pues para ser sincero, hasta a él le gustaba, porque ya con

sus diecinueve años cumplidos, hacía tiempo que miraba a las mujeres con cierto interés y deleitación, encontrando en ellas cada día detalles agradables en los que antes ni siquiera había reparado.

Tan pronto como la pidieron, la Lola se depositó en la casa de una familia amiga y de ahí fue al altar y a la casa del afortunado abajeño que fue su marido.

¡Con que la Lola casada! Ella que casi con nadie hablaba, que casi nunca salía; sabe Dios dónde se había conseguido el novio y dónde se pondrían de acuerdo; pero el hecho era que ya la Lola se había quedado abajo con su hombre y Juan se había quedado solo, completamente solo en el jacal.

Otra vez el padrino con su insistencia le volvió a invitar que se fuera con él, allá abajo; pero Juan no podía; aparte de otros, tenía dos grandes motivos que lo retenían en el rancho: cuidar su cosecha que ya casi se ponía y que prometía ser buena y más que todo, la vecina del jacal de enfrente, donde su padre se había defendido; hacía diez meses que tenía nuevos vecinos; habían llegado del otro lado del Valle, de los Altos; según habían dicho, de los "Ramblases", por efecto de esa revolución pasada que a tantas gentes sacó de su lugar y los había arrojado hacia otros rumbos. Ellos habían rodado por diferentes partes y ahora venían a sentar sus reales como por una buena suerte para él, en ese rancho. Algo había oído decir Juan de un hijo de los viejos esos, sus nuevos vecinos, que había hecho barbaridades alzado contra el Gobierno por los lugares donde ellos vivían y que al final había sido fusilado. El viejo, para evitar represalias, había tenido que salir de ahí. Estuvieron primero en Tepa, en Atotonilco, pero la vida de los pueblos grandes no le cuadraba al viejo como buen ranchero y al final y sin saber cómo, vinieron a dar ahí, a la Mesa. Compró el hombre y arregló aquel jacal abandonado donde nadie había querido vivir después del trágico suceso y ahí se instaló con su mujer, tan vieja y tan buena como

él y con aquel pimpollo de muchacha, de la que pronto se enteró Juan era su hija adoptiva. La habían recogido desde muy chica, cuando la madre murió. ¡Y vaya que era bonita la criatura! Verdadero ejemplar de alteña. Tendría unos catorce años corridos, pero ya estaba formadita y con arrestos de mujer. Blanca, de ojos y de pelo negrísimos, chapeada como una manzana madura, destacaba entre todas las muchachas del lugar no sólo por su hermosura sino también por su simpatía...

En esa parte de sus recuerdos estaba Juan, cuando fue interrumpido por el relincho de un caballo que venía de allá abajo, de la cuesta; se enderezó un poco y desde la posición dominante en que se encontraba alcanzó a ver a un jinete que ascendía y que por momentos se perdía de su vista en los vericuetos de la subida. Ya más cerca y al cruzar un claro del ramaje, alcanzó a verlo más bien, lo reconoció; era Pancho, uno de los del rancho que lo había acompañado a enterrar a su Nico y que de seguro se había retardado en el pueblo; pasado un rato llegó éste al lugar donde Juan reposaba, pasando casi debajo sin verlo, por el sombrero ancho que le tapaba la cara y por la rama que casi ocultaba a Juan, de manera que cuando éste le habló, el jinete se asustó.

—¡Ah, caramba! Juan, ¿qué haces ahí!

—Pos estoy nomás descansando un poco...

—Si quieres ir pal rancho, trépale nomás enancas, que el matalote este puede con los dos.

—Gracias, Pancho, ahi te alcanzo; voy a estarme por aquí otro rato.

Se fue el caminante y Juan volvió a coger el hilo de sus recuerdos. Sentía una como necesidad y a la vez un placer en estar recordando toda su vida. La veía ahora clara, precisa y eso le sorprendía. Otras veces había querido recordar, sin lograrlo, pasajes de ella que ahora afluían a su mente como si hubieran sucedido un día antes; inconscientemente, poco a poco, fue ensimismándose de nuevo, en sus recuerdos…

La primera vez que vio a la Nico, fue una tarde que volvía de la labor; la encontró platicando junto a la cerca del corral de la casa de

ella con su hermana; Juan saludó y entró a su jacal casi sin prestarle atención; pero otro día la volvió a ver; era un domingo por la tarde y venía junta con otras muchachas del rancho, del Guayabal que era el paseo del lugar; cuando las encontró y la contempló a su sabor, el corazón le dio un vuelco. Pasaron ellas, saludaron sonrientes y apenas se pararon un momento; la Lola le dijo:

—Mira, Juan, esta muchacha es la nueva vecina del jacal de enfrente.

El la miró y se puso encendido como una grana. Durante un solo momento la vio a los ojos y al fin atinó a decir sudando casi de vergüenza:

—Pos ya sabe, nosotros vivimos enfrente y yo soy un servidor, pa'lo que se le ofrezca.

Después, al recordar eso, le daba coraje consigo mismo por la forma tan tonta como la había saludado. Ella nada le dijo; sólo le contestó con una sonrisa y siguió caminando en medio del grupo de muchachas.

Se quedó parado viéndolas ir y admirando la figurita graciosa de la niña mujer, que contrastaba por su delicadeza y exquisitez con las muchachas fuertes y garridas que a su lado iban. Cuando se perdieron entre los árboles, Juan se quedó un rato pensativo; le había dado una corazonada y algo le decía sin explicarse el por qué, que aquella chiquilla que acababa de conocer iba a significar mucho en su vida.

Después, todos los días la veía por las tardes, cuando él regresaba del campo. Antes de entrar a su jacal, se quedaba un rato afuera como ocupado en algo, o entraba y salía luego para sentarse sobre la cerca del corral y tocando su órgano de boca le arrancaba dulces melodías que él quería llegaran hasta el corazón de la mocita. Ella no tardaba en salir como a regar las flores o a darles de comer a las gallinas y como quien no quiere la cosa se iba acercando a la puerta del corral; entonces hacía como que reparaba en él, lo saludaba graciosamente y trababan luego conversación trivial, inocente: algunas veces, casi siempre, ella le

preguntaba por su trabajo; si iba bien, cómo iba el temporal, si seguiría lloviendo y si se esperaba buena la cosecha y él a ella por su padre, por sus pájaros, por sus flores y si iba a ir a misa al pueblo el domingo; en fin, cosas casi todas sin importancia.

Otras veces, ya cuando el campo se cubría de flores, al volver Juan de su labor le cortaba un ramo de las más preciosas; florecitas de San Juan, azucenas o mirasoles y se las daba al llegar. Pero nunca hablaban de su amor, de ese amor, que él estaba seguro, anidaba en sus corazones.

Lo que pasó luego y lo que ahora seguía recordando Juan le sacaba todavía los colores a la cara.

Fue un día a la hora de la siesta: él venía de Cieneguilla, del otro lado de la Mesa a donde había ido a entregar una yunta de bueyes que le habían rentado para sus trabajos de campo y los cuales ya no utilizaba por haber acabado de dar la segunda a la labor. Regresaba ahora para el rancho, por la vereda oculta casi por los nopales, yerbas y flores que en exuberante mezcla la bordeaban borrándola casi. Al llegar al paraje de "Los Tanques", unos ojos de agua que le daban el nombre a ese lugar y al ranchito que ahí estaba ubicado y el cual acababa de pasar, sintió una sed ardiente, eran como las tres de la tarde, el sol quemaba y él venía jadeante y sudoroso de subir la cuesta que por ese lado era muy empinada; cortó por una angosta vereda que llevaba directamente el tanque más grande; llegado a él se abrió paso entre los ramajes de los sauces y sabinos que bordeaban el ojo de agua zarca, cuando de improviso oyó voces y risas de mujeres; se detuvo brusco; serán algunas familias, (se pensó) que se bañan al otro lado; estuvo a punto de regresar, pero la sed le atosigaba y por otra parte, el lugar donde la gente se bañaba estaba algo distante y oculto por unos enormes sabinos que lo tapaban todo: separó rápido las últimas ramas, brincó sobre las gruesas raíces de los árboles que se adentraban en el agua, se tiró de panza sobre la más gruesa y se puso a beber el

agua fresca y cristalina con deleite; bebía a grandes sorbos, a grandes tragos que gorgoteaban en su garganta; en esa posición estaba y se disponía a enderezarse saciada ya su sed, cuando un ruido de agua que se agita y voces cercanas de mujeres lo hicieron esconderse tras de un grueso tronco; eran las bañistas que venían nadando hacia la parte más profunda del estanque, hacia el lugar donde él estaba; por un momento pensó en correr y huir; pero lo contuvo el temor de que lo vieran y juzgaran que bribonamente las estaba espiando; se encogió cuanto pudo y aguantó casi la respiración; eran cinco muchachas que nadando a grandes brazadas se acercaron hasta unos cuantos metros de su escondite; nada más las cabezas y los brazos emergían; de momento, con las caras semiocultas por el agua alborotada, no las reconoció, pero luego ya cansadas de nadar, se asieron a una gruesa raíz que entraba hasta casi medio tanque y una a una, con esfuerzo, fueron saliendo; entonces pudo reconocerlas: eran todas del rancho, Lola su prima, Rosa, Elena, Cuca y su Nico. Se sentaron todas sobre la vieja raíz jugueteando con las piernas en el agua; desde donde Juan estaba podía observarlas sin ser visto: las camisillas breves, ligeras y empapadas por el agua se untaban a los cuerpos modelando los contornos como si estuvieran desnudas; de todas, Cuca era la mayor y su Nico la más pequeña. Una a una las fue recorriendo con la mirada ansiosa e incansable; Lola era la más fornida sus senos redondos y morenos casi brotaban del escote de la camisa; sus anchas caderas, poderosas, se achataban contra la raíz donde reposaba: con ambas manos, se alzaba el borde de la camisa para permitir a sus piernas más libertad para juguetear con el agua y casi de frente a él, ponía a descubierto su sexo belloso, negrísimo y sazón. Su Nico era la que había quedado más cerca; la veía tan próxima, que sentía que casi con alargar la mano la hubiera tocado; su piel blanca se confundía casi con la albura de su camisita de manta; los senos insipientes, no más grandes que una mandarina,

levantaban la tela como si quisieran romperla con sus agudas puntas, que se transparentaban a través de ella sonrosadas; sus muslos esbeltos y breves se unían arriba en el triángulo del sexo que apenas velaba un escaso bellón de virgen, semi-impúber. Sobre sus brazos, su cara y sus hombros perfectamente modelados, las gotas de agua perlaban el cutis de porcelana. Alzó ella los brazos, escurrió sus cabellos negrísimos, los trenzó y amarró sobre la nuca, se enjugó la cara con las manos y se paró sobre la raíz donde estaba sentada; pudo entonces Juan admirar su belleza en todo su portento; nunca antes había visto a una mujer desnuda, pero la imagen que en sus sueños de mozo viril e insaciado se había forjado, en esos sueños que ya muchas noches perturbaban su calma, eran como la de aquella mujer esbelta y frágil. Las demás no tardaron en imitarla y aquellas cinco figuras, hermosas todas en sus diferentes tipos y a las que la ligera ropa sólo servía para remarcar más su desnudez, todas de color distinto, desde la Cuca de piel oscurísima hasta su Nico que parecía una estatua de alabastro, se le metían por los ojos y más que verlas, las sentía como si estuvieran dentro de su pecho, donde su corazón brincaba como potro desbocado. Fue sólo un momento el que duraron paradas, porque luego, una tras otra se echaron al agua y con el mismo alborozo con que llegaron, volvieron nadando al lugar de donde habían venido, el cual desde donde él estaba no alcanzaba a dominar.

Juan se quedó aturdido; las sienes le latían violentamente; sentía la cabeza como si le fuera a estallar y todo el cuerpo ardiente y tembloroso; tenía la boca seca, amarga y a pesar de que había bebido agua casi hasta reventar, la sed le quemaba la garganta. Volvió a beber; se mojó la cara y la cabeza con el agua fresquísima y arrastrándose como una víbora retrocedió un buen pedazo; luego, en cuclillas, siguió caminando, hasta que al fin, cuando creyó que ya no podían verle, se puso de pie y veloz emprendió el regreso al rancho, atontado y dando traspiés como si hubiera bebido.

Se sentía avergonzado como un criminal; cierto que él no había buscado la ocasión, pero de todas maneras, de haberlo querido, no las habría mirado; pero fue una fuerza superior a su voluntad la que lo hizo no apartar su vista por un momento de ellas y además, no lo dejaron siquiera pensar si hacía bien o hacía mal en ello por lo súbito e inesperado de la situación.

Hasta ahora comprendía que no había obrado bien; pero la figura hechicera de la Nico no se apartaba un solo momento de su mente; de las demás casi ni se acordaba; sólo a ella la traía grabada en el pensamiento, como si por obra de encantamiento hubiera quedado esculpida en él. Por más que se esforzaba en pensar en otra cosa durante todo el regreso, hasta llegar al rancho, la llevaba ante sí; la veía claramente ahora, tal como la había visto, con todos sus detalles, hasta con el lunar que descubrió en su hombro derecho.

Esa tarde no habló con ella; comprendía no soportar su mirada. Espiando por dentro del jacal, la vio llegar en compañía de las demás muchachas y a través de su enagua de percal floreado y de la blusa verde, presintió de nuevo sus exquisitas desnudeces.

La chiquilla salió como diario lo hacía y con mirada ansiosa hurgaba por el camino y para el jacal; luego, viendo que no aparecía él por ningún lado, se metió al suyo cantando.

Por la noche no pudo dormir Juan; sentía como un peso en la cabeza que no lo dejaba levantarla; se sentía calenturiento, agitado; era su sexualidad hambrienta que hacía crisis ante el rudo latigazo que esa tarde había recibido.

Había cumplido los diecinueve años y nunca le habían dejado tiempo las penas y el trabajo arduo, agotante, de pensar en el amor y en las mujeres; aún antes de ese día, sentía hacia la muchacha una atracción espiritual, un tierno cariño casi ajeno de sexualidad y en el que lo carnal casi no tomaba parte alguna. Virgen espiritual y corporalmente, nunca

había sentido el deseo, morder implacable en su carne como ahora lo sentía.

Con los ojos cerrados, los puños apretados y la boca seca y amarga, todo el cuerpo convulso, no podía apartar de sí la escena del Ojo de Agua; y un deseo imperioso, cruel, brutal, hasta entonces desconocido para él, dominaba su espíritu: el de estrujar entre sus brazos la figurilla blanca. Se revolvía en su cama desesperado, sin poder conciliar el sueño; al fin la fatiga pudo más que el insomnio y se quedó dormido, ya en la madrugada. Su sueño fue agitado y poblado de escenas voluptuosas en que él y Nico eran los protagonistas.

Cuando se levantó otro día y ya tarde contra su costumbre, se sentía cansado, aporreado, como después de uno de esos días en que había trabajado hasta rendirse.

Ese día tampoco se atrevió a ver a la Nico; ella salió como diariamente lo hacía al pequeño corral; pero él no se animó a hacerle frente; temía puerilmente que fuera a adivinar en su pensamiento y en sus ojos toda la maldad (así la llamaba él) que hervía en su pecho.

Ella le preguntó a la prima Lola que llegaba en esos momentos con unas pencas de nopal ensartadas en una rama y con quien charló un rato:

—Y Juan, ¿qué no está en el rancho, que no lo he visto?

—Sí está, Nico. Pero quen sabe qué le pasa que no ha querido salir y casi no quere hablar; yo crioque está malo... o liabrás hecho tú algo —dijo con una sonrisa maliciosa.

—No me pasa nada —dijo Juan saliendo—, estos días me he sentido un poco malo, eso es todo.

Y saludó de lejos a la Nico. La Lola se metió al jacal.

Todos en el rancho los creían novios y propiamente no lo eran, pues él nunca le había hablado a ella de amor. Ciertamente que la quería al par del alma y estaba seguro de ser correspondido, pues eso lo había

leído en sus ojazos; pero novios de verdad, no lo eran; hasta entonces reparó Juan en ello, tembló al pensar que algún mozo del rancho de los que la rondaban se le adelantara y le ganara su cariño. ¡Y no eran pocos los que miraban a la Nico con ojos tiernos! Aunque, y eso lo llenaba de orgullo, ella no tenía miradas más que para él.

Rápido se decidió. Ya la obscuridad había descendido sobre el rancho. Se deslizó por detrás de la cerca de piedra que rodeaba el jacal de ella, que lo siguió disimuladamente con la vista, tomó un cántaro y como quien no quiere la cosa fue a sacar agua del pozo que estaba precisamente por dentro del lugar donde Juan se había apostado.

—Nico, Nico —le dijo Juan con voz entrecortada y queda, llamándola.

—¿Qué hay Juan? —le contestó ella volteando hacia él su cara sonriente.

—Arrímate tantito, quero decirte una cosa.

Ella se acercó; sólo les separaba la pequeña cerca que les daba apenas a la cintura. Juan estaba turbado, sentía la cara roja como una amapola y casi le faltaba la respiración.

Hubiera querido decirle muchas cosas bonitas, volcarle en ese momento todo el cariño que albergaba en su pecho; pero sentía como una mano que le apretaba la garganta y no lo dejaba hablar. Ella estaba con la mirada baja, las manos caídas y haciendo nudos con su mandil; su respiración también era anhelante. Ninguno decía nada; al fin Juan se decidió y como por un impulso, tomó una mano de ella entre las suyas y le dijo mirándola apasionadamente:

—¿Verdá que sí, Nico, verdá que sí me queres?

—Sí, Juan —respondió ella levantando a medias la cara ruborosa.

Así, cogidos de la mano, duraron unos momentos más sin hablar y casi sin mirarse. Al fin dijo ella deshaciéndose suavemente:

—Ya me voy Juan, no me vaya a buscar mi mamá; mejor mañana vienes.

Cuando se retiró de ahí, Juan no cabía en sí de gozo; sentía como si el pecho le fuera a reventar de alegría y le daban ganas de gritar, de cantar, para que todo el rancho supiera que ya la Nico era su novia; ¡porque sí! ya era su novia y además ella le había dicho que lo quería. ¡Ahora sí ya no tenía nada que temer de los demás muchachos que la perseguían! Él no sabía por artes de qué ni cómo; pero Nico era su novia; aquella muchacha que era la más bonita no sólo del rancho, sino de toda la Mesa y los contornos. Y eso no era él quien lo decía, él que la miraba con los ojos del cariño, sino toda la gente que la conocía. Ahora sí ya podría decirle a los mozos del rancho que la rondaban, que la dejaran en paz, porque ya se sentía con derecho para ello, y un día, lo más pronto que pudiera, se casarían y se la traería a vivir a su jacal.

Esa noche, recostado en el suelo sobre su cobija, por fuera del corral, enfrente de la choza de ella y seguro de que lo estaba oyendo, le sacó a su flauta las melodías más dulces que sabía; el cielo tachonado de estrellas era el único testigo de su felicidad. Por las notas de su flauta, de esa flauta que conservaba desde chico y la que tanto le gustaba tocar en sus ratos de ocio, fluía toda su dicha: ¡Nunca antes había puesto como ahora toda su alma al tocarla!

Los vecinos de las chozas cercanas que le oían, se decían: "No cabe duda, Juan está enamorado".

X. La boda

Al poco tiempo fue cuando la Lola se casó y él quedó solo y aunque ya ella no vivía en su jacal, de todas maneras le hacía pie de casa y ahora hasta ese pequeño calor de mujer le faltaba. Siguió comiendo en casa de su hermana Nacha a quien no dejaba de ayudar, pero siguió viviendo solo en su jacal.

También por ese tiempo fue que llegó un hermano de Nico. Odilón, que junto con su mujer vivió en el jacal cercano; un buen hombre, que dedicado a la arriería con su atajo de burros, era muy poco lo que estaba en el rancho y el cual vino a ayudar en mucho al pobre viejo de su padre, que ya a su edad, se veía en aprietos para poder sostener su hogar. Enterado o no enterado del noviazgo, el hecho es que poco o nada se metía con ellos, por lo cual Juan sentía hacia él una viva simpatía.

Ya tenía pensado definitivamente casarse con la Nico y ella también había aceptado, sólo que tenían que esperar; ella todavía estaba muy chica aunque a él no le parecía y por otra parte, él tenía que juntar algún dinero para comprarle sus donas, su ajuar de casa, y si era posible, una maquinita de coser de las de mano; en fin, lo más que pudiera.

Los padres de ella ya sabían del noviazgo y se hacían disimulados; en verdad que no podían ponerle defecto al muchacho; el único que tenía, el ser pobre, lo que hacía era igualarlo con ellos, nada más.

Y así pasaron los días, y pasaron los meses, y ellos siguieron con su noviazgo inocente, casto, lleno de pudores. Si alguna vez por la noche ya acostado y antes de dormirse daba rienda suelta Juan a sus deseos, prometiéndose asimismo que otro día abrazaría y besaría a la Nico, a la hora de la cita y ya frente a ella, separados tan sólo por la cerca bajita de piedra, se sentía impotente para hacerlo y aunque algunas veces excitado por el perfume y el olor que emanaba de aquella carne fresca y virginal, sentía frenéticos deseos de apretarla fuertemente entre sus brazos, algo que no sabía, explicar qué era, lo contenía y dominaba y si acaso alguna vez tan sólo, se atrevía a tomarle una mano que ardientemente estrujaba entre las suyas temblorosas.

Eran todas las expansiones que le permitía a su carne sedienta de amor y de mujer.

Alguna vez había bajado, invitado por amigos del rancho, hasta el pueblo, a buscar algunas de las mujeres que había en el "Salón", mezcla de lenocinio y salón de baile con ribetes de cabaret y se extrañaba que sus compañeros les agradaran aquellas mujeruchas pintarrajeadas, sucias, descocadas y fofas, que a él sólo le inspiraban un sentimiento desagradable, mezcla de lástima y repugnancia. Los esperaba mejor afuera y se regresaba tan casto como había llegado, aunque los compañeros se burlaban de él, achacando a cortedad o a falta de virilidad, lo que sólo era delicadeza y buen gusto. ¡No! ¡Decididamente no era ese el placer que él buscaba!

Había que ver las cuchufletas y burlas que ya de vuelta al rancho le disparataban los amigos con quienes iba.

Optó mejor por ya no bajar con ellos. Y así, sin quererlo, sin apenas notarlo, iba conservando para la Nico, su cuerpo y su espíritu virgen de toda mancha.

A medida que transcurría el tiempo y a medida que ella cumplió los quince, la promesa de mujercita que él admiró aquella vez primera, se fue transformando en toda una realidad. Sus Formas iban tomando la turgencia de líneas de una mujer hecha y derecha y sin perder la delicadeza de la forma, se iban acentuando las curvas ahí donde radica la belleza de la mujer. Se contorneaba a ojos vistos. Casi bajo su mirada, fue viendo Juan cómo esos senos que él admiró tan pequeñitos y breves, se transformaban en dos pomas maduras, cómo sus caderas enjutas casi como las de un efebo, se modelaban combas y bravías.

También su cara ya no era la de una chiquilla; se veía en ella más seriedad, más decisión; y cuando él le hablaba algunas veces, con algo de mala intención, al oído, del día en que se la llevaría al jacal y sería de él y estarían solos y se amarían mucho, ya no contestaba ella con una

sonrisa burlona de chiquilla, sino que suspiraba y en sus ojos adormidos y negrísimos se adivinaba también ansiedad y anhelo.

También él había cambiado: ya no era el jovencito delgado y endeble de antes; era ya un mocetón alto, fuerte y bien proporcionado y en su cara morena y tostada por el sol, el escaso bozo ponía ya una sombra obscura, y uno que otro pelo de barba rala marcaba el sello de su raza indiana. Sus músculos endurecidos y templados por el duro trabajo del arado, de la rozadera y del azadón, eran a la vez fuertes y flexibles.

Las cosas en el rancho también iban mejor; los dos últimos años no habían sido tan malos y la última cosecha le había dejado ahorrar unos cuantos pesos, que le había dado a guardar a su padrino a quien había hecho también partícipe de sus proyectos y quien con gusto los había aprobado; y no sólo eso, sino que además le había prometido apadrinarlo en la boda.

Si la cosecha de ese año correspondía a las promesas que ahora apuntaban bajo la forma de pequeñas milpas que ya brotaban de la tierra, tal vez entonces, al levantar el maíz y frijol; realizaría esos sueños que tanto había acariciado.

El nuevo patrón, con el que ya iba a cumplir tres años de trabajar sembrando a medias, era menos tirano en las particiones y al cobrar era más legal y le dejaba justo lo que le correspondía como mediero; las tierras que ahora sembraba eran mejores, estaban menos cansadas y por lo tanto producían más. Las cosas, pues, parecía que se estaban poniendo de su parte y para que todo acabara de salirle a la medida del deseo, el temporal de aguas fue magnífico, ni muy abundante ni escaso, más tirando a cargadito; pero sobre todo, muy oportuno, dejando hacer todos los beneficios a las labores; parecía que el agua nomás estaba esperando que terminaran un beneficio y se venía sin vara.

Muchas veces, cuando Juan regresaba de su ecuaro al metesol, lo sorprendían los fuertes aguaceros; entonces, cubierto con su "china"

y su ancho sombrero de palma, en la copa del cual llevaba pintada una cruz para que lo defendiera San Isidro Labrador de los rayos, remangados hasta arriba de la rodilla sus anchos calzones y con el lodo hasta media pierna, sentía disgusto por tener que retardarse algo para llegar y ver a la novia; pero lo compensaba con la satisfacción de pensar que sus milpas, esas milpas que él veía con tanto cariño y como algo de sí mismo cuidaba, estaban hartas de agua y no como otros años que cuando entraba la canícula sin agua y se venía la sequía, se desesperaba de ver a las pobres milpas torcidas, tostadas, mustias. Entonces comprendía su angustia, como si aquella terrible sed que achicharraba a las plantas le estuviese a él también quemando las entrañas.

Otras veces, por las tardes, cuando regresaba más temprano que de costumbre del rudo trabajo, con los músculos molidos, casi sin poder mover las piernas y los brazos de fatiga y sentía desfallecer su ánimo, se encaminaba hasta el guayabal donde estaba enterrado su padre y cerca del montón de piedras sobre el cual había colocado una cruz de madera toscamente tallada y pintada de negro con el nombre y la fecha de su muerte, se sentaba y se ponía a reflexionar, a buscar el porqué de lo que había acontecido a aquel hombre honrado, trabajador y noble que había sido su padre y no encontraba la explicación, los motivos que justificaran el por qué tan buen padre y hombre tan cumplido, los había abandonado para lanzarse a aquella aventura que tan trágicamente había terminado. No podía encontrar qué móviles tan poderosos fueron esos que desarraigaron a su padre de aquel rancho donde estaban todas sus querencias, de aquel ambiente que era toda su vida, para arrojarle a la revuelta y a la muerte, como él había visto al vendaval arrancar de cuajo los gruesos árboles que bordeaban las barrancas y que un viento de furia y destrucción arrojaba al despeñadero. Entonces, cuando regresaba del guayabal, volvía taciturno, callado, como si una nube obscureciera toda su vida.

Sólo la Nico con su voz queda, pausada, cristalina y su mirada dulce y apasionada, lo consolaba en su tristeza.

Y así un día tras otro, entre el diario trabajar y el placer de la entrevista con la novia por la noche, se fue aproximando el gran día.

La cosecha no sólo respondió a sus esperanzas, sino que las excedió y con lo que le restó de ella, después de pagar sus deudas y lo poco que ya tenía ahorrado, pudo comprar lo que tanto estaba deseando para la Nico; ya tan sólo esperaban el vencimiento del plazo que le habían puesto para la boda. Para esos entonces ya ella estaba en plena madurez, era una mujer hecha y derecha; y sus entrevistas eran más largas, más apasionadas, pues comprometidos como estaban, se veían con más libertad; no sólo en la noche sino que algunas veces de día también, platicaban y mejor decir que platicaban se veían, gozaban con sentirse uno cerca del otro, porque era muy poco lo que se decían; se concretaban a adorarse con los ojos.

Y como no hay plazo que no se llegue, aunque para el que lo espera parezca muy lejano, el día tan ansiado llegó. Un día antes había quitado Juan de una cazuela la penúltima de las piedritas que iban marcando los días de espera; había puesto en la cazuela cuando le fijaron el plazo; una piedrita por cada día que le faltaba y todas las mañanas lo primero que hacía al levantarse, era quitar una y al hacerlo, parecía que le quitaban un peso de encima, y se sentía más confortado al ver que poco a poco se iban acabando y contaba y recontaba las que restaban aún.

El día amaneció brillante, esplendoroso, como si la naturaleza participara también de esa su alegría que parecía querer salírsele del pecho. Todo estaba preparado de un día antes. Él había bajado al pueblo a traer lo que le faltaba y de paso había llegado con Chanito el peluquero. Volvió al rancho remozado, limpio...

Después de esto, todos sus recuerdos se opacaban, se desvanecían ante aquél en que veía a la Nico, hermosa, gentilísima, fresca y lozana

como una rosita acabada de reventar, con su vestido blanco (con cuántos sacrificios se lo había él comprado) el pelo y los ojos negrísimos como para contrastar con la albura de la vestimenta, enrojecida su cara de rubores, al lado suyo en la Parroquia del pueblo, donde el señor Cura bendijo su matrimonio.

Después, en el rancho, la boda con canciones, vino, música de guitarras y violines, la comida con muchas sopas como era de rigor en esos casos, birria de cabrito, es decir, todo lo que se necesitaba para que fuera una boda de verdad; en ello se había gastado Juan hasta el último centavo de sus ahorros, y no sólo eso, sino que hasta había quedado adeudado con su patrón; pero eso a él no le preocupaba porque lo que quería, era que la Nico se sintiera orgullosa y ¡qué caray! nada más una vez iba a hacer ese gasto; y después de la fiesta (este era el recuerdo que más grabado tenía), cuando ya despedidos los últimos invitados se quedaron solos: él también y sólo por condescender, se había tomado dos o tres tragos de tequila y tal vez por eso no sintió la turbación y el temor que creía iba a sentir en esas circunstancias. Se acababa de ir el compadre Lencho, que por más borracho fue el más necio y al que casi tuvieron que echar de ahí, pues se obstinaba en que tomaran tanto Juan como Nico de una botella de tequila que traía y el cual al salir, disgustado casi porque ya no lo consentían, les dijo en son de burla:

—Bueno, compadre, yo ya me voy, pues; no cabe duda que hay feos con suerte... nomás te pido una cosa: que te acuerdes de mí cuando estés en el reino de los cielos...

Y salió el borracho riendo y tambaleándose.

Luego que éste se hubo ido, volvieron ellos paso a paso desde la puerta del corral hasta donde lo habían acompañado, al jacal. Al llegar ahí se quedaron por un momento contemplándose; luego él, con voz insinuante y trémula y tomándole una mano le dijo:

—Ándele, mi Nico, pásese pues... y entró tras ella.

Y así, aquella noche, la figurilla blanca y hermosa que él había deseado con vehemencia, aquella mujercita que tantas veces había soñado dormido y despierto, aquella hembra fresca y sazona en la que él veía reunidas todas las perfecciones femeninas, vibró de placer entre sus brazos y le hizo conocer paraísos hasta entonces por él ignorados.

Se entregó a él sin remilgos ni alarde de falsos pudores; devotamente, como quien entrega a su dueño algo de lo que sólo ha sido depositario. Y de ahí en adelante fue siempre así; sumisa, obediente, cariñosa y buena. Fue para él siempre como un rayo de luz en la obscuridad de su vida gris; un paréntesis de felicidad y alegría en el constante penar de su vida paria, llena de sinsabores, de fatigas y de miseria. Había llegado a su vida sin apenas notarlo, como una bendición; para él, casi ayuno de todo cariño, huérfano de madre cuando pequeño, muerto su padre cuando apenas entraba a la adolescencia, casi sin amigos, aquel oasis de ternura vino a llenarlo todo. Desde que la conoció, la felicidad brotó en su vida y después, cuando ya fue suya, sintió aquella alegría y bienestar como cuando de niño, cuidando el rebaño, la sequía cruel dejaba en tierra todos los aguajes y él, sediento y ansioso desesperaba ya de encontrar agua para calmar la sed que lo abrasaba, se encontraba de pronto en algún paraje desconocido por donde guiaba el rebaño al aprisco huyendo de los terrenos áridos, con algún ojo de agua fresca y acogedor. Bebió así de su dicha, como entonces el agua, a grandes tragos, casi ahogándose, ansiosamente, como si temiera que se fuera a acabar de pronto. Después, ya calmadas las primeras ansias siguió bebiendo de ella a pequeños sorbos, con deleitación, dándole tiempo a su cuerpo y a su espíritu de percatarse de toda la dicha de que ahora disfrutaba. Y fue así como su alma extraña a toda expansión y toda caricia, se dio por completo a aquella mujer que para él vino a ser todo en la vida: su amante, su mujer, su amiga, su hermana, su madre.

A veces pensaba con miedo, qué haría si ella le llegara a faltar; pero

luego desechaba esos negros pensamientos; ¡No! el cielo no podía ser tan cruel para arrebatarle la dicha cuando apenas lo dejaba entreverla.

Después vino el primer hijo; esa chiquilla, Niquito, a quien quería él al par de su alma y que era el vivo retrato de su madre. Fue al año justo de casados, cuando una tarde al regresar del campo se encontró la buena nueva; se sorprendió al encontrar gente fuera del jacal, entró presuroso; estaba en la cama ella y cuando lo vio alargó una sonrisa y le dijo:

—Juan, abraza a tu hija...

Él se acercó; a un lado de su mujer estaba un montoncito de carne morena que lloraba a pequeños hipidos; no hacía dos horas que había nacido. Juan se turbó un poco, pero al fin tomó en sus brazos la criatura; se sentía muy incómodo, nervioso y no hallaba la forma de tenerla bien. Las mujeres que estaban en el jacal sonreían burlonamente de su torpeza y una de ellas, comedida, se lo arrebató casi de los brazos diciéndole con fingido enojo:

—¡Estos hombres, que ni un muchacho saben agarrar! ¡Nomás pa hacerlos tienen gracia…!

Todos rieron de la ocurrencia.

XI. La sequía

Ya para esos entonces su situación económica no andaba bien. Todo le empezó a negar a poco de casarse; las gentes decían que era el noviciado, quién sabe; pero lo cierto fue que ese año resultó reseco como ninguno otro y apenas acabada de hacer la siembra con la poca agua que llovió y que motivó que hasta algunas tierras se quedaran sin sembrar y ya después, ni parecía que estaban en tiempo de aguas.

De nada sirvió que se pasara todo el día en la labor cuidando de las milpas; todos los cuidados eran vanos si el cielo se mostraba avaro con sus mercedes, no llovía; todos los días, desde el amanecer hasta bien entrada la noche, se pasaban él y todos los del rancho espiando el cielo; alguna que otra nubecilla se formaba al principio en el Oriente, que era de donde acostumbraba llegar el agua, nubes que no llegaban a engrosar y que luego, como obedeciendo a algún maléfico conjuro, se desvanecían o eran arrastradas por el viento del Norte; tampoco ya ni nubes se formaban; amanecía el cielo raso, límpido y así obscurecía; por las noches el firmamento estaba estrellado, como el manto de la virgencita que él había visto en San Juan.

Y de nada valían triduos y novenas que las mujeres del rancho hacían a los santos de su devoción, porque el cielo seguía sordo a sus súplicas y un sol tremendo, calcinante, que agostaba la simiente, caldeaba todo el día; al fin el rancho en pleno se decidió. Había que sacar una procesión y así se hizo. El Cristo milagroso, aquél que siempre habían sacado en las grandes ocasiones, como cuando los temblores del trece. Cristo que era propiedad de todos los del rancho en común y que lo tenía guardado doña Victoria, la viejecita rezandera, celosamente en su nicho, salió a relucir. Se le hizo un palio de ramas de jara adornado con papel de china y a la hora convenida todo el rancho en pleno; unos provistos con velas de cera, otros con palmas o flores, se reunió en la plazuelita y de ahí partió la procesión. Era apenas pasado medio día cuando salieron; el Cristo iba adelante en hombros de cuatro niños y los

hombres y mujeres detrás rezando; iban compungidos respondiendo a los rezos del rosario que como siempre la viejecita dirigía. Cruzaron todo el rancho, siguieron adelante a campo traviesa y entre los sembradíos y del grupo que al principio rezaba en voz baja, empezó a salir poco a poco un clamor; habían trocado el rezo en canto de alabanzas y todos lo coreaban, con unas voces tristes, implorantes, que conmovían. Y en la calma de la siesta agostina, bajo aquel cielo que ni una sola nube opacaba y bajo aquel sol ardiente que abrasaba la tierra, se elevaba ese canto que poco a poco subía de intensidad, perturbando el silencio agreste, hostil, de la llanada:

Por la herida sangrante de tu Sacro costado,
Señor, vuelve a nosotros, nos has abandonado.
Por los clavos de hierro que horadaron tus carnes,
por la cruz del Calvario, la corona de espinas,
extiende hasta nosotros tus mercedes divinas,
haz que caiga la lluvia sobre la tierra ardiente.
Señor de las Alturas, Señor Omnipotente...

Miraban al cielo con la esperanza de que éste pronto respondiera a sus súplicas, para encontrarse sólo con un firmamento límpido y un sol de fuego; volvían sus ojos conmovidos al Crucifijo que al compás del andar lento y rítmico de los niños se balanceaba, tal como si esperaran que el eco de su llanto conmoviera el metal en que estaba labrado, volvían al firmamento sus ojos ansiosos, y seguían entonando su místico alabado con más fuerza, con más brío, con más unción.

Cruzaron por entre los milpales, dieron la vuelta hasta la Mesa de los Tanques y regresaron al rancho, cansados, sudorosos.

Daba pena ver aquel grupo de campesinos astrosos y desgarrados que no tenían más esperanza, ante el desastre que amenazaba sus vidas

con la tremenda sequía, que implorar a ese Cristo milagroso que ya otras veces había obrado el milagro, regando sus favores por toda la llanura.

Pero ahora fue en vano, el cielo estaba sordo a sus súplicas. Pronto los aguajes empezaron a secarse, los escasos pozos de agua que en el rancho había bajaron del nivel y hasta los tanques, a donde las mujeres iban a proveerse de agua, empezaron a agotarse y sólo de los veneros que pronto se pusieron al descubierto, minaban unos pequeños hilos de agua, ante los cuales las mujeres hacían fila para poder llevar la indispensable para beber.

Decían los viejos del lugar que hacía cincuenta años no se veía una sequía como esa; sólo los de más edad recordaban un caso así.

El ganado, que ya estaba en los puros huesos cuando entró el temporal de aguas, empezó a morirse. El pelillo que había brotado con las primeras lluvias se secó pronto y se veían los campos yermos, los agostaderos pardos, los montes resecos, como si no se estuviera en pleno temporal de aguas.

Juan pensó en librar su única vaca, bajándola al valle y encargándosela al padrino; lo había detenido tan sólo él temor de que le faltara a la Nico la poca leche que aquélla daba y también por no causarle más molestias al buen viejo; y cuando al fin se decidió, ya fue tarde; dos días antes del que tenía pensado bajarla se le cayó el animal y fue inútil tratar de levantarla tirando de la cola y del pretal que le habían amarrado bajo la panza; el pobre animal ya no pudo con sus huesos, era una carroña viviente; de ella sólo se aprovechó, al fin, el cuero y unos cuantos pedazos de carne dura y fibrosa.

Fueron más de cuarenta días de seca en los que no cayó una sola gota de agua y como si eso fuera poco, se desató una tremenda enfermedad entre los pocos animales que quedaban y que morían a montones a causa de esa peste; según los conocedores, era “la Roncha” la que estaba acabando con ellos.

La pobre gente, hambrienta, ya no distinguía entre las reses que morían de flacas y las que morían de enfermedad; todas se las comían. Juan tenía sus resquemores y no había querido hacer lo que los demás, es decir, comerse a los animales muertos y se aguantó muchos días comiendo casi pura tortilla con sal, al igual que sus familiares. Veía a los vecinos que en cuanto sabían de algún animal muerto y que nadie reclamaba, corrían donde éste estaba tirado y como buitres amontonados, no le dejaban más que los puros huesos. A las incitaciones de los vecinos que lo invitaban a hacer lo mismo, se rehusaba él con asco. Pero hubo un día en que ya ni maíz había en el jacal; el dilema se presentó cruel: o comían de esa carne contaminada o se exponían a morir de hambre. No había ni qué dudar; se hicieron el ánimo y como los demás, se dedicaron Juan y la Nico a destazar a los pobres animales que seguían muriendo y como le decía un compadre suyo: "lo malo era la fijanza" porque ya la carne bien cocida no sabía mal, o mejor dicho, sabía igual que la otra carne seca y dura de los animales que morían de flacos.

Las gentes del rancho empezaron también a enfermarse, sobre todo los niños, igualmente que cuando vino el hambre, después de la reconcentración y a su vez empezaron a morir. Y por otra parte, algunos de los que descuartizaban las reses infectadas y no tomaban precauciones, les salían en los brazos o en las manos, unos granos negros que al decir de algunos era "el piojo".

Y como si todo estuviera confabulado contra esos miserables rancheros, el primer día que llovió se desató una tempestad con granizo y un viento huracanado que casi acabó con las pocas sementeras que habían resistido la sequía.

De la cosecha ni qué hablar, porque no la hubo.

Él se pegó a las pocas milpas que habían permanecido en pie y que habían dado "molonco" y uno a uno, casi contándolos, hizo la mísera pizca. Al desgranarlos no dejó ni un sólo grano pegado al olote.

Con todo y eso, no alcanzó ni a pagar lo que le debía al patrón y para ponerse a mano tuvo que vender hasta la maquinita de coser que le había comprado a la Nico al casarse. Pero cuando le pagó al patrón hasta el último centavo, respiró satisfecho; no le gustaba deber, pues se acordaba de su padre, que siempre le decía: "El que paga lo que debe, sana del mal que padece".

Al principio no se animaba a vender la máquina, hasta que su mujer le dijo:

—Ándale, Juan, véndela; debes dejar contento al patrón pa que el año que entra te ayude otra vez; los trapitos los remiendo a mano.

Como pesadilla se acordaba ahora de todo eso.

Después bajó al valle al corte del garbanzo y él, que de por sí no necesitaba acicate para el trabajo, ahora que lo tenía, no esperaba que amaneciera para irse al corte; cuando hacía luna, desde en la madrugada se pegaba a las tareas y ya para medio día había terminado tres de ellas, que era lo que generalmente hacía diario. Con ello ganaba lo suficiente para él, su mujer y su hija, a los que de tarde en tarde iba a ver y a llevarles alimentos. Cuando esto hacía, tras del trabajo y la larga caminata, llegaba al rancho rendido, pero de todo ello se olvidaba, de su cansancio y sufrimientos, cuando tomando a su niña en los brazos ésta le regalaba una sonrisa de ángel.

Poco se estaba en el rancho, nada más lo suficiente para cerciorarse de que todo iba bien; le recomendaba la mujer y la niña a su hermana y se regresaba aprisa, de carrera, como si el tiempo no le ajustara para seguir trabajando.

Acabado el corte con un ranchero buscaba acomodo con otro, hasta que una tarde, su padrino, al que con frecuencia iba a ver, le dijo:

—Oye Juan, ¿qué es eso de trabajar así? Te estás matando, hombre de Dios; eso no es trabajar, eso es matarse; acuérdate de que como dice el dicho: "Vale más paso que dure y no que madure", eso no está bien.

Yo comprendo que tienes tus necesidades y más ahora que tienes una hija, pero eso de sacrificarte para sacar tres tareas diarias es cosa de animales; ora que las necesidades de mi ahijada no son para tanto y si de veras algo te hace falta, dime y yo te ayudo; pero no puedes seguir así, porque te va a dar una enfermedad de la que no te cura ni Dios Padre.

Le hizo caso a su padrino y por otra parte ya no podía trabajar así; en las manos tenía unas grietas profundas que a poco de empezar a cortar el garbanzo le sangraban; era esa maldita goma del garbanzo que quemaba y cocía la piel y por las mañanas, cuando se levantaba y cuando empezaba a cortar, sentía unos dolores agudos en la espalda y en la cintura como si le abrieran la rabadilla. Disminuyó el ritmo del trabajo concretándose a sacar solamente dos tareas por día.

Estaban ya por terminarse los cortes, cuando acertó a llegar por ahí uno de los mejores tarelleros que había en el pueblo, un tal Carrillo. Tipo de ranchero fanfarrón y bravucón; presumía este de ser el mejor cortador de garbanzo y de trigo de la región.

Una noche antes le había dicho a Juan uno de los compañeros:

—Dicen que mañana nos van a dar canilla unos peones del pueblo, porque Cerpa, el dueño del rancho, quiere que acabemos pronto y todavía falta mucho y se está pasando el garbanzo; y dicen que entre ellos viene uno muy "bragao" pa'l corte, quén sabe si tú lo conocerás, un tal Carrillo.

Juan no le prestó atención al asunto; a él le daba lo mismo.

XII. La apuesta

Otro día temprano, como diario lo hacía, se levantó con la fresca; la luna brillaba intensamente todavía y por el Oriente aún no principiaba a alborear. Se lió unas hilachas en las manos para protegérselas, se puso su pantalón desgarrado y sucio que usaba para ese trabajo y contento, animoso, principió con la primera tarea. A la hora del almuerzo y ya terminada la primera parte de su trabajo, se acercó Juan con su morral a calentar las "gordas" en la lumbrada de "raja" que ya los demás peones habían prendido: empezó a calentar sus tortillas y su ollita de frijoles al igual que los demás, que en cuclillas alrededor de la lumbre comían sus bastimentos; los peones platicaban de los buenos cortadores de garbanzo.

—Dicen, —dijo uno— que en la hacienda de Carroza había buenos tarelleros; a mí no me lo crean, pero oí decir que había unos que ya pa eso de las doce tenían cortadas sus tres tareas de cuarenta pasos bien medidos y de garbanzo bien dado.

—Sólo que trujeran máquinas —respondió otro mientras mordisqueaba un taco— yo me conformo con sacar mi tarea y media, dos a lo más, cuanto estoy muy urgido y quedo tan bien servido que la verdá, creo que todo lo demás son habladas.

—No serán habladas, —dijo Carrillo que había quedado frente a Juan— y ese de quen habla el amigo Gómez debe haber sido mi padre o alguno de mis familiares que de ahí eran; a él yo lo vi cortar y la verdá, crioque que hasta orita no hay otro como él.

Bueno y yo sin presumir, también le hago al trabajito y hasta orita no ha habido otro que me pise la sombra; dijo mirando significativamente a Juan ante la sonrisa de todos, que comprendieron la puya.

—Eso ya lo sabemos los que te conocemos, —dijo otro— y yo también creo lo mismo. ¿Tú qué dices, Juan?

—Pos yo no digo nada. Sólo que los buenos tarelleros se ven sobre las matas de garbanzo y no sentados hablando y comiendo.

—Pos yo, —dijo Carrillo— quisiera hallarme uno que me topara jugando lo que quisiera, al menos una semana de raya. Y dicen que por aquí anda uno, —dijo mirando con intención a Juan— que se las hecha mucho de lado. Pos ojalá y me tope con él y "le entre al toro".

Juan comía aparentemente con calma; pero se le atrancaba la "gorda" en la garganta; hubiera querido "pararle el alto" a aquel presumido; pero él creía que el trabajo era el trabajo y no cosa que se prestara para hacer apuestas; además, no podía exponer aquel dinero que tanta falta le haría a su familia. Que cada quien cortara lo que pudiera y santas pascuas; así es que se hizo el disimulado y siguió comiendo.

Acababa de comprender que los demás compañeros le tenían ojeriza porque trabajaba más y ganaba más que ellos y por eso trataban de enfrentarlo con el bravucón aquél.

Casi no acabó de comer; colgó su árguena de una rama del sabino bajo el cual estaban, tomó agua de su bule y regresó a seguir trabajando. A poco vio a Carrillo, durante un momento en que Juan se paró y se enderezó a arreglarse sus guantes de hilachas, que trabajando en la tarea de al lado se afanaba por aventajarlo. Era aquel un mocetón como de veinticinco años, alto, fornido y con aire de perdona vidas y el cual, al notar que Juan lo veía trabajar, paró también y abriendo las piernas sobre la fila del garbanzo que cortaba, le dijo burlonamente:

—¿Qué hay amigo? ¿Verdá que no es lo mesmo cuando a uno le aprietan las tuercas?

Juan comprendió la alusión y rápido contestó:

—A mí me da lo mesmo, yo no ando quedando bien. Y sé quedó viéndolo con una mirada resuelta, cargada ya de provocaciones.

El otro no atinó qué contestar.

Pero en la noche, cuando alrededor de la lumbrada de ramas secas que habían puesto para calentar la cena, el otro volvió a la carga; Juan comprendió que iba a ser inevitable el choque.

—Por ay bajan muchos alteños "culos-colorados" —se refería Carrillo al color de la ropa de los habitantes de los Altos que se les pintaban de rojo con la tierra— que se las dan de muy gallos. Han de trair mucha hambre los pobrecitos porque trabajan como desaforados, pero pronto se aplacan.

Entre las risas de los demás replicó Juan. No podía dejar de contestar; él era el único alteño de los que había allí.

—Pos yo soy alteño… vale; y si estoy aquí, no vine por hambre, ya la traiba; a más que yo a naiden molesto y si otro hace menos o más de lo que yo, me da lo mesmo, y crioque lo mesmo les debe dar a los otros lo que yo hago o lo que dejo de hacer; al fin que para lo que les pido, es muy poco lo que los molesto.

—No se pique amigo, usté tiene el piquete muy ajuera.

—Lo tengo donde lo tengo y nomás —respondió, Juan, ya impaciente.

Los otros callaban; era uno de esos momentos de tensión en que dos hombres que no se quieren se tantean y en el que una palabra mal dada puede provocar una desgracia; momentos en que muchas veces se juega la vida de alguno.

—Pos tá bueno, —dijo Carrillo bajando un poco la que fuera voz altanera— yo sólo decía y lo repito, que por aquí hay algunos que presumen de buenos cortadores de garbanzo y se me hace que conmigo "si vamos al agua ni los cántaros me mojan".

—Pos yo nunca he presumido de nada, —ripostó Juan— sólo que tampoco me gusta que naide "me eche babas encima".

—Pos si se siente con ganas, podemos darnos un calón y el que gane se lleva la raya del otro y si quere, todavía le echamos unos pesitos más.

—Dinero no traigo orita, pero lo tengo ganado y juego lo que usted quera.

—Pos está arreglado y juega la raya de la semana a ver quen acaba primero en la mañana dos tarellitas; los señores son testigos de lo que está apostando.

—Ta bien. Y tú Petronilo, nos entriegas y nos recibes las tareas.

—¿Hecho?

—Hecho.

No se dijo más y se retiró cada quien a buscar dónde pasar la noche. Juan se fue a dormir bajo un frondoso sauce que lo protegiera del frío que ya empezaba a calar. Se acomodaba en el suelo envolviéndose con su cobija, cuando oyó pasos que se le acercaban en la obscuridad; se incorporó y vio a Pedro, un muchacho debilucho, compañero en el grupo que con él trabajaba, con quien siempre había simpatizado y al cual algunas veces había ayudado a acabar su tarea.

—Juan, —le dijo éste acercándose— no debiste apostar; tú, ya estás cansado de tantos días de "friega" y el otro está enterito.

—Pos ora ya; —respondió Juan malhumorado— y "palo dado ni Dios lo quita". Ni modo que me raje y déjame dormir siquiera pa despertar más descansado.

Parecía sereno; pero no le gustaba nadita el compromiso que se acababa de echar.

Se fue Pedro y Juan trató de dormir; a poco el cansancio pudo más que sus preocupaciones y se durmió.

Despertó a la hora de siempre; oyó voces por el lado donde dormían los demás y risas que anunciaban que también se estaban levantando. Entonces recordó lo de la apuesta. Sabía que no tenía las fuerzas ni el reposo suficiente para ello, pero tenía que ganar; no debía perder ese dinero que tanta falta le hacía a su Nico y a la niña. En el claro obscuro del amanecer vio que se aproximaban dos sombras, los reconoció y se puso de pie ágil.

—Dice Carrillo —dijo uno de los que llegaban— que ya te está esperando y que si queres, pa cuando salga el lucero empiezan; ya no tarda.

—Estoy listo.

El lucero no tardó y surgió tras de un monte, hermoso y brillante como siempre.

Acababan de medir las tareas y los dos rivales se preparaban.

—Bueno, hay está lo de cada uno; párense al borde y empiecen cuando yo les diga; aquella es la tuya, —dijo Petronilo señalando a Juan una de las tareas rayadas.

A una señal de aquél, comenzaron los dos a cortar y a poco todos los peones estaban enfrascados en su trabajo; tenían tiempo para trabajar y estar viendo la carrera, al fin que cuando ya fueran a acabar se arrimarían a ver lo mero bueno; esas competencias entre peones, para ver quién arrancaba más garbanzo, siempre despertaba el interés de todos los demás, porque aunque al parecer eso era una cosa que no requería gran esfuerzo, realmente era un trabajo fatigoso y extenuante, que hecho violentamente como se hacía en esas competencias, sólo los hombres verdaderamente fuertes y diestros podían soportar.

Juan se inclinó sobre la tierra y principió a cortar sin prisa, como diario lo hacía, porque sabía que violentarse significa agotarse pronto; terminó una fila y regresó a su mismo paso y sin siquiera voltear a ver a su competidor; pasó un buen rato y llegó la hora del almuerzo; los demás dejaron su afán y se retiraron bajo los sauces a la orilla del río a comer; pero ellos seguían incansables en su tarea, cortando, cortando sin cesar y haciendo sus montones. Como a las diez de la mañana iban algo aventajados en la segunda tarea y casi parejeando; Carrillo volteaba a verlo con el rabo del ojo y Juan notaba, cuando lo miraba también, que ya no llevaba el mismo paso rápido que al principio; se le "pandeaban" las piernas y se apretaba la cintura con las manos como para descansar.

Juan también se sentía rendido; sin darse cuenta siquiera y con el incentivo de la competencia, había cortado mucho más de prisa que de ordinario; la cintura le dolía como si se la hubieran golpeado con un palo; las hilachas que se había puesto en las manos casi se le habían desprendido y las grietas comenzaban a sangrar. Podía haberse detenido a ponerse otras, pero no quería perder ni un sólo momento para no desaprovechar el pequeño margen que llevaba de ventaja al otro. El sol abrasaba; sin descanso y sin tomar agua siquiera, llevaba casi cinco horas trabajando y a pesar de que Juan era resistente como el acero, la cabeza le zumbaba y sentía que de un momento a otro las fuerzas le faltarían; gruesas gotas de sudor resbalaban por sus sienes y su cara y la ropa la tenía empapada, pegada al cuerpo.

Hubo un momento, uno sólo en que pensó abandonarse; dejarse caer y darse por vencido; aquellas horas que llevaba doblado, sin enderezarse y sin descansar, acababan con sus fuerzas; se enderezó y volteó a ver al contrincante y lo vio seguir cortando, pero en la actitud conocida del que ya no puede más; doblando las rodillas en vez de la cintura; comprendió entonces que con un esfuerzo más quizá triunfaría. Se inclinó sobre la tierra y con furor, con desesperación, siguió cortando a fuertes tirones, dominando con su voluntad los dolores y el cansancio que casi sentía que lo quebraban, pero sin hacer caso de ello, siguió como un loco arrancando las matas a fuertes manazos.

¡No, no podía perder! No podía perder por su dignidad y más que todo por su Nico, por su hija, pues la apuesta significaba toda una semana de trabajo, de dinero que les haría falta a los suyos y también por su amor propio que el otro había herido con tanta saña; y seguía, seguía halando con rabia los tallos de garbanzo duros y rebeldes, sintiendo que de un momento a otro iría a caer exhausto sobre la tierra, ciego casi, ya sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Juan, Juan, párale, ya Carrillo ya se dio.

Era Pedro que le gritaba gozoso.

Se detuvo jadeante; volteó y vio al vencido, que dando traspiés se retiraba como un ebrio hacia el arroyo, al borde del cual se tronchó sobre la tierra.

Él se quedó indeciso; hubiera querido seguir todavía, para demostrarle al fanfarrón aquel que de veras era mejor que él; pero ya no había para qué seguir castigándose en balde.

Corriendo se acercó el muchacho amigo diciéndole alborozado:

—Te lo echaste, Juan; no te sirvió ni pal arranque; bien decía yo que "perro que ladra no muerde". Yo también me "trinqué" a Ruperto con tres pesos.

Paso a paso, lentamente, mirando con orgullo, con legítimo orgullo, se fue acercando Juan al grupo que bajo los sauces reía y comentaba su triunfo. Llegó hasta debajo del sabino donde guardaba sus cosas, vació casi medio bule sin respirar y se tiró sobre el zacate boca abajo, estirando con satisfacción sus brazos y sus piernas destrozados.

Hasta ahí llegaron los demás peones.

—Hasta que hubo uno que le quitara la tos a Carrillo... —dijo uno alborozado.

—No te supo ni a melón —dijo otro riéndose.

Él no les hacía caso. Tumbado ahora boca arriba respiraba a plenos pulmones y por todos los poros de su cuerpo, el aire fresco que le daba la sombra del frondoso sabino.

Uno de ellos le alargó un bule repleto de agua fresca del arroyo.

—Ya tomé, gracias —le dijo Juan.

Ahora todos lo admiraban y lo veían con respeto, pues nadie mejor que ellos comprendían su machismo y el sobrehumano esfuerzo que había tenido que desarrollar para salir airoso de tan dura prueba, que el otro había provocado arteramente con la seguridad del triunfo.

—Vámonos, déjenlo que descanse, que bien merecido lo tiene —dijo uno de ellos y se retiraron dejándolo solo.

No bien se habían ido estos cuando llegó Carrillo, quien alargándole el dinero de la apuesta le dijo con una mala intención que trascendía en sus palabras.

—Ay tienes tu dinero, yo siempre cumplo mi palabra; me gustas pa partido, gallón; ora yo perdí, pero ya veremos si más pa allá me aguantas.

Y le volvió la espalda.

Sus corazonadas nunca le engañaban y ahora le decían que él y aquel mocetón robusto que ahora se retiraba airado, no iban a terminar bien: y no se engañó.

A los dos días se terminó el corte de esa labor y se aprestaba la peonada para irse a diferentes lugares a seguir trabajando. Durante todo ese tiempo Juan y Carrillo no se habían dirigido la palabra.

Recogía Juan sus cosas por la tarde para regresar al pueblo y ya se disponía a partir cuando lo paró el perdidoso delante de los demás que también estaban a punto de marchar.

—Oye Juan. Ora vamos los hombres al pueblo a echarnos unas copas. ¿Tú gustas?

—Gracias, Carrillo, —le dijo Juan parándose— a mí no me cuadra tomar —y quiso seguir adelante.

—Pos yo creiba que el tomar tequila sólo a las mujeres espantaba —dijo parándosele enfrente el valentón.

—Pos ora ya vez que también hay hombres —y recalcó la palabra— a los que no nos gusta.

Los demás los rodearon. Demasiado se daba cuenta Juan que lo que el otro quería era provocar un pleito.

—Pos si es por el gasto no te preocupes —insistió Carrillo—, que yo pago todo.

Tampoco me gusta qué naiden me "gorrié" y lo que yo me tomo yo lo pago, que si quisiera aquí traigo pa eso y más todavía.

—Pos de que traigas tal vez; pero lo que no has de trair es el permiso de tu mujer. Bien decía yo que estos alteños luego luego se cuartean.

—A mi mujer no la metas en esto —contestó Juan irritado— y en cuanto a lo demás, a naiden le importa y menos a ti, lo que me guste o me deje de gustar.

—Lo que pasa es que tú tienes miedo, porque no eres hombre pa ponerte conmigo.

Había dejado Juan sus cosas en el suelo y contestó ya completamente enojado:

—¡Yo soy bueno pa ti pa lo que queras!

—Eso es lo que vamos a ver, hijo de perra —respondió el provocador, desfundando rápidamente una daga que llevaba ya prevenida bajo la cobija.

Ese movimiento lo había adivinado Juan de antemano, pues había leído la intención en los ojos del agresor; rápido como el pensamiento sujetó el brazo armado que el otro tenía ya en alto y con la mano derecha, libre, descargó un fuerte golpe sobre la cara de su enemigo, que lo destanteó un tanto; se abrazaron y así, hechos nudo, lucharon un momento, cayendo al fin y rodando por el suelo; se revolcaban en la tierra colorada del borde del arroyo; veces estaba uno y veces el otro encima, luchando desesperadamente el uno por desasirse de la mano que le atenazaba por la muñeca y el otro por evitar que se libertara y pudiera herirle.

En uno de los virajes quedó Carrillo por un momento debajo de Juan, boca abajo y éste sobre sus lomos; entonces Juan, con un supremo esfuerzo, libertó la mano derecha que el otro le sujetaba fuertemente y ya con las dos libres al mismo tiempo que ponía una rodilla sobre el cuello del caído, retorció inmisericorde el brazo armado. El otro lanzó un agudo grito de dolor y soltó el puñal. Entonces Juan se levantó jadeante, se leía en sus ojos una mirada asesina; pero dominando sus

impulsos, bajó el puñal que amenazaba aniquilar al vencido y dijo al que yacía esperando el golpe mortal:

—¡Levántate y lárgate... yo no les pego a los caídos!

Ante la mirada enardecida de los que presenciaban la pelea, se levantó el humillado y recogiendo apenas su sombrero y su cobija partió rápido sin voltear siquiera la cabeza.

—Ya lo sabes, —alcanzó a decirle Juan al que se retiraba— que onde queras y como queras estoy pa servirte… nomás me hablas.

Se metió Juan el puñal bajo el cinto, se sacudió la tierra de las ropas, y recogió luego sus cosas, mientras uno de los peones le decía:

—Ten mucho cuidado con ese, Juan, es peligroso y no se queda con nada; según dice, ya debe unas por ay.

—Pos ay ta Dios pa los malos corazones; a mi nomás que me hable por enfrente y si no se llena, con hambre no se queda.

Después todos regresaron al pueblo.

Fue Juan a recibir su raya y ya de noche emprendió el viaje a su rancho a ver a los suyos. Iba preocupado, no le había gustado nada lo sucedido. Pacífico por naturaleza, odiaba las pendencias; le repugnaba la violencia y por lo tanto no le gustaba pelear y mucho menos por motivos que no valían la pena, sólo que tampoco su dignidad y su hombría le permitían dejarse de nadie. Y maldecía interiormente esa su suerte que por quien sabe qué curiosa ironía del destino, no había valentón o pendenciero que encontrara a su paso, que no le gustara para partido, como ahora este Carrillo que de seguro no se resignaba a haber sido humillado delante de todos aquellos que lo consideraban como muy hombre. Él había tratado siempre de evitar las riñas toda su vida, pero por su infortunio, siempre había encontrado quien quisiera pelear con él.

Llegó tarde al rancho, pues el camino lo había hecho lentamente, meditando en el peligro que había corrido y que seguía corriendo y le

entraba ahora a medida que se acercaba a su jacal un temor profundo un miedo cerval a morir y dejar a aquella pobre mujer y aquella criatura desamparadas.

Cuando llegó ya había tomado su decisión; no volvería pronto al plan y al pueblo; no podrían decir que por miedo, pues ya les había demostrado que no lo tenía; buscaría mejor trabajo al otro lado, acá por la Noria, en el Sauz, Otatán o Cieneguilla donde lo hallara para no darle oportunidad al ventajoso de Carrillo de que lo matara por la espalda.

No dijo nada a su mujer; llevaba esta cuatro meses en cinta de nuevo y una sorpresa la podía atrasar. Para explicar el cambio del lugar sólo le dijo que los cortes por el pueblo ya estaban terminando pues había sido mala la cosecha.

Ella no dijo nada; como siempre, sólo aprobó.

Por ese otro lado a donde fue luego, había muy buenos garbanzales y pronto encontró trabajo, pues también era conocido y estaban necesitando buenos peones.

Y así, trabajando, pronto se fue olvidando de aquel incidente.

Terminaron los cortes de garbanzo; pasó un poco de tiempo y en seguida se puso el trigo y el siguió trabajando.

El padrino fue una vez a invitarlo a que fuera a su parcela a ayudarle a segar el trigo y él, con mucha pena, tuvo que negarse, alegando para disculparse que debía dinero al patrón con quien estaba trabajando y que estaba muy comprometido con él.

El padrino nada dijo; le extraño un poco, pues nunca Juan se había negado a trabajar con él; pero respetuoso como era de la palabra empeñada, le replicó solo y ya para despedirse:

—Está bien, con tal que tengas trabajo da igual donde, sea; y si terminas pronto, ya sabes que allá te espero porque creo que nosotros no acabamos pronto pues estamos faltos de brazos.

Le apenó mucho el no poder irle a ayudar al padrino; ¡Maldito el tal Carrillo¡ que por sus provocaciones le impedía ahora corresponder

con don Rufino en algo, ahora que tanto lo necesitaba y a él, que tantos favores le debía. Pero ya se conformaba con que el padrino no se hubiera enterado del pleito; le habría dado mucha pena y vergüenza que fuera a juzgarlo un buscabullas.

A mediados del año vino el otro niño; esa vez le tocó a él estar presente y la verdad que pasó un mal rato: fue todo un día de ir y venir, de carreras, de calentar agua y correr a traer aceite, bálsamos y demás cosas que le encargaba la mujer que fue a sacar a la Nico del apuro.

Cuando entraba al jacal a llevar algo o a enterarse de cómo iban las cosas sólo se estaba un momento, pues no aguantaba ver sufrir a la pobre mujer, aunque ella hiciera esfuerzos por disimularlo.

Salía pronto angustiado y la comadrona le decía:

—Cálmate, Juan, hombre, ya mero se alivia.

Al fin como a las ocho de la noche nació el niño; él estaba en el corral cuando oyó un grito sofocado, seguido casi luego de pequeños vagidos tenues, que apenas se oían, como los que daban los borreguitos recién nacidos cuando parían las borregas allá en el monte.

Como un relámpago penetró al jacal y vio al chiquillo que en el regazo de la comadrona era limpiado por ésta con unos trapos impregnados de aceite de comer.

—Mira, Juan, —le dijo ésta— si es tu misma cara.

Después de aquello, Juan redobló sus esfuerzos en el trabajo; ahora tenía en el jacal una boca más que mantener.

Cuando volvía a su choza cansado, sudoroso, molido por el rudo batallar, abrazaba a la chiquilla que ya empezaba a andar y a hablar y mecía al pequeñuelo en la cuna que de un cajón de madera le había arreglado y los acariciaba con sus manos callosas y llenas de tierra... Entonces se le quitaba todo el cansancio se olvidaba de sus miserias y gozaba de aquel cariño, de aquella paz de su hogar, pobre, pero feliz.

XIII. Se haría agrarista

Las cosas siguieron viniendo mal; ese año tampoco fue buena la cosecha; como el año anterior fue escaso de agua y necesitó Juan bajar al pueblo a trabajar de peón para poder pasarla; ahí se enteró con gusto que el bravucón aquel, Carrillo, se había enrolado en el Ejército. Menos mal que ya se le había quitado esa preocupación de encima.

Llegó el tiempo de cosechar; la cosecha fue mala, no tanto como la anterior, pero tampoco gran cosa.

Juan sufría; sufría por su impotencia al no poder dar a su mujer y a sus hijos tantas cosas que estaban necesitando; todos comían mal y por más que se esforzaba, no lograba conseguir para comprarles a sus chiquillos ni siquiera un traguito de leche. Andaban todos harapientos, con remiendos sobre remiendos en la ropa que la Nico incansable no cesaba de zurcir y remendar.

Para él sólo era buena la cosecha de muchachos, porque otra vez su mujer estaba encinta.

Y de nada le valía esforzarse en el trabajo; porque lo poco que le pagaban, un "tostón" y almud de maíz por día, les ajustaba apenas para no morirse de hambre; y se angustiaba de ver a sus hijos andrajosos débiles y hambrientos.

Para colmo de sus males la Nico que los embarazos anteriores los había pasado sin molestias y sin enfermarse, ahora, desde que aquello se anunció, había tenido muchos trastornos; en los primeros meses fue un malestar del estómago que casi no la dejaba probar bocado y unos vómitos que nada podía detener; empezó a adelgazar a ojos vistas y se puso casi en el vivo hueso. Los colores desaparecieron de su cara. Pasados los primeros meses el vómito se le calmó con unas yerbas que le dieron a tomar en el rancho. Hubiera querido llevarla con el doctor al pueblo; pero ella se negó rotundamente alegando que eso era cosa que no valía la pena y que pronto le pasaría. Pero más bien lo hacía, y eso lo comprendió Juan, luego, porque ella sabía que no tenía dinero ni qué

vender para conseguirlo y no quería que Juan se endeudara más con el patrón, pues decía que ya cayendo en manos del doctor, era una pura sacadera de centavos.

Después de eso ya no se repuso la enferma; ni hambre ni humor tenía; comía poco y se veía que hacía un gran esfuerzo para desempeñar los quehaceres de la casa.

Estaba tan delgada que su cintura parecía poder abarcarse, con una mano.

El pobre hacía lo que podía por curarla y alimentarla; con lo poco que ganaba y cuando el dinero le ajustaba le compraba leche caliente, que por la mañana le llevaba, muy espumosa de la ordeña de don Roberto y también le daba uno que otro huevo que ponían las tres o cuatro gallinas que con sacrificios habían conservado. Pero no parecía eso servirle de nada a la enferma, que seguía con el mismo aspecto de cadáver.

A poco, comenzaron a darle desmayos en los que se quedaba como muerta y de los que sólo a fuerza de alcohol que le frotaban en la cara y "substancias" que le ponían en el ombligo y en los brazos lograba volver.

Después empezó a tener hemorragias que a medida que pasaban los días se hacían más rebeldes y tenaces.

Todos le aconsejaban que viera al médico y él también lo creía muy necesario, por lo que sin decirle nada a ella y con el producto de la venta de las últimas gallinas que le quedaban, se fue al pueblo.

Bien decían que "cuando el pobre tiene medio para carne, es vigilia" pensaba Juan, porque el médico no estaba en el pueblo y para colmo de sus males, le informaron que tardaría algunos días en regresar. No había más remedio que ir a ver a don Candelario, el curandero. Después que le explicó cómo estaba la cosa, éste le recetó que "le sobaran la bilis" a la enferma y al responderle Juan que ya se la habían sobado y resobado le preparó unos menjurjes y le arrancó los pocos centavos que llevaba.

Como él ya se lo esperaba, las pomadas esas sólo sirvieron para "apestar" a la enferma que siguió peor.

Consiguió otros pocos de centavos y regresó algunos días después al pueblo: la mala suerte andaba con él, porque tampoco halló al doctor al que siempre le había tenido fe y además era muy considerado en el cobro.

Sentado en el jardín descansaba Juan pensando qué haría, cuando se paró en la esquina uno de esos coches que venden medicinas; después de tocar varias piezas de música, empezó el gritón a anunciar los productos. Juan se quedó asombrado: aquel hombre traía medicina para todo y sobre todo una de ellas que encuadraba en todo lo que curaba, con la enfermedad que tenía la Nico; así es que se decidió; soltó su dinero por un frasco de aquella medicina maravillosa curalotodo y aún más, le dieron otro frasco igual regalado. Eso, según el decir del hombre, que desde el coche pregonaba las bondades de los medicamentos, era una propaganda de la casa, que quería dar a conocer sus productos, y por eso daban aquello casi regalado; (dos pesillos).

Con la esperanza puesta en aquellos dos pomos de nombre tan raro que ni siquiera pensó en aprender, regresó Juan a su rancho presuroso.

—Nico, —le dijo al llegar— aquí te traigo una medecina que te va a curar; ora verás cómo con ella pronto te pones bien.

La enferma también se alegró un poco, contagiada por el optimismo de Juan y por el halagador aspecto de los frascos que parecían la pura verdad y con toda su fe empezó a tomar la medicina; no aguantó mucho, porque a los pocos días la cosa anduvo peor; apenas acababa de ingerir el medicamento, le daban unos dolores de estómago intolerables y hasta perdió la poca hambre que aún le quedaba y con mucha pena de su parte tuvo que suspender la medicina; pero para su consuelo, puso en un lugar visible aquellos dos pomos tan bonitos, con aquel hombre fuerte levantando un gran peso en la etiqueta, siquiera para que sirvieran de adorno.

Juan seguía preocupadísimo; aquel aspecto de su Nico no le agraciaba nadita, pero para su desgracia no podía hacer más de lo que había hecho.

Y así, de mal en peor, se fue aproximando el momento temido.

Y el día terrible llegó.

Por la mañana Juan se había ido a pizcar en lo de su compadre muy temprano y había dejado a la Nico más o menos bien; hasta ahí fue donde le fueron a avisar… Lo demás, todo el ajetreo, toda la angustia, todos los sinsabores de ese día negro de su vida, era demasiado reciente para tener que recordarlo.

Había pasado todo tan rápidamente; se habían sucedido los acontecimientos con tanta violencia, que casi no le habían dejado tiempo para pensar en ello, en toda la enormidad de su dolor, como ahora lo hacía. ¡Estaba solo!... Solo otra vez, sin aquel amor y aquella ternura que fue un dulce paréntesis en la acritud de su vida de paria... Allá, abajo, entre aquella arboleda que aún se percibía como un manchón obscuro en el fondo del valle, había dejado lo que más había querido en su vida: aquella mujer, sin la cual él ahora se sentía como esas basuras que levanta el aire y va a tirar sabe Dios dónde…

Unas campanadas lejanas que el viento trajo, le sacaron de su abstracción. Eran las campanas de la iglesia del pueblo que daban la oración y cuyo eco, cuando el viento era favorable, alcanzaba a llegar hasta ahí.

Todavía volvió a ver hacia el valle ya borroso por la penumbra, en donde apenas se destacaba el manchón blanquísimo del pueblo en el claro obscuro del crepúsculo... Allá abajo y por las laderas de los cerros, se oía el mugido de las vacadas que regresaban a sus corrales; entre el cañajotal de un desmonte cercano, cantaba con su triste reclamo una paloma habanera y allá arriba, muy arriba, pasaba una parvada de patos, dibujando figuras caprichosas en el espacio y haciendo su ruido peculiar.

Detrás de la mole enorme del cerro Chato, un último resplandor del crepúsculo, que era sólo un manchón gris rojizo, daba una pequeña claridad, como negándole el paso a la noche que se echaba encima.

Contra su voluntad se levantó Juan; tenía que regresar, por sus hijos, al rancho aquel en donde había pasado toda su miserable vida y donde ahora ese jacal vacío y triste, le hablaría de su soledad y su abandono...

Pero, ¡no! No sería por mucho tiempo, se estaría en el rancho solamente lo necesario para vender el pequeño jacal, levantar la mísera cosecha y pagar con ella sus deudas. ¡No! Él no quería que sus hijos vivieran esa mísera y desgraciada vida que él había llevado, pegado a la tierra, adherido como una lapa al pequeño pedazo de tierra pobre, sacándole a fuerza de sudor y terquedad el pobre sustento. Pasando hambres muchas veces, ignorante, rudo como un leño; pobre y miserable, triste como un día sin pan, sin más consuelo ni esperanza que la fe puesta en Dios... En ese Dios que muchas veces parecía que hasta él se había olvidado de ellos.

Se veía ahora a sí mismo mentalmente, con la misma nitidez y claridad que si se estuviera viendo en un espejo. Con sus guaraches viejos, destrozados, sin talonera ya; los calzones anchos de manta, que en un tiempo fueron blancos y que ahora estaban todos percudidos y remendados, hasta el punto que parecían hechos de pedazos; la camisa sucia y desgarrada, el sombrero de palma destrozado de la falda y con un agujero en la copa, por donde asomaban los hirsutos mechones de pelo negro y rebelde... y se tuvo lástima a sí mismo, y espanto y horror al pensar que sus hijos pudieran llevar esa vida perra que él había llevado... ¡No! Se iría allá abajo, donde esa tierra espléndida retribuía a manos llenas el trabajo; lucharía porque sus hijos no llevaran esa vida de ignorancia, angustia y miseria que había sido la suya. No quería que algún día su hija muriera como su Nico había muerto, casi dejada

de la mano de Dios; no quería que su hijo exprimiera su vida y su sangre sobre esa tierra pedregosa y avara, que tantas veces se tragaba el grano que con tantos sacrificios se echaba sobre ella; no quería que ese chiquillo fuera a ser como él, otro "Juan Cercas" ignorante y rudo como una piedra.

Ya ahí arriba, nada lo retenía y por el contrario, todo le hablaba de su dolor y su abandono; allá abajo le esperaba una nueva vida.

Aceptaría el ofrecimiento de su padrino: se haría agrarista…

No lo había deseado jamás, ni nunca lo había pensado; pero no había otro remedio… Dinero no tenía para adquirir ni un metro siquiera de esa tierra negra y prodigiosa, pero ya sabía la manera de conseguirla: ¡SE HARÍA AGRARISTA…!

Segunda Parte

EL AGRARISTA

I. Juan recibe su parcela

Cuando llegó al rancho, se encontró con doña Chuy y don Toño, los padres de Nico, que hacía algunos meses habían regresado a su tierra, y que de ahí habían venido a mata caballo tan luego llegó el propio con el que Juan les había mandado la fatal noticia y el cual había llegado retrasado porque llevaba mala bestia. Se estuvieron ahí dos días los pobres viejos, inconsolables por la pérdida de la muchacha a quien tanto querían y se regresaron a donde habían venido, no sin antes pasar por el cementerio del pueblo, a ver dónde había quedado su hija, llevarle unas flores y rezarle una oración.

Poco tuvo que quedarse Juan en el rancho. Sólo esperar unos días para que el maíz se acabara de poner y hacer la pizca.

Lo que le quedó después de hacer la partición fue tan poco, que apenas alcanzó a pagar lo que le debía al patrón y unas cuantas anegas más para pagar sus otras deudas.

El jacal, que había sido para su padre y para él un refugio de amor y de paz, se lo dio a su compadre en pago de lo que le adeudaba. Al entregarlo sintió como que le arrancaran algo de sí mismo. Toda su heredad y pertenencias tuvo que entregarlas para pagar los pequeños adeudos que le restaban y con dos burros que fue lo único que le quedó, empezó a bajar el maíz para entregárselo a don Abundio, el maicero que le había prestado los dineros para el entierro de su Nico. El maíz valía ahora a diez pesos anega y tenía que entregarlo a razón de cinco pesos, pero no podía por ningún motivo regatearle; harto agradecido estaba con él porque le había soltado el dinero cuando tenía su apuración y más con la fama de duro que tenía.

Así fue que una tras otra le llevó las diez anegas convenidas y cuando le entregó la última al dependiente, por no estar el patrón, se sentó en una banca que estaba por fuera del mostrador hasta que éste llegó.

—Oiga, don Abundio,— le dijo cuando llegó— ya le entregué todo el maiz al muchacho, de modo que ya está recibido y muchas gracias.

Volteó el viejo a ver al dependiente, el cual asintió con una inclinación de cabeza.

—Ta bien, Juan, así me gusta, que la gente sea cumplida; así hasta ganas dan de ayudarlos.

—Pos entonces ya sabe que el hijo de "Juan Cercas" paga como su padre, con la mano derecha.

Salió Juan de la maicería, montó en uno de los burros y arreando el otro se encaminó a ver a su padrino.

Este no estaba, por lo que tuvo que esperarlo; pasó al corral sus animales, les echó agua y un manojo de hoja para que cenaran. Después se sentó en el corredor de la casa a platicar con su madrina. A su padrino, le dijo ella, le iba a dar mucho gusto que al fin se hubiera venido a trabajar acá bajo. Para que no tuviera dificultades, le iban a desocupar un cuarto que ahora estaba lleno de "triques", para él y los niños; ahí se podía estar todo el tiempo que quisiera, porque eso ya lo sabía él, que ahí no estorbaba, porque esa era su casa.

—Gracias, madrina; —le dijo Juan— pero yo pienso dejarle a mi hermana los muchachos; son muy guerrosos y ustedes no están pa niños; yo, de todos modos, les estoy muy agradecido y no jallo, la verdá, con qué pueda pagarles todo esto que hacen por mí.

Decía esto Juan con voz conmovida y mirando con ternura a la vieja.

—Semos tus padrinos, Juan; tuyos de bautizo y otra vez tuyos y de la Nico (que en paz descanse) de matrimonio y te queremos como a un verdadero hijo; y a más que el bueno de tu padre jué para nosotros como un hermano; tú ya estás al tanto del cariño que nos tuvimos tu santa madre y yo, de modo que nosotros te vemos como si jueras de la casa.

—Pos por eso me animé a venirme y si mi cuñao se va pal Norte, cosa que anda muy volao, entonces consigo una casa y me traigo a mi hermana y los muchachos.

—Como tú queras, pero si no te los trais orita, es nomás porque tú no queras.

Siguieron platicando de otras cosas; de los muchachos que ellos tenían estudiando en México, gracias a unas becas que habían logrado conseguir por conducto de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado y que cada año venían a pasar vacaciones al lado de los viejos; del frío que había hecho hasta el grado de que un día antes había helado; más tarde fue a ayudarle a la madrina a echarles de comer a unos marranos al chiquero.

En eso estaban, cuando oyeron las pisadas del caballo del padrino en las canteras del zaguán.

Entró don Rufino, saludó, se apeó y principió a desensillar; Juan quitó las espuelas al viejo, agarró al caballo de la brida y se lo llevó a echarle de cenar.

Después que ellos también cenaron, empezaron a platicar.

—Bien, Juan; —le respondió el padrino luego que le oyó— todo está arreglado; por las dudas, yo ya te había puesto en la lista de los que solicitan ampliación del Ejido del Rincón y ya la pasamos a la Delegación. Parece que ya le ganamos al asunto; en días pasados vino el Delegado de Promoción Ejidal a medir y mientras la cosa se resuelve definitivamente, porque los otros no se queren dejar y ya entablaron pleito, nos van a dar posesión provisional; eso será la semana entrante, pal sábado, de modo que pa ese día te vienes con todo y tus "tiliches". Ora lo verás como no te vas a arrepentir de venirte pa acá.

—Bueno, padrino, pos entonces me voy; traigo unos burros viejos que me dan mucha guerra y no quero que se me haga tarde por el camino; pal viernes me tiene usté aquí. Y estoy pensando que como todavía faltan algunos días pa sembrar, en mientras, y pa no estar "de oquis", me voy a trair unos viajes de leña al monte con los burros.

—Las tierras ya están aradas, las barbecharon los que las tenían, pos no creiban que les "tapábamos el monte"; de modo que recibiéndolas y

sembrándolas, como dijera tu padre: "tendiendo el muerto y soltando el llanto". Tú no te apures; cuando vengas yo ya te tengo arreglado todo.

El viernes, puntual, volvió Juan al pueblo; traía en los burros las cosas que iba a necesitar y se instaló en el cuarto que ya los viejos le habían arreglado. Los muchachos los había dejado con su hermana, aunque creía que no sería por mucho tiempo, porque su cuñado ya estaba decidido a irse para el Norte a trabajar, de donde le había escrito un pariente suyo que ya tenía varios años allá y donde según aquél le decía, se juntaba el dinero con la escoba.

La salida del cuñado era sólo cuestión de días, pero para esos entonces, Juan calculaba que ya podía tener su casa aparte para no darles tantas molestias a aquellos buenos viejos.

Se sentía Juan un poco nervioso y no pudo dormir bien. Otro día cambiaría el curso de su vida; desde el día siguiente sería él un agrarista y ya desde ahora era un "abajeño".

Muy temprano estuvo listo; se puso sus ropas menos remendadas y más limpias, almorzaron él y su padrino y juntos se fueron a la plaza, donde ya algunos compañeros del Ejido del Rincón y los del Comisariado del Ejido de Totoltlán platicaban en pequeños grupos esperando la llegada del ingeniero que les iba a dar la posesión provisional de las tierras.

A un grupo de ellos se unieron y don Rufino, que era por todos muy atendido, lo fue presentando: don Trino, Secretario del Comisariado, Pedro Luna el Presidente, Joaquín y Modesto, hermanos que por apodo les decían los zarcos y otros más, todos viejos luchadores y de los cuales, Joaquín iba a ser su compañero, pues ya estaba convenido que sus parcelas iban a colindar.

Todo el grupo platicaba animadamente mientras él escuchaba, no sin dejar de ver, que de vez en cuando, le echaban una que otra mirada

de reojo, cosa que lo avergonzaba, pues se daba cuenta de la diferencia de su aspecto con el de ellos: él todo remendado, en calzón ancho y sombrero de "soyate" y en cambio, casi todos los demás con chamarras o guayaberas de buena tela, sombrero de Sahuayo o poblano, calzón de buena manta o pantalón de mezclilla y eso sí, todos con sus buenos pistolones al cinto, con sus respectivas carrilleras llenas de tiros de cuerito a cuerito.

Poco estuvieron ahí, porque luego llegó el ingeniero en un coche acompañado de dos de los jefes agraristas y dos ayudantes suyos y ya todos juntos, unos a pie, los otros a caballo rodeando al ingeniero jinete en buena mula, se encaminaron al Rincón que estaba a menos de media hora de ahí.

Juan ya conocía el lugar, pues más de una vez había bajado a trabajar ahí de peón; eran unas buenas tierras y con mucha agua.

Después que el Delegado les hubo leído el oficio del Departamento Agrario, dándoles posesión provisional de ochenta y cinco hectáreas de riego y más de cien de agostadero y de haber hecho la distribución entre los doce solicitantes, cosa que no llevó mucho tiempo, porque ya todo estaba planeado de antemano y tan pronto aquél terminó el pequeño discurso exhortándolos a trabajar como buenos, esas tierras que el Gobierno de la Revolución les entregaba, pasaron todos a un lugar donde debajo de unos corpulentos sabinos centenarios y frondosos, estaba todo preparado para comer: el chivo riquísimo, en birria adobada, los cartones de cerveza y las botellas de tequila y ahí, unos parados, otros sentados, pero formando todos un numeroso grupo entre el que estaban también algunos invitados, el doctor entre ellos (quien estaba plenamente identificado con el grupo agrario) empezaron a rolar las botellas de tequila y las espumosas cervezas para abrir el apetito, que pronto eran vaciadas como por encanto.

Al principio, Juan se rehusaba a entrarle al vino, pero su padrino le dijo acercándose a él:

—Échate un trago, Juan, que eso a naiden le hace daño; lo malo no está en la calidá sino en la cantidá.

—Bien dicho, don Rufo; —dijo Joaquín el Zarco que acercándose con una botella de tequila en la diestra había alcanzado a oír el consejo.

—Aquí no nos gusta que naiden "se haga rosca".

Se tomó Juan un buen trago de la botella con que el Zarco le invitaba y entonces su padrino llamándolo aparte le dijo:

—Mira Juan, no te niegues a tomar, que eso les caería mal y lo tomarían como un desaire; nomás vete tanteadito y si te sientes mal me dices y nos vamos.

Y así se fue, tanteadito; cuando le tocaba tomar y le pasaban la botella, se echaba sólo un pequeño trago y con todo y eso, poco acostumbrado como estaba a ingerir bebidas embriagantes, sentía cuando tomaba un fuerte ardor que le corría desde la boca hasta el estómago y según decía él, "como si le juera entrando un gato patrás que estiraran de la cola".

Un poco aparte, bajo la sombra de un sauce que bordeaba el pequeño arroyo que cruzaba el ejido, estaban sentados el doctor y otros amigos platicando; viendo Juan que ahí no estaba tan tupida la tomadera, hacia allá se encaminó.

Después de saludar al doctor al que no había visto desde el fallecimiento de Nico y a una invitación de él, se sentó a su lado y comenzaron a platicar. Sentía hacia aquel hombre mucha estimación por su sencillez, su comprensión hacia ellos, los pobres y la forma como lo había tratado en aquella ocasión.

—De modo —le dijo el doctor— que ya eres de los nuestros; vaya, vaya, Juan, pues me alegro; y esto, si no me equivoco se debe a don Rufino, que según dicen es padrino tuyo, ¿no?

—Pos sí —respondió Juan— jué mi padrino el que me convenció que me viniera pa acá, pabajo y parece que estuvo bueno, porque aquí

esta prietita —dijo agarrando un puñado de tierra y dejándolo escurrir entre los dedos de su mano— parece que ya me estaba esperando.

En eso llegó hasta el grupo, Joaquín, el Zarco, con una botella en la mano y ya bien borracho.

—Échense el último trago que ya viene la birria, —les dijo ofreciendo una botella— y eso sólo cai bien con un buen cimiento de mezcal. Despúntate esta güera, —le dijo a Juan dándole la botella— pero éntrale recio que tú nomás te has hecho pato y no has tomado nada. Mira, paque ora no me la juegues, hasta aquí le llegas— y con un dedo le señalaba como un cuarto de botella.

—No es que me haga, —respondió Juan con vos que quería ser amable— es que yo poco tomo y a uno se le sube pronto; me puedo pasar y les doy guerra; ya usté sabe que un borracho pa nada sirve.

—¿Y si te emborrachas aquí, que más da? Si te quedas tirado, cais en lo tuyo.

Por no seguir discutiendo Juan tomó un buen trago.

—No, hombre; —le dijo el terco— si nomás la besates; y pa besar sólo las mujeres; tómale hasta onde quedamos.

—Yo no quedé en nada y ya tomé, gracias, pos con eso tengo.

El doctor se levantó; conocía bien al Zarco que era terco y pendenciero y más borracho como andaba, por otra parte en los ojos de Juan vio pintado el valor y la decisión de no tomar más; temió un altercado y dijo arrebatando casi la botella de manos del borracho:

—Ustedes platicándola y nosotros que se nos pasea la manzana de ganas de un trago; —tomó y pasó luego la botella.

El Zarco se retiró disgustado y manifestando a las claras que el muchacho no le había caído bien y no sin antes decir:

—Ta bien, dotor; yo a usté lo respeto, pero a mí no me cain los que se hacen de boca chiquita, como señoritas.

Juan hizo como que no había oído para dar por terminado el incidente; pero presintió que por ese motivo tan sencillo, el otro ya

se consideraba su enemigo. Así eran esos hombres: sencillos, pero rencorosos y que el más pequeño desaire lo tomaban como una grave ofensa.

Llegaban en eso con los platos de birria bien calientita y enchilosa y las cervezas para que ésta resbalara.

Él se sentía con un apetito voraz, que la caminata y los tragos de tequila le habían aumentado. Comió como un descocido; terminó todo como a las cinco de la tarde y a esa hora regresaron todos al pueblo, quien más, quien menos, todos entrados en copas.

Ya en la casa le dijo el padrino:

—Mira Juan, los dos hermanos que te tocaron de vecinos junto a tu parcela, son algo trabajosos, pero en el fondo no son malos hombres; tal vez al principio esos Zarcos te molestarán porque te ven como un advenedizo; pero tu llévales la corriente y ya verás como al final te los consigues. Para tu siembra te voy a habilitar yo, más bien dicho, don Esteban el del molino es el que va a aflojar el dinero y yo voy a ser la responsiva, de manera que por eso no tienes pa qué priocuparte. Saliendo bien este año, ya el siguiente podrás hacer el contrato de la refaición por tu cuenta, porque conviene que te vayas abriendo camino por ti mesmo. El año que entra tal vez podamos conseguir dinero en el Banco Ejidal; ora no pude sacarlo porque pa eso tenías tú que estar presente; pero si más allá podemos conseguirlo allí es mejor, porque da más facilidades y "trinca" menos que los particulares. Yo te conozco y no creo necesario recomendarte que trabajes duro; si pudites ganarte la vida allá arriba, en aquella tierra pobre y árida, aquí con más razón. Previniendo todo, ya recebí por tu cuenta la primera suma de dinero pa las aradas y ya que por buena suerte tuya no te tocó preparar la tierra, puedes utilizar eso en lo que más te urja. También renté una buena yunta de bueyes, pa ti, con don Cirilo Franco el dueño de Garabatos con el que cada año consigo animales y tiene buena bueyada; la renta

son sesenta pesos o tres cargas de trigo, tú eres el que has de decedir con qué pagas, aquí tienes tu dinero. Los bueyes no los he bajado pa no tener que mantenerlos de balde, pero tan pronto puedas te vas por ellos y dejándolos descansar unos dos días ya te sirven pa sembrar; pa eso te voy a emprestar un sembrador que tengo ya arreglado y igualmente te voy a emprestar todo el apero que te haga falta. Ya comprenderás que este primer año te vas a ver algo "atrojado"; pero dale duro y ya verás como pronto sales de las "drogas" que teches. Yo sé que te irá bien, porque tú sabes trabajar y porque como decía uno: "Solo pal tarugo y pal flojo, diario es día de San Bartolo". Aquí casi a todos los campesinos les gusta mucho el maguey; cuando te veas muy comprometido condesciende con ellos, pero nomás, porque no quero que te vayas a empicar al vino.

Juan aprobó lo que su padrino le decía con una sonrisa y se fueron a acostar.

II. Buey mañoso, buey ladino…

Antes que amaneciera ya iba camino de los Altos, otate al hombro y con una árguena llena de gordas que un día antes le había preparado doña Petra su madrina y provisto del papel que don Rufino le diera para que le entregaran los animales.

Rayaba el sol cuando pasaba por la barranquilla del Muerto, justo donde empezaba a subir el sendero; el camino ya lo había andado una vez cuando fue con su padre a San Juan de los Lagos, siendo niño y a pesar de que hacía muchos años de eso, lo recordaba perfectamente. Cuando empezaba a amanecer había pasado por terrenos de la Hda. de la Isla, llamada así por su abundancia de agua, a la entrada de los Altos y en la Boca de una cañada; en ese lugar, por todas partes brotaban ojos de agua que era utilizada para regar los extensos cañaverales que ya por ese tiempo estaban en sazón y cuyo color verde tierno le daba un aspecto de frescura y alegría al lugar.

Ascendía Juan por la Cuesta de Chapulines y a medida que subía terreno, el aire fresco de la mañana se hacía helado; pero para él era agradable ya que le era familiar esa temperatura de los Altos.

En algunos puntos, a los lados del camino y sobre las faldas de los cerros, se veían los tableros bien alineados de las mezcaleras con su color verde-gris, las cuales alimentaban la taberna de Garabatos.

Bien cubierto con su negro gabán que había sido lo primero que había comprado con el dinero de la Refacción, pues buena falta le hacía y con el paso rápido que llevaba, pronto empezó a entrar en calor y no sentía mal el viento fresco que de arriba venía y azotaba su cara.

De vez en cuando se encontraba por la vereda que ascendía entre rocas, nopales y magueyes, uno que otro asno bien cargado con damajuanas que bajaban de la vinata, o costales de maíz y frijol que llevaban los alteños al Mercado del Pueblo; y a los lados del camino, interrumpiendo la soledad del paisaje, una que otra choza, afuera de las cuales los rancheros recién levantados ordeñaban su ganado, o donde

sentados en piedras a manera de bancos, tomaban sol, del tiernito, chupando sus cigarros de hoja.

Dos o tres veces tuvo que preguntar para estar seguro de que no había errado el camino y seguía satisfecho de no haberse equivocado.

Cuando llegó a la Mesa de Garabatos el sol ya calentaba, por lo que se quitó su gabán lo dobló y se lo echó al hombro. A poco andar vio en una hondonada que hacía la Mesa, una casona, que por las señas que le habían dado, debía de ser la Hda. que buscaba. Un momento más y estaba espantando los perros que ladrando salieron a recibirle.

—No les tenga miedo, amigo; ya mordieron.

—A alguno que se dejó, —respondió Juan sonriendo al ranchero que le había dicho eso y que asomado tras de una cerca de piedras del corral de la casa donde estaba ordeñando unas vacas, le preguntó en seguida qué era lo que se le ofrecía.

—Busco a don Cirilo, el Patrón.

—Pos ay anda, por el otro lado de la casa; allí detrás de ese guayabo.

Llegó Juan a donde el vaquero le había indicado, encontrándose con un ranchero ya viejo y bien plantado, vestido de charro y jinete en un soberbio retinto tresalbo. A él se dirigió.

—Ha de dispensar su mercé, —dijo Juan descubriéndose— pero aquí traigo un recadito de mi padrino, don Rufino Quezada, de Totoltán, que lo manda saludar, pue como está tanto.

Cogió el jinete el papel sin decir palabra, lo leyó casi de un vistazo y con voz fuerte llamó al ranchero que ordeñaba y que en esos momentos se acercaba.

—Mira, Tanacio, ya vienen por la yunta que le renté a don Rufino el de Totoltán, la que le faltaba de llevarse; luego que acabes, vas y se la entriegas a este muchacho; ya sabes cuál es: el buey palomo y el tordo, andan por allá, cerca del aguaje de la Ánima; pa que no te tardes ensillas el bayo "pata dura". ¡Ah! —dijo luego espoleando el caballo—

y llevas antes a este muchacho pa que almuerce; y tú —le dijo a Juan— te llevas los animales con cuidado, que están muy sobrados y saludas de mi parte al amigo don Rufino.

—Yo ya acabé, patrón, orita voy —contestó el vaquero.

Sin esperar más, don Cirilo espoleó el hermoso animal y a buen paso se alejó del rancho.

A Juan le faltaban ojos para ver el caballo; don Cirilo tenía fama de hombre de buen gusto para elegir sus pencos; pero la verdad ese retinto no tenía nana, parecía como pintado.

Viendo el mozo del rancho la admiración de Juan, le dijo entre burla y de veras:

—¿Te gusta el penco, no? Pos no tienes mal gusto; es hijo del Pegaso, el azote de todos los caballos de los Altos; nomás que te quedas como yo, con las puras ganas de tener uno así; ese animal vale sus cinco mil del ala y eso no lo conseguimos ni tú ni yo juntos, trabajando toda la vida.

—Deveras questá chulo el cuaco... —dijo Juan suspirando y como hablando consigo mismo.

—Pos si queres almorzar, vamos pa la casa; ya oyites lo que dijo el patrón; naiden hasta orita ha venido a Garabatos y se ha ido con la panza vacía.

—Gracias por mi parte; aquí traigo unos taquitos y en mientras tú tráis los bueyes, yo voy a calentarlos.

—Pos entonces, vente conmigo a la taberna y los calientas en la caldera; cosa que también te echas un cuernito de mezcal, del de punta, pa que te entones.

Esperó Juan al mozo que a poco regresó montado en un matalote; cruzaron la hondonada en sentido opuesto del que lo había llevado a Juan hasta ahí, mientras el otro charlaba y luego torcieron hacia una loma cercana.

—Pué que me entretenga, porque esta matadura no me va a ayudar gran cosa y los bueyes están muy sobrados los hijos de un tal; son de los mejores que hay en el rancho; y ya creibamos que no iban a mandar por ellos; ya verás qué yunta te vas a llevar, vale.

Como a los diez minutos de andar y al quebrar un lomerío, se vio la taberna con su chacuaco echando humo y situada entre una extensa mezcalera.

—Ahí es, amigo, orita llegamos.

Y al llegar:

—Aquí me esperas, a ver si no me tardo mucho. Ay viene este amigo —dijo a los dos hombres que cuidaban de la vinata atizando la caldera con gruesos trozos de leña.

—Lo manda don Cirilo pa que lo dejen calentar unas gordas y le den un buen trago de mezcal, pa que pueda llevarse los bueyes —dijo en tono malicioso.

Mientras el otro se alejaba al trote, se acercó Juan, dio los buenos días y pidió la venia para calentar su bastimento.

Con un gancho de fierro que le prestaron abrió la boca de la caldera y fue metiendo sus tacos y sus gordas que conforme se iban calentando iba retirando. Después que a invitación suya los dos hombres se tomaron un taco, uno de ellos le dijo:

—Esto está muy sabroso, se ve que lo tratan bien, amigo.

—Pos échense otro taco que estos son de carne de puerco con chile; ¡Caramba! Pos si mi madrina me puso comida como pa diez.

Iba a principiar a comer Juan, cuando se acercó uno de ellos con un cuerno rebosante de mezcal.

—Ándele amigo; aviéntese este piquete pa que le abra el apetito.

Se tomó Juan un buen trago y devolvió el cuerno que el otro apuró de un sólo trago. Siguieron comiendo los tres y ya a medio yantar les preguntó:

—¿Y no tienen por ahi un trago de agua?

—¡Qué agua ni qué ojo de hacha! De mezcal es de lo que nos lo vamos a repetir, porque en esta tierra sólo los bueyes beben, agua.

Y uniendo la acción a la palabra, se levantó del montón de leña donde se había sentado y fue a traer otros tres cuernos llenos hasta los bordes y alargándole uno a Juan le dijo:

—Échele, amigo; que aquí estamos debajo de la ubre de la vaca.

Este apenas lo probó, porque era sed lo que tenía y no ganas de mezcal.

—¿Pos qué no le cuadra amigo? Parece mentira; pero si quere mejor agua, ay usté; orita se la traigo.

De un tinaco le llenó una jícara de agua que Juan bebió con fruición mientras el otro decía entre dientes:

—Yo no puedo crer que haiga quen prefiere la agua a este buen tequila.

Terminado de almorzar, se tendió Juan sobre su gabán y mientras esperaba los bueyes, siguieron platicando de cosas de rancheros y luego, ya desesperado al ver que el otro no llegaba, se levantó, salió para afuera del tejado y dijo mirando al sol:

—¡Ya son las diez! Si este no viene pronto se me va ha hacer tarde.

No acababa de decir eso cuando apareció tras de una loma el vaquero arreando los animales, que a cada momento se le querían volver a la querencia del bebedero; se perdieron en un recodo y al fin aparecieron saliendo de detrás del jacalón de la taberna.

—Ay tiene sus animales, amigo; —dijo sonriendo y limpiándose el sudor—. Buen trabajo que me dieron los indinos.

Juan sonrió complacido al ver la estampa de los dos bueyazos.

Uno era negro, sin una sola mancha y el otro blanco, inmaculado también, haciendo honor a sus respectivos nombres; pero los dos fuertes, macizos como una mole de piedra; paliabierto el prieto,

achicado algo de estas el blanco. Ariscos y remolones los dos animales; pero de quitarles eso él se encargaría...

Después de dar las gracias y despedirse de los hombres, con una reata que prevenida llevaba y no sin trabajo, mancornó los animales y comenzó a arrearlos con rumbo al plan.

Al principio le dieron bastante guerra y el vaquero tuvo que ayudarle con una corrida para que no se le volvieran a la querencia; pero ya una vez fuera de los potreros de la Hda. se dejaron llevar mejor y echaron para abajo más voluntarios, azuzados por uno que otro piquete que con el chuzo que había llevado les daba, pero guiados más que todo, por la voz mansa y monótona del muchacho.

—Tordo... tordo... vuélvete; palomo, palomo, jálale... buey... buey... íralo...

Ya de regreso, al llegar a la Isla, hizo un alto para comerse los pocos tacos que había guardado y ya alentado por el refrigerio, siguió pastoreando sus animales, dejándolos caminar a su lento paso para no fatigarlos pues quería que le llegaran enteritos; tras de los animales, que una que otra vez volteaban todavía la cabeza como para divisar rumbo a la querencia lanzando uno que otro mugido, venía él entonando, para hacer menos aburrida la caminata, una de las viejas canciones aprendidas de su padre:

Buey barroso, buey cansino,
Que perdiste tu bueyada
Tras el polvo del camino;
No voltiés pa la querencia
Ni te jales para un lado,

Buey mañoso, buey ladino,
Que a pesar de que eres buey

Sigues siendo, enamorado.
Soy bueyero de los Altos,
De los buenos carreteros;
Quero mucho a las mujeres,
Y las llevo pa mi rancho
Donde hay buenos bebederos.

Soy bueyero de los Altos,
De los buenos arreadores;
Y a las mujeres que quero,
Me las llevo pa mi rancho
Pa gozar de sus amores…

Llegó al pueblo cuando ya había obscurecido; venía rendido por la caminata; pero también muy contento, porque se prometía buen trabajo con aquella hermosa yunta. Metió los bueyes en el corral de la casa de su padrino y tan pronto como hubo cenado, se acostó. Se sentía optimista: con aquel par de bueyazos pronto terminaría de sembrar y podría ir a darle una mano a su padrino. Hasta armonía sentía en las manos de ganas de agarrar ya la yunta.

Otro día dejó descansar los animales y él se pasó el tiempo entre arreglar el arado, las rejas, las coyundas y demás aperos, para tenerlos listos y darle uno que otro vistazo a los animales y echarles de comer para que estuvieran en buenas condiciones de trabajo.

A la mañana siguiente, antes del amanecer y con los animales enyugados, iba ya con rumbo a la parcela y todavía no clareaba del todo cuando empezó a trabajar; estaba la tierra suavecita, como mantequilla; unos días antes, su padrino le había dado el riego necesario para sembrar. Ya para la hora del almuerzo llevaba un buen pedazo sembrado; no lo que hubiera querido, porque aparte de que los bueyes estaban ariscos

y no volteaban bien, a él, poco acostumbrado al arado de fierro, le costó algo de trabajo adaptarse; pero ya para mediodía no notaba la diferencia. Comieron él y el muchacho sembrador que le consiguió su padrino, como habían almorzado rápidamente y casi de pie, pues no quería perder tiempo para que la tierra no se secara y siguió todo el día detrás de los animales, que ya más dóciles se prestaban mejor, dando vueltas y más vueltas sobre la tierra negra que reverberaba bajo el abraso ardiente de los rayos del sol canicular.

Casi al obscurecer desunció; entonces, mientras dejaba a los bueyes que pacieran triscando en el zacate del borde del arroyo, se sentó un rato a ver su parcela; eran las suyas unas excelentes tierras; no mejores que las otras, porque malas no las había ahí y que lindaban arroyo de por medio con la parcela del Zarco Joaquín. Para regarlas tenían agua abundante en la gran represa que estaba en los terrenos de más arriba y que ahora pertenecía a la Comunidad, la cual si no se desperdiciaba, les ajustaría para darles a los trigos sus dos riegos.

Estaba contento, como diario que tenía trabajo y más ahora que era dueño de aquel buen pedazo de tierra; le parecía un sueño. ¡Sí! Daba gusto trabajar esas tierras... Y llevado por su entusiasmo ya se imaginaba verlas cubiertas por tupidos trigales. ¡Y pensar que había gentes que teniéndolas en su poder se negaran a labrarlas!.. De plano, esas gentes no tenían perdón de Dios...

Ahora más que nunca se daba cuenta de lo que valía para él la protección de su padrino, pues de no haber sido por la gran influencia que aquél tenía entre todos los agraristas y no obstante que Juan tuviera hasta cierto punto derecho para ello, por ser vecino del Municipio, jamás habría conseguido esa parcela tan buena.

Y un día tras otro, con el mismo ahínco, con el mismo tesón durante largas dos semanas, de sol a sol, hasta extenuarse él y el muchacho sembrador, trabajaron incansables. Ya los bueyes dóciles a su voz y

a su mando no esperaban recibir el piquete del chuzo para voltear o para apresurar el paso. Al final la tierra siempre se le resecó un poco; pero él clavaba la reja y con la potencia de los bueyes, alcanzaba a sacar la humedad para que cuajara la siembra y más ahora que ya se sentía alentado, porque de la primera siembra ya se veía brotar la planta, pintando de un verde tierno la áspera tierra, germinados ya los primeros trigos.

Apenas terminó de sembrar, fue presto a ayudarle a su padrino al Ejido de El Refugio, porque aquél andaba un poco atrasado; tres parcelas eran mucho para el pobre viejo y no siempre se hallaban personas que supieran trabajar de verdad. Cuando terminaron, volvieron todos al pueblo, ya contentos porque la primera fase de su tarea estaba cumplida.

No descansó Juan por eso; desde ese día, diariamente salía con sus burros al monte a hacer leña. Partía a sale sol y ya para en la tarde, temprano, bajaba con los animales bien cargados con leña, que al principio y a pesar de las protestas de su madrina y don Rufino, fue almacenando en un cuarto de la casa hasta dejarlos bien provistos y después la vendía por las calles, cosa que le dejaba sus buenos centavos. Con lo que consiguió se compró ropa para él y para los muchachos, que andaban casi desnudos.

III. El Zarco Joaquín

Llegó la hora de dar el primer riego a los trigos; ya algunos de los compañeros de su Ejido lo habían hecho y ahora le tocaba el turno. Como no era muy conocedor en eso y era la primera vez que iba a regar esas tierras, invitó a su padrino para que le aconsejara como hacerlo.

Fueron al Ejido. En eso andaban, cuando vieron al Zarco Joaquín, que sentado en una piedra al borde del arroyo que dividía sus parcelas, sonreía burlonamente.

Desde el día del altercado entre ambos, cuando Juan había comprendido que le había caído mal, apenas se saludaban. Juan había seguido el consejo de su padrino de llevarle al otro la corriente y alguna vez que el Zarco había tratado de provocarle por los motivos más fútiles, él lo había sobrellevado.

Terminado que hubo el padrino de decirle cómo había de dar el riego, se retiró, no sin aconsejarle:

—Si te empieza a molestar el Zarco por esto, llévale el bajo; vale más que haiga un loco y no dos.

En efecto; no bien se había ido don Rufino, cuando poco a poco, liando un cigarro de hoja y sonriendo socarronamente, se acercó Joaquín a donde estaba Juan, que inclinado sobre un paso de agua con el azadón en la mano, tapaba la zanja para cortar el riego, y que con el rabo del ojo apenas alcanzó a verlo llegar.

El Zarco un tipo cuarentón, chaparro y anudado por fornido, de faz atrevida donde bailaban incansables dos ojos maliciosos color de ágata que daban razón al mote.

—¿Qué hay amigo? —dijo el Zarco reclinándose indolentemente sobre un troncón caído que estaba a un lado.

—¡Qué duro le atiza! Es que seguro usté no ha de saber aquello de "que no por mucho madrugar amanece más temprano".

—Ya lo creo que le atizo, amigo don Joaquín y es por aquello de que "el que temprano se moja tiene tiempo de secarse".

—¿Y qué le parece la tierrita… buena no? Pos aquí lo único que hay de malo, es que unos vistieron la mona y otros la bailaron. Hay muchos que no pelearon por las tierras como nosotros y que ora son agraristas; debían de haberlo sido en antes, cuando ser agrarista era trair la vida en un hilo, como cuando los Cristeros entraron al pueblo y les cortaron la cabeza con una hacha a muchos de los jefes de nosotros; ahi era cuando yo los hubiera querido ver presumiendo de agraristas y no ora que ya está la mesa servida...

—Pos si lo dice por mí, debo alvertirle que por esa fecha que usté dice yo andaba a gatas todavía y por lo que toca a que ora tenemos tierras los que no peleamos por ellas, yo creo que a naiden le venimos a quitar la gorda de la boca, porque hay tierras pa todos y ya quisieran poder labrar las que les dan; y a más, le diré que acabo de solicitar entrar a las reservas y pronto me darán el rifle y ya entonces verá usté si dándose el caso lentro o no lentro porque orita no me puede decir nada.

—Pos ójala que se viniera una Bola, "a ver si es lo mesmo comer que tirarse con los platos".

—Pos ójala: Y quero alvertirle, don Joaquín, que a mí no me gusta que me anden con rodeos; me gusta que le llamen a las cosas por su nombre y si alguien tiene que sentir conmigo, que me lo diga de plano.

Dijo eso Juan con tono firme decidido y mirándolo fijamente, con el azadón en la mano. Sabía él que ese era el momento culminante en el que sabría si pelearían o no. El Zarco había ido a provocarlo, como tantas veces lo había hecho y ya era bueno "pararle las patas" de una buena vez; no iba él a aguantar a que diario le estuviera echando indirectas; si iban a pelear alguna vez, pues que fuera luego.

Se miraron fijamente, duramente, por un momento; al fin el Zarco abatió la mirada; había visto en los ojos del muchacho el sello de su destino, la decisión de matar o morir y comprendió que así como estaba él con su cuchillo enfundado y en el cinto y Juan con el azadón en la mano, llevaba la de perder.

—No te calientes, Juan; tú te prendes luego —dijo ya con voz conciliadora—, yo no lo decía por ti, sino por otros como el Bigotes, el Chato Burrero y otros. Tú, con los derechos que tiene don Rufino, es bastante pa que te den eso y más. Si tú no peleaste por las tierras, tu padrino o tío, que yo no sé lo que es, sí que ha peleado por ellas y harto derecho tiene a una parcela pa sus parientes y no soy yo el que se va a oponer.

—Pos tá bien, Don Joaquín y lo que le dije, dicho está; a mí no me gusta tener dificultades con mis compañeros y quero ser amigo de todos, pero tampoco me gusta que me estén dando duro como a tambor de rancho.

—Pos dispense que lo molesté... y ya me voy, nos veremos —dijo el Zarco, mientras arrojaba lejos de sí el cigarro que fumaba con ademán violento y se fue retirando poco a poco, rumiando su derrota.

Fue un momento angustioso para Juan, porque al quedarse parado viendo como el otro se alejaba, vio que éste se acercó, brincando el arroyo, hasta donde tenía el rifle. Sintió temor, miedo profundo al verlo levantar el arma y la cobija; pensó correr, empujado por el instinto de conservación, o llegar hasta donde el otro y luchar cuerpo a cuerpo por el rifle, antes que dejar que lo tumbara como a un conejo; pero comprendió también que ya era tarde y que ahora estaba como una pobre bestezuela a la voluntad del cazador, a menos de cincuenta pasos del bravucón que ya empuñaba el arma asesina. Con un supremo esfuerzo dominó sus nervios y se quedó plantado en el sitio, viendo cómo el otro, mirándolo de reojo, cortaba cartucho; gruesas gotas de sudor perlaron su frente... volteó el Zarco rifle en mano hacia donde él estaba y por un momento más chocaron sus miradas duras como el acero... Pero luego bajó aquél el rifle que ya había levantado, se terció la carrillera sobre el pecho, se echó al hombro la cobija y con el arma en bandolera, se alejó por rumbo opuesto, no sin voltear de

vez en cuando hacia donde Juan se había quedado, tieso en su sitio, sin comprender todavía cuál había sido la causa por la que el Zarco no le había disparado. Cuando lo vio perderse tras los matorrales que bordeaban el arroyo, ya bien lejos, respiró satisfecho.

Demasiado comprendía ahora, que nunca antes se había jugado la vida como en esos momentos que acababan de pasar y se sentía orgulloso de no haber enseñado el cobre; cualquier paso en falso y el Zarco se había dado cuenta que había tenido miedo y en cambio así las cosas habían resultado de la mejor manera para él. Se había escapado en una tablita, como la gente solía decir, porque el otro había ido en busca de pelea y desde lejos se le notaban las malas intenciones; su serenidad y otras circunstancias que ni él mismo alcanzaba a comprender lo habían salvado.

A los pocos días de aquello, la vida le vino a comprobar que no se había engañado al juzgar al individuo; obscurecía y estaba a punto de volver de su labor a donde había ido a ver los trigos, que ya como endebles tallos cubrían toda la parcela y a vigilar unos bueyes que andaban sueltos por ahí cerca y temía fueran a hacerle daño.

Se disponía a regresar, cuando oyó pisadas fuertes, como si alguien se acercara a la carrera por el camino real que estaba a pocos pasos de ahí; pensando estaba en quién pudiera ser, cuando vio torcer por la vereda que él mismo llevaba, a un hombre que rifle en mano llegaba hasta él; era Joaquín el Zarco; hasta entonces pudo reconocerlo; llegaba agotado hasta el extremo, casi asfixiándose por la larga carrera.

—Juan —le dijo con voz entrecortada, casi sin poder hablar—, me vienen persiguiendo los federales... me acabo de echar al plato al Sargento Moctezuma... aquí vienen detrás de mí... dime qué hago... dónde me meto.

Y a las claras se veía que el pánico había hecho presa del hombre. Venía herido; un manchón enorme color rojo púrpura le cubría casi todo el muslo y la pierna izquierda, la respiración anhelante y pegados

a la cara los hirsutos cabellos empapados de sudor; el aspecto del Zarco hizo comprender a Juan la gravedad de su situación:

—Llégate hasta la casa de la Hacienda —le dijo—, presto.

—No puedo dar un paso más.

—Bueno, pos presta acá l'arma y recárgate en mí.

Lo abrazó y casi en peso lo arrastró hasta la orilla del arroyo y ya ahí, cogiéndolo de los brazos, lo empujó casi, sosteniéndolo, hasta dejarlo sumergido con el agua hasta el cuello, cerrando en seguida encima de su cabeza las ramazones que había retirado para bajarlo y dejó caer a un lado del herido, en el agua turbia y estancada el rifle y se regresó a recargarse en un árbol, recostándose en el suelo sobre su cobija. Ya era tiempo, porque apenas acababa de hacerlo, cuando oyó tropel de gente y voces en la obscuridad que ya casi había cerrado.

Se quedó Juan con los ojos semicerrados aparentando estar dormido. A poco aparecieron unos soldados, a la cabeza de los cuales iba el Cabo Tetuán; llegaron todos excitados, sudando por la carrera y con el arma en la mano.

—¡Quiubo amigo! —dijo el Cabo cuando reparó en él— ¿dónde está el que venía corriendo por aquí?... Ya usté lo conoce, es el Zarco Joaquín.

—Pos aquí no ha venido naiden —contestó Juan reposado—yo tengo casi todo el día por aquí y hace más de una hora que no pasa naiden.

—¡Cómo jijos que no ha pasado naiden! Si por acá lo vimos que corrió; si usté lo esconde ya se puede componer.

—Palabra jefe, que no he visto a naiden —dijo Juan incorporándose y restregándose los ojos, al mismo tiempo que se desperezaba estirándose, como quien está amodorrado.

—Y usté, ¿qué está haciendo aquí?

—Pos cuidando mi parcela, Jefe; a diario vengo a cuidar que no se me metan los animales; me senté aquí un rato muy a gusto y me quedé

dormido… Sólo que me despertó un ruido hace rato, como que alguien juera corriendo por el camino real... o a lo mejor yo estaba soñando y por aquí pasó y no me di cuenta…

—Está bien, amigo; —dijo el Cabo y volviendo a sus soldados: —busquen por el arroyo... y si lo hayan por aquí me lo arreglo a usté —dijo lanzando a Juan una mirada furibunda.

—¿Y si se pela en mientras por el camino? —dijo uno de los soldados.

—Usté búsquelo y no rezongue, que aquí yo soy el que mando.

Se desparramaron en un momento los cinco soldados. Uno de ellos se aproximó, ya en la semiobscuridad, hasta cerca de las ramas y jarales que ocultaban al prófugo y se arrimó tanto al borde del arroyo, que cayó al agua muy cercade él oculto.

—¡Ah, jijo! ¡Cómo está fría! —dijo tratando de salir y alzando el rifle por encima de su cabeza para que no se le mojara.

Juan se estremeció; por un momento creyó todo perdido; pero el soldado se concretó a salir, estilándose y sacudiéndose el agua con las manos. Juan lo miraba con el rabo del ojo y se serenó un poco cuando lo vio retirarse del punto del peligro.

—¿Qué te pasó, zopenco? —le dijo el Cabo iracundo acercándose—Tú eres el más bruto; no sacas un buey de una milpa.

—Pos me resbalé, jefe; —dijo el soldado, humilde, secando el arma con un paliacate que llevaba debajo de la moscowa.

—Vámonos, —dijo el Cabo en voz alta llamando a los soldados—¿por dónde dijo que había pasado? —increpó a Juan.

—Pos me pareció que por el rumbo del camino; pero a mí no me crea, estaba medio dormido y a lo mejor estaba soñando.

—¡Jálenle ustedes...! ¿Qué hacen, tarugos?

Partieron todos de prisa y siguieron camino arriba...

Juan esperó unos momentos y cuando se convenció que los otros iban lejos, se acercó al arroyo y dijo con voz apagada, apenas perceptible:

—Don Joaquín, don Joaquín, no salga todavía, no se mueva hasta que yo le diga, que pueden devolverse.

Se a cercó hasta el camino y al convencerse que no había nadie por las cercanías, ya que su fino oído no le había delatado ningún ruido, regresó y dijo al escondido.

—Ora sí, don Joaquín, ya véngase que ya se jueron.

Le contestó una voz temblorosa y apagada:

—Si no puedo moverme, Juan, estoy entumido.

Se metió Juan al agua hasta la cintura y alargando las manos asió al otro de los hombros y casi en vilo lo sacó del arroyo; luego, tentaleando, encontró también el arma y la recuperó. Entonces oyó un ruido y temeroso metió de nuevo al Zarco que temblaba de pies a cabeza, al agua, metiéndose él en seguida con el arma en alto. Estuvieron por un momento quietos, inmóviles; pero a poco y al no oír nada echó a andar, llevando al herido casi en peso, corriente abajo, tanteando los hoyos y adelantando con precaución.

—Es mejor irnos por aquí; por arriba nos pueden ver —dijo Juan.

Caminaban lentamente, desesperadamente lento, haciendo Juan esfuerzos sobrehumanos porque el herido, que estaba completamente exhausto, no se le cayera de los brazos y al ver que éste se le hacía cada vez más pesado y no hablaba, temeroso de que se le fuera a morir, le dijo explorativo:

—¿Cómo se siente?

—De la fregada… Yo creo que me voy a morir…

—¡Qué morir ni qué diablos! Aguántese un rato, que más adelante nos vamos a salir de esta maldita agua helada.

Y así, andando por el agua, en una caminata que a ambos parecía interminable, llevándola por momentos hasta el cuello y en ratos casi en seco, llegaron hasta el pretil de los Macías que era donde desembocaba el arroyo. Ahí lo escondió, a un lado del bordo, entre los espesos matorrales.

—Al rato vengo, —le dijo— voy a ver cómo andan las cosas en el pueblo y también a trair los burros pa llevarlo. Usté no se mueva de aquí hasta que yo vuelva, al cabo no me tardo.

Se regresó Juan con rumbo a la parcela y no había andado gran cosa cuando vio, entre la penumbra y hacia el lugar donde se había encontrado con los soldados, una luz como de reflector de mano; se aproximó más, reptando como una víbora y pudo oír voces apagadas; eran los soldados, que al no haber encontrado la pista, se habían regresado a buscar. Se volvió Juan, amparado por la obscuridad que era ya completa y no le costó trabajo encontrar sus dos burros, que había dejado amarrados junto a unos matojos; los encaminó hasta cerca de donde había dejado a Joaquín oculto, los dejó bien amarrados y buscando un atajo por donde pudiera ir al pueblo sin temor de encontrarse con los soldados, regresó presuroso. Ya ahí, se dio una vuelta por la plaza para enterarse de cómo andaban las cosas. No faltó quien le dijera: "Se habían agarrado el Sargento Moctezuma y el Zarco Joaquín a balazos", no se querían y conociéndolos, ya todo mundo esperaba eso; fue en el portal de Chanito el peluquero: hechos de un pilar cada uno, se habían disparado, hasta que el Sargento, imprudente, trató de acercarse a Joaquín, el cual con el único tiro que le quedaba en el rifle y ya estando herido de una pierna, lo tumbó de un balazo en la cabeza. ¡Suerte que tuvo el Sargento! Porque el casco que traía puesto le defendió mucho, que si no, de ahí ya no se había movido. De ahí había salido el Zarco de estampida y los soldados que estaban de guardia en el Cuartel pisándole los talones; fue una fortuna para él que el Cabo anduviera borracho y que en esos momentos estuviera en el salón de Chuquis y la guardia tuviera que esperar hasta que él llegara, que si no, lo habían hecho picadillo. Al Sargento lo habían llevado a Ocotlán más muerto que vivo. Todo eso le había dicho "Pancho Violines", uno de los agraristas amigos de Juan y aún siguió:

—Si hubieras visto que bonito se agarraron, Juan; el primero que tiró fue el Zarco y entonces el Sargento se hizo de un pilar y le aventó toda la carga de la cuarenta y cinco y luego le metió otro cargador al cuete; donde éste le jerró, fue en descubrirse pa tratar de arrimarse, porque hay jué donde Joaquín lo dobló de un plomazo en la maceta. Naiden da un cinco por la vida de ese mula, que la verdá ya todos nos tenía hasta el gorro con sus abusos.

De ahí se dirigió Juan a la casa de su padrino. Le habló aparte y lo puso al tanto de todo lo acontecido.

—Ya te metites en un lío, Juan —le dijo—, pero son de esas cosas en que no se puede uno rajar… si te agarran a ti y al otro les va a ir mal, pero ora ya no te puedes echar patras; ora que tampoco podías entregarlo y eso que yo sé que varias veces "te picó la cresta". Tú te esperas aquí un rato a ver qué movimientos veo y ya más tarde te vas, a ver si puedes llevarlo en tus burros a donde él quera ir. Si sales con bien desta, los Zarcos te lo van a agradecer y haces de cuenta que te sacas un alacrán del seno... tan mala pécora son el Zarco como el Sargento, están como la yunta de tío Prado... —dijo entre dientes y como hablando consigo mismo.

Salió el padrino y como una hora después regresó.

—Ya volvieron los soldados y no hallaron nada —le dijo—. El Teniente me preguntó por ti y le dije que aquí estabas, en la casa; de mucho sirvió que alguien le dijiera que el Zarco y tú no se querían, porque tenía desconfianza de que tú lo hubieras escondido. De todos modos espérate un rato, siquiera a que se apague la luz y antes que salga la luna, al fin que ora sale noche, te vas a ver si puedes sacarte de aquí a ese infeliz y que Dios te ayude. No lleves armas y si te salen por ay no hagas resistencia que así al menos no cargas tanta culpa.

Antes de una hora, ya iba Juan saliendo del pueblo; eran ya dadas las once de la noche y no se veía un alma por las calles, que estaban

más negras que la conciencia de un prestamista. Rodeó por la orilla del poblado, pues para despistar, en caso de que topara con la vigilancia, había salido por rumbo opuesto del que efectivamente iba a llevar y al fin siguió el camino de la Barranca de San Miguel, que era el suyo.

Encontró los burros donde los había dejado amarrados y buscó al Zarco en el lugar donde lo había dejado; se extrañó de no hallarlo; estaba seguro que ese era el sitio y no se explicaba el por qué no estaba ahí.

Pensaba en eso, cuando oyó que lo llamaba:

—Juan, Juan, por acá estoy...

—¿Pos qué pasó? —le dijo Juan acercándose al sitio de donde salían las voces— ¿Pa qué se jué de onde lo dejé?

—Pos por aquello de las dudas; yo no sabía si te podían agarrar y hacerte cantar donde estaba yo; y por eso me quise ir de aquí; pero ya ves, no pude ir muy lejos... no puedo mover esta maldita pierna. De momento no te hablaba, porque esperaba ver si venías solo, bueno. ¿Y por qué te tardaste tanto? La verdá yo creiba que ya me habías abandonado...

—Nada de eso, Joaquín, nomás que me esperé a que apagaran la luz pa que naiden me viera salir.

—¿Y no le pudites avisar a mi hermano Modesto, onde estoy?

—No, hombre; si lo tienen bien vigilado y si ven que me arrimo con él, se nos echa a perder todo. ¿No ves que de mí también desconfían? Y por eso también no quise trair a naiden más pa que me ayudara, pa que no se hiciera mucha bulla.

Mientras hablaba, Juan arrimó uno de los burros y con mucho trabajo logró subir en uno de ellos al herido, y él se montó en el otro. Ya caminando empezaron a platicar:

—La cosa anda que arde en el pueblo; los soldados andan como hormigas pisadas, pos les tumbaste al más gallón. Sitiaron la casa de tu

hermano Modesto porque creyían que allí estabas; como te dije, de mí también recelaban, pero alguien les dijo que tú y yo estábamos peliados y eso los aplacó; —y viendo que el otro volteaba para todos lados, desconfiado— de mí no receles, Joaquín, que si quisiera perjudicarte, ya lo había hecho... Y vamos jalando, que entre más aprisa andemos es mejor.

El Zarco nada respondía; estaba avergonzado al ver la nobleza de su salvador.

Callados, sin cambiar una sola frase, subieron el cerrito de San Miguel. Juan se había apeado para sostener al herido, que demasiado débil por la sangre perdida, más de una vez estuvo a punto de caer; llegaban a la Mesa de Amula, cuando apareció la luna, grande, hermosa, iluminando con su mate claridad todos los contornos; entonces se hizo más fácil la caminata.

Llevaban como una hora más de caminar, cuando al fin despegó los labios el herido:

—¿No trais agua, Juan? Siento que me estoy quemando...

—Pos creo que traigo una poca; —respondió Juan, desatando el bule que siempre cargaba amarrado a un lado del aparejo de su burro.

Luego que hubo saciado su sed, le dijo ya más reanimado:

—Mira, Juan; si salgo con vida desta, yo te voy a demostrar quién es el Zarco Joaquín; yo te aseguro que este favor que ora me haces, no te va a pesar —y luego ya más locuaz—. Nomás quero que me hagas la caridad de llevarme al Rincón de Chila y ay me dejas con un compadre que tengo. —Y después, como hablando consigo mismo:

—Ese mula Sargento ya me había hartado con tanta tiznadera; ya me había agarrado de su puerquito.

No respondió nada Juan. No se volvieron a cruzar palabra hasta que pasado ya buen rato y descendiendo de la Mesa a lo largo de la cual habían caminado, volteó a decirle el Zarco:

—Ya salió el lucero y por lo que llevamos caminado, creo que no tardamos en llegar.

En efecto, a poco los ladridos de unos perros que desde la sombra de unas casas que con la claridad de la luna se perfilaban con nitidez, les anunciaron que estaban llegando a una ranchería.

Ya en, la casa del Compadre les entregó el herido, negándose a quedarse porque necesitaba volver al pueblo antes que se hiciera de día y lo pudieran descubrir.

Ya de vuelta en la casa de don Rufino, a donde llegó cuando apenas estaba amaneciendo, pues ya solo y sin las dificultades del herido hizo la mitad del tiempo en el regreso, iba a desaparejar, cuando llegaron los soldados que lo buscaban.

—¿Qué hay amigo? Pensábamos que también usted se había pelado.

—¿Y por qué me había de ir? Yo no debo nada…

—Entonces, ¿pa dónde va, que lo vemos con los burros aparejados?

—A trair unas cargas de leña, mi Teniente, diario me voy a estas horas.

Al voltear a ver a los animales, palideció Juan; sobre el aparejo de uno de los burros, vio una gran mancha de sangre en la que por un verdadero milagro no habían reparado los soldados; rápido como el pensamiento brincó montando sobre el burro, cubriendo con su cuerpo la mancha, al mismo tiempo que decía:

—Con su permiso, Jefe; que se me hace tarde; y ya sabe, todo el día voy a estar en el monte de la Tinaja, el del Ejido, por si algo se le ofrece a su buena persona y como a las seis o siete de la tarde por aquí me tiene de guelta a sus órdenes.

Como si tal cosa, salió pasando entre los soldados que estaban en la puerta y siguió calle abajo con sus burros, sin voltear siquiera y silbando una tonada a todo pulmón.

Pasados unos días, se enteró que ya el Sargento estaba casi curado, pues el casco de metal detuvo el ímpetu de la bala y ésta apenas había estriado el hueso. Por otra parte, Modesto le dijo que su hermano estaba sano y salvo en San Ignacio Cerro Gordo, a donde había tenido que irse, a la casa de unos parientes, para estar más seguro.

Por esos días su cuñado se marchó al Norte; no pudo convencerlo de que se quedara, ni con la promesa de que le conseguiría tierras en el Ejido; estaba muy ilusionado con lo que le platicaban que se ganaban los braceros al otro lado y un buen día vendió casi todo lo suyo y se fue dejándole a Juan encargados a su mujer y los dos niños.

Entonces sí se vio precisado a alquilar una casita y ahí se instaló con su hermana Nacha, los hijos de ella y sus muchachos.

IV. La trilla

Los trigos, con el riego que se les había dado, se fueron para arriba como si los hubieran estirado y empezaron a macollar en tupidos manojos que cubrían ya, como una alfombra fresca, hermosa y verde, toda la tierra.

Juan no dejaba un solo día de ir a verlos; se paseaba por toda la parcela, vigilándola punto por punto, temeroso de que le fuera a pegar el chahuixtle, cosa que por fortuna pare él no sucedió; después que se daba cuenta cabal del estado de la labor, se sentaba bajo la sombra de algún árbol, casi siempre en el mismo sitio y se solazaba viendo sus trigos, ¡sí... sus trigos! Y se lo repetía Juan mentalmente; porque eran suyos, y algunas veces le parecía un sueño aquel milagro, de que él, Juan Cercas, fuera dueño de aquellas tierras que prometían dar un gran cosechón.

Salvo la mediana suma que adeudaba al molino y que por lo visto iba a poder pagar desahogadamente, todo el producto de aquella cosecha iba a ser solo suyo.

A los pocos días dio el segundo riego; entonces, como si nada más eso estuvieran esperando las plantas, empezaron a brotar unas espigas grandes, macizas, pesadas, que con el soplo del viento hacían inclinar los tallos.

A fines de abril los trigos empezaron a ponerse; por lugares, por manchones, las espigas comenzaron a dorar en las partes altas de la primera siembra donde había menos humedad. A mediados de mayo, toda la siembra tomó ese color dorado que atestiguaba su madurez. Entonces, cuando el viento soplaba, toda la parcela semejaba un pequeño lago dorado, que ondulaba con ritmo suave en un constante ir y venir de ondas que brillaban con el sol.

Luego vino el corte y Juan tuvo la satisfacción, por vez primera en su vida, de cortar en trigo propio; por las mañanas, temprano, y cuando tenía tiempo desde un día antes, les rayaba las tareas a los peones que

le ayudaban y a medio día, a veces ya a la hora de la siesta, cuando la jornada había terminado, regresaban al pueblo.

Una semana duró el corte porque utilizó sólo tres peones, pues no quería endeudarse mucho con el molino que lo había refaccionado y además, porque él cortaba por dos hombres. Luego tuvo que esperar su turno para la trilla, temeroso de que fuera a llover, alarmado al ver los nubarrones negros que se formaban en el cielo, anunciando la proximidad del temporal de aguas, hasta que por fin, una mañana vio llegar, gozoso, la máquina que les iba a trillar a todos los ejidatarios de El Rincón.

Juan ya tenía hechos todos los preparativos y fue de los primeros en trillar.

Durante dos días, fue un constante ir y venir de carretas en un intenso trajín para arrimar el trigo a la máquina, que con su ronquido incesante y peculiar trabajaba incansable, recibiendo las gavillas por su bocaza y soltando por el descargue el grano brillante y limpio que prontamente era aquintalado.

Todo aquello le parecía a Juan una maravilla, pues aunque una que otra vez había trabajado de peón en las trillas, nunca había podido contemplar a su sabor, como ahora que era dueño de ella, toda la complejidad de las maniobras.

Cuando hubieron echado el último manojo a la máquina y cosido el último saco, se le acercó el "Chaparro" Lomelí, que era a la vez el mecánico y encargado de la trilladora, a donde estaban él y su padrino que ese día había ido a ayudarle y le dijo:

—Así quisiera hallarme todos los clientes; su trigo sí que está bueno, amigo don Juan; mire nomás que montoncito de paja y que "bonche" de cargas de trigo; este año llevo trillados trigos buenos; pero como este pocos, ¡caramba! si casi todo es pura semilla.

Se arrimaron a la trincha de costales y religiosamente, como decía el "Chaparro", le fue entregando a éste el diez por ciento que le correspondía de la maquila.

—Esto ameritaba una cerveza; —dijo uno de los carreteros al cebador que se limpiaba el sudor de la cara con la manga de la camisa, y en voz alta para que lo oyera Juan— ¡este sí que tuvo suerte!

—Pos si queren cerveza que venga —dijo el aludido.

Y dirigiéndose al que había hablado:

—Mira Benito, ándate tú y dile a don Mele que me mande tres cartones de sol grande, tres botellas de Herradura, grande también, y que luego paso yo a pagarle. Vete en el caballo de mi padrino pa que no te tardes. ¡Ah! mira, y si está el coche de la "Borrega", dejas el caballo en la casa y te trais la bebeta en el coche; ¡las cosas han de ser pa cuando se necesitan! Y si no está la "Borrega", te la trais en el carrito del "Tacuache", o en lo que jalles, nomás no te tardes.

Alegre el mozo con la perspectiva del agasajo, después del rudo trabajar y a esa hora de mediodía, en que el sol que caía perpendicularmente casi achicharraba, partió veloz.

La peonada acababa de dejar los enseres de trabajo; los carreteros habían desuncido y soltado los bueyes, que llevados por su instinto, se encaminaban con su paso lento hacia el arroyo para abrevar. Todos los peones se acercaban sacudiéndose la paja de las ropas y limpiándose las caras sucias y sudorosas con los paliacates.

Juan paseó una mirada sobre aquellos doce hombres, cansados, sucios, con los labios blancos de sed y quemados por el sol, abrumados por el calor y la fatiga y dijo para alentarlos:

—Vamos pa la sombra, muchachos; orita nos vamos a refrescar un poco, ya verán; vamos pues, que ya olemos a plancha.

Se encaminaron todos hacia la sombra de los sauces que bordeaban el arroyo, en donde se fueron acomodando, unos sentados, otros

recostados, a esperar la bebida, agrupados todos al derredor de Juan, el "Chaparro" y don Rufino.

Empezaron a platicar unos, a fumar otros, estirando las piernas con deleite.

—Muchos dicen, —comentó el padrino— que los agraristas no trabajamos las tierras; es verdá que hay algunos que son flojos; pero flojos los hay en todas partes y los ha habido en todos los tiempos. Yo quisiera que esos que dicen eso, vieran la cosecha que este muchacho levantó de ese pedacito de tierra.

—Pos usté dirá lo que quera, don Rufo, —contestó el "Chaparro"—, pero yo sostengo que ora, con eso del agrarismo y dicho sea sin ofender a naiden, no se levantan las cosechas que se levantaban en los tiempos de las haciendas.

Habían iniciado su eterna discusión.

—Tal vez tengas razón, mi buen Chapo, por ahora; pero toma en cuenta que ese sistema de trabajo de las haciendas tenía cientos de años de estar organizado y en cambio, los ejidos apenas llevan unos cuantos años de estar trabajando como tales; yo te aseguro que cuando estos se encarrilen, es decir, cuando el agrarista tenga fe y confianza y comprenda que las tierras se las dan para que las trabajen y todos los campesinos reclamen su pedazo de tierra, las cosechas superarán con mucho a las que se levantaban en tiempo de las famosas haciendas. Éstas, por lo mesmo que tenían tanto tiempo de establecidas y funcionar así, tenían todo, aperos, semoviente, dinero y crédito el que querían, pues los bancos les prestaban, cuando se vían apuradas, sobre los mesmos bienes; en cambio los agraristas recebimos las tierras pelonas y no tenemos nada de que echar mano y sembramos a base de miserias, trabajos y fatigas; si alguna vez el Gobierno nos pudiera refaicionar con amplitud y los ejidatarios se fueran escogiendo entre la gente que deveras tiene ganas de trabajar, ya verías lo que producían nuestras

tierras; también hace falta forjar la concencia del ejidatario, pa que éste ame esas tierras como cosa propia, porque suyas son, ya que él las trabaja, las cuida y de ellas se sostiene.

—Bueno, y si son de ellos ¿por qué el Gobierno no se las escritura?

—No se las puede escriturar como propiedad privada, porque entonces cairíamos en el mesmo vicio que en los tiempos pasados. Algunos, ya sea por flojera o por necesidá, empezaban a venderlas y no faltarían ambiciosos y listos, que como en tiempos pasados de las grandes haciendas, irían acumulando terrenos tras terrenos hasta formar grandes propiedades, que es precisamente lo que se trata de evitar, porque toda gran propiedá, para sostenerse, tiene que explotar a la peonada. Pero si no nos dan escrituras como propiedá privada, sí nos dan los títulos ejidales, que viene a amparar la parcela como patrimonio familiar. Y esa cláusula que ay va incluida, que impide vender o enajenar la parcela, viene siendo a la larga, una defensa para nosotros mesmos. Por otra parte, el Gobierno, que es un Gobierno salido de la Revolución y que todavía está luchando contra los enemigos de ella, que unas veces por debajo del agua y otras a lo pelón como en la revuelta cristera que acaba de pasar, no dejan de estar batallando por acabar con él, con la Revolución y con el Agrarismo que es uno de sus más grandes triunfos, pa devolver las tierras a los hacendados y hacer retroceder las cosas al tiempo del "porfirismo"; ese Gobierno, comprendiendo que los agraristas vienen siendo uno de sus principales soportes, no le conviene entregarles de plano las tierras, porque entonces, ya dueños absolutos de ellas, y sin pensar que eso mesmo sería su ruina, tal vez en un aprieto dejarían solo al Gobierno y volverían los reaccionarios a dominar, lo cual sería nuestra desgracia y en cambio, así, por un interés más visible para nosotros mesmos, nos sentimos más obligados a ayudarlo.

—Pos usté dirá lo que quera y platicará muy bonito, don Rufo; pero yo todavía no le encuentro la razón de porque, nomás así, de buenas a

primeras, el Gobierno les quitó las tierras a sus legítimos dueños para dárselas nomás a los que se les antoja.

Todos callaban escuchando al viejo Rufino, que siempre, y eso lo sabían bien todos, tenía una respuesta lista y hablaba diario con la razón y que aparte de ser "leído y escribido", a diario se enrredaba con el periódico y estaba al tanto de todo lo que pasaba más allá de las cuatro paredes de ese pueblo arrumbado; que siempre había sido un bueno y convencido agrarista y había luchado dentro de la misma comunidad contra los aprovechados que cuando tomaban las riendas, querían mangonear a su antojo los intereses de los ejidos.

Dio don Rufino una larga fumada a su cigarro, echó el humo lentamente por boca y nariz, tiró la ceniza, estiró las piernas como para descansar y tomando una pausa, como si lo que fuera a decir requiriera meditación, contestó al fin:

—Mira, Chaparro, munchos como tú, cren que el Gobierno hizo mal al quitarles las tierras a los hacendados para dárnoslas a nosotros; porque cren que ellos eran sus legítimos dueños; pero es que no se dan cuenta que los verdaderos propietarios de ellas semos nosotros, los que las trabajamos, porque es lo único que Dios nos dio para mantenernos y para sostener a nuestras familias. Cuando los españoles llegaron a México y de eso hace ya munchos cientos de años, los indios, nuestros padres, eran dueños de todas las tierras y de ellos descendemos nosotros. Entonces, por la fuerza les fueron quitando tierras y más tierras, que se jueron repartiendo a su antojo; poco a poco jueron despojando a los indios de las comunidades hasta que los dejaron sin nada y se vieron obligados a trabajar de piones, en las piores condiciones, ganando apenas para mal vivir, en beneficio sólo de unos cuantos terratenientes, que aprovechaban esas tierras, que nunca jueron justamente de ellos, aunque legalmente así lo hacían aparecer. Y así, poco a poco, se jueron apropiando de las tierras que eran de los indios por derecho natural

y los que a pesar de ser muchísimo más numerosos que los españoles jueron dominados por éstos, porque los indios los vían como dioses que aventaban rayos con las manos, cosa que no eran más que los disparos de las pistolas viejas que trayían; y aparte de eso eran ayudados muy eficazmente por los misioneros, que predicando humildá y resignación, vinieron a acabar de amolar las cosas, haciendo a los indios más fanáticos que una vieja biata; estos misioneros, halagándolos con la esperanza del cielo y asustándolos con el temor del infierno, ahogaban todo brote de protesta que en ellos se despertaba, y así, resignados, vivían pasando hambres y casi encuerados y para muchas veces negarles hasta la absolución, cuando se atrevían, en alguna protesta agónica de su desesperanza a revelarse contra los ricos. Con razón decía un tío mío: "Pobre del pobre que al cielo no va: chinanas aquí, chinanas allá"... Por eso el Cura Hidalgo se levantó en armas; para devolverles las tierras a los indios y a los mestizos y por eso luchó hasta morir. Por desgracia y a pesar de que triunfó su partido, los que le siguieron se vendieron a los terratenientes, o más bien dicho, ricos unos y otros que se hacían con los bienes del pueblo, se hacían del partido de los explotadores, porque ya sabemos que traidores nunca han faltado; el hecho es que a pesar de que triunfó la causa de la Independencia, las cosas siguieron en lo mesmo, es decir, con todas las tierras en manos de unos cuantos y los demás trabajando como burros y muriéndose de hambre. Fue por eso mesmo que Juárez luchó también y además, por quitar a la Iglesia, que predicaba pobreza y humildá, las riquezas que poco a poco había acumulado y que con su inactividá hogaba la economía de México; pa devolverle a los pobres todas esas riquezas que tanta falta les hacían, ya que vivían en la más espantosa miseria. Ganó también, pero otros aprovechados que le siguieron volvieron a hacer lo mesmo: ayudar a los hacendados a que extendieran sus propiedades a expensas de los pequeños propietarios y de los restos de los Ejidos que quedaban y que

por un milagro se habían salvado de la voracidá de esos despiadados y seguir esprimiendo a los piones, trabajándolos de sol a sol por unos cuantos centavos y un puño de maíz y azotándolos muchas veces como las mulas. Eso mesmo hizo don Porfirio: protegió los intereses de los ricos, matando o desterrando al Valle Nacional o a Yucatán a los que levantaban algún grito de protesta y jué contra ese estado de cosas que se levantaron en armas Madero, Carranza, Zapata, Obregón y todos los demás que ustedes ya conocieron: para repartirnos las tierras a nosotros los que las trabajamos y deveras las necesitamos y podamos vivir sin tanta miseria y con tanto aprieto; y por eso el Gobierno ora las está repartiendo y con eso no hace mas que cumplir lo que se prometió al pueblo; y por eso también los enemigos de la revolución, que son los enemigos del pueblo, los de diario, los que nunca han que dado conformes con que los probes salgamos de la miseria, hicieron la revuelta Cristera; pa ver si tumbaban al Gobierno, quitar las tierras a los que ya se las habían dado, y evitar se las dieran a otros que las estaban solicitando, en una palabra, para acabar con el Sistema Agrario. Ya vimos cómo estos cristeros odiaban y persiguieron a los agraristas y como todo este elemento, es decir, todos nosotros, nos pusimos de parte del Gobierno y le ayudamos… No te voy a negar, como ya te he dicho otras veces, que había también sus buenos hacendados, justos, caritativos, que ayudaban y protegían al probe; pero esos eran muy pocos y el que eso hubiera, no quería decir que el sistema fuera bueno. Aquí mesmo, entre nosotros, los llegó a haber buenos. ¡Pero qué pocos! Y pa que entiendas, eran nones y no llegaban a tres. Los más, no dejaban al probe que criara vacas ni caballos y casi ni burros... y a propósito de eso, me estoy acordando de uno de esos ricos que de aquí era y del que ni digo el nombre porque ya todos saben quén es y quén ya pa morir les habló a los hijos pa decirles: “Hijos, les encargo a los pobres...”

"Sí, padre, les ayudaremos". Le contestó el hijo mayor, creyendo que ya en artículo de muerte se arrepentía de su avaricia. "No, hijo; que no los dejen "pepenar", que es mucho lo que se llevan". Dijo dando el último estirón. Y así por el estilo era la mayoría; y eso que por aquí las haciendas eran chicas, podemos decir; pero por el Norte del país, las había tanto o más grandes que un Estado de los chicos y que tenían encerrados pueblos que no contaban con un solo pedazo de tierra y estaban como horcados por la opresión de los hacendados que con sus guardias blancas y sus acordadas que los apoyaban, tenían azorrillados a los probes rancheros. Cuentan de un tal hacendado, el más grande terrateniente de la República, a quien al preguntarle un día, alguien, si era de Chihuahua, contestó con soberbia: "No, Chihuahua es mío". Y eso que es el Estado más grande del país; ay se imaginarán qué clase de rico era ese; tan grandes eran unas haciendas, que las podía andar uno a caballo varios días pa atravesarlas. Total: pues, que esos amigos no sabían ni lo que tenía; y había muchos de esos hombres ricos que ni siquiera en México estaban; vivían en el extranjero, tirando a manos llenas, como príncipes, el dinero que les producía el sudor de la peonada, que no tenía ni siquera un pedazo de tierra en qué cairse muerta. Les podía seguir contando días enteros de las atrocidades y injusticias que cometían los hacendados, con o sin conocimiento de las Autoridades, pero siempre con su aprobación; —terminó don Rufino arrojando lejos la colilla del cigarro que ya casi le quemaba los dedos—; pero ya está bien de plática y si no me equivoco, ya viene un coche por el camino y no es otro que Benito con la bebida. Vayan dos a ayudarle con los cartones.

—¡Ah, chispiado! ¿Pos onde estudiaste tú eso? ¡Miren que se las tray el vale don Rufino! ¡Si se la sabe por nota... parece licenciado! Mire don Rufo —y acompañaba el chaparro las palabras con una sonrisa—, pos si ya casi mestá convenciendo. ¡A poco yo también me hago agrarista!

—Pos no hacías otra cosa mejor; nomás preba la salsa y verás cómo te cuadra. Conozco otros que eran más relajos que tú y ora ya son agraristas: Y si queres yo te apadrino, ya vez que no tengo mala mano; nomás que a mí me gusta apadrinar a los que deveras trabajan, —y volteó a ver significativamente a Juan que en esos momentos se paraba para ir a encontrar a los muchachos que con los cartones de cerveza a cuestas llegaban hasta el grupo— y a mí se me hace —prosiguió— que tú, mi buen Chapo, eres como el pozole de León, de "pura trompa".

—¿Y el tequila? —inquirió Juan.

—Ay lo tray la Borrega; hay viene atrás; no hubo grandes y traje seis chicas que viene dando la mesma cuenta —contestó Benito que era el interpelado.

—Bueno, pos entonces a darle; y échense primero un trago de mezcal, no sea que les vaya a dar pulmonía con lo "joguiados" que andamos —dijo Juan recibiendo de manos de la Borrega que llegaba, las botellas. Tomó una y destapándola, prosiguió:

—A ver, padrino, a usté le toca despuntar…

—No ahijado, es costumbre que el dueño de la trilla sea el que despunte.

—Entonces con su permiso, padrino; voy a echarme el primer trago por usté y que Dios le pague todo lo que por mí ha hecho.

Los demás, con las otras botellas, pronto lo imitaron.

Gustaron buen rato, hasta que se terminó la bebida y ya chispos todos, pero ninguno pasado, se regresaron unos en el coche, otros a pie, hacia el pueblo, quedándose sólo él y un peón para cuidar el trigo hasta que lo recogieran las trocas del Molino y la máquina, que otro día debía seguirles trillando a los que quedaban del ejido.

Era ya tarde, comieron los dos de sus bastimentos y luego que anocheció se recostaron entre la paja, tapados con sus respectivos gabanes.

Juan meditaba en todo lo que había dicho su padrino. ¡Vaya si se las traía el viejo! Si hablaba mejor que un licenciado. No en balde ese era el mote que le habían puesto; seguro todo eso lo sacaba del periódico y de los otros papeles que le mandaban sus muchachos de allá de México y con los que todas las noches se daba buenos agarrones hasta que los leía de cuerito a cuerito. ¿Por qué su padre había odiado tanto al Agrarista? ¿Qué tenía de malo? A él, para darle la parcela, no lo habían hecho renegar de su religión ni de sus creencias y a cambio de nada, sin pedirle apenas ningún compromiso, le habían, dado aquellas tierras benditas. Debían ser unos buenos hombres, ignorantes como su padre, o unos malvados como esos que su padrino decía, para no estar conformes con que a los pobres se les repartiera las tierras. ¡Y habían hecho creer a su padre como a tantos otros ingenuos, que el agrarismo era cosa del demonio!

Hasta ahora comprendía toda la maldad, toda la iniquidad de aquéllos que lanzaron a tantos hombres sencillos y buenos al desastre, al matadero, y que después del fracaso de esa causa que no podía triunfar nunca, se habían lavado las manos como Poncio Pilatos.

Al fin lo venció el cansancio y se quedó profundamente dormido.

Muy de madrugada despertó; el compañero roncaba ruidosamente; fue a dar una vuelta a la máquina y al trigo; todo estaba en orden; volvió a recostarse, pero ya no se durmió, siguió cavilando en lo que había escuchado un día antes, hasta la salida del sol, hora en que llegó Popo su sobrino, con los tacos que su hermana le mandaba para que almorzara; el compañero también ya se había levantado y juntos pusieron la lumbre para calentarlos. Antes de almorzar se echó unos buenos tragos de agua; sentía la boca reseca y amarga y el estómago ardoroso.

—¡Qué buena está la agua! —Le dijo el compañero que también había tomado.

—Es que estamos crudos, vale; el tequilita nos alcanzó a encrudecer.

Con el almuerzo se compuso y a poco llegaron las trocas del Molino a recoger el trigo y los peones de la Máquina Trilladora.

En la última troca y encima de la costalera, se fue él también; se bajó en el pueblo y las trocas siguieron rumbo a Atotonilco, al Molino donde lo habían refaccionado.

V. El patrón

Esperó unos días a que el padrino también terminara de trillar para que le acompañara a hacer la liquidación. Y así que éste se hubo desocupado, partieron ambos, jinetes en buenos caballos de la propiedad del padrino.

Tan pronto llegaron, fueron a buscar al patrón; pero éste no se encontraba en el Molino, por lo que tuvieron que esperar; al fin por la tarde llegó. Venía cansado de recorrer unos terrenos donde había prestado refacción y de momento se negó a recibirlos.

Su padrino insistió:

—Dígale que es don Rufino, el de Tototlán; que vengo a hacer la liquidación de Juan Salcedo y que no podemos quedarnos pa otro día, porque aparte de que trayemos priesa, no tenemos dinero pa gastos, porque pensábamos volvernos hoy mesmo.

Fue el secretario a donde el patrón y volvió para decirles que de ningún modo podía recibirlos; pero que le había ordenado que les hiciera él la liquidación.

—Bueno —respondió el padrino ya amoscado— pos como eso es lo que querermos, lo demás no tiene caso.

Se inclinó el secretario, que a la vez era contador, sobre unos papeles que del escritorio había sacado, se puso hacer cálculos y al fin les entregó unos billetes junto con un papel, donde iban las cuentas de la liquidación.

Después que don Rufino los hubo revisado detenidamente, le devolvió todo diciéndole:

—Pos parece que las cuentas están bien; nomás hay una cosa y es que nos paga el trigo cuatro pesos menos por carga que el precio corriente y nos rebaja un diez por ciento, y yo creo que no hay razón pa eso, porque yo siempre le he cumplido como los hombres a don Esteban; y si es así, no le dejamos todo el trigo, nomás el que sea suficiente pa que se pague lo que Juan Salcedo le debe. Yo quisiera ver a don Esteban mejor pa arreglar con él esto.

—Pues esas son las órdenes que tengo; y si no está de acuerdo, espere para mañana a que pueda verlo, porque ahora no se va a poder. —y malhumorado le arrebató casi de la mano el papel de la cuenta y los billetes.

—Ya lo creo que me espero, —contestó don Rufino también ya de malas.

Salieron del Molino y se fueron a la plaza que no distaba sino tres cuadras de ahí. Tocóles la buena suerte de encontrar a un conterráneo al que le sacaron unos cuantos pesos prestados para la comida y el hospedaje y otro día temprano, antes de que abrieran el Molino, ya estaban ellos esperando, sentados en las gradas.

Como una hora después que ellos llegaron abrieron el despacho y pasaron con el patrón.

Juan, que sólo de lejos lo había visto, pudo examinarlo ahora a su antojo; era don Esteban un hombre como de cincuenta años, enteco, alto y con cara de muy pocos amigos, prematuramente viejo y de mirada dura, que nada bien le cayó a Juan.

Quedaron parados frente al escritorio, mientras el patrón examinaba unos papeles, contestando apenas y sin alzar la cabeza, el saludo que aquéllos le habían dirigido. Arrojó al fin los papeles y mirando a don Rufino a la cara, le espetó:

—¡Hola, don Rufino! ¿Qué le trae por aquí? Creía que ya ayer lo habían despachado.

—Pos precisamente a eso vengo, don Esteban; su secretario nos quería liquidar el trigo a cuatro pesos menos de como está por carga y rebajarnos un diez por ciento porque dizque estaba mojado, y a mí no me pareció justo y creo más bien que en eso hay alguna equivocación y por eso quise verlo.

—¡Qué equivocación ni qué niño muerto! —dijo don Esteban con voz altanera—. Yo le di la orden de que se los liquidara así; y es por que

el precio del trigo lo pongo yo. Porque nomás eso me faltaba, que yo les prestara mi dinero y ustedes le pusieran el precio al trigo. Quiero advertirle, don Rufino, que este molino no lo hicieron las golondrinas y que yo no presto mi dinero por amor al arte.

—Eso ya lo sé, don Esteban; y sé también que no hay amor sin interés y que si usté nos afloja sus centavos es porque le tiene cuenta y no porque nos quera muncho; ya lo creo que negocios son negocios. Pero yo creiba que para recompensarlo era suficiente con el rédito que le pagamos y con dejarle a usté el trigo pa que haga negocio con él, pero ya veo que no es así. Bueno, pos está bien, "pos ora ya la parimos y ora la criamos", le debemos dinero y usté puede pagárselo recibiéndonos el trigo a como quera, nomás que el que sobre nos lo vamos a llevar; nomás le alvierto que es por última vez… yo nunca le había reclamado nada a pesar de que cada año me pasa lo mesmo; pero ora la verdá ya me cansé y a más que esta liquidación no es mía, es de mi ahijao, pero como yo soy la responsiva, creyí mi deber reclamarle.

—Yo también soy perdedor, padrino; —intervino Juan que sentía arderle la sangre en las venas de coraje— y vámonos que ya no tiene caso averiguar; que nos tome el trigo a como quera; se lo dejaremos todo para no andar mendingando con él; nomás que esto nos sirva de esperencia... —y luego, como pensando en alta voz: —Esto es cuando le viene uno a reclamar su dinero, ¿cómo será cuando se lo viene uno a pedir emprestado?

Volteó hacía don Esteban su cara infectamente rasurada, con el pelo partido en dos bandos.

—Pues ya lo saben —cortante les dijo—: por ahora esta es la liquidación y de aquí en adelante si no les conviene, busquen otro que los refaccione.

Salieron sin decir una palabra más, y de manos del secretario recibieron el dinero al mismo tiempo que les decía:

—Bien les decía yo que así era el asunto; nomás por hacer perder el tiempo a uno.

—Pos descuente de ahi también el tiempo que perdió —dijo Juan en el colmo de la indignación— por lo que veo aquí no dan brinco sin guarache.

Dieron media vuelta y salieron los dos sin siquiera despedirse.

Ya de regreso comentaba el padrino:

—¿Ya lo ves, Juan? Se friega uno sobre el surco de sol a sol, arresgando a los temporales, aparte de echar el lomo como un burro y luego pa que le vengan saliendo a uno con esto; pa que le paguen a uno el trigo a como les da su recochina gana. Y no creas que nomás este patrón es así, si es de los mejores. Nunca habíamos tenido ninguna dificulta; pero porque yo nunca decía nada cuando me trincaba, ya sea pagándome a menos de como estaba el trigo o rebajándome algo alegando que venía húmedo... húmedo tal vez habrá venido, pero con el sudor de nuestro rostro. En las liquidaciones él disponía las cosas y yo nomás aguantando la vara; pero tal vez de todo esto él no tenga la culpa... la culpa la tiene uno por su maldita miseria; a veces pienso que es mejor sembrar puro garbanzo, así vende uno su semilla al que se le antoje, porque pal garbanzo hay muchos compradores... en fin, ya veremos pal año que entra a ver cómo nos va. Este don Esteban, a medida que se hace más viejo y más rico se hace más trincón... pero esta vez no había más remedio... No había tiempo para conseguir dinero en el Banco Ejidal, pero este año desde con tiempo lo solicitamos pa que no tengamos que verle la cara a este "encueracristos". En cuanto a mí, es tan poco lo que le debo, que con unas cuantas cargas le pago y si no me recibe el trigo a como están pagándolo, se lo dejo, puro mosquete; mejor lo vendo por otro lado; "Una se la llevó el coyote, pero otra no se la lleva", y es la última vez que saco dinero con él. Esta es la desgracia de nosotros los agraristas, el no tener dinero, —siguió diciendo— no tener reservas pa hacer nuestra siembra, es decir, que lo que nos perjudica

es la falta de refaición; pero una refaición amplia que nos sostenga en mientras levantamos las cosechas y no nos deje cair amarrados de pies y manos en las garras de estos horcadores que nos esquilman como a borregos. Está bien que este Gobierno del General Cárdenas nos está ayudando un poco más; pero todavía falta muncho pa que esa ayuda sea completa y eficaz.

Juan no le respondía nada; lo dejaba hablar para que se desahogara y porque cada cosa que su padrino decía era una enseñanza para él. Al fin se atrevió a decirle:

—Ya no se caliente la cabeza, padrino; por mí no se priocupe, que al fin no es tanto lo que me rebajó y harto agradecido estoy con usté por todo y más por lo que defendió mi dinero como si juera suyo y como usté dijo hace rato, ya veremos el modo pa que no nos vuelva a fregar; ora ya no tiene remedio, pos como decía mi padre: "Palo dado ni Dios lo quita".

Llegaron en eso a la plaza de la población, donde almorzaron de prisa y ya después de llenar el estómago se regresaron para su pueblo a buen paso de sus cabalgaduras que recogieron en el mesón; el padrino le platicaba y Juan escuchaba callado; inteligente por naturaleza, meditaba en todo lo que oía y se iba formando un nuevo concepto de la vida, con las enseñanzas y con el ejemplo de aquel hombre astuto, sabio y recto en todos sus actos, que trataba de abrirle de par en par el libro de esa vida en la que él ahora acababa de entrar y al que él trataba de seguir como un maestro en la lucha contra las acechanzas de esa misma vida.

Con el dinero que llevaba, después de haber comprado algunas cosas que necesitaban él y sus familiares, alcanzó a comprar, por consejo de su padrino, la casita que tenía rentada, con un corral adjunto; los días siguientes se los pasó arreglándola, blanqueándola y circundando con una pequeña barda de adobe el corral.

VI. Cuando Dios da, da a manos llenas

El año siguiente fue muy abundante de lluvias; tal parecía que ahora soltaban las fuentes del cielo toda el agua que había faltado el año anterior que había sido tan escaso; llovía a todas horas y por las tardes casi a diario se desataban tormentas, que muchas veces repetían por la noche y todavía seguía un chipichipi que duraba hasta en la mañana. Eso lo beneficiaba a él mucho; había conseguido en Tierras Coloradas una fracción de terreno y como era tierra delgada y de ladera, no le molestaba la abundancia de aguas pues pronto se escurría; tierra que pertenecía también al ejido y hasta entonces había sido utilizada como agostadero.

Ya a medio temporal, todo el Valle parecía una inmensa laguna y el pretil del Rincón que era donde ellos guardaban el agua para regar los trigos, al igual que muchos otros pretiles, se había reventado y era tal la abundancia de agua que hasta en las casas de la parte baja del pueblo empezaron a brotar pequeños veneros. Los caminos estaban imposibles, y había partes donde los caballos se hundían en el fango casi hasta el encuentro.

La plaga de bravos y remolones sancudos casi no los dejaban dormir a él y a los suyos, poco habituados a soportar las picaduras de estos bichos, porque en el lugar alto de donde habían bajado no había de esta clase de insectos.

Un día de esos le entró a Juan el paludismo: fue un escalofrío tremendo, brutal, que parecía que le quebraban todos los huesos y que lo sacudía de pies a cabeza haciéndolo temblar como muerte de alambre; luego la calentura fuertísima que lo hizo delirar y ver visiones y sentir quemarse como en un horno. Cuando pasó el acceso tras de un sudor copioso que le empapó hasta las ropas de la cama, su hermana Nacha le dijo que en su delirio no había cesado de llamar a la Nico y a su padre.

Temeroso de que le repitiera el acceso mandó llamar al médico.

—No te alarmes, Juan —le dijo éste— es una fiebre palustre muy fuerte; pero ya verás como con unas pastillas que te voy a dar te alivias. No, no se muere, señora, —dijo a la Nacha— vaya nomás a mi casa por la medicina.

¡Vaya si estaban amargas las tales pastillas! Pero así eran de buenas, porque lo curaron en un abrir y cerrar de ojos. Otro día solamente le entró poquita calentura y fue la última molestia que sufrió.

A los dos días se levantó de la cama, débil, molido como si le hubieran dado una paliza. Y como cuando Dios da, da a manos llenas, su niña y después la Nacha y para final de cuentas todos en la casa se enfermaron de lo mismo. Pero ya sabían el remedio y con las "milagrosas" pastillas amarillas que al doctor le compraron, se curaron todos, aunque para que las tomaran los chicos había necesidad de amenazar con pegarles.

El hecho es que casi se murieron de los fríos aquellos; pero como por recompensa a sus sufrimientos, en su labor se le habían dado unos milpales que daba gusto verlos. Eran unas milpas que parecían árboles, tupidas, hermosas, que ya cuando estaban en "banderilla" tapaban a un hombre alto a caballo; cuando jilotearon y echaron elote era aquello un verdadero bosque.

Pero había que ver también en qué forma había trabajado Juan sus tierras; como estas estaban alzadas, casi nuevas, les dio dos fierros y todavía antes de sembrar les cargó todo el abono que pudo, echándoles el estiércol que sacaba de los corrales, los cuales se ofrecía a limpiar gratuitamente y que acarreó hasta la labor en un carrito rabón que alquiló para ello. Después, ya preparado el barbecho, hizo toda su siembra en buena tierra y luego azadoneó y limpió a mano la poca yerba que le quedó de la escarda y al final le dio una segunda como Dios manda.

A veces, cuando parecía que la yerba le iba a ganar por lo cargado del agua, se llevaba a su hermana y a los hijos y todos como pollos se

pegaban hasta que dejaban limpio el pedazo que amenazaba perderse.

Había echado el lomo sobre esas tierras, pero estas no se habían quedado con una sola gota de su sudor y ahora le correspondían con creces, con esas enormes mazorcas que hasta de a tres había en cada milpa. ¡Bendita tierra aquélla, pródiga tierra que recompensaba en esa forma sus esfuerzos!

Fue aquél un señor cosechón y se cansaron él y los peones que llevó para que le ayudaran, de recoger canastas y más canastas pizcadoras copeteadas de mazorcas y manojos y más manojos de hoja con los que hizo un almiar en el corral de la casa de su padrino, ya que en la suya no cabían; y a más de eso recogió muchas calabazas y frijol en abundancia.

Estaba Juan asombrado y muy contento, pues si bien esperaba una buena cosecha, la realidad superó con mucho a sus ilusiones.

Cuando comentaba esto con su padrino, éste, sonriendo, le respondió:

—Ya te lo había dicho, Juan, ya te lo había dicho. Y ora no venderás ni un solo grano; la cosecha es buena en todas partes y los compradores que son muy listos y que al final se quedan con el fruto del trabajo del campesino, van a bajar el precio de la semilla; mejor vamos a pignorarla en el Banco Ejidal y cuando tenga buen precio, pos entonces la vendes.

Y así fue. Renegaba Juan pasando trabajos con lo poco que el Banco le había prestado, pues no le habían pignorado más que una pequeña parte del maíz.

Ellos que tanta necesidad tenían de ropa y de tantas cosas y no tener dinero y con la troje repleta del maíz que le había quedado después de haber entregado el cinco por ciento que le correspondía pagar a la Comunidad. Pero se aguantó y a medida que fueron pasando los días, el precio de la semilla fue subiendo, hasta que un día su padrino le dijo:

—Ora sí, Juan; vamos a vender el maíz y hasta en mazorca; no vas a tener que desgranarlo. Están viniendo unos compradores de Ocotlán

con trocas y ya me hablaron pa la tratada; pero yo me estoy haciendo "chiquión" y ya verás como les saco un buen precio.

Y a buen precio debió haberse vendido, porque le dieron un "fajo" de billetes que no le cabía en las dos manos, cuando lo entregó, dejando sólo unas anegas para el gasto y un montón de buenas mazorcas escogidas para semilla.

VII. El brinco

Lo había pensado mucho; mucho lo había deseado y aun saboreado antes de lograrlo. Desde chico, cuando por la Mesa galopaba en pelo a campo traviesa sobre los pencos finos de don Roberto el Patrón, se había incubado en él ese deseo que ahora seguía siendo su sueño dorado: tener un buen caballo; pero después la vida le fue haciendo comprender lo difícil que era lograrlo. Un buen caballo costaba un puño de dinero. Pero ahora lo tenía y podía hacer realidad esa ambición que tanto había acariciado y que era uno de los gustos de todo buen ranchero.

Se lo había dicho a su padrino y éste lo había aprobado, diciéndole sonriente:

—Veo que ahora que estás rico te estás haciendo presumido; pero ya lo creo que eso está bueno. Me alegro que se te hayan despertado ambiciones y te alabo tu buen gusto. A tu edad no puede haber otro mejor que tener buena mujer y buen penco. Yo conozco muchos animales de la región y sé de algunos que están en venta; no te avoraces, que con calma podemos conseguir uno bueno y barato; ya verás.

Él vio algunos, pero ninguno acababa de cuadrarle; quería uno de mucha alzada, bueno a la mano y sobre todo que estuviera cruzadito, que tuviera su sangrita.

A los pocos días le dijo su padrino:

—¡Albricias, albricias, muchacho! Ya le tengo echado el ojo a un buen penco; es de don Ignacio Gómez, al que por mal nombre le dicen "pata gorda", el dueño de la "Peregrina", tal vez tú no conozcas al animal, porque casi nunca lo bajan pacá; me dijeron de él en el Refugio y juí a verlo; no le manifesté mucho interés paque no se pusiera caro el viejo; pero la verdá que es un bonito caballo como tú lo queres, vale la pena; el viejo es muy ladino y muy comerciante y si se quere deshacer del y como además no lo da tan caro, es porque algún defecto tendrá; pero si lo tiene nosotros se lo encontramos; ya verás.

Para mediodía ensillaron dos caballos del padrino y partieron rumbo al rancho de la "Peregrina"; por todo el camino, que atravesaba el valle de lado a lado, se deleitó Juan viendo como en los pretiles que estaban de agua a reventar y sobre los bordes de los cuales pasaba el camino, había una enorme cantidad de gallaretas, patos, y sobre todo y eso era lo que le daba más colorido al paisaje, flamencos, borregones, garzas morenas y blancas y toda la variedad de aves que por su abundancia, cubrían casi el agua de las represas y las cuales, asustadas por el ruido de los caballos, volaban pretil adentro haciendo un ruido ensordecedor, para posarse sobre los sauces y sabinos que estaban en medio del agua, envolviéndolos como con un manto de armiño.

Al llegar a la Laguna del Horno torcieron a la izquierda y a poco andar vieron recostadas sobre la ladera y entre una tupida arboleda, las casas del rancho de don Ignacio Patagorda que era más bien el nombre con que en la región conocían al vendedor del caballo.

En el portón de la casa grande estaba don Ignacio junto con unos peones y al verlos llegar salió a recibirlos diciéndole a don Rufino:

—Pásele, don Rufo, ¿ya viene por el alazán?

—No vine a eso, don Nacho; no me agradezca la vesita, —respondió el padrino mientras desmontaban y entregaban las riendas de los caballos a los peones que acudieron a ayudarles— vengo de parte del Comité del Refugio a ver si nos puede ayudar con algo pa reforzar la presa de las Trojas que se nos quiere ir; usté también la necesita y como se habrá dado cuenta casi se está reventando.

—Pos ya usté sabe que para esas cosas siempre estoy a sus órdenes; pero pásenle, que aquí no comemos gente; —contestó el dueño del rancho, que era un tipo sesentón, gordo, robusto, sanguíneo y bonachón, ejemplo del ranchero alegre y decidor, franco y honradote de por esos rumbos.

—Bueno, pos sólo queremos molestarlo con unos cinco paleros.

—Cuente con ellos pa el tiempo que los necesite. ¡No faltaba más! Usté ya me conoce. Pero entren a sombrearse un rato.

—Muchas gracias, —contestó el padrino— si nomás íbamos de pasadita; pero ya que usté insiste lo acompañaremos un ratito nomás.

—En mientras descansan y se echan un piquete al hígado; —sobre la marcha ordenó al mozo, que presto volvió con una botella de tequila y unas copas.

Tomaron y después de repetir ante la insistencia del viejo, vino lo que don Rufino y Juan ya esperaban.

—Bueno, y ya que están aquí ¿por qué no le echan un vistazo al alazán? A usté le gusta, don Rufo, ¿por qué no se queda con él?

—Pos la verdad sí me gusta; pero es mucho dinero lo que usté va a pedir por él y nosotros sólo podemos comprar "truchitas" baratas, de trabajo. Esos caballos de cariño se quedan sólo pa ustedes que los pueden mantener; pero en fin, como por ver no se paga y pa ver un buen caballo yo siempre tengo tiempo, vamos; sirve que mi ahijao lo conoce.

Pasaron a las caballerizas y después de admirar una hermosa yegua retinta recién parida y al crío que parecía de juguete por lo pequeño, llegaron a donde estaba el alazán.

—Hay lo tiene, don Rufo; mire nomás qué alzada y qué estampa de animal y con otra, que es nieto del "vampiro".

Contemplaron padrino y ahijado al animal a su sabor, sin dejar traslucir ni uno ni otro todo lo que les gustaba: era un alazán tostado de gran alzada, cabecealto, entero, un poco delgado de líneas porque según decían descendía de sangre inglesa, cosa que don Nacho aseguraba y el cual al ver entrar a los hombres al corral y acercársele, relinchó alegremente y se acercó a ellos cabeceando.

—¿Qué te parece, Juan? —preguntó el padrino.

—Pos no me parece mal el gancho; sólo que pa su alzada se me hace angosto de enanca y encuentro y eso que parece que está bien cuidado. —Y con la mirada se dirigía al dueño.

—Es cierto amigo; mejor cuidado no puede estar; poco lo montamos y no he querido maquilarlo muy seguido pa que no se me estrague; le tengo su cariño al animal y si me quero deshacer de él, es porque con su alzada y un poco rescoldoso que es pa dar el estribo y yo con mis ciento diez kilos que me cargo, la verdá me cuesta muncho trabajo pa treparle y antes que me vaya a dar un golpe lo vendo. A mí me gustaría que don Rufo se quedara con él; ansí al menos me quedaba el consuelo de dejarlo en buenas manos. Y si no me equivoco lo quere pa usté, joven ¿no?, por más que quera ocultarlo, amigo, ya el caballo se le metió por los ojos. Pa ti muchacho, está que ni mandado hacer; yo a tus años no le tenía miedo ni al diablo y a él le hubiera trepado si me lo hubieran echado. Tienes razón al decir que está delgado, pero es que estos animales así son, descienden de raza inglesa. Pensé al comprarlo sacarle dinero con las maquilas, pero no me da resultado el negocio, porque por aquí, el que no es compadre es pariente o si no amigo y resulta que nomás apúntale y de dinero nada. Pero eso no quere decir que lo vaya a dar regalado, porque el animal vale lo que vale y como dice el dicho: "El que quera azul celeste, que le cueste". También les alvierto que el animal está más que sobrado; hace tiempo que no lo montan y está bien asestido; por lo tanto está trabajocito pa montarle, pero ya arriba de él, a la mano no hay mejor animal en todos los contornos. ¡Lástima que no esté ora Pedro por aquí, que es el que lo ensilla!

—Bueno, pos si usté quere yo le haré la lucha. —dijo Juan sin poder disimular las ganas que tenía de treparle al alazán.

—Está bueno, como no; —dijo don Nacho— mira, Petronilo, —dijo a un muchacho que lo presenciaba todo— trai la silla grande, unos suaderos y a la brida, y ensíllate este animal.

A poco volvía el muchacho con la montura sobre los hombros.

Desde al acercársele se vio la poca gana que tenía el animal de dejarse ensillar; se jalaba de un lado para el otro y hubo necesidad de que Juan ocurriera en ayuda del caballerango, para que agarrando al brioso animal de la brida que con mucha dificultad pudo ponerle el muchacho, lograra tenérselo fijo; desde luego se dio cuenta cual era el defecto del penco; era muy relajo y difícil para montarlo, porque no daba el estribo y con la alzada y el brío que tenía, necesitaba un buen jinete para que lograra hacerlo; ¡con razón el viejo lo vendía! Porque no podía subir al gancho "ni yendo a bailar a Chalma".

Terminando de ensillar le dijo Juan al caballerango:

—Nomás téngamelo tantito en mientras me pongo las espuelas.

En un momento se las puso; mientras el animal piafaba inquieto desacostumbrado como estaba al peso de la silla y a la molestia del freno. Levantaba la hermosa cabeza donde brillaban como dos ascuas los ojos malignos de negra intención; escarbaba impaciente golpeando con los cascos la tierra suelta.

Terminó Juan de ponerse las espuelas; por precaución se apretó el fajo, se echó el barboquejo, cogió la rienda y tanteando al animal que cabeceaba furioso y se jalaba de un lado para otro, en el momento propicio, de un solo brinco ágil y certero cayó sobre la silla que con una mano le había servido de apoyo, sin tomar el estribo, que era el momento que esperaba el animal para encabritarse y ya cuando quiso hacerlo, estaba el jinete sólidamente sentado sobre de él, con los estribos bien tomados y las bravas espuelas clavadas sobre los hijares del garañón.

Fue un instante tan sólo el que tuvo el mozo Petronilo para apartarse, porque el penco apenas sintió el peso del hombre sobre él, sacudió la cabeza en un violento ademán y anudándose sobre sí, contrayendo su musculatura poderosa, saltó como una goma y apenas tocaba el suelo se encabritaba de nuevo, en desesperados esfuerzos por echar abajo al jinete.

Juan saltaba hecho una pieza con el alazán; con las rodillas hundidas sobre las paletas, apretaba con toda su fuerza y clavaba las espuelas sobre los ijares de la bestia enardecida, ante las exclamaciones de los mozos del rancho que se habían reunido alrededor del corral, con la mala intención de verlo darse el costalazo y las voces de su padrino que le gritaba a voz en cuello:

—¡No te dejes, Juan! ¡Que no te tumbe...! ¡No te dejes! Amachímbrate!

Y no se dejó. A poco, los brincos y respingos del animal disminuyeron en frecuencia y en violencia y luego enderezó la cabeza que hasta entonces llevaba metida entre las manos, clavó los cuatro remos sobre la tierra suelta y temblando y sudoroso se quedó quieto por un momento.

Juan también se enderezó sobre la silla, aflojó un poco las piernas y dándole unas palmadas sobre el pescuezo, le decía mientras le acariciaba las negras crines:

—No se raje, alazán; ándele, jijo; brínquele a ver si me tumba.

Pero el noble bruto estaba ya dominado; comprendió por su instinto, por la forma como lo manejaban, que llevaba encima a un hombre de a caballo y seguía quieto, demostrando su nerviosidad sólo por el temblor de sus carnes.

Juan también sabía que era suyo el garañón; levantó la mano diestra donde llevaba el chicote y clavándole las espuelas, arrancó a todo lo que daba el animal y a medio corral le dio el llamón de rienda rayando como dos metros al penco; luego lo reculó hasta cerca de la barda, le dio otro arrancón y lo volvió a sentar, le buscó los lados y después, paso a paso, erguidos, orgullosos, jinete y caballo se acercaron a los mirones, satisfechos el uno por haber dominado al garañón y contento éste por haber encontrado a su amo.

—Buen jinete el gallo, ¿no? —Dijo uno de los peones a otro que estaba cerca.

—Ya lo creo —le contestó el otro— se las trai.

—¡Caramba! Don Nacho, —dijo Juan riendo— ¿cómo no me dijo que iba a hacer circo? Si he sabido qué clase de pieza es esta mula, ni me le arrimo; por poco me hace tragar tierra.

—¡Qué tierra ni qué diablos, muchacho! Ni siquiera te destantió —le contestó don Nacho— y este maldito que se lució en respingar; ¡Qué bueno que jalló a su padre!

—Pos ay lo tiene pa que lo amanse y a luego lo pone en venta, porque el que lo compre ansina a este demonio, también tiene que comprar un cajón pa que lo entierren —dijo Juan mientras de un salto bajaba del caballo, entregando las riendas a Petronilo y despidiendo al penco con una nalgada que le hizo temblar la enanca.

—¡Pero si ese animal eso es lo que necesita! Un jinete como tú muchacho; si parece que fue hecho pa ti; en este rato lo dejates más suavecito que una badana y el bribón ya reconoció la canilla.

—Pos todo está bien, don Nacho; nomás que yo no voy a poder andar diario a los reparos; yo necesito un animal de trabajo y éste es como pa plaza de toros o pa un charro y yo no soy charro…

—¿Qué tal don Rufino? ¿No es pura miel en penca el alazán?

—Sí, nomás que de penca de nopal, con muchas espinas; —le respondió el padrino que quería sacarle al asunto todo el partido posible y pagar lo menos posible que pudiera por la bestia.

En realidad el caballo no había disgustado ni a uno ni a otro. Todo se debía a lo sobrado del animal, a lo consentido que lo tenían y a que les conocía el miedo a los que lo montaban. Pero ambos sabían que con unas dos o tres agarraditas más como esa que le dieron, el animal quedaba de primera, porque había demostrado que no tenía mala rienda y lo que le sobraba era condición.

—Bueno; —dijo don Rufino mirando a Juan como si el triunfo fuera suyo— pos tú dirás; y otra cosa: ¿por qué no me habías dicho que eras tan buen jinete?

—Nada de bueno, padrino; hay malhechito; sólo que en eso nos entreteníamos allá en la Mesa; en subirles a los potros y yeguas brutas de don Roberto y a dale que dale, algo aprende uno. Y por lo que toca a la compra, pos ay usté dirá.

En seguida comenzó el trato y el regateo: quinientos pesos quería el ranchero por el animal y exaltaba todas sus buenas cualidades para apoyar su petición; en cambio su padrino ofrecía trescientos y sin subir un solo centavo, ponía de manifiesto los defectos que el cuaco tenía, más otros que él le acomodaba.

Al fin, después de media hora de estirones para un lado y para otro, se decidió el trato en cuatrocientos pesos.

Ya de vuelta venía Juan sobre el precioso animal y cabestreando la otra cabalgadura que su padrino le había prestado para ir: venía ufano, orgulloso de ser el dueño de aquel animal que a él se le figuraba una prenda singular.

—Pos ora sí que tienes un buen penco; —comentaba el padrino, mientras regresaban a buen paso. —Esas mañitas que tiene, tú se las quitas en un abrir y cerrar de ojos; lo que le hace falta al garañón, es que no lo traten como a una señorita; le hacía falta alguien que le apretara la rienda. Y de estar bonito, sí lo está: de alzada, no creo que haiga muchos como él en el pueblo; si acaso la yegua de don Alberto Macías y el garañón de don Nacho Castellanos; y eso queste grande ya es una ventaja, porque tú ya sabes lo que dice el dicho: "Caballo grande y aunque no ande". El viejo seguro que estaba enfadado con el caballo porque lo vendió tan sólo en la mitad de su valor: el hecho es que ya se te cumplió tu gusto y eso está bueno, porque como dice otro dicho: "No hay ranchero bueno sin caballo y sin mujer"—, y esto último lo recalcó maliciosamente, acentuando su doble intención con una sonrisa y mirando de soslayo al ahijado.

Este, que comprendió la indirecta, contestó la sonrisa y volteando a verle le respondió:

—Ya le entiendo, padrino, ya le entiendo; y tal vez tenga razón. Y no crea, no he dejado de pensar en eso; ya lo creo que me hace falta una mujer a mí y a mis criaturas una madre que los cuide ¡qué caray! Pos pa que andamos con rodeos; pero yo sé que no podré encontrarme otra Nico; no quero decir que ya no haiga mujeres buenas como ella; si las ha de haber, pero el trabajo es jallarla; dicen por ay que no se saca uno dos veces la lotería y la verdá yo ya le pegué al gordo una vez... Así es que por orita no tengo pensado volverme a casar; pero ya ve usté, padrino, que diai nomás cambian las cosas y entonces, quen sabe…

Callaron ambos, absortos cada quien con sus pensamientos.

Juan, desde que le había faltado la Nico no había conocido mujer. No es que la naturaleza no le apremiara de repente, pero era sólo por momentos que luego pasaban, porque el duro trabajar, las preocupaciones, la fatiga, las penas y el cuidado de sus hijos, hacía que pronto pasaran esas crisis falderas que de cuando en cuando hacían presa de él y todo volvía a su calma habitual.

Una vez, hacía poco de eso, por una casualidad le había tocado presenciar una escena amorosa de un peón con su mujer en el campo; aquello le encendió la sangre y sintió el acicate del deseo que lo atenazó con una fuerza poderosa, invencible y se decidió: Por la noche, embozado con su gabán, se encaminó al "Salón", pero le aconteció lo que otras veces que hasta ahí había llegado; el aspecto de aquellas caricaturas de mujeres y el ambiente chavacano, procaz, obsceno, que chocaba con su natural limpio y amante de la decencia, le repugnó hasta el grado de apagar en él todo vestigio de deseo; aquellas pobres mujeres fofas, pintarrajeadas como pajarracos miserables, le desilusionaban y comprendía que tenía que violentar su naturaleza para acercarse a alguna de ellas. Desde ese día no volvió ni siquiera a pensar en eso.

Del amor, del verdadero amor, tampoco había tenido tiempo de pensar en ello. No faltaban muchachas del pueblo que miraran

con buenos ojos al viudo joven, trabajador y garrido y que con sus veintisiete años encima todavía no estaba tirado a la calle y menos ahora que ya no andaba andrajoso y sucio como cuando bajó de la Mesa; ahora que andaba regularmente plantado con su buen pantalón, buen sombrero, guayabera y guaraches de dos rayas y hasta zapatos que había comprado y los que tenía que aguantar los domingos que se los plantaba para ir a misa.

A él también no dejaba de agradarle una que otra muchacha; pero al solo pensamiento de llevar alguna a ocupar en su hogar, en su vida y en su corazón el lugar que había tenido aquella santa mujer toda virtud, se rebelaba su espíritu como si fuera un sacrilegio y una traición. ¡No! Nunca, mientras tuviera serena su alma, mientras no se llegara a enamorar de verdad, (y eso lo creía él difícil, casi imposible) llegaría a hacerlo. Para madre de sus hijos no podía llevar él a una mujer cualquiera, nada más porque le gustara o porque sus sentidos exaltados se lo pedían.

El padrino lo miraba de vez en cuando mientras caminaban y harto sabía él en qué pensaba. Quería a aquel muchacho sufrido, valiente y trabajador, como a un verdadero hijo; con el mismo cariño que tenía para aquéllos sus dos muchachos que en México estudiaban ahora, becados por el Gobierno, y que de año en año venían a verlo por las vacaciones y en los que él tenía cifradas todas sus ilusiones. Había renunciado a ellos, a su ayuda y a su cariño, a pesar de que mucho los necesitaba, con abnegación, haciendo un sacrificio casi superior a sus fuerzas, porque sabía que a la postre casi los perdería; pero quería que ellos salieran del medio de miseria e ignorancia en que él se había criado; y los sacrificios tremendos que hacía para ayudarlos a vivir en la capital donde la vida era tan cara y para lo cual la beca apenas si bastaba para cubrir sus más ingentes necesidades. Ahora que ya estaban a punto de recibir su justa recompensa, pues estaban ya próximos a licenciarse y algo

se ayudaban trabajando, el mayor como ayudante de un profesor y el otro en el Departamento Agrario. Y así, aquél muchacho a quien casi había visto nacer, vino a llenar ese hueco de ternura que ellos habían dejado en su corazón rústico, reforzando, más bien que suplantando, el amor que para sus hijos tenía y procurando hacerse querer de él con su respeto, su obediencia y la ayuda que con frecuencia le brindaba, haciendo menos dura la soledad de su existencia. Comprendía también que el muchacho lo veía como un padre y lo quería también con un cariño tan grande que se hubiera dejado matar por él.

Por decir algo le interrogó el viejo:

—¿Y qué nombre piensas ponerle al gancho, Juan?

—Este mala pécora, —dijo el muchacho acariciando las crines del garañón—, se va a llamar "El Brinco".

Seguían caminando hacia el pueblo ya en la penumbra del atardecer, abismados ambos en sus reflexiones y en sus recuerdos, flojas las riendas de los pencos, dejándolos que con su paso lento los retornaran al hogar.

Ahí, a Juan, le esperaba otra agradable sorpresa: Pablo, el comandante del pelotón de las reservas, le había llevado un sobre donde se le notificaba haber causado alta en éstas. Otro día le entregaron su máuser y desde entonces, cada domingo, acudía a recibir instrucción militar que a los agraristas les impartía un Capitán que desde Ocotlán venía periódicamente con ese objeto.

Juan, ahora se sentía con más responsabilidad; sabía que aquella arma que el Gobierno le había entregado en sagrado depósito, era no sólo para defender las tierras que había recibido de manos de la Revolución como un beneficio inesperado, sino también un compromiso, un lazo más de unión entre él y esa Revolución que por manos de su tío lo había sacado como por obra de un milagro de la miseria y de las tinieblas en que antes se ahogaba, para colocarlo en la senda de la prosperidad;

desde ahora se consideraba un soldado más de la Revolución, a la que defendería si fuera preciso a costa de su vida misma y de su sangre.

Así lo juzgaba él y así sería.

VIII. Melitón vuelve del norte

Pasaron dos años más y con ellos hacía casi cinco que Juan estaba en tierra baja.

Y en todo ese tiempo, si bien su manera de ser no había cambiado fundamentalmente, sin embargo no dejaba de haber sufrido más de alguna transformación. Había, mejorado mucho económicamente; no estaba rico, pero sí ya no pasaba trabajos para vivir, ni para sembrar tenía que recurrir a los usureros o prestamistas que lo refaccionaran, mismos que se quedaban con el fruto del trabajo de los pobres labriegos. Estos dos últimos años, si bien no habían sido tan buenos como los anteriores, no podían tampoco llamarse malos y de cualquier manera le habían permitido comprarse dos yuntas de bueyes para su movimiento y tres vaquitas, aparte de algunas cabras y marranos que engordaba en el corral de su casa; había arreglado ésta lo mejor que había podido y tenía además todo el apero que necesitaba para sus siembras. Al alazán le había comprado una bonita montura que parecía hecha especialmente para él y éste cada día se ponía más bonito y tan manso, que comía de su mano y era ya como un inocente corderito.

Seguía su hermana viviendo con él y al marido de ella hacía casi un año que lo habían enterrado. Había regresado de los Estados Unidos, maltrecho, casi muriéndose y Juan había tenido que mandarle para el pasaje porque llevaba varios meses sin poder trabajar. Al principio, recién ido, parecía que no le iba del todo mal, porque le mandaba a la Nacha sus giritos en dólares que Juan nunca permitió que ella gastara, obligándola a ahorrarlos; pero poco a poco empezaron éstos a escasear al igual que las cartas de Melitón, hasta el punto que duró más de tres meses sin mandar ni carta ni dinero. Sólo en la última indicaba que se encontraba un poco enfermo y de no haber sido por un paisano que con él se había ido y que de regreso al pueblo les platicó las condiciones lamentables en que aquél se hallaba (muy enfermo y encamado en un hospital), no se habrían ellos enterado de la magnitud de su desgracia

y tal vez jamás lo habrían vuelto a ver. El paisano les explicó que según decían, estaba tísico, hecho casi un cadáver y que a pesar de las ansias que tenía de volver a ver su tierra, no tenía ni una cuartilla para el retorno.

El cemento de la fábrica donde trabajó le había comido los pulmones.

Ni por un momento lo pensó Juan; le mandó inmediatamente el dinero para que retornara. A poco llegó; venía hecho una lástima, era un esqueleto viviente; parecía que no tenía una sola gota de sangre en las venas, flaco, jorobado, con el pecho saltado para adelante y la cabeza sumida entre los hombros; los ojos hundidos, brillantes, era lo único que parecía vivir en él. ¡Casi no se conocía al hombre sano y lleno de vida que partió de ahí, en aquel fantasma viviente que el rudo trabajar de la fábrica de cemento había trocado en menos de dos años!

Cuando lo vio Juan, sintió primero asombro, luego lástima y al fin indignación. ¡Y esa tragedia tremenda, ese desastre irreparable por sólo un miserable puñado de dólares!

El cuñado, con voz queda, apenas audible y entrecortada por una tos reseca que casi no lo dejaba hablar, le fue contando cómo trabajaba hasta quince horas seguidas en aquellas fábricas de cemento, con el polvo fino, impalpable, que ni las caretas podía detener, mordiéndole los pulmones y con el calor de los hornos que los derretía, achicharrándolos hasta hacerles perder el sentido... Luego a él como a otros que le había tocado ver, que cuando les notaban que estaban en el límite de la resistencia o ya inutilizados, desechos de los pulmones, la tarjeta de tiempo dejándolos en las cuatro esquinas hechos un bagazo, una escoria, una cosa inútil que no servía ya para nada; luego, perdidas las fuerzas por completo, un vagar por las calles como un mendigo viviendo de la caridad pública, sin siquiera poder darse a entender cuando tenía hambre, alternando las noches en los dormitorios públicos del "Ejército de Salvación", con las cárceles de los condados a donde era conducido

por vagabundo y ya al final, el hospital salvador donde tenía seguro al menos techo y comida. Esa era su historia y la de muchos otros que él había conocido.

Juan temblaba de indignación; ¡viles! ¡miserables... aquellos explotadores de carne humana que no se dolían en arrojar a los hombres exhaustos y exprimidos como un bagazo a la calle, como quien arroja una basura, después de chuparle hasta la última gota de sudor! Y crimínales las autoridades que permitían emigrar a esos pobres braceros que llenos de esperanzas, de ilusiones, muchos jóvenes y todos en plena salud, cruzaban la frontera en busca "del dorado", sólo para volver como aquel pobre de Melitón, convertido en carne de hospital y ¡pobre de su patria! Tan rica… tan buena... con esas inmensas extensiones de tierras fértiles donde faltaban brazos que las trabajaran y ver a sus hijos emigrar a otras tierras a ser víctimas de esa inicua y despiadada explotación…!

Sentía Juan que la angustia le ahogaba, y sólo atinaba a decir:

—Ya te lo decía yo, compadre, ya te lo decía yo.

Bien sabía Juan que su compadre no tenía remedio, pero sin embargo lo llevó con el médico.

Después de examinarlo detenidamente, llamó éste aparte a Juan y le dijo:

—Es demasiado tarde para hacer algo por él; tiene destruidos los pulmones, o para mejor decir, ya no tiene pulmones; pero hay que darle algo para su consuelo. Cómprele estas cucharadas a ver si algo le calma la tos. Y tengan precauciones porque esto es contagioso. Apártenle sus platos, sus cucharas y todas sus cosas y que escupa nomás en un bacín con agua. Y como hablando consigo mismo —es una tuberculosis galopante desarrollada en terreno predispuesto.

A los dos meses, con el dinero que le quedaba a la hermana de lo que el enfermo le había mandado de Estados Unidos, lo enterraron.

Después de eso pensó Juan que menos podía casarse. La pobre de Nacha y sus muchachos sólo contaban con él en el mundo. La hermana era buena, pero algo torpe y sola no podía hacerse vivir y lograr la subsistencia para sus hijos.

Estos ya estaban creciditos al igual que los suyos a quienes poca ventaja les llevaban en edad. Su Nico tenía casi los nueve años y en la escuela a la cual los hiZo ingresar por consejo de su padrino, cursaba el tercer año. Juan el pequeño cargaba con los siete años y apenas estaba en el primero.

¡Con qué orgullo y satisfacción los veía Juan volver de la escuela por las tardes, cuando temprano regresaba él de la labor! Con sus libros y cuadernos bajo el brazo, limpios, peinaditos, con sus zapatos y su ropa arregladita.

¡Cuan diferentes a aquellos muchachos sucios, andrajosos, que eran sus chicos cuando él bajó de la Mesa!

¡Oh! ¡Si su Nico pudiera verlos ahora… qué satisfacción habría sentido ella que tanto los quería!

Pero de seguro que sí los vería, porque con frecuencia los llevaba al panteón, en donde después de dejarle unas flores sobre la tumba, sobre la humilde lápida que con sacrificios y con lo primero que le produjo su parcela le había mandado hacer, se hincaban para rezarle un rosario por el eterno descanso de su alma.

Y cuando por las noches, antes de acostarse se sentaba Juanillo sobre sus rodillas y la niña se acomodaba sobre una silla bajita y se ponía a leerle el periódico, compensado de sobra se sentía de todos sus esfuerzos y de todos sus sacrificios.

Él también ya garabateaba su nombre, en sus ratos de ocio su padrino se había propuesto a enseñarlo a firmar y a dale y dale casi lo había logrado; a él al principio le había parecido imposible conseguirlo, pero el día que menos pensó ya podía hacerlo: después de esto se

le despertó el interés y el deseo de enseñarse a escribir y a leer y se inscribió en el Centro Nocturno de Enseñanza para campesinos a donde concurría con la mayor puntualidad que le permitían sus ocupaciones, no desaprovechando los días en que su trabajo le daba tiempo para eso. Juan esperaba que ya pronto, cuando le enseñaran un papel escrito o un periódico, no se pondría trémulo de vergüenza al decir que no sabía leer...

IX. La fiesta

Por esos días estaban los hijos de su padrino en el pueblo. Habían venido a pasar ahí las fiestas de mayo que año por año se celebraban por el día de la Ascensión, y esta visita era el último respiro que los muchachos tomaban en sus estudios, porque en seguida tenían que preparar sus exámenes profesionales.

Siempre que ellos venían y desde que Juan estaba en el pueblo, se desvivía por atenderlos, con beneplácito del viejo don Rufino a quien le agradaba lo bien que se entendían a pesar del poco tiempo que tenían para tratarse.

Juan les ensillaba caballos para que salieran a pasear, les organizaba cacerías de patos a los pretiles, de venados al monte, elotadas cuando les tocaba venir por el tiempo de aguas; en fin, se esforzaba por hacerles la estancia agradable y porque se desaburrieran del ambiente pesado de la capital.

Los muchachos, comprensivos, aceptaban de buen grado los agasajos rústicos de Juan y lejos de resentirse al ver el cariño que su padre tenía para el mozo, se sentían complacidos y satisfechos al ver que ese buen muchacho llenaba hasta cierto punto con su cariño y sus atenciones para el viejo, el vacío que ellos sin quererlo habían dejado con su ausencia.

Eran dos buenos chicos, modestos, amables e inteligentes los dos, pero principalmente Carlos, el mayor, que era con el que más se comprendía Juan; le regalaban con su plática amable, instructiva, que le hablaba de cosas hasta entonces desconocidas para él, pero que inteligentemente iba Juan asimilando poco a poco; porque al principio le costaba trabajo comprender esas ideas raras y extrañas que ellos desenvolvían en su conversación, pero que a fuerza de oírlas y estudiarlas las iba viendo claras como la luz del día.

A Juan, en sus ratos de ocio y desde antes que ellos llegaran, le agradaba ir a los "cabildos" que en la plaza, en frente de la Presidencia

Municipal y bajo la sombra acogedora de un frondoso laurel de la India acostumbraban formarse; al principio por curiosidad, y después cuando ya lo que se trataba ahí era comprensible para él, por el ansia de saber de esas cosas, que por nuevas, le abrían horizontes desconocidos.

Por la influencia de su padrino, que era amigo de todos en el pueblo y al que regularmente acompañaba Juan, muchas veces le tocaba formar parte de esas tertulias en las que se trataba de todo: de la política local, de la del Estado, de los problemas del país y hasta de los problemas mundiales y en las que lo mismo se hablaba de temas literarios o filosóficos, hasta murmurar de los vecinos.

Al principio, Juan, que no entendía de muchas cosas de las que se trataban ahí, se abstenía de tomar parte en la conversación, concretándose a oír; pero luego, poco a poco y haciendo esfuerzos por comprender y preguntándole a su padrino que le explicaba pacientemente los puntos que se habían discutido, le iba tomando sentido a las pláticas. Después ya no sólo oía y callaba, sino que una que otra vez, cuando el punto que se trataba era accesible para él, aventuraba alguna opinión, o se atrevía a hacer alguna pregunta a los del grupo, que generalmente eran los mismos: don Rufino, el doctor, don Toño el Secretario de la Presidencia, el Juez, el empleado en Rentas, don Federico "el Antecristo" (cuando le tocaba estar ahí en alguno de los viajes que hacía a refaccionar a los agraristas por cuenta del Banco Ejidal), Licho el Tesorero Municipal, Chanito el peluquero y algunos más que sin pertenecer de planta a la tertulia, solían accidentalmente tomar parte en ella.

La cosa se ponía buena cuando los muchachos de su padrino volvían de México, porque entonces eran ellos quienes llevaban la batuta y en las discusiones los demás no les servían ni para el arranque. Don Pacheco Méndez, otro de los contertulios y que por sus ideas reaccionarias casi siempre les llevaba la oposición a ellos que eran socialistas de hueso colorado, al final tenía que callarse y acceder ante

las razones y amplitud de conocimiento que los muchachos exponían. Daba entonces gusto oírlos hablar. ¡Por algo estaban en la Universidad de México! Y aunque sus ideas eran demasiado avanzadas para la intelectualidad moderada del grupo pueblerino, todos los oían con respeto y admiración.

Era con el doctor con quien siempre los muchachos marchaban de acuerdo y era entonces cuando éste, entusiasmado con tener alguien cotejo con sus ideas y preparación, echaba también el resto.

Juan, entonces, se lamentaba que terminaran las tertulias, que por largas que fueran a él siempre se le hacían cortas.

Una vez, y eso lo recordaba como si aún lo estuviera oyendo, Carlos había hablado esa noche de una nueva Doctrina (así lo decía él) de una nueva forma de cosas que se estaba extendiendo a gran prisa en Europa y según la cual no habría pobres ni ricos, todos tendrían el derecho y la obligación de trabajar y se acabaría la explotación del hombre por el hombre; entonces, cuando esas ideas triunfaran y se extendieran por todo el mundo, que de seguro se extenderían (afirmaba Carlitos con énfasis) no habría hambre, ni guerras, ni miseria; eso, según el muchacho aquél, se llamaba el Comunismo.

Juan de todo eso no comprendía más que una sola cosa: que si eso fuera verdad sería muy hermoso; porque no tendría nadie la angustia de no poder encontrar trabajo, de morir y dejar desamparados a sus hijos, ya que según esa nueva doctrina, de todo eso estarían exentos los hombres. Pero quién sabe si a la mejor todo eso no era como tantas otras cosas que se quedaban en puras palabras y promesas. En fin, ya el tiempo lo desengañaría, si vivía para contarlo.

Pero la verdad que valía la pena de creerlo así, porque, ¡qué bello, qué hermoso sería un mundo así!

* * *

Las fiestas que en honor del Santo Patrono del pueblo, "El Señor de la Salud" se celebraban entonces, terminaban ese día que era el último del novenario.

El pueblo pequeño y modorro, formado de cuatro o cinco hileras de manzanas de casas que concéntricamente se alinean al derredor de la plaza-jardín, que con sus frondosos laureles de Indias y una fuente de piedra hermosamente tallada sobre la que se desgaja de lo alto de una cornucopia, que en sus brazos sostiene un efebo, un chorro de agua con un ruido monótono y constante que semeja un ritornelo; ese pueblo gris, callado y quieto, casi conventual, para esos entonces se vestía con sus mejores galas y amanecían puertas, ventanas y cables, cubiertas de adornos de papel de china de vistosos colores, y dejaba su tristeza y apatía que se trocaban en alegría y bullicio.

Por la mañana habían salido ellos a dar la vuelta por el campo; Juan había cedido su caballo "El Brinco" a Carlitos y para él había ensillado la yegua roana de don Rufino; salieron primero del pueblo por la carretera, hacia el campo; pero pronto regresaron y pasaron y repasaron por la casa de Carmen "La Niña", una guapa muchacha de veinte años con la que andaba noviando Carlitos.

Ahora ya había atardecido y los muchachos se arreglaban para ir a la serenata que se celebraba en la plaza.

Juan ya estaba harto de fiestas; ocho días de ruido, de músicas, tambores, cohetes y gritos de borrachos a toda hora. Amanecía Dios y apenas a las cinco de la mañana, las campanas daban "el alba", la banda de música recorría el pueblo despertando a los habitantes con sus estridencias, junto con los cohetones y camarazos a granel; luego a las doce horas se repetía la tanda, para en seguida, por la noche, la serenata con el paseo de muchachos y muchachas en el cuadro de la plaza, los toros de pólvora y para rematar, el castillo de fuegos pirotécnicos y un repique general que duraba más de media hora; y todavía después las

músicas y mariachis que los borrachos paseaban por todas las calles del pueblo, no dejando conciliar el sueño a nadie por un minuto, para que al día siguiente se repitiera la misma dosis de ruido y bullaranga. Por fortuna ya iba a terminar el jolgorio, la música, los repiques y los cohetes y ese ir y venir de forasteros que de todas partes de la región acudían a rendir pleitesía al santo de su devoción; y la multitud de pequeños comerciantes y galleros, jugadores, músicos ambulantes y prostitutas, y tantos buscadores de dinero que con fondas, carcamanes, loterías, cantinas y puestos de baratijas venían a explotar ese rico filón que era la ignorancia de la gente lugareña, que como inocentes palomas venían a dejar sus ahorros en la feria. Entonces, cuando ya todos esos forasteros volvieran a sus respectivos lugares, volvería el pueblo a recuperar su fisonomía propia de población apacible, callada y quieta. Pero en tanto, estaba pletórico de visitantes y lleno de ruido y bulla y pestilente a alcohol, a inmundicia y a petróleo.

Su padrino también estaba de malas durante todos los días de la fiesta y había que oirlo cómo tronaba contra de esas "costumbres de indios", como él las llamaba, que hacían que se desperdiciaran miles de pesos en pólvora, música, juegos de azar y adornos de papeles, cuando el pueblo estaba tan necesitado de escuelas, de un mercado que no había o de un arreglo a la plaza-jardín que estaba en lamentables condiciones, sin pisos ni alumbrado.

¡Cuando con menos de lo que se gastaba en esa fiesta había para darle una arregladita a todo aquello!

Y más renegaba el viejo, porque la fiesta había coincidido ahora con la parva del trigo y no se conseguían peones a ningún precio porque todos andaban enfiestados.

A instancias de los muchachos fue Juan aquel día con ellos a la plaza de gallos. Poco le agradaba a él esa clase de espectáculos y las dos o tres veces que antes había ido, lo había hecho más por compromiso que por gusto, como ahora lo hacía.

Llegaron al lugar que improvisadamente hacía funciones de plaza de gallos, cuando ya se encontraba pletórico de gente.

Al derredor del anillo donde se efectuaban las peleas, varias filas de sillas concéntricamente alineadas servían de asiento a las mujeres, que emperifolladas con sus mejores galas, unas por exhibicionismo, otras porque deveras les agradaba, se desvivían por apostar a sus gallos favoritos.

Por fuera de las sillas, varias filas de gente se apretujaban de pie estirando las cabezas para no perder ningún detalle de los bárbaros eventos.

En un entarimado que a un lado del corralón se elevaba, estaban las inevitables cantadoras y una orquesta que contratada exprofeso había venido de la ciudad para alegrar el espectáculo; aquéllas, vestidas de chinas poblanas, entonaban canciones alegres y picarescas o tonadas regionales.

Se respiraba un ambiente morboso, malsano, saturado de olor alcohólico y de humo de los cigarrillos.

Los tres muchachos se acercaron lo más que pudieron al anillo cuando ya los amarradores tenían cada quien su gallo sujeto y anudaban a las patas de éstos las respectivas navajas filosas y asesinas. Eran dos hermosos ejemplares de gallos; el uno colorado, el otro giro, de gran peso ambos, porque era una pelea de capote. Los dos arrogantes, fanfarrones, de lustroso plumaje y cabeza rasurada al ras del nacimiento de la cresta.

Ya al entrar ellos se había oído el pregón del gritón: ¡"Segunda pelea de compromiso: Totoltlán que es el asiento contra San José de Gracia, pelea de doscientos pesos, peso libre, navaja de media pulgada"! ¡Hagan sus apuestas con tiempo!

En esos momentos los amarradores terminaban sus tareas y rectificaban la dirección de las navajas, probando el filo de éstas con los

dedos untados de saliva, poniendo luego un animal enfrente del otro, provocándolos para enfurecerlos.

Mientras tanto los corredores de apuestas aturdían a la concurrencia con sus gritos.

—¡A cuál mandan,… a cuál van… veinte al giro… diez al giro… cincuenta al giro…

—¡Treinta al colorado…, cien al colorado…, al colorado cincuenta, damos a ochenta…, a ochenta damos al colorado...

Y repetían su cantaleta incansable, dando vueltas al anillo, recogiendo y casando apuestas.

Se había hecho grande al colorado, dando pesos a seis reales.

El vocerrón del gritón volvió a surgir dominando todo el conjunto:

—"Cierren las puertas…, fuera todos del anillo..., prueben los gallos..."

La orquesta principiaba unaa melodía acompañando a las cantadoras que bien entonadas y a tres voces, soltaban toda la garganta en una canción apasionada y ardiente:

¿Cómo queres que te olvide si apenas te estoy queriendo?
Y tus palabras me van a quitar la vida;
¿Cómo queres que te olvide si tú eres la consentida?
Y aunque no queran, soy el dueño de tu amor.
Valor me sobra pa sacarte de tu casa,
Para llevarte donde yo pueda gozarte;
Dime si pasas trabajos, te llevo para otra parte,
Y aunque no queran, soy el dueño de tu amor.

—"Silencio…, señoooores… —repitió el gritón con voz más fuerte— empiecen la pelea..."

Los gallos estaban excitadísimos y pugnaban por zafarse de manos de los amarradores; lanzó un agudo y retador ki-ki-ri-kí el giro, que

presto fue contestado por su rival con otro más agresivo; los pusieron en la raya y los soltaron en medio de la expectación de la concurrencia; rápidos como una saeta se lanzaron el uno contra el otro con las plumas del cuello enhiestas de furia, las alas abiertas y los picos prestos a la pelea, se enfrentaban lanzándose tremendas puñaladas; eran dos gallos de estaca, fuertes y astutos, que de seguro ya habían peleado varias veces porque esquivaban los navajazos con una destreza admirable.

La pelea prometía ser larga, porque dada la pequeñez de las navajas y la potencia de los adversarios, sólo con algún golpe de suerte en alguna parte vital, que era difícil que se dieran, podría terminar pronto.

Como diez minutos llevaban ya los animales de luchar y aunque todos los golpes mortales que se tiraban los habían esquivado, sangraban ya los dos y sobre todo el giro que traía un ala arrastrando y empezaba a fatigarse mostrándose menos agresivo.

El colorado, crecido por la ventaja que estaba tomando sobre su enemigo, se lanzó como una flecha sobre él con la intención de rematarlo; pero aquél, que había previsto el golpe, se barrió sobre la arena del anillo, esquivó el navajazo que le marcó un surco sobre el plumaje, levantó la pata de la navaja y se la hundió toda en medio del pecho al colorado que cayó redondo, como fulminado y sin hacer ya ningún movimiento. Rápido se volteó el giro y como una fiera cayó sobre el vencido, atacándolo a picotazos terribles que resonaban sobre la cabeza del ya muerto animal. Luego, al verlo inmóvil se paró encima de él, irguió la cabeza y lanzó un triunfante y poderoso grito de victoria, paseando la mirada por todo el redondel.

—Levante su gallo, amigo —dijo el juez al perdidoso—; usted ganó —le dijo al otro y pregonó en voz alta:

—¡Se hizo la chica, señores..., ganó el giro, paguen sus apuestas, abran las puertas...

—Le dio mosa —comentaban los conocedores.

Entre la alegría de unos y la decepción de los otros, se hicieron las entregas de las apuestas casadas, avizorando ya los perdidosos los nuevos gallos que en ese momento introducían al anillo, para elegir con cuál iban, a buscar la revancha.

Enrique, el menor de los hermanos, buscaba a la muchacha con quien andaba noviando, y no encontrándola, les dijo a los otros dos:

—No vino Anita, la "Pico Chulo", ha de andar por la plaza; vámonos mejor para allá, al fin que nosotros no apostamos.

—Vámonos, —apoyó Juan— que pa gallos yo con esto tengo; a mí me gustan mucho, pero en mole.

Cuando salieron, todavía alcanzaron a oír la voz del gritón que pregonaba:

—Tercera pelea de compromiso... Totoltlán contra Arandas... premio de doscientos pesos..., navajas y peso libre..., hagan sus apuestas con tiempo.

Ya camino de la plaza, Carlos comentaba:

—Si yo tuviera autoridad y pudiera hacerlo, ponía a los dueños de los gallos, a los que los hacen pelear y a los que apuestan, por parejas en el anillo, les amarraba una navaja a cada uno en una pata y a latigazos los hacía pelear hasta que se hicieran pedazos. Se me hace muy cobarde y muy cruel deleitarse con ver correr la sangre de esos pobrecitos animales que son todo nobleza y valentía.

—Entonces tú eres todavía más cruel, —ripostó Enrique—, porque tú lo hacías con seres humanos.

—Pero yo lo hacía por castigo y no por diversión.

—Este Carlos es muy quijote —siguió diciendo Enrique—, se le ha puesto en la cabeza que el mundo anda mal, y se ha propuesto enderezarlo —y reía de la ocurrencia del hermano.

—Pos la verdá, —terció Juan— a mí tampoco me gusta eso.

Llegaron al jardín que estaba pletórico de gente y en el que apenas se podía dar un paso.

Los muchachos, que andaban de conquista, iban bien trajeados y Juan, para no desentonar, se había puesto también sus mejores trapitos: llevaba su pantalón de casimir peinado, guayabera de dril que la hermana le había bordado, zapatos amarillos de una pieza y un flamante sombrero poblano que ese día tenía destinado para estrenar, bien ribeteado de cuero y con dos cabezas de toro, plateadas, a los lados de la copa.

Se veía bien el mozo con esa indumentaria: joven, alto y apuesto, así como estaba, era un buen partido que más de alguna chica del pueblo no dejaba de mirar con ojos lánguidos.

Por la mañana había sacado a sus chicos y a los de su hermana a dar una vuelta por las diversiones que a los lados del jardín estaban instaladas, ya que la Nacha por su luto no podía hacerlo. Los llevó al volantín, a la lotería, a la rueda de la fortuna y ya por último, antes de regresar a la casa, les compró unos dulces. ¡Cómo se habían divertido los inocentes!

En el momento que los tres mozos llegaban a la plaza, apenas empezaba la serenata; en un ángulo de la misma estaba la banda de música, llevada por la batuta del director, que al mismo tiempo era el sacristán de la iglesia. Sobre los prados, el cuadro y los andadores, sobre las banquetas y las calles adyacentes, los lugareños se apretujaban en abigarrada multitud, sentados unos, parados otros, pero todos gozando de esa fiesta anual, que para muchos era el único esparcimiento que tenían en todo el año y para estrenar, en la cual, ahorraban durante todo ese tiempo.

Los puestos de cenadurías, de fruta pasada, los juegos de argollas, carcamanes y de baraja, estaban todos pletóricos de gente y el ruido que hacían todos, semejaba un inmenso colmenar.

De todos los comercios, en donde más concurrencia había era en las cantinas y puestos de ponches calientes, o sea canelas con alcohol, miserables "agachados" hechos de palos, manta y petates, donde los

beodos apuraban los bebistrajos que ahí les vendían, hablando y riendo, excitados por los humos del alcohol.

La gente se arremolinaba por todos lados como en una rochela sin gobierno, comprando unos, otros viendo, pero los más empujándose y apretujándose unos contra otros como si no hubiera espacio para todos.

En las cantinuchas, los parroquianos ingerían mezcal como desesperados, atendidos por meseras que se desvivían por parecer amables a los gastadores, alentados por músicas de todas clases y categorías, desde los mariachis bien trajeados de charros, hasta guitarreros sucios y destartalados. Algunos de los bebedores, borrachos ya, empezaban a escandalizar; pero pronto eran puestos en orden por las guardias de agraristas improvisados en policía y los cuales algunas veces tenían que llevarse hasta la cárcel a los más renuentes y relajos.

La mayoría del público eran rancheros que bajaban de los alrededores, los hombres con sus anchos calzones de manta, sus fajas de vivos colores y anchos sombreros y las mujeres estrenando vestidos de colores chillantes que las hacían parecer banderas y llevando de la mano a los chiquillos que llorando unos, gritando otros, aumentaban el bullicio ensordecedor.

Juan y los muchachos dieron varias vueltas en el cuadro de la plaza metiéndose casi a empujones en la primera línea de hombres, para mirar de cerca a las muchachas, que por dentro de ellos daban vueltas en sentido inverso. Los mozos a la pasada, daban flores a las hembras, o enrollaban al derredor de sus cuellos, anchas tiras de papel de vistosos colores.

Las muchachas, relucientes, emperifolladas, estrenando vestido, calzado y rebozos que llevaban cruzados sobre el pecho y los hombros, correspondían a las flores, serpentinas y piropos de los galanes, con una sonrisa o una flor, cuando éstos les cuadraban.

Algunos mozos, borrachos o atrevidos de por sí, al enredar las serpentinas a las "pollas", buscaban la manera de sobarles el pecho o

acariciarles la cara, pero pronto eran castigados por su atrevimiento con un alfilerazo que los hacía brincar o lanzar alguna interjección.

Por espacio de casi una hora, anduvieron los tres dando vueltas, obsequiando y recibiendo flores y serpentinas, hasta que al fin ya cansados y algo aburridos, y a proposición de Juan que los invitó a tomarse una cerveza, salieron en busca de donde hacerlo.

—Pero una nomás, —advirtió Juan— ya ven que a mi padrino no le gusta que tomen.

Lograron sentarse alrededor de una mesa en una de las cantinas improvisadas que rodeaban la plaza, a donde llegó a atenderlos, diligente, una mesera de no malos bigotes, prietita y regordeta, a la cual entre piropos y chanzas le pidieron de beber.

En una mesa vecina tomaban un grupo de agraristas, que perfectamente borrachos, estaban al borde del escándalo; gritaban y golpeaban la mesa con las manos y las botellas, haciendo coro a los tres cantadores que parados a un lado, los divertían con sus canciones.

—Oye, tú, vale; —dijo uno de ellos al que la hacía de jefe de los cancioneros— a ver, échenme el corrido de Emilio Ramos.

—Ay le va, jefe; —contestó éste y aunando la acción a la palabra principiaron a rasguear las guitarras preludiando la canción; luego, con primera y segunda y con sentimiento, con ese sentimiento propio de los trovadores callejeros, entonaron el corrido:

El merito seis de enero qué fue lo que sucedió;
Que en ese Cajititlán Emilio Ramos murió.

Él nunca quería pelear, sólo siba a divertir;
Pero ellos lo provocaron y les tuvo que cumplir.

Luego que mató a don Juan, Pifanio se le acercó.
Luego voltió Emilio Ramos y dos balazos le dio.

Los balazos que le dio, uno se lo dio en la cara.
Otro se lo dio en el pecho para que del se acordara.

Lo rodearon los del pueblo, queriéndoselo acabar;
Emilio Ramos gritaba: qué guerra les voy a dar.

Tres hombres se le acercaron de valor haciendo alarde;
Arrímense ya sin miedo, les gritó, no tengo parque.

Y después que lo agarraron un cintarazo le han dado,
Emilio Ramos les dijo: cómo les gusta lo dado.

Antes de entrar a la plaza lo quisieron fusilar;
Emilio Ramos les dijo: trabajo les ha de dar.

Lo sacaron de la cárcel pa que viera los balazos;
Emilio Ramos les dijo: conozco ya varios casos.

Lo sacaron de la cárcel pa que viera los dijuntos;
Emilio Ramos les dijo: conozco varios asuntos.

Por la noche lo sacaron del pueblo pa la "Escondida",
Y un lado de la laguna, ay le quitaron la vida.

Para naranjas Uruapan, para limones el Plan,
para los hombres valientes, el pueblo de Tototlán.

Adiós dijo a sus amigos, adiós dijo a sus hermanos;
Y aquí se acaban cantando los versos de Emilio Ramos.

—Vámonos muchachos, —dijo Juan poniéndose de pie y pagando la cuenta.

Le disgustaba el ambiente; el desorden que estaban haciendo los camaradas en la mesa contigua, excitados aún más por los versos bravucones del corrido y que por "quítame de aquí estas pajas" podían provocar una riña; también le desagradaban esos corridos callejeros que glorificaban al valentón, al "matasiete" y muchas veces hasta a algún bandido. Contra su natural pacífico chocaban esos versos que hablaban de pleitos de encrucijada o de hechos de armas, exagerándolos casi hasta lo inverosímil, exaltando las hazañas de algún bandolero con versos agresivos y provocadores, que a individuos como los que ahí estaban, excitados ya por el alcohol, incitaban a buscar camorra.

A instancias de Enrique dieron otras vueltas en el cuadro, hasta que prendido el castillo, quemados los toros de pólvora que arrojando cohetes por todos lados habrían brecha entre la multitud, regresaron a sus casas cuando la banda tocaba "Las Golondrinas".

Ya para despedirse de los muchachos, en la puerta de la casa de éstos a donde salió su padrino, éste le dijo.

—No se te olvide, Juan; mañana a las ocho de la noche es la sesión y tenemos que ir todos los de la Comunidá; se va a nombrar nuevo Comisariado y no hay que faltar.

—No se me ha olvidado, padrino, y aunque yo en esos asuntos ni sueno ni trueno, no voy a faltar, pa que después no digan que uno se hace rosca.

—Pos ahora si que todos hacemos falta, —respondió el padrino— porque tenemos que ganarles a esos sinvergüenzas que se queren reelegir y nos queren seguir comiendo el mandado; ¡Ya verás cómo ora sí los fregamos!

X. La sesión

El espacioso salón, mal alumbrado por dos pequeños focos que más que ahuyentar hacían más notable la penumbra, estaba casi lleno de ejidatarios que de todo el Municipio habían venido a participar en las elecciones de la Nueva Mesa Directiva de la Comunidad Grande, como le llamaban a la de Tototlán y la cual incluía aparte del titular, pequeños Ejidos que bajo el amparo de ese nombre y por necesidades de política agraria, habían conseguido tierras quedando englobados en él.

Ahí se encontraban, desde los pioneros del agrarismo en la región, esos que se habían enfrentado al poderío tremendo y peligroso de los hacendados para enarbolar la bandera agraria y que a costa de sangre y de mil sacrificios habían logrado arrancar a éstos por vez primera pequeños pedazos de tierra; no sin dejar bajo esa tierra misma a muchos compañeros que habían caído en la lucha, hasta los nuevos agraristas, recién dotados en las ampliaciones y con la creación de nuevos ejidos.

En el fondo del galerón, alrededor de una mesa desde donde la directiva presidía, estaban los viejos líderes, don Rufino entre ellos y desperdigados por todo el salón, los agraristas de Coina, los del Rincón, El Refugio, San Isidro, etc. Platicaban por grupos, comentando unos en voz baja, otros casi gritando, el motivo de la reunión.

Dos planillas eran las que se disputaban el gobierno de la Comunidad. Las dos fuertes y contando cada una con el apoyo de grandes núcleos de ejidatarios, por lo que la votación se esperaba muy reñida. Uno de los partidos se oponía a la continuación del mismo Comité Directivo que por algunos años ya, jefaturaba la Comunidad, encabezado el grupo opositor por don Rufino y algunos otros viejos luchadores. El otro, encabezado por los miembros de la Directiva en funciones que trataban de seguir controlando y que eran Pedro Luna, Juan Rico y el Tijerillo.

De los grupos salían risas, carcajadas y comentarios acres para los contrarios, que hacían presagiar que la sesión iba a estar candente.

Sólo se esperaba al Delegado del Departamento Agrario que venía a supervisar las elecciones, quién ya estaba en el pueblo y ni que habían salido a buscar al hotel.

El galerón que servía para salón de sesiones pertenecía a un edificio llamado "Casa del Agrarista" la cual era una vieja construcción que un señor cura había edificado muchos años antes con el concurso de todo el pueblo y que antes que los agraristas tomaran posesión de él, año por año servía para efectuar los "Ejercicios Espirituales" que todas las piadosas gentes de la población practicaban por la Cuaresma, por lo que antes se conocía al citado edificio con el nombre de "Casa de Ejercicios". Era ese lugar a donde concurrían año por año los pecadores, para ablandar su corazón y prepararse para una buena comunión. De ahí, después de la penitencia y de la contrición de rigor, salían limpios de toda culpa, como unas blancas palomitas..., pero listos para volver a pecar.

Al posesionarse los agraristas del edificio, después de liquidada la "Rebelión Cristera", se habían instalado ahí con sus familias, designándolo con su nuevo e impío nombre, y cuya posesión definitiva se estaba tramitando en la Suprema Corte, por amparo que había pedido el Clero, ante la resolución del Ejecutivo de dejársela a aquéllos. Numerosas influencias se habían movido de uno y otro lado, pero a pesar de los muchos años que habían transcurrido, el caso seguía aún sin resolución.

Un solo portón daba acceso al espacioso y alargado salón por la calle y la pequeña puerta y las dos ventanas que con la parte de adentro comunicaban, eran insuficientes para ventilar la atmósfera viciada que ahí se respiraba, pesada hasta el grado de que parecía poderse cortar en tajadas.

Llegó Juan cuando el local estaba repleto de compañeros y para llegar hasta el lugar donde columbró a su padrino, atravesó entre ellos, brincando las vigas que sobre ladrillos hacían las veces de bancas.

Ahí su padrino discutía con los jefes de los otros grupos, sin lograr encontrar una fórmula de avenimiento que pudiera conciliar los intereses encontrados.

Llegó al fin el Delegado y por un momento todos callaron, mientras éste tomaba acomodo entre los directivos del comisariado que se sentaron alrededor de la mesa que servía de escritorio.

Se abrió la sesión leyendo el Secretario la Orden del Día que fue aprobada sin objeción; en seguida el Delegado tomó la palabra para exponer la importancia de la reunión, cuyo motivo principal era el que ya conocían y exhortó a todos para que serenamente designaran a aquellos compañeros que más convinieran a los intereses de la Comunidad.

El punto de discordia era que unos querían que la elección se hiciera por planillas, mientras que el Partido de don Rufino quería que se hiciera individualmente y discutiendo la personalidad de cada candidato.

Se discutió por un buen rato acerca de esto, hasta que intervino el Delegado para apoyar el punto de vista de don Rufino.

Entre los gritos de unos que querían que la elección se hiciera por planillas y de los otros que se oponían a ello, se empezaban a exaltar los ánimos y más se caldearon cuando surgió un nuevo punto de disputa: Pidió, Pedro Luna, el Presidente en funciones, la palabra para decir que aceptaba, por no prolongar inútilmente la sesión y para que vieran que lo que ellos querían era allanar dificultades, el punto de vista de sus contrarios en ese sentido; pero ya que él concedía eso a los otros, pedía ahora, para ahorrar tiempo y para hacer más fácil el recuento, que la votación se hiciera por delegaciones y no individual.

Esa era la maniobra de ellos: no perdían nada en conceder lo primero y en cambio lo ganaban todo si lograban lo último, porque controlaban casi todas las jefaturas de delegaciones y en cambio no tenían de su parte sino una minoría de ejidatarios.

Se levantó don Rufino para hablar.

—Orden, señores. —dijo— yo les pido orden a unos y a otros, porque es lo primero que se necesita para poder arreglar las cosas; a gritos y sombrerazos no hacemos nada; yo propongo, para principiar, que al primero que haga desorden so le corra de la asamblea… En cuanto a la forma de votación, me extraña que salga ora don Pedro con dificultades, porque ya habíamos quedado en que juera general y no nomás porque así nos guste, sino porque así lo ordena el Reglamento.

Se levantó rápido Luna y contestó iracundo:

—Yo no he tenido arreglos con naiden y manque los hubiera tenido, aquí no mando yo, porque aquí manda la asamblea.

Después de otro buen rato más de discutirlo fue rechazada la proposición de Luna, después de haber sido puesta a votación.

En eso estaban cuando se acercó al grupo que presidía, el Tijerillo y le dijo a Macario al oído:

—Ya nos fregaron; dile a Pedro Luna que interrumpa la votación a como dé lugar, porque orita nos ganan; tienen todos los de ajuera; ya pa mañana que se vayan estos hacemos la votación; no sean pendejos… ¿Qué no se dan cuenta que ansina nos dan en la mera torre?

Eu voz baja habló Macario con Luna y éste por toda contestación esbozó una sonrisa maliciosa.

Se pasó en seguida a dilucidar lo que iba a ser el punto álgido: la elección del presidente del nuevo comisariado.

Se propusieron sólo dos candidatos: don Rufino, por una parte y Ciro Rico por la otra y se pasó en seguida a discutirlos. Ahí fue Troya. Todos los que se levantaron a hablar, no hicieron otra cosa que atacar al contrario: a don Rufino lo llamaron cristero, advenedizo y aprovechado: a Ciro y a los suyos, bandidos, explotadores, vendidos con los hacendados y se caldearon tanto los ánimos que las pistolas estaban a punto de salir a relucir, entre la gritería de los dos bandos en

que se habían dividido los asistentes y ha pesar de los esfuerzos que hacía el Delegado para imponer el orden, ayudado por don Rufino y algunos otros más, que trataban de calmar los ánimos.

Al ver la imposibilidad de lograrlo, el Delegado suspendió la sesión.

Era lo que los otros deseaban, por el momento se habían anotado el primer punto y llevaban ventaja y así lo comprendió don Rufino. Por eso al salir llamó aparte a los jefes de los grupos que lo apoyaban y les dijo:

—Miren, muchachos. Esta maniobra para provocar desorden y obligar a suspender la sesión, no fue una casualidad, sino de hecho pensado; ellos creen que todos ustedes, los que vienen de ajuera, están perdiendo el tiempo y tendrán que irse, y ansí ellos mañana, a la hora de la elección, podrán salirse con la suya. Ustedes lo saben, pero convendría que se aguantaran pa mañana que se les pidan cuentas del "cinco por ciento" que recogieron este año y del que estoy informado les faltan como cinco mil pesos, de manera que no hay que aflojarles el grito y aquí los espero mañana.

Juan, durante todo el tiempo que había durado la sesión, había estado observando las maniobras de los antagonistas y dándose cuenta de las malas intenciones de ese grupo, que mangoneaba y no quería aflojar las riendas de la Comunidad. Sabía también en qué forma se estaban aprovechando esos sinvergüenzas de las parcelas, de los agostaderos y del cinco por ciento y su natural honrado lo impelía a desear, como otros muchos, un cambio en la directiva del Comité. Lo deseaba con todas sus fuerzas, sólo que no se metía abiertamente en el lío, en primer lugar, porque no se consideraba lo suficientemente listo para averiguar con los otros que eran todos "unas truchas" y también, porque teniendo poco de ejidatario comparado con los que se disputaban la directiva y los que más abiertamente los apoyaban,

temía fueran a tacharlo de advenedizo y avorazado y sobre todo, por no comprometer y molestar a su padrino, exponiéndolo a los ataques de los otros por él, ya que había sido quien le había conseguido la parcela.

Juan sólo quería que lo dejaran trabajar en paz y si asistía a las sesiones, era tan sólo por no dejar solo a su padrino, darle más fuerza y cuidarle, sobre todo ahora que las cosas se estaban poniendo bien feas.

Por eso, sólo había estado a la expectativa, a pesar de que muchas veces le dieron ganas de meterse en las discusiones, pararse y decirles su precio a aquellos ventajosos.

Para otro día las cosas estaban en el mismo punto, a diferencia tan sólo de que el partido de don Rufino había perdido fuerza, porque muchos de los que lo apoyaban, que eran de fuera, habían tenido que retirarse a sus ejidos obligados por la necesidad.

Por ello ese día y luego de contada la votación, se encontró que por una casualidad, los votos estaban empatados.

Fue otra hora más de discusiones sin llegar a ponerse de acuerdo hasta que el Delegado propuso se pasara a elegir Secretario, Tesorero y Vocales, mientras se encontraba una fórmula de avenimiento que satisfaciera a todos en la elección de Presidente.

Eso no arregla nada, —dijo el "Grillo" Gómez— porque al rato volveremos al mismo problema; aquí de lo que se trata y que es lo que importa, es de elegir presidente y eso es lo que tenemos que hacer, que lo demás como quera lo arreglamos.

Señores, —volvió a decir el Delegado— creo que va a ser imposible ponernos de acuerdo si unos y otros insisten en sacar a la fuerza sus candidatos y como no podemos terminar esta sesión sin elegir Presidente, yo les propongo que para acabar de una vez por todas, se designe un tercer candidato que no tenga compromisos con ninguno de los grupos antagonistas y así nadie queda disgustado; que sea éste un elemento nuevo, que no se haya metido en la política de la Comunidad

para nada y que sepan ustedes que no es de uno ni del otro lado; pongo por caso, a este joven que está aquí y que se llama... —y señalaba a Juan.

—Juan Salcedo, un servidor.

—Y digo a este muchacho como pude decir a otro, lo que yo quiero y es lo que a ustedes les conviene, es que sea un elemento nuevo que no plantee ningún problema.

—No me disgusta el tal Cercas, —dijo Juan Rico al oído de Luna y Ciro Rico que se acercaban a ver qué les iba a decir éste— es el menos malo que nos puede tocar, porque es un "buena gente" y como quera lo hacemos bolas y si se nos pone relajo le damos una espantada pa que renuncie; voy a apoyarlo —y se levantó del asiento para hablar.

—Pa que vean que nosotros los del Comité saliente no queremos criarle problemas a la Comunidá ni tenemos ambiciones personales, hago mías las palabras del señor ingeniero Anzorera y propongo para Presidente a Juan Cercas...

—Juan Salcedo —interrumpió éste.

—Bueno, pos Juan Salcedo; nomás que aquí todos te conocemos del otro modo; bueno, como decía, nosotros lo apoyamos aunque bien sabemos que es sobrino de don Rufino, o ahijado, que pal caso da lo mesmo.

—Nosotros, —dijo éste levantándose— también estamos de acuerdo con eso.

Juan estaba estupefacto; ni remotamente se había supuesto que a él lo fueran a designar Presidente. Pero reaccionó rápidamente y haciéndose cargo de la situación, pidió la palabra para suplicar se le permitiera no aceptar.

De nada sirvió que se obstinara en rechazar el cargo que por votación la asamblea le había conferido, alegando no sólo su inexperiencia y poca preparación para ese puesto, sino también el hecho de casi no saber escribir y el poco tiempo que llevaba en la Comunidad, de la

que debería ser el jefe, les decía él, un hombre que por su preparación y por el conocimiento de los problemas de la misma, pudiera servir efectivamente, es decir, que fuera un veterano de la lucha agraria.

Fue inútil. Los dos grupos lo creían conveniente para sus intereses y no cejaron; por lo que ante la insistencia del Delegado, don Rufino y los jefes del otro grupo, tuvo al fin que aceptar.

La primera dificultad estaba zanjada, pero todavía quedaban pendientes la designación de Secretario y Tesorero, que iban a provocar dificultades y sobre todo éste último. Para el primer puesto y no sin antes tener su discusión, fue nombrado, o para mejor decir, elegido, Gabino Ruiz, del Ejido de Coina y perteneciente al grupo de Pedro Luna.

Se procedió en seguida a la elección de Tesorero, importante puesto éste, porque era el que manejaba directamente los fondos de la Comunidad.

Por una parte propusieron a Daniel Flores y del grupo de don Rufino a Antonio Villaseñor, más bien conocido con el apodo de "Chato Burrero".

Cuando éstos propusieron al chato, se levantó una tempestad de protestas.

Ciro Rico hizo la impugnación:

—Hemos aceptado casi todo lo que ustedes han propuesto para evitar dificultades; estuvimos de acuerdo en que la elección juera por votos individuales en vez de delegaciones, contra nuestros intereses; aceptamos a Juan Salcedo de Presidente porque ustedes querían que se cambiara el actual Comité; todo eso está bien; pero a este individuo no queremos almitirlo y no lo almitiremos nunca. ¡No queremos cristeros en la Mesa Directiva! ¡Nomás eso nos faltaba! ¡Y que se conforme con que se le dieron tierras!

—¡¡Sí!! ¡No queremos cristeros en el Comité! —Reforzaron muchos.

—Yo no soy cristero ni lo he sido nunca, —respondió el interfecto iracundo— y el "jijo de la mecha" que lo diga me lo tiene que probar.

—¡Pos yo te lo pruebo! —Dijo el Tijerillo adelantándose— Yo te vide cuando entró el Cura Vega al pueblo y tú venías con él.

—Sí, venía porque me jalaron mis burros pa trair unos heridos, y no porque anduviera con ellos. Y ustedes no me queren de Tesorero, no porque sea cristero, ya que ustedes mismos saben que nunca lo juí, sino porque no soy partidario de que unos cuantos mangonién la Comunidá y su dinero como si jueran bienes mostrencos y ya saben que conmigo no podrán hacer eso, ni tampoco recebir dinero de los hacendados pa que ya no los sigan afectando, como ustedes lo reciben y que son unos señores que ya no trabajan y que hasta ponen piones, como los ricos, pa que les siembren sus tierras… Eso es lo que les cuadra a ustedes y por eso no me queren, porque me alzan corvas y tienen miedo que les saque sus trapitos al sol.

—Mire Chato; eso que usté dice no me lo sostiene, —ripostó el Tijerillo—, nosotros no semos bandidos ni nos han comprado los ricos como usté dice; y uno como usté, que tiene tres días de ejidatario, que ora que la mesa está servida viene a "atrancarse", no nos va a venir a gritar ni a espantarnos a nosotros que nos tiznamos pa que ora ustedes vengan a gozar.

—Ya lo que dije dicho está y se lo sostengo en cualquier terreno, y al que no le parezca que nomás se parta paca conmigo solo, como los hombres —y al decir esto echaba mano a la pistola que debajo de las faldas de la camisa asomaba las cachas blancas.

Fue un instante de desorden y terror en que asomó casi la tragedia; unos se hicieron a un lado temerosos, otros corrieron de plano a refugiarse fuera del salón; pero algunos, más decididos o interesados, echando mano a los "cuetes" y acercándose a los contendientes, formaron dos grupos que sólo esperaba una señal para agredirse. Pedro

Luna, Juan Rico, Ciro, Daniel, Macario y otros rodearon al Tijerillo que también empuñaba la suya, enfrentándose al Chato y los suyos, que armados también, estaban como a tres metros de ellos.

Ante la inminencia de la tragedia, Juan, su padrino, el Delegado y otros más serenos, rápidamente se interpusieron entre los dos grupos, comprendiendo que un solo disparo habría encendido; la mecha del polvorín, y se habría producido un desastre irreparable. Sólo con muchos trabajos lograron apaciguar los ánimos y hacer que enfundaran las pistolas.

En previsión de mayores dificultades y a propuesta del Delegado, se nombró también para ese puesto a otro candidato de mediación que resultó ser León Ávalos, del Ejido del Rincón. En seguida y de prisa, como si todos tuvieran ansiedad por terminar, se nombraron varios vocales, uno por cada grupo, y de prisa también se tomó la protesta de la nueva Mesa Directiva, dando fin a la tormentosa Junta de la que salieron todos con los nervios en tensión.

Era a punto de medianoche; salió Juan sudoroso y preocupado en compañía de su padrino, quien ya de vuelta para su casa, le dijo:

—Por una parte me alegro de que te hayan dado ese cargo y tu honradez es una garantía de que cuando menos te esforzarás por desempeñarlo y yo me siento orgulloso por esto, porque quere decir que te has ganado la estimación y la confianza de los camaradas que ya no te ven como un extraño; pero por otra parte me priocupa, porque vas a andar en munchos líos; vas a tener que manejarte con mucho cuidado; los otros no son de esos que se dejan comer el mandado así nomás y no van a querer soltar las tierras que sin razón ni derecho están aprovechando; hay varios de ellos que tienen más de diez yuntas y además han hecho malos manejos con los fondos de la Comunidá y van a querer de seguro conseguirte, hacerte de los de ellos pa seguir abusando. De las cuentas que tienen que rendir y las que de seguro van

a salirles mochas, te recomiendo mejor que no les hagas cargos y que hay quede la cosa; al fin que ya no se remedia nada; y con impedirles que sigan perjudicando ya está bueno. Por otra parte no debes de desconocer que son enemigos peligrosos. Sé, porque te conozco, que no te dejarás de esos sinvergüenzas, pero creo necesario recomendarte prudencia; y en cuanto a mí, ya sabes que para todo lo que te pueda servir estoy a tus órdenes; no me queda más que decirte, que la Comunidá en tus manos queda mejor que en las mías, porque tú estás más joven y tienes más esfuerzo que yo. Si yo había aceptado luchar por ser Presidente, jué sólo por no permitir que ellos siguieran abusando.

—Gracias, padrino, —respondió Juan cuando aquél terminó— sé muy bien el compromiso que me he echado encima y si al principio no quería aceitar, jué más que todo, porque sabía que naiden mejor que usté era el indicado pa dirigir la cosa; pero ora ya no me queda más remedio que "echar el cuero al agua" y tratar de arreglar de la mejor manera las cosas de la comunidá que andan todas "patas pa arriba"; ya verá usté cómo estos amigos ora sí se van a ir derechitos.

Se despidieron en la puerta de la casa del Padrino, hasta donde lo fue a llevar Juan y de ahí se regresó él, meditando en los acontecimientos tan imprevistos que habían sucedido. Si se lo hubieran dicho antes no lo habría creído. ¡Él, "Juan Cercas", Presidente del Comisariado! ¡Nunca pensó en eso! Pondría ahora todos sus esfuerzos y valores, para demostrar a aquéllos que en él habían depositado su confianza, que cuando menos, era digno de ella.

XI. La Chala

La ceremonia de la entrega fue sencilla: otro día por la mañana, en el mismo salón de las sesiones, se le entregó a la nueva Mesa Directiva el archivo de la Comunidad y se firmó el acta de entrega en presencia del Delegado, que con este acto terminaba su intervención y que se iba contento por haber solucionado al fin pacíficamente tan embrollado lío.

Cuando hubieron revisado los papeles y encontrado todas las irregularidades que había, Juan les dijo a sus compañeros del Comité:

—Yo les propongo que no echemos de cabeza a estos amigos y mejor le echamos tierra al asunto pa dejar terminado esto.

Todos lo aprobaron.

Cuando salían, se encontraron a los del Comité saliente que los estaban esperando.

—¡Ora muchachos de mi tiempo! —les dijo Pedro Luna— vamos, como es la costumbre, a echarnos una cerveza a salú del nuevo comisariado; yo convido.

—Pos eso mesmo iba a decirles yo, y creo —siguió diciendo Juan— que a mí es al que me toca invitar.

Fueron todos a la cantina de don Nacho Órnelas. Ahí, alrededor de varias mesas, se acomodaron.

—Traigan unas cervezas, pero bien heladas y al que quera tequila que se lo sirvan —ordenó Juan.

Varias rondas se tomaron y empezaban a excitarse con las frecuentes libaciones, cuando Juan creyó prudente retirarse, alegando mucho trabajo y pidió la cuenta.

—¡Qué cuenta ni qué nada! Si ya todo está pagado... ¡No faltaba más! Esto nos toca pagarlo al Comité Saliente, —dijo Ciro Rico— y no nomás esto, toda la parranda. Y usté Juan, no se nos va; nomás eso faltaba, que la mejor mula del atajo se nos echara, dispensando la aparencia.

Ante la insistencia de todos, tuvo Juan que acceder a quedarse muy a su pesar.

—Mira Chacho, —dijo el Tijerillo a un mocetón que atento estaba a lo que se les ofreciera, de esos individuos que en los pueblos sólo se encuentran y que son útiles para todo— anda búscame a Quirino y le dices que se venga con la orquesta; pero no te tardes, y le dices quén lo llama pa que sepa que no le tira a móndriga; —y volteando con Juan— no, hombre, amigo, no se vaya, si apenas se va a poner bueno esto; a poco se nos va a cuartiar nuestro Presidente. A ver, Jesús, —dijo luego al cantinero— trainos un cartón de cerveza de una vez, pa que no estés echando tanta vuelta.

Siguieron tomando entre risas y bromas y a poco llegó el sexteto que empezó luego a templar sus instrumentos y cuando éstos estuvieron listos:

—A sus órdenes, —dijo Quirino que era el director— ustedes dirán con cuál empezamos.

—Pos que pida la primera nuestro Presidente que a él le toca —dijo otro de la reunión.

—Ya lo creo, —reforzó Juan Rico— pida nomás amigo don Juan, que es pa usté la música.

—Pos que toquen cualquera, que yo no estoy muy al tanto de las piezas que estén de moda, nomás que sea bonita.

—Ay le va pues ésta a ver si les gusta.

Los acentos alegres, vivaces, de "Jesusita en Chihuahua" llenaron con sus notas el salón. Como viejo en el oficio, sabía Quirino que las primeras piezas debían ser alegres para entusiasmar a los paganos.

Con la música, más se templaron los bebedores que pronto dieron cuenta de ese cartón y de otros más que se pidieron. A algunos ya se les notaba a las claras el efecto del alcohol; hablaban en voz alta y de vez en cuando interrumpían con gritos largos y destemplados la música, cuando las piezas y canciones que ésta tocaba eran de su mero gusto.

—A ver, maistro, —dijo Juan que ya también estaba entonado— écheme "Hace un año".

No tardó la pieza en venir, era una canción triste, pasional, enamorada, que se quejaba de un amor perdido.

Un par de voces, del violín y el trompeta, perfectamente cotejadas en primera y segunda, acompañaban a los instrumentos, los cuales, cuando aquellos cantaban, bajaban de tono.

Hace un año que yo tuve una ilusión;
Hace un año que se cumple en este día.
Que se jué la que en sus brazos me dormía,
Y yo, inocente y muy confiado
Le entregué mi corazón.

El recuerdo de tu amor quero olvidar,
Mi cariño lo pagaste con traiciones,
Me dejaste sólo crueles decepciones;
Pero anda ingrata, como pagas,
Otro así te pagará...

—Con el permiso de ustedes, voy con mi hacha; —dijo el Tijerillo que ya estaba bien borracho— voy a ver si truena esta prietita, —y desenfundó una enorme pistola pavonada haciendo ademán de disparar al aire; pero Juan que estaba a su lado lo contuvo.

—Mire amigo: eso se deja pa cuando se necesite; no hay fuerza que hagamos tanto borlote —y sujetaba el brazo del borracho que insistía en su intento.

—Bueno, y si yo quero tronar mi cuete, ¿quén me lo impide?

—No es que se lo impida, amigo; es que pa amar a Dios no se necesita dar de gritos; yo lo que no quero es hacer escándalo y que venga la polecía a llamarnos la atención. Y no es por miedo, —siguió diciendo, adivinando lo que el otro le iba a contestar— pero ya está bueno de

dejar esa fama que tenemos nosotros los agraristas, de escandalosos y borloteros.

Viendo que los demás apoyaban en su dicho a Juan, el escandaloso enfundó su pistola más a fuerza que de buen grado, no sin decir:

—Está bien, yo perdí; pero no le jallo qué tenga de malo echar unos cuantos tiritos al aire.

Los músicos, que cuando vieron al Tijerillo sacar la pistola habían dejado de tocar y prudentemente se habían retirado a un lado, al ver que aquél se había dejado de la idea, reanudaron la canción:

Como el tiempo es justiciero y vengador,
A pesar de tu hermosura placentera,
Ora tienes munchos hombres que te queran,
Pero ay mañana no habrá naiden
Que se acuerde de tu amor...

Repitiendo el último verso los músicos terminaron la canción.

A Juan, la música y el vino le habían inundado el alma de nostalgia, preñándosela de tristes recuerdos.

No hace un año, pensaba él, hacía cinco que su Nico lo había dejado solo y todavía su recuerdo le punzaba en carne viva, y ahora con las copas se le estaba refinando el sentimiento.

—A ver, ese vale Juan, —dijo Ciro— éntrele pa que se le quite, la tristeza, no faltaba más. Hay que tomar del alegre. Y que se echen mejor una pieza alegre pa que nos levante el ánimo a todos, que parece que estamos en un velorio. A ver, Querino, reviéntate "Las Perlitas".

Con las notas alegres de esa música volvió el entusiasmo al grupo y se esfumaron los pensamientos tristes a todos, menos al que no podía apartarse de la mente el pensamiento de la Nico y para no sentir, tenía ahora ganas de ahogarse con el vino.

¡Qué miserable era la vida! Seguía pensando Juan; ahora que era algo, que había logrado salir de la miseria, ya no estaba su mujer con él; a la pobre le había tocado sólo sufrir y penar a su lado.

Lo sacó de su abstracción la voz ladina del Tijerillo.

—Bueno amigos; pos pa tomar en seco ya está bueno; ora vamos con las "cariñosas"; dicen que "Chuquis" trajo una remesa de nuevas...

—Será de nuevas enfermedades, porque ese nunca trai algo que sirva.

—Pos vamos pal "Bule" y ansí nos desengañamos, al fin que por ver no se paga —dijo Pedro Luna.

Salieron todos de la cantina ya bien puestos, abrazados en dos filas y seguidos por los músicos a los que casi no daban respiro.

Juan iba en medio de Rico y Daniel, que lo llevaban rodeado con los brazos en la cintura y con todas las atenciones.

De sobra se daba cuenta que esa amistad y toda esa solicitud no eran sinceras y que había otros motivos ocultos que eran los que movían a aquellos individuos a demostrar tanta amistad para él. Su intuición le decía que pronto lo iba a saber.

Entraron al salón de "Chuquis" y con ellos la música, que no había cesado de tocar por la calle.

Era de noche y había buena clientela: muchachos casi imberbes que bailaban con las hembras, contoneando las caderas en un lasivo frotamiento de sexos; muchos hombres cobijados, que en las bancas que a los lados del salón había estaban sentados y recargados contra las paredes, se conformaban con ver, o esperaban una oportunidad para que les soltaran las mujeres de su agrado para bailar.

Algunos borrachos, recargados en el mostrador, ingerían cerveza y tequila y en medio de todos, multiplicándose para estar en todas partes y atender a todo el mundo, el dueño, don Jesús, alias "Chuquis", apodo que se había granjeado no se sabía si por su nombre o porque rengueaba

de una pierna, tipo del perfecto celestino, quien con su pierna chueca y su sonrisa estereotipada a flor de labio, traía al salón en peso, obligando por aquí a algunas mujeres a que aceptaran una copa, por acá obligando a otras a bailar y poniendo todo su esfuerzo para que hubiera rejuego y entusiasmo en todas partes.

Todo el conjunto estaba animado por un aparato tragadieces, destemplado y chillante, al que no daban un solo momento de reposo.

Al ver el dueño a los que llegaban, conocidos todos de él como gastadores y fanfarrones, cruzó como una exhalación desde el fondo del salón por entre las parejas, hasta ellos y los saludó entusiasmado de uno por uno, llamándolos por sus nombres y dándoles palmaditas en la espalda.

—¡Ola, Ciro! ¡Felices ojos! Pasen a su casa. ¡Qué milagro…! ¡Don Juan! ¡Y usted don Pedrito, Daniel, Gabino y mi buen Tijerillo! Pos si viene la plana mayor... Y hasta don Juan Cercas. ¡Ola, don Juanito! Déme por acá un abrazo; ya sé todo; lo felicito por lo de la elección.

A Juan le sorprendió que el viejo lo recibiera en esa forma, pues mal lo conocía.

Todos reían de las zalamerías del viejo alcahuete, quien frotándose las manos de satisfacción al ver la perspectiva de una buena venta, dijo a las muchachas que acababan de bailar en ese momento y se disponían a sentarse:

—A ver, hijas, atiendan a estos señores.

Se acercaron tres de las mesalinas estirando la pechuga y con paso estudiado, parando la enanca para parecer más provocativas, las que pronto fueron acaparadas por tres de los de ellos, que más voraces, las monopolizaron llevándolas hasta el mostrador a tomar cerveza.

Sería por efecto del vino o porque de verdad "Chuquis" había traído mejor "mercancía", el hecho es que las mujeres no le parecían ahora a Juan del todo mal, especialmente una morena que en esos momentos entraba de la parte de adentro de la casa, del brazo de un hombre.

De golpe así, se le metió por los ojos; le gustó la hembra.

Sin hacer caso de lo que le platicaban los amigos, que recargados como él en el mostrador tomaban una copa, seguía inconscientemente todos los movimientos de la mujer, quien notando que era admirada, empezó a bailar con su acompañante, con movimientos lentos, ondulantes, de pantera, que a Juan ponían los nervios de punta.

—¿Le gusta "La Chala", don Juan?—Era Chuquis, que acercándose renguendo observólas miradas voraces que éste le dirigía— Pos no tiene mal gusto, porque es lo mejor que tengo; no es muy bonita, pero mire nomás qué carnes… —y la mirada del viejo tratante de carne humana, conocedor como pocos de la calidad de las hembras, se deleitaba en las curvas de aquélla—. Mire nomás, —insistía— hasta a mí se me hace agua la boca, aquí trai de cuernos a más de cuatro pelaos; cálmese tantito, orita se la traigo.

No necesitaba Juan que le ponderara los encantos de la mujer, porque aparte de que en efecto estaba muy bien, sentía que el vino le hacía hervir la sangre en las venas, despertando sus deseos por tanto tiempo adormecidos y que aquella mujer sensual y provocativa, de curvas rotundas y tentadoras exasperaba aún más, porque dándose cuenta del deseo que inspiraba a Juan, al pasar cerca de él en los giros del baile, enarcaba más la cadera poderosa, que con la escasa ropa que llevaba parecía casi desnuda, marcando fielmente el surco que la dividía en dos mitades perfectas y simétricas.

En una de las vueltas, al pasar cerca de él, lo envolvió con una mirada lasciva, ardiente, de sus ojos oblicuos, rasgados, dejando al mismo tiempo esbozar una sonrisa de promesa.

Parecía tener aquella mujer menos de veinte años, aunque era difícil apreciar su edad, tanto por los afeites que le desfiguraban el rostro, como por la poca luz que producían los focos azules que mal iluminaban la estancia, dándole efectos imaginarios a los seres y a

las cosas. Veinte años parecía tener a lo sumo y más que por su cara, por la firmeza y los rasgos pujantes de sus formas. De ojos oblicuos, asiáticos, que justificaban su apodo, pómulos algo salientes, boca gruesa, carnosa, de pelo negrísimo partido por mitad y recogido hacia atrás, en el que al quebrarse los rayos de luz le daban tonos azulados como el plumaje de los cuervos; de estatura mediana, pero esbelta y de curvas rotundas; llevaba "La Chala" una falda que apenas le llegaba a las rodillas, dejando al descubierto, firmes y bien contorneadas, las piernas desnudas, que en el esfuerzo del baile diseñaban bajo la piel fina y morena los músculos elásticos y juveniles. Era de esas hembras lujuriosas que gritan al sexo y que tenía, o al menos así le parecía a Juan, algo que la hacía desentonar de aquel ambiente procaz y corriente que encuadraba su belleza retadora y agresiva; algo que a pesar que desde lejos se adivinaba en ella a una perdida, la hacía aparecer, no como una perdida cualquiera, sino como la estatua misma de la carne y del pecado.

—¿Qué te parece "La Chala"? —le dijo Daniel dándole una palmada en la espalda—; tiene las cinco reglas del ranchero: tiene pierna, pospierna, pecho pera, enanca parada y panza nada —y reía de la ocurrencia.

No supo Juan de qué artes se valió el "Huéspere" —como también le decían al dueño—, para separar a la Chala del hombre que la traía, pero a los pocos momentos regresó con ella y empujándola, más que acercándola a él, le dijo:

—Aquí la tiene, don Juan; y cuidado con ella, que tiene fama de enamoradora de hombres. Este señor, —le dijo a ella— es el Presidente de la Comunidad, trátamelo bien —y le guiñó picarescamente un ojo.

La invitó Juan a tomar una copa y ella aceptó con agrado:

—¿No quiere que pasemos al corredor? —dijo ella— con unasonrisa que puso al descubierto sus dientes gruesos, blanquísimos y aguzados de felino.

—Como usté quera —sin saber por qué, Juan le hablaba de usted, con cierto respeto.

Se acomodaron en una de las mesas que en el corredor había, casi solos, porque todo mundo estaba en el salón de baile; y así, el uno frente al otro, sin cambiar palabra, siguieron libando cerveza tras cerveza. La mesa era pequeña y sus rodillas se tocaban por debajo de ella, y Juan sentía el calor que de la carne joven y maciza emanaba; eso lo turbaba y le tenía encendidas las mejillas; al fin ella rompió el silencio:

—¿Por qué no te acercas, prieto? Parece que ya viéndome de cerca no te gusto. Si es así y quieres que me vaya... —e hizo ademán de levantarse.

Con una mano que ardía, Juan la detuvo de un brazo.

—No, no te vayas; —dijo rápido— si me gustas muncho; lo que pasa es que yo casi no sé hablar, sabes..., poco frecuento estos lugares... —la confesión lo hizo enrojecer—, y la verdá que no hallo qué decirte...

Ella sonrió y al ver la sinceridad en sus ojos, respondió complacida:

—Bueno, pues en este caso sigamos tomando que no hay necesidad de hablar; a ver si el vino te desata la lengua, prieto —insistió sonriendo.

Tomaron más cervezas, Juan no supo cuántas: después, más atrevido, acercó su silla, pasó su brazo por sobre los hombros de ella y con su mano torpe empezó a acariciar uno de sus hombros que la blusa sin manga dejaba al descubierto.

Al fin, cansados ya de tomar y apremiados por el deseo que mordía en sus entrañas, surgió la invitación que era lo que él sólo esperaba.

Aquella noche Juan se hartó de amor; pero de un amor distinto al que hasta entonces había conocido; el de esa noche, más que amor, fue un placer brutal, desbocado, insaciable...

No era mentira lo que decían de aquella mujer: era hembra de las que no se podía gustar sin quedar preso por el hechizo de su carne morena y lujuriosa…

XII. El asuntito

Por la mañana, cuando volvió a su casa, confuso, laxo, con el sabor agridulce del último beso todavía en la boca, viendo el sol amarillo y opaco y avergonzado un tanto consigo mismo, se encontró a su hermana esperándolo, angustiada.

—¿Qué te pasó, Juan? Ya estábamos con mucho pendiente, como nunca faltas a la casa...

—Jué por un trabajo del Comité, Nacha; ¿sabes? tuvimos que ir a hacer una inspección al Capulín y nos quedamos allá, porque no hallamos al jefe del Comisariado al que íbamos a buscar. Tampoco tuve tiempo de avisarte porque la salida jué de improviso.

No muy convencida, la Nacha guardó silencio; pero siguió viendo con mirada incrédula la cara de desvelado que traía.

Almorzó muy mal, de carrera, sin apetito; menos mal que los niños estaban en la escuela y no había tenido que afrontar su inocente mirada.

Ensilló su caballo y salió para "El Rincón"; antes de salir del pueblo se encontró al Tijerillo.

—¿Qué hay, Juan? —le dijo éste en tono burlesco— anoche se jué grande; se le nota a la legua... Precisamente iba a buscarlo; dicen los "cuates" aquellos que si no se la cura; ay lo están esperando en la cantina de don Nacho; —y en voz más baja— queren hablar con usté de un "asuntito".

—Pos diles de mi parte que munchas gracias, que voy pal Rincón a un asunto de urgencia; que cuando vuelva, pa mediodía, estoy a sus órdenes.

Era mentira; ningún negocio lo llevaba allá; sólo quería salir del pueblo, huir de todo, al no poder huir de sí mismo.

Pasó por El Rincón, siguió adelante hasta la "Caja del Agua" y se dio un baño en el agua helada, límpida, del venero que brotaba en la verde barranquilla, como queriendo con ello limpiar su cuerpo ya que no su alma, de la crápula que sentía adherida y dentro de sí mismo. Luego se recostó en el zacate fresco y mullido y se durmió buen rato.

A mediodía emprendió el camino de regreso, ya calmados un poco los nervios.

Cuando llegó a su casa la hermana le dio la noticia: habían venido a buscarlo dos veces de parte de Pedro Luna que lo estaba esperando en el salón de don Nacho.

Casi adivinaba Juan cuál era el negocio que les urgía tanto tratarle y pensó que entre más pronto mejor; por eso apenas dejó el caballo y se fue al lugar de la cita.

Ahí estaban todos los que él esperaba que estuvieran: Los Jefes del Comisariado saliente y su pandilla.

Le hicieron un caluroso recibimiento, instándole a que tomara vino, pero él, que comprendía debía estar sereno para lo que viniera, aparte que tenía hecho el propósito de ya no tomar, arrepentido como estaba todavía de la parranda de un día anterior, sólo los acompañó con una limonada.

Le invitaron en seguida a pasar a uno de los cuartos del hotel adjunto y ya instalados en él, sentados unos en las sillas, otros en las camas, tomó la palabra Pedro:

—Bueno, Juan; pa qué andamos con rodeos; se trata de las parcelas, tu ya sabes que todos nosotros tenemos varias; como tú comprenderás, son munchas las molestias y los líos en que anda uno y no íbamos a trabajar de balde. Tú mesmo ya te darás cuenta de eso, de lo muncho que trabaja uno sin sueldo y claro que tiene uno que buscar la forma de pagarse su trabajo; y como tierras hay de sobra, le rentamos también unas yuntas, unas veinte nomás, a Juan Becerra el de Los Ríos y otras a Gómez el de San Antonio; además rentamos unos agostaderos a Espinosa el de "El Palo Dulce" y otras tierritas más a don Adolfo Ramírez. Queremos proponerte que no nos hagas quedar mal y que las cosas sigan como están; tú, como jefe, puedes hacerlo sin comprometerte, nomás dices que respetas los compromisos del

anterior Comité y ya lo sabes, ay bajita la mano te damos tu parte. ¿Qué te parece si te damos la mitá? Por algo pelió uno y por algo arresgó el pellejo; tú nomás jala con nosotros y no te pasará; tú estás muy novato en estas cosas y no sabes cómo se hacen; déjanos a nosotros arreglarlas, tú nomás firmas y recibes la "lana" sin molestarte. —Y luego con un tono en el que había algo de amenaza: —Nosotros te queremos más de amigo que de enemigo.

Todos esperaban ansiosos la respuesta.

Comprendió Juan que no le convenía darles una negativa rotunda, por eso, haciendo como que lo pensaba, les contestó al fin:

—Miren, pos yo eso ya lo sabía y precisamente tenía pensado hablarles de eso; pero ya que se ofreció, les diré que yo quero que eso lo decida todo el Comité en una sesión que tengamos, porque ya ustedes lo saben que yo no soy absoluto.

—Pos absoluto no serás, —terció el Tijerillo— pero si tú nos apoyas, nosotros arreglamos con los demás.

—Yo creo, —sostuvo Juan— que lo mejor será que yo les hable primero y así arreglamos mejor las cosas.

Lo que él quería era ganar tiempo y no comprometerse a nada, pero los demás lo tenían acorralado.

—Mira, Juan: no te salgas por un lado y de una vez dinos si "jalas" o no "jalas"; —dijo Juan Rico— y no tengas miedo pa decirnos; pos si no queres "jalar", pos nomás no y ya; pero nosotros queremos saber de una vez con quén contamos.

—Muy bien, —respondió Juan ya decidido— yo miedo no les tengo y como más vale ponerse una vez colorado y no munchas veces descolorido, les diré de plano que yo no tengo autorización ni ganas de pasar por eso. Hablaré a los compañeros en una sesión, que llame pa eso y ellos serán los que lo decidan.

—Está bien, nomás eso queríamos saber; —dijo Pedro Luna— no, no es necesario levantar tanta polvadera; no hay necesidá de sesión

ni demás porquerías que pa nada sirven. Con nosotros las cosas se arreglan a lo macho. Usté hágale como quera; nomás que munchas veces los acontecimientos hacen cambiar a uno de manera de pensar; quén quite y a usté no le suceda ansí. —Y luego en tono amenazador: —Que te vaya bien, eso era todo y dispense las molestias que le hemos dado y las que le podramos dar todavía…

—Ya me imagino que le vas a pedir el permiso a tu padrino, ¿no? —dijo burlonamente el Tijerillo, y soltó la carcajada.

—Pos estás equivocado, porque ya estoy grandecito pa arreglar mis cosas, y por lo que hago, nomás yo respondo; y tú qué le andas buscando tres pieses al gato, un día te vas a dar cuenta de eso.

—Bueno, bueno, —interrumpió Juan Rico a quien todavía quedaba una esperanza de convencer al mozo— piénsalo bien y te damos tres días pa que nos resuelvas.

—Pensado está, y lo que dije es mi última palabra.

Se despidió Juan haciendo caso omiso de las miradas de pocos amigos que todos le dirigían y ya de vuelta reflexionaba: No, no tenía ni qué pensarlo; había muchos campesinos pobres que necesitaban tierras y él no iba a permitir que algunos, aunque alegaran antigüedad, derechos y privilegios, tuvieran hasta cinco y más parcelas y rentaran tierras, mientras había otros que suspiraban por un pedazo de tierra, trabajando de peones contra su voluntad.

Sabía que en eso se jugaba la vida; pero ya lo había decidido desde que aceptó la responsabilidad de la Presidencia.

Así, que lo que hizo otro día, fue solicitar del Departamento Agrario una revisión y deslinde de parcelas.

* * *

Hacían ya tres días que había sido la parranda y Juan se había prometido a sí mismo no volver a ver a aquella mujer, porque viendo

bien las cosas, no era hombre como para enredarse con mujeres así, que tomaba y dejaba el primero que llegaba como una fruta manoseada; y además le tenía miedo a la hembra; le gustaba demasiado y tenía miedo enamorarse de verdad. Por la noche, sintió más agudo el aguijón del deseo que ya por el día le había incitado a buscar a la Chala, despertado y azuzado ya como un can hambriento por aquella noche de placer; y al recuerdo de las caricias de aquella mujer de fuego, no pudo resistir la tentación; iría, se dijo tratando de engañarse a sí mismo, pero nomás a ver cómo andaban las cosas; no pasaría con ella. Demasiado sabía que no tenía fuerzas para resistir la tentación.

Y como lo temía, así fue; y no sólo esa noche, sino que empezaron a menudear, cada vez más próximas, las visitas al Salón.

En su casa se disculpaba alegando deberes de su nuevo cargo, aunque de sobra sabía que ni su hermana ni nadie se lo creían.

Una noche que embozado entraba al Salón, vio al grupo de Luna, Rico y socios, que inseparables, se traían otra parranda y tomaban en el mostrador; quiso pasar de largo, pero lo alcanzaron a ver.

—Oye, Juan —le gritó el Tijerillo— tú ya ni a los amigos saludas ni conoces; ven y échate un trago a salú de la Chala.

De mala gana se volvió y estuvo sólo unos momentos con ellos, para en seguida pasar al cuarto de Dolores, que así se llamaba la Chala, quien ya lo estaba esperando. Todavía al retirarse alcanzó a oír lo que éstos se quedaron murmurando de él.

—Miren al mosquita muerta, —dijo uno— ya está soltando las arrugas.

—A éste ya me le dio la Chala "agua de los tres tarengos" —dijo otro soltando la carcajada.

—A según el quejido es jiebre —opinó el de más allá.

Al oír las risas de ellos, Juan sintió vergüenza e ira y tuvo el impulso de volver a reclamarles sus burlas y cuchufletas, pero se aguantó; no

le quedaba otra alternativa, porque hasta cierto punto tenían razón; él mismo se daba cuenta que la mujer lo traía como idiotizado; desde aquel primer día que la tuvo en sus brazos, no podía apartarla ni por un momento de su vida. En el día, cuando andaba en su parcela o haciendo los trabajos del Comisariado, no dejaba de pensar en ella; era como una lapa que llevaba pegada al corazón y sólo estaba ansiando que llegara la noche para correr a los brazos de aquella mujer que era ya para él como una angustia, como una enfermedad.

Y lo peor de todo, era que ella también estaba enamorada; ¡Sí! No podía él estar engañando a ese respecto; algunas noches que por sus compromisos no podía ir a verla, la encontraba al día siguiente triste, resentida, celosa y hurgando en su vida, tratando de sacarle si tenía otra mujer.

En cambio, cuando estaba contenta con él, era como una gata mimosa, sensual, cuyo cariño y cuyo perfume se le metía por todos los poros, envolviéndolo en su efluvio voluptuoso y cálido.

Para aquella mujer de lupanar, acostumbrada a tratar con hombres beodos, rudos y groseros, desprovistos de toda delicadeza y espiritualidad, el cariño de Juan, ardiente pero delicado a la vez, fuertemente carnal, pero ayuno de toda bellaquería, era como un baño de agua limpia y cristalina que venía a limpiarla del pecado y el fango en que se revolvía. Sabía que ya era el dueño de esa alma que muchas veces le entregara entre caricia y caricia y también de lo poco bueno que ella conservaba de esa su vida miserable que había arrastrado desde los dieciséis años, de prostíbulo en prostíbulo, descendiendo más y más por la pendiente del vicio, entregándose a cuanto hombre cruzaba por su vida, pero conservando su alma arisca y extraña que a todos había negado hasta ahora.

Juan se sentía por esto más obligado con ella; porque sabía que le estaba entregando no sólo su pasado, sino toda su vida y su cariño.

Y sufría más, porque comprendía, en medio de aquellas caricias ardientes y brutales que alternaban con momentos de dulzura y melancolía y de aquel embrujo en que ambos se sentían envueltos, que él no podía acallar la rebeldía de su machismo que protestaba, ni podría tener el coraje de llevar a ocupar a aquella mujer de placer, el lugar que había sido de aquella otra, toda dulzura y bondad.

Por él, no le importaría tal vez que ella fuera una perdida; sentía quererla igual que si hubiera sido una mujer honrada, o tal vez más; y si por él hubiera sido, se sentía con fuerzas para llevarla a algún lugar donde nadie los conociera y vivir feliz con ella, amándola con un cariño santo que borrara su pasado. Eran sus hijos, a los que siempre quería tener apartados de todo mal y de toda mancha, quienes se lo impedían, porque sabía que nunca podría darles una madre así, ni menos podía abandonarlos. Y por ello vivía atormentado, sufriendo las desgarraduras de aquel amor violento que casi lo hacía enloquecer, luchando entre el deber que lo retenía al lado de sus hijos y el placer que lo arrastraba al lado de la hembra, que, aunque le doliera confesárselo a sí mismo, era toda su vida. Y a pesar de que todos los días se prometía y se juraba no volver más a ella, por las noches, no sabía por qué maldito sortilegio, corría a sus brazos más amoroso y más rendido que nunca.

Estaba enflaqueciendo, se sentía mal; y como si todo eso fuera poco, tenía encima las preocupaciones por los "vividores" aquellos que estaban como "hormigas pisadas" ante la inminencia de la llegada del ingeniero que mandaba el Departamento Agrario a solicitud que él había elevado, para efectuar el deslinde de las parcelas. Los individuos esos lo consideraban ya ahora como un enemigo y no desaprovechaban oportunidad para provocarlo abiertamente.

Todas esas preocupaciones no lo dejaban dormir y las pocas noches en que no iba a ver a Dolores, se las pasaba en su cama con los ojos tiesos de no poder dormir. Amanecía con la boca amarga, los ojos arenosos,

cansados por el insomnio y con la cabeza que le daba vueltas y el ánimo torturado por los celos y la desesperación…

XIII. Hombres de deber y hombres de placer

Eso ya lo esperaba y por lo tanto no le causó sorpresa. Esa tarde llegó su padrino hasta su parcela, donde andaba Juan quitando de la orilla un pajonal que se estaba formando; llegó el viejo como por casualidad, como si nada especial lo llevara hasta ahí; lo saludó y después de charlar de los trabajos del campo y otras cosas sin importancia, tocó el punto por el cual fue a ver a Juan.

—Tal vez —le dijo—, me meta en cosas que no me importan; pero lo hago porque además del aprecio que te tengo siento una responsabilidad de padrino, es más casi de padre.

Le dijo que estaba al tanto de todo, como lo estaba todo el pueblo; él no iba a juzgar mal a aquella mujer, porque tal vez sería como tantas que el mundo empuja cuesta abajo a pesar de ser buenas; pero él bien sabía que de ningún modo ella era una mujer para él, y Juan no lo ignoraba. ¡Era demasiado hombre para eso! Ahora que si fuera sólo un pasatiempo, un disloque pasajero, un desfogue que buscara sólo por un momento para su cuerpo, tampoco le diría nada, porque ¡qué caray! al cuerpo no hay que darle nomás puro trabajo; todos tenemos derecho a un rato de gusto y más él que estaba joven y lleno de vida y, ¡claro! tenía derecho a buscar un rato de placer. Tampoco creía que eso que ahora Juan hacía, lo hiciera por vicio, porque demasiado lo conocía y sabía bien que no era su costumbre visitar esos lugares. Y ahora que no se necesitaba ser muy sabio para darse cuenta de que estaba enamorado de esa mujer; no le decía él eso porque tuviera que tacharle nada respecto a sus deberes como jefe de la Comunidad, ni tampoco porque se hubiera desatendido de su parcela o desobligado de su casa, donde sabía no les faltaba nada de lo esencial. Pero eso no era suficiente; para cumplir con los hijos, en su decir ya en tono más enérgico y no era nomás darle dinero y atenderles sus necesidades, sino también darles cariño y un ejemplo del que ellos no tuvieran nunca por qué avergonzarse. Y que sabía que hasta ahora nada de eso les había hecho falta, pero el camino

que llevaba, tal vez no lo quisieras, no podría seguir siendo para ellos lo que hasta ora había sido.

—Hay dos clases de hombres en la vida, Juan: los del placer y los del deber; tú estás ahora en un punto en que puedes elegir ser de unos o de otros.

Y para terminar le dijo:

—Espero que sigas el camino del deber, en memoria de ese padre tuyo que siempre fue un hombre a carta cabal y de esa mujer buena y santa que jué la Nico y que te dejó como un sagrado depósito, esas dos criaturas que tienes que atender y que educar.

Nada le había dicho su padrino que él no esperara le dijera; y por desgracia, también sabía que todo eso era verdad.

—Está bien, padrino, —respondió Juan serenamente—. Yo le agradezco su interés, porque sé que todo lo hace por mi bien y le prometo que hoy mesmo se acaba todo esto.

Esa noche fue a verla por última vez.

Tomó a la Dolores despacio, como quien saborea por última vez la felicidad a la que voluntariamente se renuncia. Después, ya calmada la carne, le habló con sencillez, dulcemente, tratando de que ella comprendiera esas palabras en que se encerraba tanta desdicha para ambos, como queriendo hacerle comprender, eso que ella por desgracia comprendía demasiado bien.

Cuando acabó de hablar, ella le dijo:

—Está bien Juan, ya todo esto lo había previsto y lo esperaba y no te puedes imaginar lo duro que todo esto resulta para mí... sólo quiero que sepas que desde el día que te conocí no te he faltado, no sé por qué, pero así ha sido. Alguna vez pensé pedirte que me sacaras de aquí y me apartaras de esto que ahora me asquea, pero no lo hice, porque pensé también que eso sería obligarte y yo quería que eso saliera de ti... Siento esto mucho, porque te quiero con toda mi alma, con toda mi vida, como

jamás pensé llegaría a querer, porque tú para mí, has sido diferente a los demás… ni tú ni yo tenemos la culpa de esto, es que habemos gente que no debemos ser felices en la tierra y esto era demasiado hermoso para que durara. Tú debes quedarte con tus hijos, yo me voy mañana mismo, porque no podría seguir viviendo aquí; no sé adonde, pero me voy… Juan, tú te portaste conmigo como un hombre y nada tengo qué reprocharte; y no lo digo por el dinero que me has dado, porque eso entre dos que se quieren no cuenta, sino porque me has dado cariño, respeto y por primera vez en mi vida me has hecho sentirme una mujer…

Otro día, cuando él regresaba del trabajo, alguien le dijo que la Dolores se había ido por la mañana en el camión de Guadalajara.

Le costó trabajo amortiguar siquiera el recuerdo de aquella mujer que se le había entrado por los cinco sentidos y para lograrlo se entregó de lleno al trabajo; no sólo al suyo personal, en el cual perseveraba hasta extenuarse, sino también en los quehaceres del Comité.

Después del deslinde Ejidal en el cual le quedó a cada agrarista lo que la ley mandaba, se gestionaron nuevas ampliaciones y dotaciones; muchos labriegos que estaban deseando una parcela entraron a la Comunidad.

Se organizó la Sociedad de Crédito Ejidal y se consiguieron créditos más amplios para atender a las necesidades de todos los camaradas.

Se activó la tramitación del caso judicial de la Casa del Agrarista en disputa.

Se arreglaron colectivamente algunos bordos y se desazolvaron los pretiles propiedad de los ejidatarios.

Se consiguió agua para la Comunidad, de la Presa de Hierbabuena, que año por año era motivo de disputas entre ejidatarios y pequeños propietarios y finalmente, logró hacerse el pago de contribuciones atrasadas que se adeudaban al Gobierno, que año por año se habían

venido acumulando hasta llegar a ser una importante suma. Se gestionó la condonación de la mitad de dichas contribuciones prometiendo pagar el resto al contado, lo cual se obtuvo después de una entrevista que tuvo el Comisariado en masa con el Gobernador; con esfuerzos y sacrificios, exigiendo a unos, convenciendo a otros, logró reunir los cinco mil pesos con los que quedó saldado el adeudo, que era un lastre tremendo que pesaba sobre los hombros de la Comunidad.

En toda esta actividad febril para solucionar tanto problema, era asesorado inteligentemente por su padrino, que no le escatimó ninguna ayuda.

Al parecer, ahora todos los camaradas ejidatarios, hasta los que al principio eran del bando contrario, estaban contentos y cooperando ya sin cortapisas con él, pues ya se habían convencido, hasta los más desconfiados, no sólo de la capacidad, sino también de la honradez de su Presidente, aunque ninguno de ellos, ni los más optimistas, incluso su padrino, habían esperado de Juan el rendimiento que estaba dando.

Pero no todos estaban contentos, porque el grupo de desplazados, a los que se había quitado el mangoneo y las pingües utilidades que de él resultaba, no perdían la oportunidad de atacarle y una vez, por la disputa de unas tierras que querían seguir usufructuando ilegalmente, habían llegado hasta a amenazarlo de muerte.

Cuando el padrino lo supo, le dijo:

—Mira Juan: está bueno que de aquí en adelante andes con más precauciones y armado y no porque con el arma seas más hombre, ya lo sé que no, pero sí les infundes más respeto a esa bola de malditos que están resentidos contigo y por aquello de que "el hombre prevenido vale por diez". No sé por qué me da en el corazón que algo se train entre manos... y al que más le desconfío es a ese Tijerillo; ese endevido es muy malero y creo que ya debe por ay sus cabezas y lo que es pior, todas a la mala...

—Sí padrino; yo también les tengo recelo. Parece que no perdieron agusto; y pa que no me agarren mano sobre mano el día que se ofrezca, desde hace días cargo mi cuete —y con la mano marcaba el bulto de la pistola que llevaba debajo de la camisa—. Y parece que lo que más les arde, es que mi Coronel le haiga quitado el mando del escuadrón a don Trino, que es uña y carne de ellos y me lo haiga dado a mí; no les entra por ningún lado que yo sea ora su jefe y creo que hasta queren entregar las armas. Pos como le iba diciendo, sí les desconfío y más a ese Tijerillo, pero ya ni modo de sacarle. "Ora ya la tuve, y ora la crío".

—Pos nomás ándate con mucho cuidado y sobre todo no tomes con ellos, ni una copa les aceptes, no vaya a ser que sea "pa ponerte un cuatro".

Por eso otro día que lo invitaron a tomar, él se negó de plano, motivo por el cual el Tijerillo le dirigió una frase gruesa y estuvieron a punto de sacar las pistolas; y habrían peleado a no ser por amigos que terciaron en la disputa.

Pasaron unos días en más o menos relativa calma; pero Juan sabía que eso sólo era un compás de espera y que tarde o temprano tendrían que chocar. Cuándo y dónde, sólo ellos lo sabían, porque estaba seguro que ya tenían su plan determinado. Menos mal que cuando eso sucediera le hablaran y no fueran a dejarlo tirado de una puñalada a la vuelta de una esquina. Él tomaba sus precauciones, pero sabía que eso era casi inútil, porque nadie podía cuidar al que cuidado estaba.

Algunos muchachos de la Defensa, de la que él ahora era jefe, al tanto del lío y plenamente identificados con él, trataban de acompañarlo a todas partes para "darle canilla", como ellos decían, pero se rehusó terminantemente; no quería que nadie se comprometiera por él y más que todo, que los otros fueran a interpretar eso como cobardía.

Los Zarcos y sobre todo Joaquín que estaba agradecido no sólo por la forma en que lo había ayudado a escapar, sino además porque ya

retiradas las fuerzas federales él le había arreglado el lío y lo había hecho volver al pueblo, restituyéndole la parcela que ya los otros le habían quitado, se había ofrecido para "toparles" a sus enemigos en cualquier momento; pero al igual que a los demás, Juan le había prohibido que lo acompañara.

Y así, en esa lucha desventajosa para él, porque no podía arrebatarles a sus enemigos la iniciativa, con esa amenaza de muerte pendiendo sobre su cabeza, metido hasta los pies en esa aventura a la que ya no podía renunciar porque en ello iba de por medio no sólo su hombría, sino también el porvenir de la Comunidad, ya que si al fin lograban arrancarle su dirección de las manos, volvería al desbarajuste en que la encontró cuando la recibió de las de esos vividores, su vida estaba llena de zozobras y asechanzas. Tenía que "aguantar la parada" como él decía y sólo tener serenidad para esperar los acontecimientos.

XIV. Hablan las pistolas

No tuvo que esperar mucho.

El día ese ya sabía Juan que la pandilla andaba borracha, porque desde temprano se lo había dicho uno de los suyos, advirtiéndole que los había oído hablar de él como si tramaran algo, en la cantina.

Temprano también había llegado "El Antecristo", que así llamaban los camaradas al Delegado del Banco de Crédito Ejidal. Era don Federico un hombre cuarentón, trigueño y rechoncho, trabajador y bien intencionado si los hay y que precisamente por su rectitud y por no prestarse a los manejos y enjuagues de los bribones, había tenido serias dificultades con algunos que creían que los préstamos del Banco eran donaciones y se negaban a pagar sus adeudos. Las había tenido también con la pandilla enemiga de Juan que le había propuesto les facilitara dinero del Banco a nombre supuesto, prometiéndole darle su mordida, cosa a lo que naturalmente él se negó.

Don Federico y Juan, plenamente identificados en ideas y manera de ser, pronto se habían hecho amigos y se ayudaban mutuamente en sus labores.

Juan había recibido del "Antecristo" los sabios consejos derivados de su vasta experiencia ejidal, así como su apoyo personal en las diferentes gestiones que éste hacía ante el Banco, y en cambio, Juan le proporcionaba facilidades para su trabajo en la región y ponía de su parte toda su autoridad, cuando aquél tenía dificultades con algunos camaradas poco comprensivos y negligentes.

Hombre de izquierda, agrarista de corazón, pronto encontró en Juan un amigo sincero, con el que charlaba siempre largo y tendido cada vez que había oportunidad para ello, tratando de inculcar en aquel cerebro rudo hasta cierto punto, pero accesible a toda idea nueva y noble, sus ideales radicales y humanitarios.

Como siempre, se había anunciado la llegada del Delegado con un repique de las campanas cascadas de la Casa de Ejercicios, como

si gritaran jubilosas por la llegada del dinero que el "Antecristo" les llevaba a los camaradas.

Juan lo había ido a entrevistar, porque aparte de que también tenía que recibir dinero de sus manos, iba a informarse de la resolución del Banco acerca de las gestiones que se venían haciendo desde hacía algún tiempo, de un préstamo destinado a la compra de una trilladora y un tractor para la Comunidad.

En estas gestiones, como en todos los beneficios que había logrado conseguir, había tenido sus opositores, principalmente los de la pandilla, pero al fin logró que la mayoría lo apoyara, pero para lo cual tuvieron que responder él y su padrino y otros decididos y confiados en él, con sus propiedades personales por el monto del adeudo.

Ese paso, bien lo sabía Juan, era de gran trascendencia para el porvenir de la Comunidad.

Después de saludar a don Federico, éste pasó a informarle que al fin había obtenido el apoyo del Delegado del Banco en Guadalajara y ahora sólo faltaba para hacer efectivo el préstamo, el visto bueno de la Gerencia en México.

Todos los de la Sociedad de Crédito habían recibido dinero ese día y como siempre que eso sucedía, los de la pandilla empezaron la borrachera.

Por la tarde decidió ir a la plaza de una vez para que tronara el cuete. Era mejor eso que seguir esperando; por lo tanto, ya anochecido, se encaminó hacia allá y se sentó en una de las bancas de fierro que rodeaban el jardín.

No tuvo que esperar mucho; a poco se oyó la música que traían los borrachos, la que se aproximaba dando vueltas al cuadro precedida por los parranderos que, abrazados unos con otros, formaban un compacto grupo. Dieron una vuelta al rededor del jardín; era todo el grupito que la traía con él, los cuales, al descubrirle cuando pasaron cerca, siguieron adelante, cuchicheando algo en secreto.

Impaciente, Juan esperó la otra vuelta, pero alcanzó a ver, con la poca claridad que daban los focos de la plaza, que el grupo se disgregó quedando sólo dos individuos con la música.

Intrigado estaba con ello, cuando se acercó Joaquín el Zarco.

—Juan, —le dijo visiblemente excitado— ¡Pélate! ¡Te van a matar, están todos de acuerdo…

—Pos si ha de ser un día que sea de una vez; yo de aquí no me muevo, porque si me voy van a decir esos cobardes "que ya se me llenó la zanja de agua".

—Bueno, pos entoces yo te acompaño; aquí te pago la "valona" que me hicites aquella vez..., y sirve que arreglo también unas cuentitas que tengo con estos desgraciados.

—No, Joaquín, vete, este es asunto mío.

Pero aunque el Zarco hubiera querido retirarse ya no era tiempo; como a quince metros, doblando al ángulo del cuadro, venían el Tijerillo y Juan Rico seguidos de la música, los cuales al emparejar a donde estaba sentado, se detuvieron casi y volteando hacia él, dijo el Tijerillo en tono fanfarrón, tomando una postura provocativa:

—A ver, maistro; tóqueme el "Guango" a ver si por ay hay alguno que se pique y entre...

Brotaron estridentes las notas picarescas y retadoras del "Guango" y en seguida la letra burlona:

Me viene guango el pantalón
Y el chaquetín de don Simón...

Se reía el Tijerillo casi carcajeándose. Era éste un hombretón como de treinta años, tipo de perdonavidas de pueblo, pistola y carrillera al cinto y con una cara de "maldito" que imponía y a la que debía su apodo, y mirando provocativamente a donde estaba Juan y el Zarco.

Aquél intentó levantarse, pero Joaquín de un codazo lo detuvo dejando que los otros se retiraran.

—Cálmate, cálmate; "aguanta la vara" hasta lo último; si dan otra vuelta entonces sí lo aparas, pero ya prevenido; así como estaban te llevaban media carrera de ventaja. ¿No vías que el jijo ya traiba el cuete en la mano? Yo te cuido las espaldas por sí alguno nos quere llegar por detrás; no sé por qué me da que esto es todo "un plan ranchero".

Los borrachos habían proseguido caminando y ya enfilaban otra vez hacia ellos dando la vuelta a la plaza.

Los pocos paseantes que por ahí andaban a esa hora ya se habían enterado de todo y temiendo el peligro, presintiendo la tragedia, se habían apresurado a retirarse.

No tardó el Tijerillo en dar la otra vuelta y dijo al acercarse:

—Este "jijo de munchas" es como el maíz de guaracha, se pica hasta los veinte años; —y reía engallándose ante lo que él creía temor y cobardía de su adversario.

Era más de lo que Juan podía aguantar; al acercarse el otro, se puso de pie con la mano oprimiendo las cachas de la pistola que llevaba debajo de la camisa.

Al verlo levantarse, los músicos callaron y se detuvieron prudentemente.

—Y ustedes ¿por qué se callan? ¡Tóquenle, que sobre mí va lo mal jugado —les gritó el Tijerillo.

Juan, fríamente, sin inmutarse y esperándolo a pie firme le increpó:

—Para pelear no se necesita música, Tijerillo; no comprometa gente que no tiene que ver nada en esto; si quere más música, aquí traigo yo un instrumento pa ver si le gusta la tonada; nomás ábrase a un lado pa que lo oiga.

Fue rapidísimo Juan, pero el otro también venía ya prevenido.

Tronaron las pistolas como a tres metros de distancia una de otra; una rápida, nerviosamente; la otra lenta, acompasadamente; Juan dejó

de disparar casi al instante, al ver que el Tijerillo se doblaba y caía sobre un prado del jardín mientras Rico huía junto con los músicos; trataba el Tijerillo de recoger la pistola que había dejado caer, pero luego, como cambiando de intención, rodando sobre el césped del jardín se puso en cobro. Pensó Juan en recoger el "cuete" que estalla a medio andador y ya se acercaba para ello, cuando oyó otras descargas a su espalda y volteando como movido por un resorte, vio a otros tres del grupo, que del otro lado de la calle disparaban contra él, a balazos los había detenido Joaquín, que tras de un tabachín se parapetó; quiso Juan también protegerse tras el árbol para repeler la agresión, cuando sintió sobre el pecho un golpe, como un empujón, al mismo tiempo que salía por su boca un líquido salado y caliente, que arrojaba a bocanadas entre fuertes golpes de tos; sintió que las fuerzas lo abandonaban, que la cabeza le daba vueltas y la vista se le obscurecía como si se hundiera en un abismo de negruras y cayó bañado en su propia sangre; todavía alcanzó a oír como muy lejano el tronido de las pistolas que se fueron apagando en sus oídos y perdió el sentido.

No supo cuánto tardó en volver en sí; pero cuando recobró el conocimiento, se dio cuenta que estaba en un calabozo de la Presidencia Municipal; estaba tirado boca arriba en medio de un gran charco de sangre que en parte estaba coagulada; todo el lado izquierdo y parte del derecho de su camisa era un enorme manchón rojo. Quiso entonces pararse, pero sintió un dolor agudo como si le rasgaran el pecho, que se lo impidió; se sentía muy débil, muy ligero, como si flotara en el aire.

Afuera de la cárcel, en el pasillo de la Presidencia hasta donde alcanzaba él a ver a través del cancel, se amontonaban los curiosos.

Alguien averiguaba en voz alta y reconoció la voz del Médico, su amigo, que insistía en que trasladaran a Juan a su casa o al menos le permitieran pasar a curarlo. Don Emilio, el Comandante de la Policía, se negaba a ello argumentando tener órdenes de no mover al herido y de no dejar pasar a nadie.

—Pero conmigo no reza esa orden —insistía el doctor— yo, como médico Municipal, tengo derecho y obligación también de atender al herido y lo tengo que curar; si usted se niega a dejarme pasar se hará responsable de su vida y yo levanto una acta que me firma usted, y estos señores que son testigos, en donde se asiente que no me permitió curarlo y sobre usted recae entonces toda la responsabilidad: el herido se puede morir por falta de una pronta atención, hace más de un cuarto de hora que lo hirieron y puede estar perdiendo sangre todavía. Déjeme curarlo y después de eso haga lo que usted guste. Aparte —le siguió diciendo— que no tardarán en venir todos los muchachos de la Defensa, compañeros de él y si les digo que usted está contra Juan echan la puerta abajo y se lo escabechan.

Este último argumento fue el que acabó de convencer al Comandante.

Llegaba en esos momentos el padrino de Juan, que reforzó al Médico en sus exigencias: al fin accedió y les dejó pasar, cerrando tras de ellos el cancel.

Afuera se encontraban ya varios de los reservistas en plan agresivo y fue necesario que saliera don Rufino y los calmara, en previsión de mayor contingencia, pues se encontraban bastante excitados por el suceso. Lo examinó el doctor y ordenó que entre varios de los amigos que se habían reunido lo llevaran en silla de manos hasta su casa, no sin aplicarle antes un par de inyecciones muy dolorosas.

Ya en su casa e instalado en la cama, le quitó el doctor un pañuelo que amarrado traía sobre la herida y después de reconocer minuciosamente ésta, lo curó con todo cuidado; por la noche volvió el doctor varias veces más, le tomaba la temperatura, el pulso, lo examinaba y movía la cabeza.

El estado del herido no inspiraba grandes esperanzas; pálido, exangüe, con la respiración corta y anhelante, parecía un cadáver.

Juanillo y la chiquilla sollozaban a su lado, por lo que el médico ordenó que los retiraran de ahí, pues consideraba que su presencia trastornaba más al herido.

—Déjelos usté que se queden —dijo Juan penosamente al alcanzar a oír la orden del doctor— no crea que me acobardan, al contrario, me dan valor y si me he de morir, que sea siquiera teniéndolos a mi lado.

Después que le aplicaron una inyección enorme de suero fisiológico y luego otra más, se sintió un poco mejor, detenida ya por completo la hemorragia que lo estaba matando.

No obstante que le costaba mucho trabajo, hizo un esfuerzo para recordar los acontecimientos y entonces, como en sueños, pudo recordar que quienes lo habían herido eran algunos que llegaron por detrás y dispararon desde la acera del hotel; y casi podía asegurar que eran los otros de la pandilla y los cuales, de no haber sido por Joaquín, de seguro lo habían acabado; éste, detrás de la banca primero y del tabachín después, los contuvo y no dejó que se acercaran a rematarlo. En cuanto al Tijerillo, rodando se había ido hasta medio jardín; se había caído casi de puro miedo, porque no tenía más que dos heridas, una que le había atravesado una oreja y otra en el brazo derecho que fue la que le tumbó la pistola. Los otros, los que lo hirieron por la espalda, de seguro, pensó, se metieron por un corral que daba a la parte posterior del hotel y se comunicaba con éste. Y bien que habían planeado su emboscada, sólo que hasta orita les andaba fallando. ¡Y vaya que les fallaría! porque él no les daría el gusto de morirse; pondría toda su voluntad en ayudar al médico, que estaba poniendo en ello toda su ciencia.

Días después, charlando con el doctor, le decía Juan que le extrañaba no sólo que lo hubieran metido a la cárcel, ya que en las condiciones que estaba nunca hubiera podido escaparse, sino además que hubieran tratado de impedir que lo curara.

—Yo sí me lo explico Juan —contestó el Médico— y creo que no me equivoco al decir que ha de ser porque ya se rumora que los agraristas te van a lanzar como candidato a la Presidencia Municipal para el período que sigue y como Pancho el Presidente tiene sus planes para poner a Gabriel su sobrino y seguir mangoneando y al aventarte a ti, y como el Partido Agrario domina, saben que la perderían y tenían esperanzas de dejarte morir como a un perro, aprovechando esa bella oportunidad que se les presentaba. ¡Y vaya que te habías muerto! Conmigo están disgustados y ya nos dimos un agarrón y renuncié como Médico Municipal; pero no vamos a darles el gusto de dejarte morir, ya lo verán que prontito les pasas por enfrente.

—Ya lo creo que viviré, doctor, Dios mediante; "Cosa mala nunca muere".

—Y si muere ni falta hace, —completó el doctor riéndose.

Otro día le movieron la curación.

—Es casi un milagro que viva, —dijo el doctor a don Rufino que le ayudaba— el proyectil casi le rozó el corazón y gracias a que llevaba cierta inclinación, pues si hubiera entrado derecho no lo estábamos curando.

El orificio de salida fue el que le dio guerra para cicatrizar; pero al fin curó y a los quince días justos del suceso ya pudo ir al juzgado a ampliar unas declaraciones y a gestionar que echaran fuera de la cárcel al Zarco, a quien querían achacarle la herida del Tijerillo; Juan lo descargó de toda culpa y probó que él lo había hecho en defensa propia, pues todos los testigos estuvieron acordes en declarar a su favor y al final de cuentas, todo se arregló con dos idas a Atotonilco, al Juzgado de aquella población.

En cuanto a sus enemigos, habían salido del pueblo, más por temor a Juan y a los suyos que por temor a la justicia, que ahí como en todas partes era muy elástica y podía halarse para un lado o para otro.

Estos acontecimientos habían aumentado entre los campesinos la popularidad de Juan, pues comprendían que todo lo que le había pasado era por defender los intereses de ellos. Desde el momento en que ya había mejorado, el doctor autorizó visitas, no dejaron de llegar grupos de ejidatarios de los diferentes puntos de la región a saludarlo; entre todos le reunieron una regular suma de dinero para que se ayudara, cosa que al principio no quiso él aceptar, pero que ante la insistencia y la buena fe de los compañeros tuvo que recibir.

En plena convalecencia, optimista por lo que tocaba a su herida y a la marcha de los asuntos de la Comunidad que ahora ya sin la labor obstruccionista de sus eternos enemigos podía encauzarse por mejores senderos, sólo le apesadumbraba una cosa: el ver que casi todos los problemas entre los agraristas tenían al final que resolverse con la violencia; y él, que era partidario de la paz y del orden, la razón y la serenidad, se veía ahora lanzado también como una hoja seca en el torbellino de esa violencia; de esa lucha despiadada en donde para vivir tenía que matar; y eso no sólo lo apesadumbraba, sino que lo avergonzaba. Él, hombre de paz, de razones, de convencimiento, se veía ahora convertido en un paladín de la violencia; pero no podía haber elegido otro camino; sus enemigos no se lo habían dado a escoger, ni le habían dado tregua y había tenido que responder a la fuerza con la fuerza. No había podido dar un sólo paso atrás; había tenido que luchar por sus compañeros y por él mismo; porque en la Comunidad se respetaran los derechos de todos; por que fuera el orden, la paz y el trabajo lo que imperara en los ejidos; que tiempos ya vendrían, aunque a él quizá no le tocara verlos, en que fueran la ley y la razón y no las pistolas, los medios de que se valieran los camaradas para arreglar sus dificultades; para eso, bien lo sabía él, tenían que sacrificarse algunos en esa lucha purificadora y si a él le tocaba, ya de antemano estaba resignado a ello. Valía la pena el sacrificio y por ahora tenía él también

que echar mano de la fuerza y de la violencia, mientras llegaran tiempos mejores en que la cultura, la educación y las escuelas, limaran y pulieran esas aristas cortantes de los espíritus rudos de los campesinos y la comprensión y la equidad normaran sus actos y sus vidas.

Y en esa lucha misma por mejorar a los de su clase, por cambiar esas condiciones de incultura y miseria en que vivían, pugnaba porque los camaradas mandaran a sus hijos a la escuela y porque ellos mismos concurrieran al Centro Nocturno de Enseñanza, al que él mismo no dejaba de concurrir cuando sus múltiples ocupaciones se lo permitían.

XV. La excomunión

Fue entonces que le aconteció el incidente que ya también había presentido y por lo tanto esperaba; una tarde el señor Cura lo mandó llamar.

Él ya no era el fanático ciego que veía a los sacerdotes como cosas de Dios; viviendo ya más cerca de ellos, los estaba conociendo mejor y sabía ya, que no eran más que seres humanos y por lo tanto falibles como tales, con los mismos defectos y las mismas lacras que los demás. Sabía también que en el señor Cura contaba con un enemigo potencial, al que le disgustaban muchas de las actividades que él estaba desarrollando y que tarde o temprano tendría que romper lanzas con él. A éste, acostumbrado a tener al pueblo en un puño, no le agradaba el sentido liberal que Juan manifestaba en todos los actos de su vida.

No obstante, quiso correrle esa última cortesía a aquél, que ya él bien lo sabía, lo atacaba y hostilizaba no ya subterráneamente como el principio, sino en una forma franca y abierta.

Sabía Juan que el sacerdote boicoteaba el Centro Nocturno de Enseñanza, bajo el cargo que era lugar de reunión de herejes y que movía todas sus influencias, que eran muchas, para quitarle a la Comunidad la Casa del Agrarista.

Había visto, cuando se enfermó uno de los hombres más ricos del pueblo, cómo el "Santísimo" daba vueltas incansable a la casa del enfermo de día y de noche, acompañado de algún sacerdote, a cada petición del moribundo; y al preguntarle al sacristán cómo el señor Cura no se fatigaba de dar vueltas a la casa del enfermo, cuando aquella vez que él había solicitado le fuera a auxiliar a su Nico se había negado porque estaba desayunando, éste le había contestado cínicamente haciendo con la mano ademán de dinero:

—¿Qué no ves que estos son hombres de mucha particulación y no se les puede decir que no?

—¿Con que de mucha particulación, no?

Y así era, en efecto. Entonces, cuando él había venido a solicitar al señor Cura, era sólo un miserable sin dinero y sin influencias y por eso aquél no pudo abandonar la mesa para atenderlo; para que lo hubiera podido atender le había hecho falta "particulación", es decir, dinero.

Y su espíritu justiciero se indignaba ante aquellas diferencias, ante aquellas desigualdades de trato, que aún en aquel mismo sagrado ministerio se notaban, haciendo menos a los pobres, a los desposeídos que nada podían dar.

Se presentó al Curato y fue recibido por el Sacristán que lo llevó a la presencia del señor Cura que le extendió la mano en ademán y con Intención de que se la besara; Juan se la estrechó virilmente bajándola hasta el nivel de la cintura.

—Veo que te han aprovechado las enseñanzas de tus compañeros los agraristas; ya te avergüenzas de besarle la mano a un sacerdote; ¿no, Juan? No pareces ya hijo de aquel Juan Salcedo que dio su vida por la causa de Dios —añadió para impresionarlo con el recuerdo—.

—Sigo siendo hijo de ese buen hombre, señor Cura; de ese hombre que ya ve usted que bien le pagaron…

Quiso replicar aquél, pero Juan le atajó rápido:

—Mire, señor Cura; de eso mejor no hablemos, yo se lo suplico; usted me mandó llamar y aquí me tiene a sus órdenes.

—Pues sí, me tomé la libertad de mandarte llamar, fue nomás para que me dijeras, más bien dicho para darme cuenta, si de veras, como dicen por ahí, eres tú ya un hereje, como tus amigotes, el Secretario, el doctor, el Antecristo, tu padrino don Rufino y esos otros con quien tu te juntas.

—Pos si ese es todo el motivo, pronto lo saco de dudas. No soy un hereje; creo en Dios con la misma fe que cuando chico, pero en lo que ya no creo, es en tantas otras cosas de las que tampoco quisiera hablar aquí.

—Bueno, bueno, —contestó el señor Cura conciliador— al ver que nada podía hacer con ese hombre andando con rodeos— el verdadero motivo por el que quería verte, era en realidad para ofrecerte mi escuela para tus niños; sé que están en la Escuela Oficial y ahí, aparte de que es muy poco lo que aprenden, pierden el temor de Dios. Y también quiero recordarte que yo fui un buen amigo de tu padre y que ahora lamento, créemelo, Juan, el camino por donde vas...

—Yo le agradezco mucho, señor Cura, por lo que a mí toca, el interés que me demuestra y por lo que toca a lo de los niños, pos ya no podría sacarlos de donde están; Nico, la mayorcita, ya pasó a segundo año y el niño que está en primero ya lleva medio año y orita lo que haría sería destantiarlos; pal año que viene lo pensaré, al fin que ya falta poco; por lo que toca al aprendizaje, no creo que vayan muy atrasados, y si así juera, pos yo con que aprendan a poner su nombre se me hace bueno pa lo que yo sé; al fin que curas o licenciados no han de ser. —Y adivinando lo que iba a replicarle, siguió presto —que en cuanto a los rezos, con la Nacha tienen pa llenarse, porque todo el día les está enseñando la dotrina; ya usté sabrá quen es Nacha; es mi hermana y de seguro que la ha de conocer, porque esa si es buena clienta suya.

—¿Y por qué no había de ser Cura tu hijo? Juzgando por su padre, me imagino que ha de ser inteligente y por eso mismo te proponía que me lo mandaras, para prepararlo y cuando tenga la edad mandarlo al Seminario. Yo creo eso no te había de disgustar. No todos tienen la suerte de que se les proporcione esa felicidad para sus hijos.

Sabía Juan que todo aquello no era más que para prepararlo para el momento en que trataran el verdadero motivo por el cual lo había mandado llamar y que ya su intuición le decía cuál era. Por eso le contestó rápido:

—En verdad que es muncho lo que usted me ofrece y por eso mesmo le quedo más agradecido; sólo me apena decirle que eso no puede ser; y

no porque no comprenda que eso tal vez sería un beneficio para mi hijo; es que me doy cuenta que es mucho para él y para mí y que es una cosa que tanto él como yo no merecemos; hay por ay un dicho que dice: "No hay pinacate que suba media pader", y no es tampoco que yo crea que mi hijo no dé la medida, no señor, pero yo soy probe y manque sé que los estudios se los sostiene el Clero, eso es muy largo y yo necesito al muchacho pa que me ayude en los trabajos del campo. Campesino jué mi padre, campesino soy yo, y campesino quero que sea el muchacho, ya que cerqueros no pudimos ser. Cada quen a su sinio y cada quen a su trabajo y pa lo que Dios lo destinó; unos pa echar bendiciones y otros pa darle trancazos a la tierra. No vaya a ser que estudie pa Papa y vaya a salir camote.

—Bueno, pues allá tú; yo cumplo con hacerte el ofrecimiento y enseñarte a ti el buen camino como es mi deber; tú sabrás si lo llevas o no... Y hablando de otra cosa, Juan, ¿no crees tú que ahora que las cosas se han normalizado debían ustedes devolver a la Iglesia la Casa de Ejercicios? Tú bien lo sabes que no es de ustedes y yo quiero aprovechar que ahora que tú eres el jefe de los agraristas, tú que eres cristiano y sobre todo más consciente y más tratable, arreglar las cosas por la buena para no meternos en más líos; y si no, pues tú lo sabes, nos metemos en ellos, ¡qué caray!

Por fin había reventado el buen sacerdote.

—Mire señor Cura; ese es un asunto que yo no puedo resolver; yo no soy absoluto y manque esa juera mi voluntá, no podría devolver la casa, estoy seguro que los muchachos no me dejarían. Ya se trató de eso en la última sesión y todos están de acuerdo en devolver la Capilla, ya que esa no la ocupan; pero lo demás y eso usted bien lo sabe, lo necesitan los muchachos pa vivir; no tienen donde meterse y a mí también me parece justo que allí vivan.

—Sería justo si esa casa fuera de ellos, pero esa casa no les pertenece porque es del pueblo.

—Y ellos son el pueblo, señor Cura; usted ya lo sabe que en la Revolución pasada les tumbaron y les quemaron sus casas a muchos de ellos, los que se decían, hablando con perdón suyo, "cristeros"; y ellos cren que en justa recompensa de lo que sufrieron sin ninguna culpa y de lo que lucharon, se les permita vivir en esas cuatro paderes viejas, que la Iglesia pa nada necesita, porque la mayor parte del tiempo la tenía desocupada.

El sacerdote se había levantado; estaba rojo de cólera, a punto de darle una apoplejía. Acostumbrado a que nadie en la región contrariaba su voluntad omnímoda, incluyendo muchas veces a las mismas autoridades, le indignaba aquella terquedad que no creyó nunca encontrar en aquel que consideraba su siervo y que ahora se daba cuenta, no podría jamás doblegar.

—Muy bien, Juan, —dijo con la voz temblorosa por la ira— yo quería que fuéramos amigos; pero ya que tú no lo quieres, no lo seremos; y yo te juro que los bandidos de tus compañeros no se quedarán en esa casa, los echaré de ahí a como den lugar... y ahora, ¡lárgate!

Y erguido, violento como la estatua misma de la soberbia, con la mano extendida señalaba a Juan la puerta.

—Está bien, señor Cura; puede usted correrme porque estoy en su casa; pero le alvierto que no vine a meterme a ella por mi gusto, porque usted jué quien me llamó; pero lo que no puede es insultarme y no debe hacerlo por ser usted quien es; no debe obligarme a faltarle al respeto, y ya que de juramentos se trata y porque veo que jurara en el curato no es pecado, yo le juro a usted que haré todo lo posible porque esos muchachos no salgan de allí, y no le digo como usted que a como dé lugar, porque nosotros semos respetuosos de la ley y sólo que la ley nos lo mande nos retiraremos; —y luego ya también encorajinado— ¡y vaya ensillando su macho, que yo al mío hasta retranca le puse!

—¡Lárgate, lárgate de aquí! —Gritaba el sacerdote.

Salió Juan con la cabeza en alto, ante la mirada asombrada de los otros padres y el sacristán que habían ocurrido a los gritos del señor Cura.

* * *

La represalia no se hizo esperar; hacía tiempo que había invitado a Juan un muchacho agrarista que era de sus adictos a que lo apadrinara en su boda, en compañía de su hermana y Juan había aceptado.

Otro día llegó el muchacho cariacontecido:

—Oye Juan, —le dijo— la verdá no jallo cómo decirte; pero ora me mandó llamar el señor Cura pa decirme que si tú me ibas a apadrinar, y que siendo así no me podría casar, porque tú estabas excomulgado y no podías ir a la iglesia; ¡fíjate nomás! Juan, —decía el muchacho compungido, casi llorando— y yo que tengo arreglado todo lo de la boda pa dentro de tres días. Y me dijo mas; que si tenías el atrevimiento de pararte en la Iglesia, te echaba de allí públicamente.

—Está bueno, está bueno, Pedro; ya casi me esperaba esto… Pero no te preocupes por eso, que ya encontraremos modo de arreglarlo; pa todo hay remedio, menos pa no morirse... Mira, —le dijo— ya lo jallé; tú busca quen se pare por mí y por mi hermana, que yo de todos modos me considero tu padrino y por mí corren los gastos como te lo había prometido.

* * *

Otro día corría la voz de boca en boca por todo el pueblo: ¡Juan Cercas estaba excomulgado!

A Juan no le impresionó esto gran cosa; antes, cuando era un alteño cerrado, rudo y fanático, aquello le habría producido un desquiciamiento

moral; pero ahora, con un sentido más amplio y más justo de la vida, sabía que aquello no era más que un desahogo y un golpe alevoso de un sacerdote iracundo, que no tenía poder para echarlo fuera de una iglesia y de una fe en la que había nacido, a la que ningún mal había hecho y de la cual tampoco había renegado.

XVI. La política

Hacía más de seis meses que Juan se había recuperado por completo de la herida que lo puso al borde de la muerte y durante ese tiempo, otros acontecimientos habían venido a ocupar su atención.

Convalecía apenas y no del todo recuperado porque la pérdida de sangre había sido tremenda, y había empezado a dedicarse de nuevo a sus faenas agrícolas, cuando recibió, por parte del "Antecristo", la agradable noticia de que había resuelto favorablemente la Gerencia del Banco Ejidal el asunto de la trilladora y el tractor, los cuales ya venían en camino desde México y le decía que tan pronto llegaran a Ocotlán, él personalmente se los iría a entregar. Se lo advertía con tiempo para que reuniera a todos los compañeros, para darle al acontecimiento toda la solemnidad que requería.

A Juan lo llenó de júbilo la noticia. Eso era un triunfo, un gran triunfo de los agraristas; porque dado ya el primer paso y saliendo bien de él, como estaba seguro que saldrían, porque de eso él se encardaría, sería ya cosa fácil dar los demás.

Él se esforzaría porque se pagara lo más pronto posible la maquinaria y entonces solicitarían más tractores y arados para tractor y trilladoras para las demás comunidades y demostraría que los agraristas no eran unos borrachos indolentes como algunos los juzgaban.

Y ya veía, dejando correr su imaginación en alas de la fantasía todo el valle feraz, lleno de huertos, cubierto de cañaverales, de hortalizas, de trigales, todo labrado con implementos mecanizados que vendrían a simplificar, intensificando los cultivos. Y Ia alegría y la prosperidad en cada ejido. Todos estos con su escuela blanca, y habitaciones que siquiera merecieran el nombre de tales. Y bombas en las parcelas, accionadas por motores eléctricos, extrayendo ríos de agua de las norias; porque el siguiente paso que pensaba dar, era pedir la electrificación del valle; dando de esta manera autonomía a las siembras, se podrían cambiar los cultivos, que ya no dependerían entonces exclusivamente de las lluvias

o de la mayor o menor cantidad de agua que se pudiera almacenar en las represas.

¡Bueno! Eso era sólo un sueño (se decía volviendo a la realidad) pero lo que no era un sueño, eran ese tractor y esa trilladora que venían ya en camino para su Comunidad.

Tardaron más de lo que él hubiera deseado, pero al fin, como a las dos semanas llegaron éstos. Ese día se reunieron a la entrada del pueblo, sobre la carretera por donde debían llegar, un crecido número de ejidatarios con la música y muchos curiosos que a la novedad acudieron y esperaban pacientes. Otros, a caballo, fueron hasta el "puerto" a recibirlos.

Al fin, entre una nube de polvo se les vio aparecer por un recodo del camino, rodeados por los jinetes que alegres rayaban y caracoleaban los caballos; pronto el ruido ensordecedor del tractor se dejó oír y a poco hacían su entrada al pueblo en medio de las aclamaciones y aplausos de los agrarios y las dianas de la música y los cohetes que estallaban en señal de regocijo.

Juan se sentía contento, feliz y no por los gritos de ¡Viva Juan Cercas! ¡Viva nuestro Presidente! ¡Viva la Comunidad de Tototlán! que los ejidatarios lanzaban entusiasmados arrojando al aire los sombreros, sino porque veía ahora abierta, para él y sus camaradas, una senda de prosperidad y de progreso.

¡Le palpitaba el corazón de emoción! Ahí estaban ya, frente a la Presidencia Municipal, las dos hermosas máquinas, que eran motivo de admiración de todos los del pueblo, prevenidos algunos del acontecimiento, atraídos otros por la bulla y dudando muchos aún de lo que veían, es decir, que fueran de los agraristas aquellos prodigios de maquinaria.

Don Toño, el secretario que había tomado para que lo ayudara en muchas cosas que él no podía hacer y que ahora por motivo de

sus cargos tenía que desempeñar, se improvisó un pequeño discurso alusivo al caso, tratando de sacarle provecho político a la reunión y en seguida fueron llevados los aparatos a encerrar a la bodega de la Cooperativa y otro día, sin dar tiempo a que los fierros se acostumbraran a la ociosidad, el tractor principió a trabajar arando las tierras de la Comunidad, que con la movida profunda que con él se les pudo dar, se hacían más fértiles y pródigas.

Todos comentaban ese gran triunfo de Juan, gracias a cuya obstinación y fe se había logrado, y con lo cual se vino a aumentar la confianza y el cariño que sus compañeros sentían ya por él.

Se iniciaba ya en forma la campaña electoral para Presidente Municipal y Juan, instado por todos los camaradas y apoyado por el diputado local que le había ofrecido todo su apoyo a cambio de la ayuda de aquél para su próxima campaña para diputado federal, había aceptado participar en las elecciones encabezando la planilla del sector agrario, que por su fuerza se creía el seguro triunfador.

Juan, ocupadísimo, dividía su tiempo entre los trabajos de sus tierras, las cuales por ningún motivo había querido desatender a pesar de que los camaradas del Rincón se habían ofrecido varias veces a laborarlas, sus deberes como jefe del Comisariado y las atenciones de la campaña política.

Hacía algún tiempo había tomado a su servicio una especie de secretario particular que ya le era indispensable, pues a pesar de que ya había aprendido a medio leer y a garabatear su nombre, era mucho para él la correspondencia que tenía que contestar y actas de las sesiones que levantar, y por desgracia nadie de los del Comité Directivo sabía manejar la flamante "Remington" que para eso había adquirido.

Este don Toño, treintón, chaparro y regordete, astuto y ladino como un zorro, y en verdad que zorro viejo era en la política; antiguo Secretario del Ayuntamiento, de donde había sido despedido precisamente por la

amistad y simpatía que hacia Juan había demostrado, hábil, inteligente, conocedor de toda clase de enjuagues y maniobras políticas tanto como de leyes agrarias, penales y civiles, se había pasado toda su vida entre juzgados, oficinas de rentas y secretarías de ayuntamientos y era más ducho en esos achaques que muchos abogados, por lo que le era de mucha utilidad a Juan.

Se decía de él que había venido huyendo de su tierra, allá por el sur del Estado, donde estuvo a punto de ser asesinado por matones a sueldo de los hacendados porque había ayudado a hacerles pedazos sus pertenencias, asesorando a la Comunidad de ese lugar. Agrarista convencido, en Juan había encontrado un amigo más que un jefe y a éste, aquel hombre útil para todo, le había caído como anillo al dedo en esos momentos en que tan necesitado estaba de alguien como él. Era, a más de su secretario, su ayudante, y su consejero político. No le había asignado sueldo, pero le ayudaba lo más que podía, esperando éste el triunfo de Juan para hacerse cargo de nuevo de la Secretaría del Ayuntamiento, mejorado ya con el Registro Civil. Aficionado a la política por naturaleza, le encantaban las situaciones de enredos y pequeñas intrigas derivadas de las campañas políticas en los pueblos, en donde había actuado siempre, en espera de la ocasión en que alguien le ayudara a remontar su vuelo a regiones más altas, dignas de su talento, sus conocimientos y su laboriosidad.

Juan hubiera podido, siguiendo el consejo de don Toño, destituir al Presidente y tal vez provocar hasta el derrumbe de todo el Ayuntamiento, valiéndose de alguna de las muchas triquiñuelas que aquél le proponía; pero no quería valerse para triunfar, de maniobras torcidas y mejor esperaba su triunfo en los comicios para tomar posesión legalmente de la Presidencia.

—¡Ah que Juan! Tú no conoces la política; orita que podemos vamos tumbándolos y ponemos a algunos que nos convengan. Así es

más seguro. ¡Tú no conoces la política! Es muy traicionera y muchas veces "del plato a la boca se cae la sopa". Ten la seguridad que ellos si te agarran de modo no te la perdonan.

Juan sólo le contestaba con una sonrisa, para decirle en seguida:

—Ay nos vamos poco a poco, que "a pasos cortos ni guaraches quedan".

Confiaba Juan, porque sabía que contaba con la simpatía y la adhesión, no sólo de los grupos ejidales que sumaban un numeroso contingente, sino también con una buena parte del pueblo, que cansado ya del cacicazgo del entonces Presidente que ya veía al pueblo como un feudo, se había dado cuenta también del espíritu progresista y del dinamismo de Juan.

Eso también sus enemigos lo sabían; comprendiendo que sólo eliminando a Juan tenían posibilidades de triunfar, buscaban ya la manera de encontrar un medio para lograrlo, para lo cual se reunían con las primeras autoridades municipales, algunos hacendados que veían un peligro para sus intereses en la política de expansión agraria que Juan preconizaba y algunas veces también se rumoraba que hasta el señor Cura llegaba a tomar parte en esas reuniones a las que asistía de incógnito.

¡Quién sabe si eso fuera cierto, pero en lo que sí no había duda era en los ataques que en prédicas y sermones y algunas veces en conversaciones particulares, le lanzaba con singular encono.

Juan sabía todo eso, pero sabía también que no era posible estar bien con todos, es decir, con Dios y con el diablo, con los de arriba y con los de abajo y eso muchas veces era hasta un timbre de orgullo para él; que no lo quisieran los ricos, los poderosos, porque siempre procuraba el bienestar de los suyos, los de abajo.

Confiado en su estrella que veía ahora más rutilante que nunca, despreciaba las advertencias y avisos que le daban respecto a las

actividades de sus enemigos. Eso era lo que a la postre lo tenía que perder.

Las elecciones se aproximaban y todo parecía venir a pedir de boca, cuando un acontecimiento inusitado vino a trastornar todos sus planes y echar abajo el edificio de sus ilusiones, que con tanto esfuerzo y sacrificio había construido.

XVII. El capitán Centellas

Hacía ya algún tiempo que le daba mucha guerra, tanto a las autoridades del lugar, como al destacamento que mandó el Sector Militar para combatirla, una partida de forajidos mandados por un desalmado que después de asesinar a un campesino, se había remontado al cerro en actitud de franca rebeldía y había logrado reunir un regular número de maleantes con los que asolaba la región. Amplio conocedor de los lugares por donde merodeaba, este individuo, a la cabeza, de sus facinerosos, asaltaba rancherías aisladas cometiendo mil atropellos, hacía préstamos forzosos entre los rancheros de posibles, muchos de los cuales, por temor a sus represalias, que eran terribles, le entregaban lo que él les pedía; pero otros, reacios a dejarse esquilmar, avisaban a las autoridades, sólo para encontrar algunos días después, cuando el bandido se daba cuenta de ello, animales de su ganado muertos a balazos, o sus pastos o sembradíos incendiados.

Llegó el bandolero en su osadía, a detener en la "cuesta" los camiones que hacían el servicio de ahí a la capital del Estado, desvalijando y atropellando a los indefensos pasajeros.

Tenazmente se le había perseguido, tanto por los federales como por los reservistas, que algunas veces lograron coparlo y tirotearse con él y sus secuaces y hasta matar algunos de la gavilla, para resultar con que Andrés Arias, que ese era el nombre del maleante, se les escapaba como por encanto.

¡Astuto, ladino y lleno de sangre fría que era ese bandido!

Y de seguro que tenía espías en el pueblo que le informaban a tiempo de todos los movimientos de sus perseguidores, porque muchas veces se encontraban, al llegar al lugar donde creían cogerlo desprevenido, con que "El Gavilán", que ese era su apodo, acababa de levantar el vuelo.

Fue entonces cuando sucedió aquello que tanto vino a trastornar a Juan. Por motivos de alta política del país relacionada directamente con

la sucesión presidencial, fueron desconocidos los poderes del Estado y con ello, al dejar el diputado de serlo, le tumbaron a Juan "la pata de la navaja", como él mismo decía. Las nuevas autoridades del Estado apoyaron a los enemigos políticos de Juan y aunque éste sabía que eran ellas las que al final decidían de las elecciones, no podía dejar a sus partidarios encampanados y fue sólo por eso que siguió activando la campaña. De antemano se daba cuenta que su causa estaba perdida aunque contara con los votos de la inmensa mayoría de los habitantes de su municipio.

Y no fue todo eso. Como un mal nunca viene solo, a poco también le llegó la orden de cambio al Teniente que estaba al mando de la pequeña guarnición que había en el pueblo, que era un joven recién salido del Colegio Militar, culto, respetuoso y correcto y que con Juan estaba a partir un piñón. En su lugar mandaron a un tal capitán Centellas, que haciendo honor a su nombre, era un verdadero torbellino de mal humor, grosero, autoritario y abusador; de esos militares rudos y mal preparados, que no compenetrados de sus deberes y atribuciones, tienen un concepto equivocado de la jerarquía militar, considerando por ello al civil como una cosa inferior, al que se puede ofender y expoliar, por el sencillo motivo de no llevar colgado al cuadril la cuarenta y cinco y no ir enfundados en un uniforme militar.

Como era de esperarse, el Capitán encontró pronta oposición en Juan para sus desmanes y tropelías y por antipatía mutua, que los antagonistas de éste supieron explotar bien, se puso incontinente del lado contrario a Juan, con beneplácito de aquellos que vieron al "Capi", como una bendición, como un instrumento que la buena fortuna había puesto en sus manos para deshacerse de tan temido enemigo.

No desperdiciaba Centellas oportunidad ninguna que se le presentaba para obstaculizar la labor de Juan, tanto en un sentido como en otro.

Este, maniatado por sus deberes, por ser subordinado militarmente al Capitán, tenía que sufrir muchas veces en silencio sus atropellos y desmanes.

No tardó mucho en producirse el primer choque entre ambos: cuando el Capitán y sólo por molestar a Juan, ordenó echar la caballada del escuadrón en unas labores de garbanzo de la Comunidad, las cuales todavía no estaban terminadas de cosechar y fueron trilladas por las bestias. Juan fue ante el Capitán a protestar comedidamente y suplicándole diese una orden, para que fueran sacados los animales y con el disgusto de éste por la protesta de aquél, que consideraba injuriosa, los noventa kilos de la humanidad del Capitán temblaban de cólera y casi amenazaba con pegarle. Prudentemente optó Juan por retirarse y elevó una queja ante el Jefe del Sector Militar, quien después de llamar al Capitán y darle una reprimenda, le ordenó que en lo sucesivo respetara las propiedades y los derechos de los agraristas.

Esto acabó de malquistar a Juan con aquél, el cual le cobró un odio que no se preocupaba por disimular y que era sagazmente alimentado por los de la facción contraria.

Desde esa vez, no hubo orden que Juan diera a los reservistas que no fuera revocada arbitrariamente por el militar, ni cosa que tratara de hacer en su labor política, como reuniones, mítines, etc., que no fuera obstaculizada por aquél, azuzado por sus enemigos, que sabiamente se aprovechaban de la malquerencia e idiotez del Capitán, en el cual había encontrado a un gran aliado.

Para Juan habría sido fácil desligarse de la férula del otro, con sólo solicitar su baja de las Reservas, con lo que se quitaba de encima a aquel hombre que era su pesadilla y que tanto lo molestaba; pero como era apegado a sus deberes, no consideraba suficiente motivo la oposición de aquél, para renunciar a unos deberes que él consideraba sagrados, sabiendo que de ser así, el otro influiría para poner de jefe del

escuadrón a uno de sus incondicionales, con lo que eliminado el último obstáculo, que mal que bien él lo era, el viejo quedaría libre para seguir cometiendo sus abusos y atropellos. Así, pues, estoicamente seguía aguantando las imprudencias de su gratuito enemigo.

Cansado de las penosas labores del campo, cuando llegaba por las tardes a su casa, muchas veces tenía que seguir atendiendo los problemas de la Comunidad, para por la noche velar haciendo rondas nocturnas que casi siempre terminaban hasta el amanecer, y que el Capitán exigía jefaturara él personalmente, o salidas sin objeto preciso, en compañía de los muchachos de las reservas, en persecución del bandolero que seguía merodeando por la región; salidas que le quitaban mucho de ese tiempo tan precioso que tanto necesitaba para cultivar sus tierras, pero que por disciplina no podía objetar.

Cuando regresaba a su casa preocupado hondamente por el cariz que iban tomando los acontecimientos y que presentía terminarían mal, ante la obstinación de aquel idiota en humillarlo, su único alivio era acariciar a sus pequeños, poniendo a Juanillo sobre sus rodillas para "hacerle caballitos" y sentada la Nico en una silla enfrente de él, le leía el periódico que algunas veces compraba, deleitándose en ver como aquella chiquilla que apenas alzaba un metro del suelo, leía de corrido aquel papel intrincado que para él casi era un jeroglífico. La risa alegre e inocente de los chicos le hacían olvidarse siquiera por esos momentos de sus preocupaciones. Era un íntimo deleite, profundo e intenso, el que experimentaba al pensar que sus chamacos se habían librado de esa maldición terrible que era la ignorancia y que sobre su vida había pesado como una losa que lo asfixiaba.

Y así, en la paz inefable del hogar, el recuerdo de aquella otra mujer, la Dolores, se iba amortiguando y ya no era para él como al principio, un dolor punzante que le escocía en carne viva, sino como el recuerdo vago de un peligro pasado, de una tempestad que una vez rugió y

amenazó destruir con su furia toda su existencia, toda esa dicha de la que ahora gozaba y que por su buena fortuna no le alcanzó a arrebatar.

Y viendo ahora a sus hijos, inocentes, puros, crecer al abrigo de su calor y su trabajo, se preguntaba cómo pudo aquella mujer de fuego trastornar sus sentidos hasta la locura, porque locura y no otra cosa fue el pensar una vez abandonarlos, como aquella noche terrible en que recién ida la Chala, le hizo crisis la carne y el cariño y como una pesadilla se paseó provocativo y ardiente el fantasma de su lujuria ante sus ojos cansados e insomnes y se había propuesto otro día correr, volar tras ella y buscarla hasta encontrarla, sin importarle nada, ni siquiera sus hijos.

Ahora, más que nunca, se sentía feliz de haber podido dominar esos impulsos locos y haberse quedado al lado de esas criaturas que eran su sangre y su vida y por los cuales se sentía capaz de hacer cualquier sacrificio, como el que había hecho al abandonar a aquella mujer que tan profundamente se había adentrado en su ser y como los que ahora hacía al aguantar con calma las provocaciones de aquel hombre que tal parecía se había propuesto perderle.

Ya el Capitán lo había acusado más de una vez ante la superioridad de negligencia en el servicio y otra vez que uno de los reservistas escandalizó en estado de embriaguez, hizo aparecer en el informe como que el ebrio había sido Juan, y llegó en su encono hasta insinuar la acusación de que si no se lograba la captura del bandido aquél, Arias, era porque posiblemente Juan estaba en connivencia con él.

Esta vez, sólo el respaldo decidido del Teniente Coronel, Jefe del Regimiento de Reservistas, que personalmente respondió por Juan ante el General Jefe del Sector, le salvó de un proceso.

Ante su fracaso en echar el guante a Arias, quería descargar en Juan toda la responsabilidad y le daba órdenes perentorias para que lo aprehendiera, cuando bien sabía lo difícil que era eso.

Era ya verdaderamente intolerable la conducta de Centellas para con Juan, y por consejo del padrino que estaba enterado de todo, se decidió a solicitar su baja de las reservas, en previsión de algo que fuera irreparable y sintiendo que su paciencia estaba llegando al límite.

¡Al fin se había salido con la suya el tal Centellas! Al fin daban fruto las maquinaciones de sus enemigos, que consideraban y con sobra de razón, que quitándole la jefatura de las reservas le restaban fuerza.

El General Jefe del Sector, que por el Capitán sentía gran estimación, por haber hecho la carrera militar juntos desde en tiempos de la Revolución Maderista, cuando con un puñado de rancheros se habían levantado en armas, allá, en un pueblito del Estado de Durango, dio al fin cabida a las cábalas y chismes del Capitán y a pesar de la petición de los agraristas que pedían no se le concediera la baja a Juan, apoyados por el Teniente Coronel, hizo que pronto le fuera tramitada y resuelta en sentido afirmativo.

La ronda de esa noche sería su último servicio como reservista, pues ya habían llegado ese día los papeles y al siguiente iba a entregar sus armas y su mando al nuevo jefe del escuadrón que había sido designado por la superioridad, y que no era otro que Pedro Gómez, uno de los "achichincles" del Capitán.

Aunque ya no le obligaba propiamente, había tenido que acatar la orden del Capitán, que quién sabe con qué obscuros designios, había insistido en que aquél tomara el mando de la vigilancia y si Juan había aceptado, fue sólo por evitar una mayor dificultad.

Hasta las tres de la mañana todo había estado en paz y ya se disponía el rondín a dar su última vuelta al pueblo para retirarse a descansar, cuando se escuchó un disparo por el rumbo del Puente Blanco.

Corriendo se dirigieron encabezados por Juan, los cuatro reservistas que andaban de vigilancia, a indagar qué pasaba.

La noche estaba obscura, impenetrable; llegaron hasta el lugar donde calculaban que había sido hecho el disparo y nada encontraron;

dieron la vuelta por la orilla del pueblo y regresaron al centro sin haber hallado nada anormal. Al cruzar por medio del jardín de la plaza, oyeron un tropel de gente que venía a su encuentro y que les aluzaba con una lámpara eléctrica de mano; dieron el quién vive y ya identificados con el santo y seña, se acercaron a los soldados que eran ellos, los cuales, al mando del Capitán y un Teniente que andaban de parranda, habían oído también el disparo y a enterarse de ello venían.

—Sin novedad, mi jefe —dijo Juan cuadrándose militarmente—. Hubo un disparo aislado que debe haber hecho algún borracho que ya se jué a acostar, porque no encontramos nada.

—¿De modo que hubo un disparo y usted dice que sin novedad? ¿Pos entonces? ¿Qué demonios cuida usted, imbécil? —respondió con voz iracunda Centellas, que venía perfectamente ebrio.

—Pos la repito, mi Capitán, que ya juimos y no encontramos nada.

—Claro que no hallaron nada; porque debe ser alguno de sus compañeros agraristas, que como usted, sólo sirven para emborracharse y escandalizar. Se va usted orita mismo y me trae al que hizo el disparo, o si no, se presenta, arrestado al cuartel.

—Pos iré, mi jefe, pero ya le dije que es muy difícil, casi imposible jallar al que disparó; además —dijo Juan ya amostazado por la injusticia— ¿Por qué no me acompaña usté pa que así se desengañe?

—Y usted ¿quién es pa responderme en ese tono? ¡Idiota! Obedezca órdenes y ya; lo que usted necesita son unas patadas pa que se le bajen los humos y un día de estos yo se las voy a dar.

—Yo no necesito que naiden me insulte ni me pegue pa cumplir con mi deber, porque tampoco doy lugar pa eso; y a usted Capitán, siempre lo he respetado porque es mi superior.

—¡Soy tu superior y soy más hombre que tú, y orita te lo voy a demostrar, desgraciado... A ver Teniente. ¡Desarme a estos! Y usted acompáñeme pa acá, a mí solo, pa que vea que no necesito a nadie para

meterle al orden. —Y daba a Juan, al cual se había acercado al mismo tiempo que hablaba, un tremendo empujón que casi lo hizo caer por tierra y le tiró su sombrero ancho.

—Capitán, —dijo Juan indignado— ¡No me vuelva a empujar porque me obliga a defenderme! —Y retrocedía esquivando al Capitán que trataba de acercársele.

Ya Juan se había dado cuenta que aquel iba a ser un duelo a muerte y que la intención del Capitán era provocarlo hasta lograr una reacción en Juan que disculpara el asesinato; por eso trataba de retirarlo de los soldados, para tener cuando menos en un momento dado menos enemigos cerca.

—Pos eso quiero, —contestó el Capitán tratando de cogerlo por un brazo— a ver si eres tan hombre como dicen, hijo de... —y desató sobre el rostro de aquél una cruel y tremenda bofetada.

Eso fue el final; cuando Juan se levantó del suelo, a donde lo había derribado el brutal manazo, ya traía en la mano la pistola que tontamente le había dejado el Teniente al esculcarlo. Ya era tiempo, porque el Capitán le había principiado a disparar. Con un salto de gamo, como si fuera de resorte, se refugió Juan tras de un pilar del portal a donde habían llegado a los empujones y disparó a la sombra de donde veía salir la chispa de los disparos. Una, dos, tres y más veces apretó el llamador, hasta que vio a la sombra dejar de hacer fuego y desplomarse.

—Teniente, —alcanzó apenas a gritar el Capitán— maten a ese perro que ya me tiznó…

Alcanzó Juan apenas en un movimiento maquinal y rapidísimo a sacar el cargador gastado a medias y meterle uno lleno de parque, cuando ya las balas de los soldados que le disparaban acercándose, retachaban contra el pilastrón tras del que se había refugiado; a ciegas, a rumbo, orientándose sólo por los fogonazos, contestó el fuego logrando que los

soldados se detuvieran y viendo que la calle de detrás del portal estaba libre, decidió jugar su última carta, que era lo único que lo podía salvar. Veloz como un relámpago dobló por la calle y sin disparar para no orientar a sus perseguidores, huyó a todo correr, seguido por el tropel de los soldados que disparaban a ciegas y entre los que se alcanzaba a oír la voz del teniente que pedía el reflector.

Corrió Juan en zig-zag hasta la esquina siguiente y para parapetándose tras ella, disparó sobre la calle los cartuchos que le quedaban; sintió más que vio, que los soldados se detenían a buena distancia de donde él se encontraba; quebró la esquina y ya en plena carrera, echó mano del último cargador que le quedaba y que de un golpe encajó en la culata de su treinta y ocho súper y doblando de nuevo la otra esquina que pronto alcanzó siguió a toda carrera hasta la orilla del pueblo, mientras escuchaba el tropel de los soldados que se iban quedando atrás y que ya sin orientación, habían dejado de disparar.

A pesar de la obscuridad tan cerrada, se daba bien cuenta por dónde iba, por conocer demasiado el terreno; brincó un lienzo de alambre del corral de don Trino Mora y atravesando un barbecho llegó hasta la orilla del arroyo que como a medio kilómetro del pueblo, medio rodeaba éste; lo atravesó con el agua hasta las rodillas y ya en el otro lado se paró un momento a respirar; miró hacia el pueblo, vio unas luces y escuchó el ladrido de los perros, lo que le hizo comprender que los soldados los buscaban entre las casas de la orilla del mismo.

El corazón con sus brincos casi lo ahogaba y sentía que sus palpitaciones le llegaban hasta la garganta; estaba sudoroso, jadeante y a pesar de que soplaba un airecillo frío de noviembre, sentía arder su cuerpo y una sed abrasadora le escocía la garganta y la boca. Entonces se palpó todo el cuerpo… ¡No! No tenía nada, estaba ileso… nada, nada le dolía… había sido una suerte que el teniente y los soldados no trajeran

lámpara y no hubieran recogido la única que llevaba el Capitán, porque entonces lo habrían blanqueado como a un venado en fuga.

De momento pensó refugiarse en "mesa de los guayabos" donde tenía tantos amigos; pero luego pensó que ahí sería la primera parte donde lo irían a buscar y siguió por rumbo opuesto.

Todavía corriendo, pero más calmado, siguió rumbo al cerro de San Miguel.

Ladereando ese cerro llegó hasta la Barranca de los Membrillos; andando ya al paso, pero todavía de prisa y fuera del camino y atento al menor ruido, parándose a orientarse de trecho en trecho, venteando como los venados, seguía al darse cuenta que iba por el rumbo que había pensado tomar.

Tercera parte

EL PRÓFUGO

I. Pancho Pistolas

Alboreaba en el Oriente cuando llegó Juan al Rancho de "Las Avispas" que está entre las altas cumbres que cierran el Valle al poniente, en el puerto que se forma entre el Cerro Chato y el de Troneras.

Antes de aproximarse a la casa del rancho donde vivía un viejo amigo suyo y de su padre, Francisco Vázquez, alias "Pancho Pistolas" a quien iba a pedirle asilo, se sentó sobre una gran piedra, desde donde dominaba todo el panorama; le calaba ya el frío a pesar del gabán que llevaba embrocado, porque no llevaba el sombrero que había perdido en la refriega y la ropa humedecida por él sudor de la larga carrera, sentía que se le pegaba helada al cuerpo.

Contempló durante un momento la hermosa perspectiva; clavó por un rato la mirada en el pueblecillo que se veía allá abajo, casi esfumado por el humo que saliendo de las casas formaba una tenue nube sobre él. Lo veía con tristeza, pensando en que tal vez no volvería jamás a estar en él. Y ahí estaban sus hijos, sus tierras, su hogar y sus deberes y ahí había dejado enterrada a su Nico; allá abajo había dejado sus penas, sus alegrías, todo un pasado, toda una vida y ahora se enfrentaba a un porvenir incierto y negro. ¡Y todo por culpa de ese estúpido Capitán que se había obstinado en perderlo! Y que ahora sólo Dios sabría si estaría muerto, porque de eso sí estaba él seguro, que lo había tocado con varios balazos, ya que cuando él arrancó, el otro ya no se quejaba ni se movía.

Había oído decir desde cuando era chico y después varias veces tuvo oportunidad de comprobarlo, que al cazador se daba cuenta, aunque no lo viera, por un sexto sentido inexplicable, como si lo sintiera, cuando tocaba la pieza que trataba de cobrar y él ahora había experimentado esa extraña sensación cuando disparó sobre su agresor; recordaba además el grito angustioso del Capitán, que al final casi se le apagó en la garganta.

¡Bueno! Y si así fuera... ¡Él lo había querido! ¡Lo había pedido a gritos!... Para él significaba también la perdición, lo comprendía

demasiado… Pero no había podido obrar de otra manera. ¡Y si otra vez lo abofeteara, otra vez lo mataría! Porque algo dentro de sí le decía que el Capitán había muerto.

Y ahora él estaba ahí, sin hogar, sin amigos, prófugo de la justicia, como un malhechor, víctima también de esa violencia que tanto había temido y había odiado, juguete de ese destino implacable que lo había perseguido toda su vida, que se cebaba sobre él como una maldición y que ahora lo arrojaba al abismo.

De ahora en adelante sería como uno de esos coyotes perseguido por la jauría, como lo fue su padre… ¡Quién sabe por qué maldición que pesaba sobre su raza!

Todo había sucedido sin él desearlo, casi sin apenas darle tiempo a pensarlo, inexorablemente; él no había sido sino un instrumento del Destino... eso ahora lo llenaba de serenidad, porque no se sentía verdaderamente culpable, porque de nada lo acusaba su conciencia... porque había matado para no morir.

Pero eso, también lo sabía, en nada mejoraba su situación; tendría que huir hasta donde le alcanzaran sus fuerzas, con sus hijos y la hermana a quien tampoco podría abandonar.

Se andaría por esos rumbos mientras se le presentaba la oportunidad, cuando ya más calmada la cosa, pudiera sacar a la hermana y los muchachos con menos riesgos.

Pero entregarse no podía, aunque lo deseara, porque eso significaba una muerte segura.

La adversidad se cebaba de nuevo en él como lo había perseguido toda la vida, como había perseguido a su padre hasta llevarlo a la horca, a la muerte infamante y como quizá a él también lo llevaría, al final de esa aventura desgraciada en la que ahora estaba embarcado.

Volteó a mirar rumbo al rancho que allá en una loma al borde de un robledal se destacaba con su única casa de adobe, de la que se escapaba

una delgada columna de humo azulado, testimonio de la actividad de la ama de casa, rodeado de unos tejabanes y de una cerca de piedra.

Quedó indeciso en si llegar hasta el rancho, o esperar a que saliera Pancho y abordarlo donde nadie los viera para poderle hablar.

La suerte vino en su ayuda: desde donde estaba, que era un altozano que dominaba una vasta extensión, vio a Pancho, que no podía ser otro, salir de la cabaña y encaminarse al corral, de donde salió a poco montado a caballo, y a buen paso del animal, tomó el camino que llevaba al pueblo. ¡Sí! ¡Era Pancho! Lo reconocía más que nada, por el caballo tordillo que siempre montaba.

Era "Pancho Pistolas" que todos los domingos, como ahora, bajaba al pueblo a oír misa y a comprar el pedazo de carne que colgaba del zarzo, se conservaba dos o tres días, para darle sabor al caldito.

Ágil descendió Juan del montículo por una vereda que daba sobre el camino y escondido entre unas ramas esperó; a poco las pisadas del caballo resonando sobre las piedras anunciaban la proximidad del jinete; al salirle al camino, Pancho se sorprendió; paró el caballo con un jalón de riendas y con un movimiento instintivo quiso echar mano al machete que terciado sobre la montura llevaba, pero reconociendo a Juan al instante, soltó una franca risotada peculiar de él y le dijo, ya en son de broma:

—¡Caray, don Juan! Si quiso asustarme, ¡vaya que lo consiguió! Pero amigo, ¿qué diantres anda haciendo a esta hora por aquí, y sin sombrero? No me diga que se levantó en armas… —y seguía riendo.

—Por poco le atinó, don Pancho; —respondió Juan— venga que quiero hablarle; pero será mejor que nos salgamos del camino porque no me conviene que me vea naiden.

Echó pie a tierra Pancho y cabestreando su caballo, se internó con Juan entre los matorrales que bordeaban el camino y en un claro del bosquecillo de cazahuates hasta donde se habían adentrado, hicieron alto.

—Don Pancho, —principió Juan a explicarle— lo que me pasa es muy grave; acabo de topar con el capitán Centellas allá en el pueblo y estoy en que lo maté; de milagro me les pude pelar y venirme pa acá al gallazo y en el pachón que me dieron, pos ya ve, les dejé hasta el sombrero, y si no les dejé el jorongo es porque no me dieron tiempo a quitármelo. Me vine pa acá porque me acordé de usté y ora quero que me diga si es que me quere ayudar; pero francamente, como yo sé que es usté, don Pancho, que no se anda con rodeos; si usté cre que no le conviene, pos nomás me dice y yo me voy sin disgustarme y sin comprometerlo. Ni los soldados ni naiden saben pa qué lado agarré; naiden me vio y yo creo que por aquí no me hacen ni me buscarán... pronto al menos, así es que usté me dice: yo sé que esto es un compromiso pa usté, por eso quero que me conteste con toda franqueza...

—De modo, Juan, que se echó al pico al Capitán ése, rayos o truenos o centellas, qué sabe Dios cómo era su apelativo; pos yo creo que si no ha sido usté, hubiera sido otro, porque la verdá ese amigo era muy abusón. Ya eran varios paisanos los que había golpeado y estaba muy mal impuesto; a mí me quitó un día la pistola sin motivo y tuve que darle un buen trancazo de dinero pa que me la regresara; la verdá que si no juera porque usté anda comprometido le diría que me alegraba del suceso; la verdá es que a ese amigo le gustaban los pesos a cuatro reales y a todos los rancheros nos vía como basuras..."Bueno, don Juan, hoy por usté y mañana quén sabe si por uno…" Quédese aquí, que pa que den con usté les va a costar trabajo; ya lo sé que esto me compromete; pero al fin y al cabo no he de morir de parto y los amigos pa eso son, pa cuando se necesitan... y yo soy su amigo, don Juan, porque usté también me ha demostrado serlo y quero ora pagarle los muchos favores que le debo, porque como dice el dicho: "pagar es corresponder". Quédese sin cuidado que yo le tendré al tanto de lo que pase en el pueblo y si nos descubren, pos ay Dios dirá; al fin que yo ya estoy viejo y no tengo hijos y el "cuarto de hora que me falta donde quera se los acabalo".

Así era este don Pancho; un ranchero cincuentón, grandote, fornido, franco y hablador, con un corazonsote más grande todavía que su cuerpo, amigo a carta cabal y muy macho.

* * *

El optimismo de Pancho acabó por contagiarlo; cuando menos ya tenía un refugio y un amigo fiel que le ayudara, cuando hacía unos momentos se sentía solo en el mundo frente a su desastre.

Convinieron en que mientras se orientaban mejor, Juan se escondería en el robledal que estaba como a media legua de ahí, hacia arriba, rumbo a lo alto del cerro y que a nadie participaría don Pancho ni de su presencia y menos de su escondite, ni aún a los parientes de Juan, hasta no ver cómo se ponía la cosa; porque de seguro ahora el gobierno estaba vigilando todos los movimientos tanto de su hermana como de su padrino.

En seguida lo llevó don Pancho hasta una cueva que estaba a medio bosquecillo, en pleno robledal, junto a un peñasco; de ahí alcanzaba Juan a dominar hasta media cuesta hacia abajo y por el otro lado podía ver tanto el rancho como los caminos; el que venía de Coyotes y el que bajaba de Troneras.

Al ver Pancho que el prófugo le alargaba un billete, haciéndole el encargo de que le trajera un sombrero y provisiones, le dijo:

—¡No hombre, Juan! Guárdese su dinero; si me hace falta,

ya le pediré yo; pero orita no lo necesito.

Se despidió el ranchero con la promesa de que tan pronto regresara del pueblo volvería a informarle y Juan se quedó solo con sus pensamientos.

Se dedicó entonces a estudiar y reconocer su refugio: era una oquedad natural; pero que en partes parecía agrandada por la mano del

hombre; que estaba excavada parte en la roca y parte en la tierra de un montículo, que era rematado hacia arriba por un enorme peñasco. La entrada, que era pequeña para apenas permitir el paso de un hombre agachado, estaba casi cubierta por ramazones y matorrales que la disimulaban, elevándose como a un metro del nivel del suelo. Tupidos grupos de árboles viejos y frondosos ocultaban todo aquello, que estaba situado en pleno monte, haciendo casi irreconocibles los senderos que hasta allí conducían.

Hasta la boca de la cueva llegó Juan no sin cierta dificultad; todo le agradaba; su situación, el calorcillo que dentro se sentía, lo bien disimulada que estaba la entrada; pero lo que más le confortó, fue ver desde la posición dominante en que estaba, un arroyito que abajo y por el lado opuesto al que él llegó, serpenteaba entre los robles y los peñascos como a cien pasos de distancia.

Hacia allí se encaminó, y en él mitigó su sed y refrescó sus miembros fatigados.

Lo único que le desagradó un tanto, fue el olor pestilente y penetrante a murciélago que salía del fondo de la cueva. ¡Pero claro que no iba a querer estar ahí tan cómodo como en su casa!

Al borde del arroyo y bajo la sombra de los árboles se recostó; sobre la muelle alfombra de hojas y zacate, estiró sus miembros cansados y reposó un buen rato. A poco, cuando el hambre le apretó, no hizo más que estirar el cuello y llenarse de nuevo el estómago de agua, con lo que pudo engañar el hambre. Después, cansado de estar acostado, aburrido, se levantó; sentía que por momentos el sueño lo rendía y no quería quedarse dormido en ese lugar, por lo que subió hasta su refugio y ahí se acomodó lo mejor que pudo, poniéndose su gabán de cabecera, y se durmió.

Despertó poco después de mediodía, se medio incorporó y siguió meditando en su suerte, por no tener otra cosa que hacer, cuando oyó

un ruido hacia abajo, por el lado de donde debía venir Pancho. Era él, que como a treinta pasos de ahí venía buscándole con la mirada por todas partes.

Lanzó Juan un silbido agudo y prolongado que fue apagando lentamente, volteó Pancho hacia él y estalló su risa franca y jovial.

—Bájele pa acá, que yo ya estoy viejo pa subir —le dijo—. Ya me estaba alarmando de no verle, Juan, no se duerma, que aquí debe tener "ojo de gavilán, oído de coyote y pata de venado".

—Estaba muy desvelado, Pancho, y no pude aguantarme; no había pegado los ojos pa nada desde ayer. Bueno: ¿Y qué hay por ay?

—Pos la cosa está de los demonios, Juan; el Capitán quedó bien muerto en el mesmo sitio; le "jerraste" tres balazos...

—Lo presentía como si lo hubiera visto. —Dijo Juan entre dientes.

—Le "jerrastes" cuatro, pero de uno lo libertó el reflector que traiba en la centura, que desvió la bala y quedó hecho pedazos; pero pal caso daba lo mesmo, que con los otros tres quedo bien servido; tus gentes están bien; como quen no quere la cosa me informé sin despertar sospechas; catearon la "casa de ejercicios", la tuya y la de tu padrino, buscándote.

Por eso, pensaba Juan, porque le había roto la batería, fue que no lo pudieron aluzar cuando huyó.

—Bueno, —prosiguió el ranchero— dicen que ya viene mucha tropa de Atotonilco y el General en persona, que está muy disgustado, porque aparte que le tenía cariño al muertito, —que en paz descanse— tus enemigos han hecho aparecer la cosa como que la hiciste por cuenta de Arias y que tú eres de su gente y por eso viene él mesmo en persona: a acabar con Arias, contigo y con todos sus bandidos. Lo esperaban pa hoy mesmo en el pueblo; pero todavía cuando yo me vine no había llegado naiden. Como ves, —siguió diciendo cariacontecido— la cosa se está poniendo de la trompada.

—Bueno, —respondió Juan en tono decidido— ¡Pos qué le vamos a hacer! Ora ya no me queda más que darle hasta salir a la orilla; última hora tenía pensado durar un tiempecito por aquí en mientras se enfriaba la cosa tantito y después entregarme a las autoridades; pero ora veo que eso no se va a poder; criminándome como lo han hecho los que me queren hacer aparecer como un bandido, si me entriego, ni me dejan defenderme ni me juzgan conforme a la ley, sino que me matarán como a un perro. Si me dejaran, yo les podría probar que obré en legítima defensa y de eso son testigos tanto los muchachos que andaban conmigo, como el Teniente y los soldados que se dieron cuenta de todo..., pero ansí no me puedo entregar y pa que me agarren les va a costar trabajo; me andaré por aquí como un lobo que pelea acosado y muerde a sus perseguidores y si me dan tiempo, les pelearé hasta que se me agote el último cartucho.

Se había parado Juan, estaba erguido, transfigurado; con la cabeza levantada, la mirada brillante y la mandíbula contraída; toda su figura era en esos momentos un magnífico desafío a su suerte; era la estatua misma de la violencia, de esa violencia que a veces y a pesar de él, se apoderaba de su sangre y de su voluntad, rescoldo del atavismo de los indios sanguinarios y guerreros de los cuales descendía. En su desesperación, se enfrentaba corajudo a su Destino, a ese miserable Destino que se había empecinado en hacer de él un malhechor.

—Pos ta bien, Juan; yo lo que le prometí se lo cumplo.

Había dejado Pancho sobre un tronco de encino caído lo que llevaba encima; un sombrero y una árgana con queso, galletas, tortillas y pan.

—Mire; esto es lo que pude trairle de momento; mañana temprano aquí nos vemos pa trairle más bastimento. Pa darme a reconocer le echaré un chiflido y usté me lo contesta de modo que no lo vayan a sorprender. Tenga paciencia, Juan, y no vaya a hacer una barbaridad, al fin que dicen por ay "que donde todo falta Dios asiste".

Lo vio ir y perderse entre los árboles y se quedó pensativo, preocupado por las malas nuevas que acababa de recibir. ¡Malo, muy malo lo que le había pasado con el Capitán! Pero, eso tal vez algún día podría haberlo arreglado; pero más malo aún que lo criminaran como a un bandido, porque eso venía siendo como su sentencia de muerte…

II. A solas con Dios y su conciencia

Por la noche lo molestaron mucho los murciélagos; aleteaban sobre su cabeza gritando estridentemente, como protestando por la presencia del intruso; pero al fin en la madrugada lo venció el sueño y pudo quedarse dormido.

Temprano llegó don Pancho Pistolas; le llevaba unas "gordas" retacadas de frijoles; unos cerillos para que prendiera lumbre y un bule para que guardara agua. Le dejó todo y se fue rápido al pueblo a enterarse de lo que pasaba.

Después de comerse con avidez las "gordas", dio Juan un largo paseo por el robledal para desentumirse; éste era extenso y como todavía no soltaba la hoja, se veía verde, alegre, fresco y se respiraba con el airecillo de la mañana un olor agradable a resina y verdor.

Reconoció todas las salidas, todos los puntos accesibles para evitarse una sorpresa; buscó los puntos débiles de su guarida y quedó satisfecho al llegar a la conclusión, que sólo por la parte de atrás podía alguien llegar sin que él se diera cuenta y siempre que aquél fuera un conocedor del terreno.

A punto de mediodía volvió don Pancho; tenía muy malas noticias; a poco que él hubo salido del pueblo, un día antes, habían llegado dos trocas cargadas de federales con el mérito General al frente. Todo el pueblo estaba sobre las armas y le habían puesto precio tanto a la cabeza de Arias como a la de Juan. Según decían, el General había ofrecido mil pesos al que los entregara vivos o muertos. Se habían dividido los soldados en grupos y ya lo andaban buscando por los cerros, guiados por gente de la región. Había, pues, que tener mucho cuidado y no debía salir él para nada de su escondite, porque era muy probable que no tardaran muchos días, horas tal vez, en aparecer por esos lugares.

El resto del día lo pasó Juan cavilando, encerrado en su cubil.

Le desesperaba, más que todo, la inactividad a que se veía obligado, él, que estaba acostumbrado a no estar nunca inactivo.

Llegó la noche; una de esas noches de noviembre, límpida y con una luna casi llena que inundaba de un resplandor lechoso todo el monte.

Juan no podía dormir y optó por levantarse; trepó hasta lo alto del montículo donde estaba excavada la cueva y desde ahí se puso a contemplar el majestuoso panorama.

En el cielo claro, luminoso, la luna cruzaba el cenit con paso de reina; una que otra estrella, como tiradas al azar por la mano de algún artista para decorar el firmamento, brillaban aquí y allá con límpido resplandor, cintilando incansables, como obstinadas en no dejarse opacar por la claridad lunar. Juan las miraba como alelado y las iba reconociendo una a una, ya que desde chico sus nombres le eran familiares: "las cabrillas", "los ojitos de Santa Lucía", "el arado", "el carro", "la campana", "la cruz de mayo" y una que otra más, cuyos nombres ignoraba y que temblaban bajo su mirada absorta.

No se cansaba de contemplar la inmensidad majestuosa del espacio, y en el recogimiento de su alma, propicia en esos momentos a la meditación en aquella hora solemne de paz y misterio de la medianoche, se preguntaba, como tantas veces lo había hecho, si sería verdad que habría algo más allá, algo grande, inmanente y eterno que gobernara el universo y sin la aquiescencia del cual, como decían las Escrituras Sagradas, no se movía una sola hoja de un árbol. Y su cerebro inculto, casi primitivo, no alcanzaba a comprender, a dilucidar, cómo ese Dios omnipotente que gobernaba el mundo, todo amor, todo concordia y todo bondad, podía permitir tanta injusticia, tanta maldad, tanto dolor y tanto sufrimiento... Pero sí, debía haber algo inmenso y sabio que había creado todo aquello: porque toda aquella hermosura, todo aquel cuadro maravilloso que ahora contemplaba más con el alma que con los sentidos corporales y que conmovía todo su ser, no podía haberse forjado al acaso, ni haber salido de la nada.

Allá abajo, el valle parecía envuelto en una tenue bruma que la claridad lunar no alcanzaba a disipar, viéndose las cosas como a través de una gasa sutilísima.

Una quietud inmensa que casi parecía poder palparse reinaba en el monte; el robledal brillaba al ser heridas sus hojas por los rayos lunares... De cuando en cuando un chillido de grillos ponía su nota estridente, para volver después al silencio augusto y profundo en el que se alcanzaba a escuchar algunas veces, hasta el ruido tenue que hacían las hojas de los robles al desprenderse y chocar contra el follaje, al ser arrancadas por rachas ligeras del viento que soplaba. Allá, junto al arroyo, una rana inició por un momento su canto de ríspidos compases, callando luego como si hubiera comprendido el sacrilegio, el crimen de leso silencio que había cometido.

Juan se sentía hechizado por aquella majestad y magnificencia del paisaje... Estaba a solas con Dios y su conciencia; con Dios que nada le decía, con su conciencia que nada le reprochaba... No supo lo que duró en su beatífica contemplación; pero al fin sintió frío, bajó a su cueva y se acostó.

Durante varios días siguieron las cosas en la misma forma: temprano llegaba "Pancho Pistolas", le dejaba el bastimento y las noticias del día, platicaban un rato y se iba; después bajaba él al arroyo y llenaba su bule, daba largos paseos por el bosque, comía, volvía a caminar, dormía la siesta, cosa inusitada para él, esperaba a Pancho que algunas veces regresaba por la tarde y ya obscurecido se acostaba.

Al principio, tanto por las preocupaciones como por lo incómodo del lugar, dormía mal y su sueño era entrecortado por ruidos imaginarios y una noche que lo habían cogido los nervios, se salió de la cueva y se fue a dormir a otro sitio retirado de ahí; pero poco a poco fue cobrando más confianza y se iba acostumbrando.

Un día antes le habían llegado noticias nuevas; "la Federación" andaba cerca de ahí; dos columnas volantes convergían hacia esos

lugares por dos rumbos opuestos; una de ellas había llegado la noche anterior a San José del Monte, distante como dos leguas de ahí y la otra venía bajando desde el Rancho del Potrero hasta donde había llegado y venían levantando hasta las piedras para hallarlo, reconociendo punto por punto. Ya lo habían buscado por la Mesa de los Guayabos, la de los Tanques y la Mesa de Amula, registrando casa por casa, mata por mata, en su afán de encontrarlo.

Aun más sabía el ladino de Pancho; diariamente salían por el camión que hacía el servicio del pueblo a Guadalajara un oficial y un paisano que lo conocía bien, disfrazados ambos, por si se le ocurría tratar de fugarse en esa forma. Todas las defensas de los alrededores y hasta de puntos lejanos, tenían orden de detener a todo sospechoso O desconocido y reconcentrarlo a Totoltlán si no comprobaba plenamente su identidad; con esas medidas y la prima que se había ofrecido sobre su cabeza, creían sus perseguidores que no se escaparía.

En la búsqueda, una columna había topado con la gente de Andrés Arias cerca de "Los Ojos de Agua" y los habían "correteado", aunque sin haber podido coparlos; pero decían que ya les andaban pisando los talones.

A cambio de todas esas malas noticias, le daba una buena: Sigilosamente, sin despertar sospechas, había logrado hablar con su padrino, para quitarle el pendiente, dándole encargo que le dijera a la hermana de Juan, que éste estaba bien, que no tuviera cuidado; sólo eso les había dicho.

Ese mismo día, por la mañana, divisó Juan una polvareda por el camino que bajaba del rancho "El Venado" y que calculó, por lo grande que se veía, que sólo la podían hacer muchos hombres a caballo. A poco los distinguió: eran federales y eran muchos, como treinta; cortaron de la carretera y tomaron rumbo al rancho de "Pistolas" al que llegaron en poco tiempo; desde ahí los podía distinguir ya claramente.

Instintivamente revisó Juan su pistola: estaba en perfectas condiciones; cierto que solamente tenía dos cargadores, pero a más de eso le quedaban como treinta tiros en la carrillera.

Desde su observatorio siguió espiando sin perder ni un detalle.

Desmontaron los soldados y soltaron la caballada, como si se dispusieran a quedarse ahí por mucho tiempo.

Por la mañana no vino Pancho a su escondite con el bastimento, por lo que dispuso para el almuerzo de las pocas "gordas" que tenía y que prudentemente había ahorrado, previendo un caso como ese y engañando sólo el hambre que lo atosigaba, bebió también una buena ración de agua.

Después de mediodía vio que los soldados ensillaban y divididos en dos columnas salían a explorar; entre los matorrales que arriba de la cueva había, tendido boca abajo, tratando de dominar su nerviosidad, esperó.

No pasó mucho tiempo, no supo cuánto, cuando aparecieron a poca distancia de ahí dos soldados que a poco se aproximaban. Descendieron por un lado del montículo y caminaron por medio robledal perdiéndose en la espesura. Todavía no respiraba repuesto del susto, cuando los vio que volvían ahora por arriba de donde él estaba y sobre el arroyo echaron pie a tierra y les dieron agua a los caballos. Sin verlos oía el murmullo confuso de sus voces; luego los vio aparecer como a veinte pasos del lugar donde estaba escondido; casi tembló Juan al pensar que cerca de ahí estaban los restos de la lumbrada donde una mañana antes había calentado sus gordas y la pudieran ver; pero no fue así porque pasaron de largo, sin detenerse y buscando con ojos avizores por todas partes.

Después todo quedó en silencio; permaneció Juan ahí sin moverse por espacio de más de tres horas; no se atrevía a bajar a la cueva, y luchaba con el hambre que le mordía el estómago implacable, masticando puñados de zacate y de hierba que mordía con rabia.

Antes de obscurecer vio que la tropa ensillaba la caballada y salieron cuesta abajo por la carretera que iba hasta el pueblo. Bajó casi corriendo y con desesperación engulló las dos últimas gordas que le quedaban y que le supieron a gloria.

Si no se van y siguen por aquí, pensó, de seguro que "Pistolas" no va a poder traerme algo qué comer; entonces tendré que irme de aquí a cualquier parte, a donde sea, aunque arriesgue a que me "agarren".

Subió de nuevo al montículo, desde donde con ojos avizores y ansiosos espiaba hacia el rancho, esperando ver venir a Pancho. Comprendía que si aquél no venía, era porque el peligro aún no había pasado.

Dos días más pasaron sin que los soldados se fueran del lugar y sin que Pancho pudiera llevarle nada de comer.

Ya lo había decidido; si cuando cerrara esa noche aquél no había venido aún, él se iría; no podía esperar más.

Tenía que correr el albur; valía más morir a balazos que quedarse ahí y morir de hambre. Para entretener ésta, seguía masticando hierbas que le dejaban un sabor amargo en la boca.

A punto estaba de disponerse a partir, cuando oyó el silbido de Pancho y rápido contestó con el suyo: la esperanza renació en su corazón.

—¡Ah, qué caray! —dijo Pancho llegando presuroso hasta él— te has de estar muriendo de hambre, hermano, pero no podía venir; fíjate que los soldados que estuvieron en el rancho me dijeron que iban a llegar otros que venían de los Ramblases y yo espere y espere y los indinos nada que llegaron, hasta hace poco me informaron que cortaron por otro lado y se jueron directamente pal pueblo.

Aparte de eso, yo tuve que esperar a que la vieja saliera a trair agua al ojo, pa poder venirme pa acá y trairte algo que comieras, porque ni a ella le he querido decir que tú estás aquí, no vaya a ser que nos den un

apretón los soldados y ella afloje. ¡Ya ves tú como son las viejas! Y yo nomás estaba con el Jesús en la boca porque no te jueran a encontrar, porque de todos lados te buscaron; y preocupado también de pensar en la hambriada tan bárbara que te estabas pasando; pero no me hacía el ánimo a venir hasta no estar seguro que los "Juanes" estuvieran lejos, porque en esto te vas tú jugando el pellejo y yo una buena "joda" que me pongan.

Juan le escuchaba sin responder, mirándolo apenas y engullendo vorazmente las "gordas" con frijoles que en el árgana le había llevado.

—Ora ya se jueron y creo difícil que vuelvan pronto, —prosiguió— porque de seguro no te hacen por aquí.

Cuando acabó de comer las gordas frías que se le antojaban ricos manjares y después de haber vaciado casi medio bule de una empinada, le respondió ya saciada el hambre y limpiándose la boca con el dorso de la manga:

—Ya me estaba rajando. ¡Ah, chirrión! ¡Qué dura es la hambre! Y yo no creo, como tú dices, que tarden mucho en volver; pa mí, que éstos, al ver que por ningún lado me jallaron, no tardan en volver a buscarme.

Ya lo he pensado detenidamente, Pancho, y me voy de aquí; no puedo esperarme aquí toda la vida cruzado de brazos y nomás esperando a que me agarren y comprometiéndote a ti que no tienes ninguna necesidá de arriesgar el cuero por mí.

—Pos tú lo sabes, Juan; que por mí, si no queres moverte no te muevas, que a mí no Me estorbas en nada. Pero estas cosas nomás tú puedes decidirlas y si es que ya lo tienes resuelto te voy a dar un norte; dicen que por hay, por el cerro de Santa Fe, en las carboneras, están ocupando leñeros; esto queda bastante retirado de aquí y yo creo que hasta allá no te han de ir a buscar; te lo digo por si te conviene, en unas ocho horas te pones allá a buen paso.

—Está bien; voy a aprovechar ora que parece que no andan los "chacos" por aquí y antes que güelvan, esta mesma noche me voy; te

recomiendo mucho que no dejes de informarte cómo anda la bola por allá y cuando yo pueda, vendré a dar una vuelta pa que me informes. Asegún me dijiste tú, mi padrino quere verme, pero yo creo que orita es muy peligroso tanto pa él como pa mí y además, aunque yo no tengo la culpa de todo esto que ha pasado, la verdá que yo no tengo cara pa verlo, porque pa mi mala suerte, siempre le he dado puros dolores de cabeza. Haz tú por verlo y le dices que ya le mandaré yo decir cuándo y dónde nos vemos. Que le encargo mucho a mi hermana y a los muchachos, hasta cuando Dios me permita volver por ellos. Y en cuanto a ti, Pancho, yo sé que nunca te podré pagar esto que por mí has hecho; que Dios te lo pague y espero que algún día podré demostrarte y no nomás con palabras, que soy un hombre agradecido.

Se dieron un abrazo y se despidieron.

III. Las carboneras de Santa Fe

Entrada ya la noche salió Juan con rumbo a Santa Fe, eludiendo los caminos conocidos y transitando por senderos sólo accesibles a las cabras y coyotes. No llevaba prisa, quería llegar por la mañana para no despertar sospechas.

A medida que caminaba, aparte de que el terreno iba siendo desconocido ya para él, la obscuridad se iba cerrando y la caminata se iba haciendo más difícil; poco a poco iba remontando con rumbo a las carboneras, las cuales, según los informes que Pancho le había dado, estaban en lo más alto de la serranía de Santa Fe. Poco a poco también iba cambiando la vegetación y veía él la sombra de los pinos, de las astas, de los encinos y tepehuajes, recortarse contra la negra pantalla de la noche.

Al filo de medianoche estaba ya sobre el gran cerro en donde se encontraban las carboneras, sólo que tenía que dar la vuelta porque quedaban por el lado opuesto al que llevaba. Empezó a caer una lluvia tupida y fina que hizo aún más penoso el caminar, pero que a poco cesó; andaba a pasos cortos, lentamente, con cautela, y a pesar de eso, varias veces estuvo a punto de resbalar y caer en el fondo de algún precipicio; se orientaba sólo por el instinto entre las arboledas y los altos riscos y cuando algún claro del bosque dejaba el firmamento al descubierto, por la posición de las estrellas. Iba por veredas apenas perceptibles y desconocidas para él, subiendo y bajando barrancas y cruzando riachuelos y arroyos secos. Más de una vez oyó el aullido del lobo, lo sabía distinguir muy bien al del coyote, y por un momento lo oyó tan cerca que detuvo el paso y empuñó la automática y hasta vio o creyó ver brillar dos ojos fosforescentes y malignos en la obscuridad.

Ya le habían dicho que por ese lado había fieras. Pero eso a él no lo atemorizaba; se sentía más seguro acá, teniendo que habérselas con las fieras, que allá donde tenía que cuidarse de los hombres.

Hacía buen rato que había perdido por completo el rumbo y pensó sería mejor esperar a que amaneciera para orientarse, que caminar

a tontas. Allá, a lo lejos, se veían unas luces, que ni se imaginaba él qué pudieran ser, pero que era mejor esquivar hasta que no clareara la mañana, para saber a qué atenerse. Entre unas peñas que le resguardaban del viento frío, que soplaba del Norte se acomodó; se cubrió con su poncho y esperó paciente a que amaneciera. Estaba a punto de dormirse, cuando comenzó a vislumbrar una tenue claridad por el Oriente; entonces se convenció que no había errado el rumbo, a pesar de que toda la noche había caminado punto menos que a ciegas.

Las luces aquellas, que por la noche había visto, seguramente eran del campamento de las carboneras; así lo decían las densas columnas de humo que de ahí se veían salir formando en lo alto una espesa nube.

Cuando llegó, el campamento empezaba a entrar en actividad; los hacheros salían, herramienta al hombro, en distintas direcciones a derribar los enormes árboles que debían servir para alimentar los hornos.

En un enorme claro del bosque, estaban prendidos tres grandes hornos que humeaban, y laboriosos, los trabajadores preparaban otros dos más.

Unos hombres lo condujeron con el jefe del campamento, con el que luego, sin dificultad, consiguió trabajo. Necesitaban hombres, eso era todo.

Allí se sentía más seguro; no era fácil que dieran con él sus perseguidores.

Con el nombre de José López le anotaron en la lista de trabajo y con ese nombre fue conocido por todos en el campamento.

Muy de mañana salía con sus compañeros, hacha al hombro y ya para mediodía había terminado su tarea. Y como el trabajo le era familiar, se sentía a gusto en el campamento. Lo difícil no era derribar los enormes palos, sino cortarlos en pequeños trozos, para, que se facilitara la labor de armar los hornos.

Trabajaba Juan intensamente, hachando hasta extenuarse, tratando con el trabajo de distraer su pensamiento de la idea fija que lo torturaba, al recordar su familia y su pueblo. Y el trajinar agotador era un sedante para sus nervios destrozados. Bañado en sudor, extenuado hasta casi caer rendido, regresaba al campamento por la tarde; tomaba sus alimentos que le preparaba una de las mujeres que para eso estaban ahí, se entretenía en cualquier cosa, platicando la mayor parte de las veces con los compañeros que contaban sus amoríos o sus valentías y ya por la noche, después de haber cenado y al calor de la hoguera que encendían para ahuyentar el frío, envuelto en su gabán, se complacía en oír a "Rito el Sayulteco" que acompañado de una guitarra a la que sacaba tristes armonías y hermosos arpegios, entonaba canciones de amor y corridos de bandoleros famosos. Rito había estado en los Estados Unidos y según le contaba a Juan, se había fugado de una cárcel a donde lo había llevado su bravura y el amor de una hembra traidora. Tal vez sería por eso, pero a Rito le gustaban mucho y eran sus predilectas para cantarlas, las canciones que hablaban de prisiones y de crímenes pasionales. Por eso ya sabían también que apenas templaba la vihuela, todos alrededor de la lumbrada, pendientes todos de su voz y de sus manos que casi hacían hablar la "sétima", les decía después de tirar el cigarro que mientras la templaba había prendido y después de echar un suspiro, perdida la mirada en el vacío:

—Con su permiso, hermanos; voy a echarme la mía; hay después nomás me piden.

Y después del arpegio, profundo, vibrante, se escuchaba la voz triste, conmovida, del Sayulteco, que ponía en esa canción, que le traía al alma quién sabe qué penosos recuerdos, todo su sentimiento y todo su corazón.

Preso me encuentro tras de la reja,
tras de la reja de mi prisión;
cantar quisiera, llorar no puedo
los tristes ayes del corazón.

Preso me encuentro por una ingrata,
que de mis amores la fe burló;
también la ingrata me dijo: mata,
también la ira mi mano armó.

Una mañana del mes de enero,
un pajarillo me fue a cantar,
era mi madre, que en forma de ave,
allí sus penas me fue a contar.

Otra mañana salí al jurado,
y en el banquillo se me sentó;
y el veredicto deliberado
a pena de muerte me sentenció.

Pena de muerte pidió el Agente,
mas no me explico lo que sentí;
les aseguro sinceramente
que como un niño me estremecí.

Y no es la barca ni la falúa,
lo que diviso en el ancho mar;
es ese Fuerte San Juan de Ulúa
donde mis penas van a acabar.

Terminaba el Sayulteco de cantar la suya y ya todos los demás estaban listos para pedir las de su predilección y era una sucesión interminable de canciones en las que apenas daban respiro al cantor para fumar un cigarro o tomar una copa, hasta que ya bien entrada la noche, cansado aquél, se retiraban todos a sus chozas y todo quedaba en calma, durmiendo los hombres para reponerse del duro trabajo y estar frescos para reanudarlo al día siguiente.

La paga era poca, casi miserable, y el trabajo era duro; pero a Juan no le importaba, que lo que quería era sólo un refugio donde esconderse de sus perseguidores y como refugio, el campamento le parecía de primera.

IV. Andrés Arias
“El Gavilán”

Así transcurrió un mes; desde algunos días antes sentía Juan el gusanillo de darse una vuelta por el rancho de "Pistolas" para informarse de sus hijos y de los acontecimientos; pero dominaba su ansiedad, porque sabía que tenía que dejar pasar tiempo. Al fin ya no pudo aguantar y un día por la tarde entregó su hacha al jefe de campo, pidió su raya semanal y dando un rodeo para no orientar a nadie del rumbo que iba a tomar, volvió por el mismo camino que hasta ahí lo había llevado, no sin prometerle al jefe que pronto regresaría.

Esta vez, su ansiedad y una luna clara y hermosa que apenas entrada la noche le alumbró, guiándole casi como de día y el conocimiento del terreno, le hizo el camino más corto. Quiso su mala suerte que ya para llegar al rancho, el cielo se encapotara y se desatara una lluvia persistente y fina que calaba hasta los huesos y helaba hasta los entusiasmos, haciéndole el final de la jornada más penoso.

La prudencia le aconsejaba esperar hasta que amaneciera para hablar con Pancho cuando éste saliera de la casa, pero el agua, el frío y más que todo su impaciencia por saber de sus hijos, lo empujaron a cometer la imprudencia, que no era otra cosa eso de llegar a esa hora.

Llegó hasta el rancho y se detuvo por fuera de la cerca; le extrañó que no respondiera nadie a su silbido, a pesar que los ladridos de los perros debían haber despertado a los moradores anunciandoles la presencia de un extraño; volvió a silbar; nada. Esto le intrigó más; brincó la cerca y con paso cauteloso se acercó a la casa; no es tiempo de que Pancho esté en el pueblo, iba pensando, estamos en pizcas y sabía Juan, además, que nunca por la noche se quedaba el dueño fuera. Se fue acercando paso a paso, hablando quedo a los perros por sus nombres que le eran conocidos por haberlos llevado Pancho algunas veces a la cueva. Los perros dejaron de ladrar y gruñendo amistosamente se acercaron a él moviendo el rabo. En la casa había luz, pero todo estaba en silencio; pensaba en qué podía significar todo aquello, cuando

oyó un ruido leve detrás de sí, y al querer voltear echando mano a la automática, vio a dos hombres que lo encañonaban con sendos rifles.

—¡No se mueva, amigo, porque lo quemamos!

Comprendió Juan que era imposible hacer ninguna defensa ya que ni la pistola había alcanzado a sacar y que había caído en una trampa.

Se acercó uno de los hombres, lo desarmó y lo siguió esculcando, quitándole hasta la cuchilla que traía.

No sabía Juan con quiénes había topado; de momento pensó que pudieran ser federales disfrazados o reservistas; pero ni actuaban como aquéllos y al haber sido de los últimos los habría reconocido.

—¡Jálele pa allá! Y no haga por correr porque me lo quebró, —le dijo el otro hombre, mientras lo empujaba con el arma hacia la puerta de la casa.

Pronto salió Juan de sus dudas. Cuando se abrió la puerta, hasta donde lo habían llevado los dos hombres sin dejar de encañonarlo, apareció en el marco la figura de un hombre que al instante reconoció; era el mismísimo Andrés Arias, que al reconocerlo a su vez, esbozó en su cara una sonrisa de triunfo. Llevaba éste dos carrilleras llenitas de parque cruzadas sobre el pecho, chamarra de cuero, sombrero ancho estilo alteño y pantalón de mezclilla casi nuevo. No pasaba de tener treinta años.

—Pásele amigo, —dijo éste sin dejar de sonreír y expresando en su cara blanca y barbicerrada una maligna intención—. Mala hora escoge para hacer sus visitas —y se hacía un lado de la angosta puerta para hacerle lugar a que pasara— y si no me equivoco es "Juan Cercas" en persona el que nos ha caído como mandado del cielo.

De un solo vistazo, al entrar al cuarto, se hizo cargo Juan de la situación: Pancho y su mujer estaban arrinconados a un lado de la choza, sobre una cama, cuidados por un hombre que sentado sobre un banco de palo, tenía una arma larga sobre sus rodillas. Otros dos hombres estaban por un lado de la puerta por donde acababa de entrar.

No tuvo mucho que pensar Juan para comprender que había caído en poder de Arias y su cuadrilla de bandidos.

Su imprudencia y su mala suerte le habían jugado otra mala pasada, echándolo como un corderito en manos de aquel hombre tan temible.

—Siéntate, Juan, —le dijo Andrés empujándole con el pie un pedazo de madera, al tiempo que se metía al cinto la pistola de Juan que acababa de entregarle el hombre que lo desarmó—. No necesitas decirme quién eres, porque todos en la región conocemos al famoso "Juan Cercas" y muchas veces te vi en el pueblo donde yo me paseaba muy a gusto mientras el Gobierno me buscaba por los cerros —y soltó una estruendosa carcajada— y me cay a copas haberte encontrado, porque ora estamos los dos caballo a caballo, porque ora, Juan, los dos semos asesinos y bandidos y a los dos nos persigue el Gobierno. ¡Y mira nomás! ¡Quién me iba a decir que este "Juan Cercas", tan zorro, me iba a caer en las manos, como un pichoncito! ¡Y vaya que era el que menos esperábamos! Pos ya te hacíamos muy lejos. Pero no cabe duda que como dice el dicho, "rodando las piedras se encuentran". Y pa que no digas como otros por ay que Andrés Arias es un desalmado, que mata por gusto, quero que tú mesmo te juzgues: yo no voy a hacer contigo, ni más ni menos que lo que hubieras hecho conmigo si me hubieras agarrado ora que me andabas persiguiendo. Así que quero que me digas como los meros machos, qué es lo que hubieras hecho conmigo si me hubieras antecogido por delante —y reía con su risa maligna, esperando la contestación de Juan.

Este le había oído calmadamente; le había desagradado la voz ladina, de falsete, del bandido, casi tanto como la amenaza que encerraban sus palabras. Sabía, además, que sólo echando mano de toda su serenidad tenía algunas, aunque muy pocas, probabilidades de escapar con vida de ese difícil trance. Desconfiaba de Andrés, sabía lo sanguinario que era y más que debía estar resentido con él por las dos o tres correteadas

que le había dado. Recordaba los consejos de su padre que una vez le había dicho: "No te fíes de hombre ladino, de caballo pajarero, ni de mujer zalamera, porque te engaña la indina, el hombre te pone un cuatro y el caballo en cualquier rato, te echa por un voladero".

Por un momento sostuvo la mirada fría, cortante, de Andrés, y luego le contestó con calma:

—Yo también te conozco, Andrés, por retrato y dos o tres veces que te vi en el rancho de La Florida donde tú vivías antes que te vinieras pal cerro y te voy a contestar lo que me preguntas: si te hubiera agarrado, no habría hecho contigo más que lo que habían ordenado: Te había tronado.

Casi brincó Andrés del banco donde se había sentado enfrente de Juan: todo se esperaba, menos esa contestación.

—Así me gusta, Juan; que hables como los hombres; "quel ques gavilán no grita, nomás aprieta las uñas". Y creo que no me echaron mentira cuando me dijeron que eras hombrecito; en fin, ya veremos a lora de lora.

Se acercó a Andrés en ese momento uno de los que estaban recargados en la puerta y hablándole unas palabras al oído lo sacó afuera del jacal. No tardó en volver, se sentó de nuevo, se quedó un rato pensativo y al final le habló.

Sabía Juan que de esas palabras iba a depender su vida.

—Mira, Juan; aunque tú hace poco andabas tras de mí que te las pelabas, no te guardo rencor porque ese era tu papel; pero ora que andas como yo, de coyote, te voy a demostrar quén es Andrés Arias. Vente con nosotros, que con el hecho que haigas matado al "méndigo" ese del Capitán, ya estás entrado conmigo y el questé contra el Gobierno está de mi lado; vente con nosotros; pero si no queres jalar pa donde nosotros estiramos y pa demostrarte que no soy como me pintan esos desgraciados, pos entonces vete pa donde tú queras y que Dios te acompañe.

Se acomodó Juan sobre el tronco que le servía de asiento y con las manos escurría el sombrero ancho que se había quitado al entrar; meditaba su contestación; sabía que Andrés estaba mintiendo al decir que lo dejaría ir, porque lo conocía de sobra y si no se unía con ellos no saldría de ahí con vida; comprendía también que si le hacía la proposición de que se uniera con ellos, era porque andaba escaso de gente y sobre todo de gente de calidad que le ayudara; con el Gobierno encima, en esa persecución que no le daba respiro ni cuartel, había tenido varios encuentros con los federales, que le habían dejado reducido sus efectivos a los cinco hombres que ahí se encontraban y necesitaba gente, sobre todo gente decidida y conocedora de la región.

Tenía que decidir rápido; de momento no se podía negar a unirse con Andrés, porque sería lo mismo que firmar su sentencia de muerte; tampoco podía hacerse de su partida de verdad, porque todo podría ser él, menos un salteador, un bandido; antes que eso se entregaría a las autoridades aunque lo mataran; pero él no podía robar a la pobre gente el producto dé su trabajo, ni asesinar a inocentes que no pudieran defenderse, como lo hacía Andrés; lo sabía bien, no tenía sangre para eso. Pero debía ganar tiempo fingiendo aceptar y en la primera oportunidad escaparse.

Midiendo sus palabras, como pensándolas, las dejó caer una a una:

—Está bueno, Andrés; yo ora, como tú, estoy juera de la ley; ora semos iguales, como tú dices y te agradezco que me brindes esta amistá de amigo; y si yo te perseguí alguna vez, es porque ese era entonces mi deber, pero ora es otra cosa; los dos debemos de ayudarnos, porque nos conviene y yo estoy por completo a tus órdenes. Yo ya le había dicho a Pancho que tenía ganas de hablar contigo pa eso —nunca creyó que podría mentir con tanto aplomo.

—Pos ese canijo de Pancho no me había dicho nada —y lo miraba duramente.

—Pos es que no me habías dado tiempo y como yo creiba que ya Juan no iba a volver, no tenía caso decirte; la otra vez nomás llegaste, me arrancaste los centavos y te juites y ora parece que venías "enyerbado", porque ni hablar me dejates. Pero ora ya lo sabes y diciéndotelo él, es mejor que si yo te lo hubiera dicho.

—Bueno, Juan, pos no hay más que decir, te vienes con nosotros. Tú eres muy hombre y yo también lo soy y ya juntos, los "pelones" no se las van a comer muy tiernas. Toma tu cuete —añadió devolviéndole la pistola— ora nos quedamos aquí a dormir porque esta noche no está pa andar andando y mañana ya veremos. ¡Ora muchachos! ¡Traigan tequila pa festejar al nuevo compañero! —dijo a los que estaban en la puerta—. Y ustedes, —siguió diciendo a don Pancho y a la mujer— bájense de allí que parecen gallinas en estaca; y usté, mujer, háganos una olla de café o canela, lo que tenga, que nos vamos a pasar toda la noche de vesita; digo, si los "pelones" nos dejan, porque has de saber, Juan, que ya nos andan pisando la sombra; ayer nos dimos un entre en "La Agua Caliente" y me tumbaron tres. Pero yo creo que en pelo no se jueron, ¿verdá Pedro?

—¡Qué en pelo ni qué ojo de hacha! Si yo juí el menos y me tumbé dos. Bueno, ¡pero échense un trago!

Cogió Juan la botella de tequila que le ofrecía y le dio una buena empinada. La pasó luego a Andrés.

—Bueno; —dijo éste brindando— por todos; que no nos vayan a tiznar los pelones.

Y después de tomar seguía riendo con su risa que en ratos se le antojaba a Juan burlona.

Aquel Andrés era buen conocedor de los hombres, —pensaba Juan— sabía bien que él no podría traicionarlo.

Le volvió aquél la botella.

—Ándale, Juan: que el que no asegunda no es labrador. Esta botella nomás es pa nosotros, los demás que traigan otra.

Volvió Juan a repetir el trago grande que le hizo gorgoritos en la garganta y a media voz, casi ahogándose, le dijo:

—¡Y como que lo train bueno!

—¡Ya lo creo, si es mezcal de punta! Lo agarramos hace dos días de la taberna de Chapulines. Y hay trayemos más, "por lo que el tiempo encoja".

Se acomodaron como pudieron y empezaron a platicar de hombradas, hechos de armas que en su vida les habían pasado.

Pancho tenía la vara: les platicaba cuando se fue para el norte con los villistas; y era tan buen narrador que los tenía a todos con la boca abierta; alternaban un buen trago de tequila con una taza de café bien caliente, y seguían platicando plácidamente de su vida, como si no la trajeran todos en un hilo.

De vez en cuando se asomaba Andrés a la puerta y largaba un aullido largo y prolongado que el más conocedor hubiera tomado por el de un coyote, que a poco era contestado por otro igual.

Recordó Juan, que cuando él llegó a la casa lo había oído, y él también se había engañado. ¡Y vaya si conocía el aullido de los coyotes!

—¡Este diablo de Lipe no se duerme nunca! —decía Andrés entrando satisfecho— llévale un trago de vino, Cleofas, —dijo al que estaba en la puerta— antes que se acabe la botella.

Se levantó el aludido tambaleándose; a las claras se veía que estaba bebido.

—¡Ora sí que me llevó la… —dijo Andrés en voz alta— este ya se encuetó; este imbécil ya se emborracha hasta con leche de coneja... O tal vez tenga por ay una botella escondida. ¿No Cleofas?

—No, jefe; es que soy muy débil pal vino; —dijo éste humillando la mirada.

—Y si eres débil ¿pa qué tomas, zopenco?; ¿qué no sabes que necesitamos estar enteros en cualquier rato por si nos llegan los

"pelones"? A ver, —dijo parándose y agarrando a Cleofas por el cuello, que asustado no hallaba qué hacer y que casi no podía sostenerse sobre sus piernas—. A ver, Luis, tray la botella de la que están tomando tú y este infeliz de Cleofas. ¡Traila, porque si no los mato a los dos aquí mesmo! —y le temblaba la voz de ira.

—Yo no traigo nada; dijo presto Luis. —Este Cleofas la tiene.

—Bueno; pos orita mesmo van a relevar a Lipe y que se quede Cleofas de centinela; ¿oyiste Cleofas? Y mucho cuidado con querer hacerme tarugo y sigas bebiendo, porque ya te puedes componer —y a empujones lo echó para afuera del jacal.

A poco rato volvió Luis acompañado de Lipe; venía éste calado hasta los huesos y temblando de frío.

—¡Ah, jijo! ¡Qué frío hace hay ajuera! Y no es tanto el frío que hace, sino que uno se entiesa de no poderse mover en el lodo. Ese Cleofas va bien bútago. Valía más que lo dejaran mejor aquí, porque si se echa otro trago se duerme y pa nada sirve.

—Si se duerme, ¡lo mato! —dijo Andrés cortante— nosotros necesitamos quén nos cuide y no tener que andar cuidando borrachos cansados.

Volvieron a la plática que se había interrumpido con el incidente.

—Pos, como les decía, —siguió Pancho— ese combate de Zacatecas, jue el más sangriento de todos en los que me tocó estar. A mi general Natera se le hacía muy fácil tomar la plaza y si no es porque todos nos resolvimos a morir y por la matanza que nos hicieron y que les hicimos, pos la verdá que sólo Dios sabe si no la hubiéramos tomado. La brigada de mi general Calixto Contreras atacó por el rumbo del Hospital, por el lado de la vía del tren y de día y de noche cargamos sin lograr avanzar un solo paso y eso que los cañones de mi general Ángeles los estaban haciendo pedazos desde las alturas. Al cabo de dos días nos dieron órdenes de entrar a Zacatecas a como dieran lugar y a

sangre y fuego, peleando, peleando cuerpo a cuerpo, con bayonetas, con cuchillos, a culatazos y hasta a mordidas, los juimos echando pal centro; allí estaba ya la gente del cura Triana que se les había metido por el lado de Guadalupe y la de Urbina que había atacado por el lado de la Bufa. Todo aquello era un tenderete de muertos por las calles y pa caminar tenía uno que pisar sobre ellos. Hicimos montones con ellos y los quemamos, porque no se pudo dar sepultura a todos.

—Y no atestigo con muertos —decía Pancho tomando un respiro. Aquí está este agujero que no me deja mentir. —Y se descubría un lado del pecho, donde una cicatriz tremenda desfiguraba el tórax.

—Parece machetazo, —dijo uno.

—No, amigo, es un balazo; sólo que me tuvieron que quitar una costilla y por eso me quedó hay esa zanja. Como éramos tantos los heridos, no nos pudieron atender bien y esa jué la causa de que heridas que eran leves se agravaran tanto; a mí esta me la hicieron el último día, ya adentro del pueblo.

Todos los oyentes eran hombres de armas tomar y estaban absortos con esas pláticas de don Pancho.

—Pos a mí me hubiera gustado andar allí; —dijo Arias— porque allí sí había modo de entrarle a los tecolazos y de llegar a ser algo; aquí lo más que puede hacer uno, es ser jefe de tres o cuatro ratas aturdidas, que a los primeros balazos se les afigura que están en un combate; y ojalá que se viniera otra bola desas buenas pa meternos en ella y a ver de a cómo nos tocaba.

Después de eso se asomó Andrés a la puerta e hizo la contraseña, que al instante fue contestada por el centinela.

Siguió la conversación; Andrés estaba en turno: comenzó contándoles cómo se fue al cerro, cuando mató al primero en su rancho a causa de un albur en que no se pudieron poner de acuerdo él y el muerto; eran una sota y un caballo.

—Yo juí mi resto a la sota, casi le tapé el monte, pero el otro alegó que yo le había visto el albur y se negó a pagarme lo que le había ganado; nos hicimos de palabras y últimora le tocó siempre la de perder, porque me traje todo; el dinero, su pistola y hasta su vida; todavía estoy viendo esa sota de copas que jué la causa de todo en lo que ora ando…

Y se quedó pensativo por un momento ante el recuerdo…

—Pero ora ya no tiene remedio; después deso han sido más; unos de hombre a hombre y otros en agarrones que me he dado con el Gobierno; el trabajo es el primero, porque después se empica uno a matar, como el que se empica a tomar; y en la carrera que uno agarra, ya no le queda otro remedio: o matar o morir. Yo sé que me han de matar; eso como si lo estuviera viendo, porque en este mundo no paga uno más que con la mesma; pero quién sabe cuántos me tocará todavía llevarme entre las patas; pero de todos modos yo de aquí no me voy; si he de morir, que sea en mi tierra, viendo mis campos y mis montañas, y peleando, porque a mí vivo no me agarran.

Y seguía luego, entre trago y trago, contándoles cuando agarró a don Gumesindo, el más rico del pueblo, con la intención de sacarle dos mil pesos; un hombre tan rico como tan avaro y al que por mal nombre llamaban "Encuera Cristos".

—A esos son a los que has de fregar, Andrés, —interrumpió don Pancho— y no a uno que tray pegadas las tripas al espinazo.

—Pos a eso voy, a platicarles lo duro que son esos ricos méndigos, que de tan duros parecen piedras de machucar muertos; lo agarré una mañana en el "potrero de las tres puertas" abajo, en el plan; yo ya sabía bien que a diario iba a ver una ordeña que tenía arriba, en la "Barranca de los Membrillos"; al que mandé a que me lo espiara me dio santo y seña hasta del color de la mula que montaba, por dónde y a la hora que pasaba y las armas que portaba. Le salimos yo y el "Cucho", que en paz descanse,s y nos lo llevamos pa la "Peña de la Virgen" y de

allí le mandamos pedir el dinero al hijo; pero éste, tan duro como su padre, en vez de mandar el dinero nos echó encima al Gobierno, sin importarle que habíamos amenazado con matar al viejo si daban parte a las autoridades. Nos dieron una buena carrera, pero yo no aflojé al viejo manque me tumbaron al "Cucho" y le puse tres días de plazo pa que el muchacho me llevara la "lana" y pa asustarlo más, le dije que si no me lo llevaban, no lo mataba, sino que lo capaba. Pero como yo ya me lo esperaba, pasaron los tres días y nada; entonces yo ya enojado de a deveras, ordené que amarraran al viejo pa caparlo; por última vez le dije: ¿Manda trair ese dinero o lo capo?; tenía yo ya el cuchillo en la mano y al viejo casi encuerado y boca arriba y conociéndome el viejo como me conocía, sabía que aquello no era ninguna broma. Yo le había dicho que mandara llamar al muchacho y que éste se quedara en prendas en mientras el viejo iba por el dinero: pero el mula se negó; por última vez, le dije: ¿Manda usté llamar a su hijo o no? Yo esperaba que ante el peligro se cuartiara; pero nada; respondió resignado:

—¿De modo que si no le doy el dinero, ni mando venir al muchacho, me capa?

—Pos qué, ¿no está viendo? —Contesté iracundo.

—Bueno, señor, pos entonces que tenga buena mano.

—¿Qué les parece? ¡Yo lo hubiera capado! Porque la verdá que me dio muncho coraje la mendinguez del viejo; pero este diablo de Lipe no me dejó. Ya capado, me dijo, menos le sacamos nada. Y en verdá, sólo a gritos y sombrerazos pudimos sacarle quinientos pesos nomás; pero el viejo no se salió con la suya, porque le costó más; a los pocos días le hice una matanza de reses que ya me imagino la cara que ha de haber puesto, él que es tan muerto de hambre… Pero oye, Luis, —interrumpió— hazle la señal al bruto ese de Cleofas a ver si no se ha dormido.

Salió Luis a la puerta y largó el aullido: nadie respondió. Repitió, y nada.

—No contesta —dijo entrando.

—Ya lo veo, —respondió Andrés— voy a ver qué pasa.

Se levantó seguido de todos, inclusive de Juan; llegaron hasta donde estaba Cleofas y ahí recostado sobre unas piedras lo encontraron, con el rifle sobre las piernas y una botella de tequila vacía a un lado, perfectamente dormido.

—¡Pos qué estaba cuidando este jijo de la mecha! ¡Miren nomás! —Temblaba Andrés de ira— Y nosotros tan confiados; de modo que si nos llegan los "pelones" nos matan como a gallinas, a sombrerazos… ¡Ora sí que arreglamos cuentas este y yo! A ver muchachos, llévenselo pa la casa; y tú Colás, quédate aquí, a ver si tú no te duermes.

A rastras, casi en peso, arrimaron al borracho hasta la puerta de la casa y lo dejaron caer allí como un fardo.

Andrés le dio unas patadas.

—A ver si despierta este puerco —dijo, pero nada; el hombre estaba como una piedra.

—Bueno, —siguió diciendo al ver la inutilidad de sus esfuerzos por volverlo en sí— pos déjenlo hay pa ver si con el frío se compone.

—Hay se puede morir, parece que va a helar —aventuró Juan.

—Pos eso quero, que se lo lleve el demonio de una vez. Así me horra la molestia de matarlo yo mesmo.

Faltaba poco para que empezara a amanecer; la lluvia había cesado y la luna había salido de nuevo en un cielo despejado, que anunciaba una de esas heladas que tostaban hasta las hojas de los árboles.

Juan ya no respondió nada; pero antes de entrar se quitó el gabán y se lo echó encima al borracho, que roncaba como un cerdo.

Todavía duraron un buen rato, como una hora, conversando; le había tocado el turno a Juan y a instancias de Andrés tuvo que narrar cómo estuvo la muerte del Capitán.

—Pos te salvaste en una tablita, —le dijo luego que aquél hubo terminado la narración—; yo creo, como decía un viejito de mi rancho, que los hombres tiran los balazos y Dios los reparte.

—Sí, —interrumpió presto don Pancho— pero los reparte entre los que andan en el fandango.

Todos celebraron el chiste.

—Bueno, —dijo Andrés— ya va a amanecer; vámonos arreglando para que la luz nos agarre ya en el camino.

Se levantaron todos estirándose y bostezando; no había pegado ninguno los ojos en toda la noche; pero eran todos hombres de hierro, forjados en el esfuerzo y en las privaciones, curtidos en el sufrimiento y la vigilia, para los cuales una noche más, una noche menos de dormir, nada significaba.

Salieron brincando por encima del ebrio que estaba casi atravesado en el quicio de la puerta; Andrés salió al último.

—¡Cleofas! —le gritó empujándole con el pie— ¡Levántate! —al mismo tiempo que le daba una patada en las posaderas—. ¡Levántate jijo de perra! —Y lo alzó del cuello zarandeándolo con una mano, y esgrimiendo con la otra la treinta y ocho automática ya amartillada.

Lo soltó y el ebrio volvió a caer como un fardo.

—Este infeliz se ha de haber tragado toda una vinata; pero yo se lo prometí y se lo voy a cumplir; aquí me las pagas todas juntas; y apuntó con la automática a la cabeza del dormido.

Juan intervino presto.

—Andrés déjalo, no te ganas nada con matarlo; nomás déjalo ay.

—Si no lo hago por venganza; tengo que hacerlo por castigo, pa que sepan obedecer, y si no juera por eso, tendría que hacerlo por conveniencia. Este sabe todos mis echaderos y si lo dejo aquí me entriega con los federales. Tiene mirada de cobarde y todos los cobardes son traidores; desde que se me juntó, después que apuñaló un hombre por

la espalda, sabía yo que no acabaríamos bien y vale más que ajustemos cuentas de una vez, que si yo me le pongo de modo no me la perdona… aquí no lo podemos dejar y tampoco nos lo podemos llevar.

Y para rubricar discurso tan lógico apretó el gatillo.

Como a metro y medio de distancia disparó sobre Cleofas; éste recibió el impacto en plena cara y por un reflejo vital, enderezó medio cuerpo y la cabeza bañada en sangre; extendió las manos agitándolas a ciegas convulsamente, abrió la boca como para gritar, en un gesto horrible, cuando el segundo disparo, en plena frente, lo tumbó inmóvil boca arriba, muerto, como fulminado.

Ante los ojos espantados de Pancho y su mujer, que al primer tiro se habían asomado a ver qué pasaba y que fueron al segundo disparo salpicados de sangre y masa encefálica del muerto, y de todos los demás que callados presenciaron la escena, paseó Andrés la mirada fría y asesina sobre todos ellos y con la pistola en la mano, por cuyo cañón salía una pequeña columna de humo, dijo reseco:

—Si a alguno no le gustó esto, que nomás diga.

Ninguno respondió.

—Mira, Luis, —prosiguió aquel— dale a Juan el caballo y las armas de Cleofas, al fin que éste ya pa nada las necesita.

Sin hablar, sin hacer comentario, montaron y partieron en fila uno detrás de otro. Andrés iba al último, Juan iba a su lado por que así se lo había ordenado aquél.

—Ya le había dicho yo al muertito que no tragara vino cuando lo mandaba a alguna comisión, y a más, no nos queríamos, y yo ya le andaba maliciando que me quería tiznar, y la verdá que lo recelaba; y otra cosa, necesitaba también las armas y el caballo pa ti, Juan; —le decía a modo de explicación—. Yo necesito hombres, pero hombres de veras. A los buenos, a los míos, ya me los acabó el Gobierno y éstos que ora pronto se me han pegado, ya los calé y la verdá que no me sirven

pa nada; pero contigo y conmigo tienen los "pelones" y les sobra pa entretenerse.

Juan nada le contestaba; oía y callaba, porque a pesar de que no dejaba de sentir cierta admiración por el valor y la sangre fría de aquel hombre, de las que había dado innumerables pruebas en muchas ocasiones, del fondo de su alma se elevaba una indignada protesta por aquel horrible asesinato que acababa de presenciar impotente. ¡No! Él nunca podría seguir con Andrés. Entre los dos había un abismo inmenso que a pesar de que en ello pusiera toda su voluntad jamás podría zanjar. ¡Eran muy diferentes en todo! En su manera de entender la hombría, el valor y el concepto que de la vida tenían. Aquél mataba por el placer de matar, sin previa provocación, a sangre fría, sin sonrojo; él, sólo se decidía a hacerlo apremiado por las circunstancias; cegado por el furor o impulsado por el instinto de conservación.

Andrés, que era muy conocedor de la vida, se había equivocado en eso; nunca podría tener en Juan un buen compañero para sus fechorías.

Habían tomado rumbo al "Guayabillo" por un atajo rodeado de "palos bobos" y llevaban ya un buen rato de caminar, cuando Andrés, que precavido volteaba con frecuencia en todas direcciones, vio atrás de ellos una polvareda; se detuvieron para apreciar mejor de qué se trataba.

—No pueden ser más que los federales —dijo después de haber observado atentamente por un momento.

No se había engañado: apostados entre los árboles como estaban, no tardaron en darse cuenta de ello.

Casi al trote siguieron por donde iban. Tal vez el Gobierno, le decía a Juan, había llegado al rancho de don Pancho y ya enterados del rumbo que habían tomado se habían lanzado en su persecución.

Cuando llegaron a la cumbre del lomerío por el que iban subiendo, alcanzaron a ver a media legua poco más o menos, otra columna de soldados que por el otro lado venían a su encuentro.

Estaban punto menos que copados.

Se metieron en el monte donde la arboleda y el breñal les protegía de ser vistos y allí Andrés tomó su decisión:

No podían escapar todos juntos, porque si se internaban por el monte, los soldados que de seguro ya estaban enterados de su presencia, se dejarían ir tras ellos y por lo espeso del boscaje tendrían que abandonar las cabalgaduras que tan útiles les eran para escapar.

Rápido dictó sus órdenes:

Él, Juan y Luis, se echarían hacia abajo, a campo traviesa y los otros cuatro tratarían de fugarse por el monte; dispersados tenían más probabilidades de escapar.

Subieron los cuatro hombres cabestreando las cabalgaduras.

—Ya lo saben, —les dijo Andrés— los que puedan pelarse se van pa "Cuesta de Ovejas" y allí nos vemos dentro de tres días, donde ya ustedes conocen.

Así que los vieron perderse entre el boscaje, se lanzaron los tres hacia abajo, hacia el terreno llano cubierto de pastizales, a toda carrera, para llamar la atención de sus perseguidores.

No tardaron en ser vistos por ambas columnas de soldados: una parte de los que venían tras ellos se desprendió del grueso de la tropa para atajarles la salida por la única parte que se veía no estaba cerrada por el alto lienzo de piedra y los otros echaron tras ellos. Casi al mismo tiempo comenzaron a silbar las balas sobre sus cabezas. Los ecos de las detonaciones se oían apenas como estallidos de petardos en el amplio campo descubierto.

Tendidos sobre los caballos, con las carabinas en la diestra y las riendas sólidamente sujetadas con la izquierda, descendieron a todo galope por el lomerío y pronto llegaron al campo raso donde pudieron arreciar más la carrera.

La otra columna de federales ya casi se había unido a los que los perseguían.

Volteó Andrés violento y les gritó a Juan y a Luis que cabalgaban furiosamente como a tres metros apenas detrás de él:

—Los trayemos a todos encima; no vieron a los otros.

Las balas tejían alrededor de sus cabezas su trágico canevá, silbando sobre ellos como furiosas de no poder tocarles.

La cosa se ponía peor: el grupo que se había desprendido para atajarlos, cortando camino y corriendo por terreno más parejo casi estaba sobre la puerta del potrero que era su única salida y todos los demás, desparramados como piezas de ajedrez sobre un tablero trágico, punteaban con las pequeñas nubecillas de humo azul de sus disparos, el azar de las jugadas en la que ellos se iban rifando la vida.

Juan, con la mano crispada sobre el máuser de siete milímetros que Andrés le había dado y que había pertenecido a Cleofas, no se había dado tiempo a disparar ni un solo tiro. Andrés y Luis, más avisados que él para esas cosas, casi se torcían sobre sí mismos y volteando el cuerpo sin abandonar la rienda ni disminuir el ímpetu de la carrera, con una sola mano disparaban uno que otro tiro sobre sus perseguidores, más con el objeto de contenerlos, que con la esperanza de hacer blanco.

Viendo que el único punto por donde esperaban salir del potrero se les escapaba, torcieron instintivamente el rumbo y se echaron directamente sobre el lienzo de piedra.

Ninguno de los tres dudó; con una sola mirada se habían comprendido y al llegar sobre la cerca, en plena carrera, clavaron las espuelas sobre los ijares de las bestias enardecidas, alzaron la rienda y tendidos sobre los pescuezos de los animales, pasaron volando Andrés y Juan, como saetas, rozando casi el borde del lienzo.

Luis fue más desgraciado: ya en el otro lado donde ellos medio se pararon para componerse sobre las bestias, vieron cómo aquél se llevaba lo alto de la cerca de un tremendo encontronazo con el cuerpo del caballo y salía despedido como un muñeco de hilacha dando

maromas en el viento, para ir a caer como a cuatro metros, tan largo como era y sin hacer ya ningún movimiento.

Instintivamente, quiso Juan volverse, pero Andrés lo detuvo de un grito:

—¡Déjalo, Juan! ¡Ese ya se torció!

Reemprendieron la carrera y se metieron entre el bosque de encinos que estaba como a trescientos pasos de ahí, desmontaron y posesionándose cada quien de un árbol en el lindero del bosque, con un amplio campo despejado entre ellos y sus perseguidores, se dispusieron a hacerles frente.

El grueso de los soldados se había detenido ante la cerca, dela cual tumbaban piedras para poder pasar y los que habían entrado por la puerta, avanzaban con cautela, pie a tierra, disparando.

—Tú te encargas de los del lienzo —dijo Andrés—; yo me comprometo a detener a los otros.

Al soldado que venía más adelante lo volteó Andrés de un certero balazo; brincó como una liebre y quedó tendido boca arriba. Los otros, viendo que iban a pecho descubierto y la calidad del tirador, se replegaron y buscando el lienzo para protegerse, siguieron disparando desde allí.

El trabajo de Juan era sencillo: al que asomaba el cuerpo lo volteaba; después que dos cayeron del otro lado, los demás se hicieron más precavidos y haciendo hoyos quitando piedras, desde ahí disparaban sin ninguna efectividad, porque éstos estaban bien protegidos por los árboles.

—Esa arma vale la plata —le dijo Andrés— era del Cucho y el tarugo de Cleofas no sabía ni lo que traiba entre manos.

En efecto, era magnífica y a trescientos metros se podía tumbar con ella un venado en plena carrera. Y los soldados se habían dado bien cuenta de ello, porque apenas se atrevían a asomar la nariz.

—Los tenemos a raya, Andrés, pero aquí no nos podemos estar toda la vida; yo solo los puedo detener a todos; pélate tú, es más fácil perdérnosles separados que juntos.

—¿Y tú a qué te quedas?

—Yo me voy después; y sobre todo, yo estoy endrogado contigo; me tenías en tus manos y me la perdonaste; ora a mí me toca devolverte la copa.

—Bueno, pos ya que lo queres me iré; si sales con vida te espero en "Paderones"; nomás preguntas por Enrique el manco, es mi primo y él te llevará conmigo.

Arrancó Andrés agazapado para que no lo vieran, entre los matorrales, mientras Juan arreciaba el fuego ayudado por la treinta y ocho, para que aquéllos no notaran que ya estaba solo.

Cuando creyó que su Compañero llevaba una buena delantera, corrió entre el boscaje a todo lo que le permitían sus piernas.

A los pocos momentos oyó que cesaban los disparos; de seguro que los soldados ya se habían dado cuenta que las palomas habían huido y se lanzaban en su persecución.

Pero ya era tarde; acostumbrado a seguir desde chico a las cabras entre el monte, se deslizaba angostándose entre los matorrales y avanzaba a gran velocidad. A poco andar torció hacia la derecha y dejando el bosque se internó por unos barbechos. Caminaba de prisa, pero ya sin correr, agazapándose y ocultándose en una magueyera que lo protegía de ser visto y deteniéndose de vez en cuando para darse cuenta si era perseguido.

No tardó mucho en salir de los límites de la extensa magueyera y desde esa parte alta pudo ver como, allá abajo, se veía la polvareda que hacían los federales que lo buscaban por una errada dirección.

Siguió caminando y al cabo de buen rato empezó a subir el cerro de "Troneras".

Ahora se sentía más seguro, porque andaba ya por terrenos Conocidos y se daba cuenta que de nuevo había burlado a sus perseguidores. Pero sabía que eso no podía durar toda la vida; alguna vez su buena estrella le fallaría y, o lo apresaban o caería acribillado a tiros.

El Gobierno se había propuesto cogerlo y era mucha gente la que andaba tras de él para que siempre se les pudiera escapar.

Llegó hasta lo alto del cerro y allí en un claro del monte se detuvo a descansar. Entraba en un camino crucial de su vida. Ignoraba lo que hubiera pasado a Andrés, pero el corazón le decía, y sabía que nunca lo engañaba: que éste también había escapado. Le había tomado buena delantera y zorro como era, de seguro que no se había dejado agarrar. Ahora tenía esta alternativa: buscaba a Andrés en el lugar convenido y se juntaba con él haciéndose un salteador, o se iba para otra parte a esperar una oportunidad para poderse ir lejos con su familia, a donde pudiera trabajar como un hombre honrado. Pronto lo decidió: ¡No! Él no podía dejar a sus hijos ese manchón; de que supieran que su padre había sido un bandido. Hasta ahora no tenía nada de qué avergonzarse. Lo que había hecho, lo habría hecho cualquier hombre que se preciara de tal.

La vida seguía obstinada en hacerlo un malhechor; pero como otras tantas veces, él se enfrentaba a su destino y ya encontraría la manera de hacerse vivir honradamente en otra parte.

El hambre lo acosaba… Bajó hasta donde se veía un chinchorro de cabras, por el otro lado del monte y con paso cauteloso para no ser descubierto por el pastor, pudo coger, no sin dificultad, una pequeña cría a la cual sacrificó y con ella volvió al claro donde había estado. Ahí la destazó con la misma cuchilla que le había servido para matarla; prendió una lumbre, asó un buen pedazo de carne y sin sal ni tortillas comió a dos carrillos la carne tierna y jugosa. Bajó luego a un aguaje que

ya conocía y sació su sed. Después hizo cecina el resto del animalito y la puso a secar al sol, buscó una buena sombra y confiado en su suerte, que no podía confiar en otra cosa, se durmió.

Cuando despertó ya había obscurecido; se levantó y por la posición de las estrellas sacó en claro que eran como las nueve de la noche. ¡Había dormido más de ocho horas de un tirón! Pero así era la desvelada que se traía. Se desentumió un rato y al fin se volvió a acostar y se durmió hasta el amanecer.

A esa hora se levantó; escondió entre unas ramazones el máuser del que no se había desprendido, porque no podía llevarlo sin despertar sospechas y emprendió la marcha.

Como lo había proyectado, así lo hizo; después de más de cinco horas de caminar, cruzando por veredas, montes y barbechos, sin acercarse a las casas de los ranchos por donde pasaba, salió a la carretera arriba del "Puente de Calderón" y ya al borde del camino, esperó un camión que lo levantara como a tantos otros rancheros que a él subían.

No tuvo que esperar mucho; a poco pasó un camión que obediente a su parada se detuvo, y ya dentro de él, se confundió con los múltiples viajeros que ahí iban.

En un pueblo de tránsito el vehículo se detuvo, temiendo Juan que fuera a subir gente del Gobierno a inspeccionar; pero por su buena suerte no fue así. Bajó ahí mucho pasaje y pudo al fin acomodarse en un asiento, compró una caña y saboreándola, mascándola con fruición, siguió su ruta por ese camino que lo llevaba a la ciudad, donde iba a iniciar una nueva etapa de su vida.

V. La ciudad

Llegó sin novedad a Guadalajara. En las dos únicas veces que había ido allí y siempre en comisiones de la Comunidad, no había tenido ni siquiera tiempo para conocer la ciudad. Pero sabía él que a un hombre dispuesto a trabajar, no le faltaba oportunidad para conseguir ocupación y con el poco dinero que llevaba encima tenía para pasarla mientras se acomodaba en algún trabajo.

Siempre le había desagradado la ciudad y nunca había deseado vivir en ella. Le disgustaba aquel bullicio, aquel trajín, ese constante ir y venir de automóviles como potros desbocados y de gentes que reflejaban en su cara, ansiedad, pena, indiferencia, angustia, en fin toda clase de sentimientos, menos dicha y serenidad. Había de todo ahí: gentes ridículas, raras, estrafalarias; hombres que vestían como mujeres y mujeres que pugnaban por semejar hombres. Y todos corriendo como tras de alguna cosa que se les escapaba a través de sus vidas.

En el centro, mujeres elegantes y perfumadas y tan pintarrajeadas y desvestidas, que no vestidas, que casi no se diferenciaban de aquellas que había visto en el salón de Chuquis. Los grandes almacenes repletos de cosas que la verdad no hallaba él para qué servían, y las gentes pobres viéndolas en los aparadores, sin disimular su ansiedad y su angustia por tenerlas... Y dentro de esas grandes casas, detrás del mostrador, jóvenes y muchachas anémicas y flacas, estereotipando una sonrisa desganada al recibir al cliente.

Y todas esas gentes que por las calles caminaban como alocadas, pobres, ricas, hermosas, feas, elegantes, harapientas, altas, bajas, mezcladas en un revoltijo que mareaba y que hacía parecer todo aquello como un gran hormiguero... Y por todas partes unas casas altas, enormes, en donde se veía a la gente como encogida, carente de luz, de sol y de espacio donde desenvolverse.

¡Pobre ciudad necia, oropelesca y vanidosa!

Y en los barrios pobres la gente apiñada en las vecindades asquerosas, infectas, en promiscuidad repugnante de hombres, mujeres

y niños sucios, flacos, enfermizos… tan sucios y harapientos como los niños aquellos de allá de su rancho: pero siquiera aquéllos tenían aire, tenían sol y espacio donde desenvolver su miseria.

Y comparaba el campo con su amplitud, su soledad, su silencio, su aire fresco y perfumado, con sus arboledas y sus flores y sus arroyos y sus crepúsculos, donde el hombre vivía libre de todas esas complicaciones, con aquella pobre ciudad engreída y petulante, con ribetes de metrópoli y sentía preferir mil veces su vida campirana.

Para él, la ciudad era la angustia, el campo era la serenidad.

Pero ahora no había remedio; tenía que vivir en aquel colmenar, porque entre tanta gente era menos fácil que lo encontraran los que lo perseguían. Sólo por ese motivo se conformaba a vivir en aquel medio hostil y extraño.

Quiso su fortuna que en el mismo mesón donde pasara la noche, se encontrara a un ranchero rico con el que consiguió trabajo de ordeñador en un establo que éste tenía, en las orillas de la ciudad, por el rumbo de Atemajac.

Se convinieron luego, porque aparte de que las condiciones no eran del todo peor, Juan no podía poner reparos, porque lo que quería era hallar trabajo y pronto.

Le pareció bueno el patrón porque no era muy curioso y sólo le preguntó por su nombre. Del mesón se fueron al establo. Eran veinte vacas finas las que se tenían que ordeñar y cuidar; de la mitad del trabajo se encargaba un viejo que con su mujer vivía ahí mismo y el cual la mayor parte del tiempo andaba borracho. Melesio se llamaba éste y Ruperta la mujer, que con él vivía y que como el patrón, eran oriundos de Ameca.

Juan le pidió al dueño lo dejara vivir en un cuarto de la casa que estaba vacío, con beneplácito de éste, que sabía que así el mozo podía atender mejor a su trabajo.

Allí se acomodó y con un montón de paja que había se hizo una buena cama.

Dedicado a su trabajo, esperaba que pasara el tiempo y llegara la oportunidad de dar una vuelta por el pueblo y preparar su viaje al Norte, que era a donde tenía pensado emigrar junto con sus familiares, cuando las circunstancias le fueran propicias.

Tuvo al principio que aguantar las impertinencias de don Melesio, el compañero de trabajo que a toda costa quería hacerlo que tomara vino con él y además indagar la vida y milagros de Juan, quien para no despertar sospechas tuvo al fin que inventarle una historia de disgustos con su mujer, a la que había abandonado en su pueblo y de la cual había tenido que separarse, según le decía Juan, por hacerle la vida insoportable con sus celos y le decía además que por eso no salía, por no encontrársela, pues sabía que también por ahí andaba, y que se había venido en su seguimiento.

—Mira, José, —dijo el viejo luego que Juan acabó de contarle la historia y que andaba bebido como a diario— esa historia no me la trago yo. Tú no eres de esos hombres que abandonan a las mujeres y menos les sacan la vuelta. Tú te trais algo y algo gordo, pero si no queres decir nada, pos no me lo digas; pero yo desde que te vi me dije: "éste algo se trai: no se por qué se me afigura que trai la soga arrastrando". Y ora, después que te he visto preocupado, casi sin salir y sin hablar, nomás sorprendiéndote siempre que alguien llega al establo, casi sin comer y cuando a tu edá se quisiera uno acabar el mundo, me acabó de dar más mala espina. Tú, amigo, te trais algo que no te cabe en la concencia. —Y siguió luego, esbozando una sonrisa maliciosa—: El diablo no es diablo por diablo, sino por viejo.

Juan lo dejó terminar, aunque estaba trémulo de ira.

—Bueno, don Melesio; aunque así juera, a usté poco le supone eso. Ya le dije la verdá y si no la quere creer, pos no la crea, que al fin no es

artículo de fe; y ora que ya hablamos, pos ay que echar todo de una vez. Usté me deja en paz, porque mi vida a naiden le importa. Y otra cosa, —dijo al ver que el viejo se retiraba tambaleándose— quero que esta sea la última vez que hablemos de esto.

Dejó algunos días Melesio de molestarlo. Hacía cada uno su trabajo, casi sin hablar más que lo indispensable para la buena marcha del establo.

Pero a los pocos días, el viejo, que no se cortaba la borrachera ni quitaba el dedo del renglón, volvió a la carga invitándolo a tomar de una botella que traía.

—Échate un trago, José, a ver si así se te quitan tus preocupaciones.

—Ya le dije que no tomo, don Melesio; y le voy a recomendar que arregle la parte del corral que le toca, porque yo no tengo ninguna obligación de hacer su trabajo.

—¡Hombre! Pos yo te lo invito, porque en este mundo, "solo loco, borracho o dormido, no se siente lo jodido".

—Pos tráguese toda la botella si quiere y a mí déjeme en paz. A ver si así se queda dormido o se vuelve loco diuna vez.

Después de esto, el viejo, que seguía sin cortarse la borrachera, ya no lo volvió a importunar; pero descuidaba por completo sus labores, y Juan, para evitar molestias de parte del patrón, hacía todo ese trabajo que no le correspondía.

Llegaba éste todas las mañanas muy temprano a recoger la leche en un carrito guayín que él mismo guiaba y por la tarde a dejar los cántaros y la pastura para el ganado.

Para nada molestaba a Juan, porque estaba muy contento de su trabajo; desde que éste llegó al establo, se había dedicado a limpiar los pesebres, el corral y todas las cosas estaban en orden. El patrón no dejaba de darse cuenta de las fallas de Melesio; pero lo toleraba porque era un antiguo sirviente suyo y para que Juan no se cansara, le daba todos los sábados algunos pesos de propina.

Por las tardes, después de lavar los botes y dar de comer a la vacada, Juan, que ya empezaba a cobrar confianza, salía algunas veces a pasear por la ciudad y ya se aventuraba a andar hasta por el centro. Una de esas tardes que había salido, no teniendo en qué matar el tiempo, se le ocurrió entrar a un cine. Exhibían una película cuyo título algo se refería a su Estado, a Jalisco, y en la pantalla fue un desfile de charros, chinas poblanas, caballos finos y canciones de los rancheros que vivían en unos ranchos bonitos y alegres, en los que todos se veían felices y contentos.

Desde la "periquera", Juan observaba atentamente y aunque no entendía del todo el asunto de la película, sí alcanzaba a darse cuenta que todo aquello sucedía en un rancho de la región de Los Altos.

¡Estaba él maravillado! ¿Dónde sería ese rancho donde las mujeres sólo traían vestidos de pura seda y los hombres elegantes vestidos de charro? ¿Qué rancho maravilloso sería ese donde no se trabajaba y todo eran puras fiestas y jolgorio? Porque los ranchos que él conocía, como el suyo, y otros más por donde había andado, estaban llenos de gente pobre, mal vestida y casi hambrienta. Y esa y no otra era la triste verdad: Una vida llena de miserias, de fatigas y de penas y no de fiestas y francachelas. Estos señores que hacían las películas, no conocían o pretendían ignorar la verdad acerca de eso.

Después de que con un sonoro beso terminó la película, salió Juan del salón y se fue a su casa, pensando todavía en cuan diferente de la realidad pintaban aquellos hombres las cosas. Y en su sencillez, pensaba que deberían hacerse películas donde se exhibiera toda la miseria y el sufrimiento que atormentaba todavía a una gran parte de los campesinos, a ver si así, los que podían hacerlo, tomaban empeño en remediarlo.

Y así seguía su vida, monótona, gris, pensando sólo en aquel hogar y en aquellos hijos que allá en su pueblo habían quedado abandonados.

De mujeres no había ni que hablar; su experiencia con La Chala había sido demasiado amarga y no se atrevía ni siquiera a abordar a alguna de las mujeres de apariencia inequívoca que algunas veces se encontraba a su paso, a pesar de que por momentos las exigencias de su sexo eran imperiosas, por temor a iniciar alguna nueva aventura, como aquella que tan maltrecho lo había dejado.

Habían pasado dos meses sin que tuviera noticia alguna de su familia. Era el tiempo que se había propuesto esperar; pero antes, de ir a buscarlos, precisaba tener datos en que fundarse para obrar sobre seguro.

Se acordó que mucha gente del pueblo venía a la ciudad en los camiones de la línea que por ahí pasaba, y que en la terminal de éstos podía encontrar a algún conocido de confianza que le pudiera dar noticias de por allá.

Durante tres días seguidos se apostó por la noche, a la hora de la llegada del camión, en la esquina de la "Cooperativa", pero infructuosamente. Vio bajar gente conocida, pero ninguna en quien pudiera confiar.

Echada sobre la cara el ala del sombrero chilapeño que ahora portaba, para evitar miradas indiscretas, esperaba en la esquina horas enteras, como esa noche en que aguardaba la llegada del camión. Ya se disponía a retirarse maldiciendo su mala suerte al ver que a la llegada de éste no bajaba nadie de los que él deseaba, cuando vio bajar al último, y encaminarse con su paso lento hacia donde él estaba, a José Salazar, uno de sus compañeros de El Rincón y uno de sus mejores amigos. ¡Ese era su hombre! Lo dejó pasar de largo frente a él, satisfecho de que no lo hubiera reconocido cuando casi lo empujó al pasar y cuando aquél torció la esquina lo siguió a prudente distancia. A media cuadra lo alcanzó.

—José, —le dijo tomándolo de un brazo— ¿No me conoces?

Este se quedó como quien ve visiones.

—¡Caramba, Juan! ¡Pos si eres tú! ¡Pero si ya te hacíamos en el otro patio!

—Pos ya ves que aquí estoy vivito y coleando. Pero vente pa acá, pa lo oscuro, no nos vaya a ver algún conocido.

Siguieron caminando, torcieron por una de las calles más obscuras y andando le contaba Salazar:

—Pos si todo mundo te hace muerto y en tu casa hasta te hicieron el "novenario". Nosotros sabíamos que andabas con Andrés Arias y supimos del agarrón que se dieron por el "Guayabillo". Pos a los pocos días volvieron a darse otro atorón por el rumbo de "Palo Dulce". Parece que los demás dejaron solo a Andrés y al otro, que todo mundo creyó que eras tú y allí les pararon bola los dos pelaos por más de una hora a más de veinte "sardos"; cuando se les pudieron arrimar porque se les había acabado el parque, se encontraron a Andrés mal herido y con que el otro se les había pelado; y por boca del mismo Andrés se supo que eras tú el que lo acompañaba y que te habías pelao herido; siguieron el rastro, pero no pudieron dar con él. A Arias lo bajaron amarrado de los pies y a cabeza de silla hasta el pueblo; llegó hecho pedazos... Como al mes encontraron en la "Cueva del Muerto", en "La Isla", a un hombre muerto y comido de los animales; estaba tan desfigurado que naiden lo pudo reconocer; pero como tenía una carrillera vacía cruzada sobre el pecho y se le pudo descubrir una herida de bala en el estómago, se supusieron que era el acompañante de Arias, que ya herido se había escondido allí y allí había muerto. Todo mundo y hasta los mesmos federales creyeron que eras tú y ya te dábamos por muerto, tanto que si no te estuviera viendo, yo también lo seguía creyendo.

—Pos ya ves que no, José; "Pa los toros del Jaral los caballos de allá mesmo".

—Y yo creo que eso te sirvió mucho, porque ya dejaron de andarte buscando por el cerro y a poco de eso se jué la mayor parte de la gente

del gobierno y sólo se quedó un pequeño destacamento con un Mayor, un Teniente y unos ocho o diez soldados... Tus muchachos están bien; don Rufino los ve como si juera su padre al igual que a tu hermana.

—Bueno, —respondió Juan— para la situación en que estoy, no se me hacen tan malas noticias y ora creo que es más fácil hacer lo que tengo pensado; sacar a mi hermana y los muchachos de allí y llevármelos a donde naiden me conozca y rehacer mi vida, al fin que a mí el trabajo no me espanta. Lo que no atino, es porqué Andrés les dijo a los federales que yo era el que andaba con él; a lo mejor lo que les quiso decir era que yo una vez había andado con él y éstos entendieron mal... Mira José, por lo que tú más queras me vas a hacer este favor: le dices a mi padrino que me viste y que te encargué le dijeras que arregle calladamente las cosas y sin darle a mi hermana nada a maliciar, que tú ya ves como son las mujeres que no se les cose nada; que venda lo más que pueda de los animales y las cosas, que las dé a como se las paguen y que tenga el dinero listo, porque el día menos pensado por allá le cairé pa hablar con él pa despedirnos; que haga todo con mucho cuidado pa que naiden se las güela, que si las cosas salen como yo espero, pos ya fregamos.

—Bueno, Juan; puedes contar conmigo y ni a las ánimas del purgatorio les diré que te he visto.

Tomaron en seguida un camión que los llevó por el rumbo del panteón que era por donde Juan vivía, bajaron cerca del establo, entraron a una cantinucha de mala muerte y ya sentados cómodamente, le dijo a José:

—Mientras nos echamos una cerveza me cuentas cómo andan las cosas de la Comunidá y los camaradas, que de eso no me has dicho nada.

Entre copa y copa José le narró todo lo que había sucedido en su ausencia.

—Cuando tú faltates en el Comité, los "fregones" aquéllos, ya sin haber quen les apretara el freno, se volvieron a adueñar de la situación; desconocieron el Comisariado, pusieron a Juan Rico, a Macario y a don Trino y ora ya están mangoneando como en antes y más todavía. ¡Caray! Desde que te vinites, todo anda patas pa arriba, y todo nos ha salido mal. El señor Cura siempre nos ganó el pleito: valiéndose de no sé qué mañas y con el apoyo del Presidente Municipal que siempre jué Grabiel, echó a los muchachos pa juera de la Casa de Ejercicios y sólo les dejó unos cuartos que se están cayendo; en fin ya todos los trincones en el pueblo, sin quen les apriete las tuercas, hacen las cosas a su antojo. Como ves, todo anda de la patada. La verdá Juan, ¡qué falta nos haz hecho! Todos los camaradas te extrañamos muncho... Las siembras van muy bien; don Rufino te sembró tu parcela, porque a pesar de todas las cábulas de aquellos desgraciados que le querían quitar las tierras a tu hermana, nosotros nos amachamos y se las tuvieron que dejar. ¡Si vieras nomás que trigo llevas!

Todo eso llenaba de tristeza a Juan, pensando en esos tiempos en que él vivía en el pueblo contento y en paz.

Como hablando consigo mismo le dijo:

—Dile a mi padrino que no le cargue mucha agua a la tierra baja, la de junto al arroyo…, cerca de la maroma; da mejor con poca agua, porque con muncha se aguachina.

—Después de lo del Capitán, —reanudó José su plática— nosotros, junto con tu padrino tratamos de arreglarte pa que te presentaras y hasta juimos a ver al General; pero éste nos recibió muy mal; estaba como una hormiga pisada y lo único que nos dijo jué que donde te agarrara te tronaba; nosotros quisimos hacerle ver que el Capitán había tenido la culpa de todo y que tú lo que habías hecho era defenderte; pero estaba cerrado como una tapia y no le entraban razones; de seguro los otros, tus enemigos, ya te habían puesto en mal con él. ¡En qué no

las vimos pa sacar a los muchachos que andaban contigo esa noche! Y eso que hasta el Teniente declaró que ellos eran inocentes. De ti no quiso ni que le siguieran hablando; y más que todo, porque alguien le metió en la cabeza que eras de los de Andrés Arias. Nosotros sabíamos que eso no podía ser porque te conocíamos bien.

—Pos sí anduve con él, pero fue sólo un rato, porque me agarró cuando menos pensaba y como me invitó a seguirle, no era cosa de decirle que no, me había matado; pero en cuanto pude me le pelé. Conmigo se portó bien el pelao; y la verdá que tenía su valor; lo vi estar peleando con los federales y platicando como quen está de vesita, como si estuviera chupando un cigarro. Bueno, —dijo ya para terminar— ya te entretuve mucho y tienes que irte a dormir, porque mañana tienes que arreglar todas tus cosas.

—Pos sí, quero irme mañana a Toto. Y no tengas cuidado, que haré las cosas como tú me las encargaste.

Con un apretón de manos se despidieron y cada quien se fue para su rumbo.

Desde ese día Juan se sentía nervioso, inquieto; dormía mal y tenía pesadillas en que soñaba que lo aprehendían unas veces y otras que se liaba a tiros con los soldados y era herido por éstos. Comía mal también y contaba hasta las horas que faltaban para que llegara el día que tenía fijado para ir a ver a los suyos; y aunque sólo eran unos cuantos días los que tenía que esperar, se le hacía una eternidad.

Otro incidente acabó de ponerle los nervios de punta.

Una mañana, apenas acabado de ordeñar las vacas se disponía a ir a almorzar, cuando oyó que alguien tocaba el grueso aldabón de la puerta del corral. Pensaba en ir a abrir, cuando vio que don Melesio se le adelantaba. Desde donde él se paró, a medio corral, vio, cuando abrió la puerta el viejo, que los recién llegados eran dos hombres armados y uniformados. Pensó Juan que ya lo habían descubierto y que iban por

él, el instinto lo empujó a correr casi hasta su cuarto, donde en una bolsa de yute, junto con sus trapos, tenía la treinta y ocho automática; entró al cuarto y, hecho ya de la pistola se asomó. ¡No se dejaría prender! ¡Se jugaría mejor la vida!

En el portón seguían los hombres, que ahora discutían acaloradamente con el viejo, algo que no alcanzaba a oír Juan, mirando significativamente para dentro, hacia donde él estaba. Pensó en correr, huir rápido hasta el fondo del corral y brincar la tapia, pero la prudencia lo detuvo. Seguían discutiendo, pero los individuos no tomaban otra providencia. No, de seguro que no iban por él, que de ser así ya habían tratado de aprehenderlo; disimuló la pistola debajo de la camisa y con paso lento, aparentando serenidad, se acercó hasta el grupo. Entonces se dio cuenta de lo que discutían; eran policías que iban a reconvenir por qué tiraban la basura y el estiércol del corral en plena calle.

—Ya hemos dicho a este amigo —y señalando a Melesio uno de los policías— que no anden tirando el estiércol en la calle y la próxima vez que lo haga, lo vamos a remitir a la Comisaría.

Respiró Juan, más sereno; no se trataba de él.

—Yo me encargo, señores, —dijo solícito— de que esto no se vuelva a repetir.

Se fueron los otros y entonces el viejo medio borracho dijo a Juan sonriendo:

—No te pongas descolorido, José, que ya vites que no era pa ti; ya puedes volver a tu color.

Hubiera golpeado al impertinente; pero se concretó a lanzarle una mirada furibunda; no quería líos con la policía.

El viernes por la noche se despidió del patrón, al cual prometió que tan pronto arreglara los asuntos que lo llevaban a su tierra, la cual les había dicho era Acatic, regresaría al trabajo.

—Está bien, —le había dicho el buen hombre— aquí tienes estos diez pesos para que te ayudes en el viaje. Yo en tus cosas no me meto, pero si es que te quieres ir por Melesio, yo te lo quito de aquí y me lo llevo a otra parte.

—No es por eso, patrón, ya le dije por qué era; ora verá como no me tardo. Y muchas gracias por todo.

VI. El corrido de Juan Cercas

Muy de mañana se encaminó Juan a la estación del Ferrocarril y tomó un pasaje de segunda para Poncitlán.

Se arrellanó en su asiento y aprovechando que la mañana era muy fría, se embozó casi hasta los ojos con su poncho, para evitar que alguien lo reconociera.

Por fortuna no vio en el tren ninguna cara conocida. En Poncitlán que era una estación relativamente próxima a su pueblo, bajó casi el último y apartándose un lado esperó que se despejara la estación, acercándose a un puesto y comprando unas "semitas" con leche que fueron su desayuno; ya satisfecho su apetito, pasó el enorme puente que cruzaba el río y siguió por el camino real por un momento, dejándolo en seguida para tomar una vereda y siguiendo por lugares ya conocidos por él, hacia su destino. No llevaba prisa; sacó de la bolsa de yute la automática que llevaba, envuelta en hilachas, probó el mecanismo y viendo que funcionaba a satisfacción, se la encajó en la cintura; desde esos momentos andaba por lugares peligrosos para él, donde a cada instante estaba en riesgo de toparse de manos a boca con gente de Gobierno que podía reconocerle. Tenía todo el día para llegar, pues antes que cerrara la noche no podía acercarse al punto de su destino.

Caminaba casi maquinalmente, conociendo como a sus manos los lugares por donde iba. A medio día llegó a la falda de los cerros que le faltaba cruzar nada más para alcanzar su meta. Se internó por una barranquilla y bajo la sombra de un árbol corpulento, se sentó a comer unas "semitas" que había guardado; esperó después hasta que se hiciera tarde y ya principiaba a obscurecer cuando empezó a subir la cuesta que lo llevaría a la Mesa, donde había pasado la mayor parte de su vida y al otro lado de la cual estaba su objetivo. Iba recordando los parajes uno a uno; todos le traían reminiscencias de su niñez, recuerdos de su padre, de la Nico... Miraba todo aquello como queriendo grabarlo en su alma; sentía como si esta fuera la última vez que viera esos lugares tan queridos para él... como si anduviera juntando sus pasos...

Ya a obscuras cruzó la Mesa, muy por arriba de su rancho, de aquel rancho donde había nacido y donde había sido feliz a pesar de su miseria y de su rudo trajinar. Allá abajo, se veían las lucesitas de las casas. Una profunda tristeza invadía a Juan y pensaba ahora que tal vez hubiera sido mejor no haberse ido a tierra baja. Pero no, pensó él, nadie podía evadir su Destino y ese había sido el suyo... Allá abajo, en el Guayabal, estaba la tumba de su padre abandonada ahora, sin una mano que la cuidara, le llevara flores o le regara sus plantas y ahí también estaba esa choza donde había conocido el amor puro e inmenso de la Nico y de donde la había sacado en hombros de cuatro amigos para llevarla a la tumba. Todo aquello le entristecía hasta hacerle un nudo en la garganta y humedecerle los ojos.

Bajó por el lado opuesto del cerro; no necesitaba ver el camino para andarlo, pues conocía hasta las piedras y los árboles que bordeaban la vereda.

Serían las diez de la noche cuando llegó a la orilla del pueblo; todo estaba callado y quieto, y sólo uno que otro ladrido de algún perro que velaba la paz de su dormido dueño interrumpía el silencio de la noche. Las calles se veían desiertas y sólo de vez en cuando la silueta de algún borracho o trasnochador, se recortaba contra el negro fondo de las bocacalles, en una semiobscuridad que no alcanzaba a desvanecer los focos lagañosos que en las esquinas estaban suspendidos. Casi todo mundo se había recogido temprano en esa noche fría.

Según sus cálculos, faltaría menos de una hora para que apagaran la luz, y decidió esperar tras una cerca de piedra. No se había equivocado; no transcurrió ni media hora cuando se apagó el alumbrado y todo el pueblo quedó envuelto en tinieblas…, lejano se oía el ronquido de un guitarrón y el eco de una canción que por momentos se llevaban las rachas de viento.

Brincó la cerca y con la mano cerrada sobre la culata de la pistola, se internó por una callejuela solitaria. Había apenas recorrido cuadra y media cuando oyó ruido de pisadas fuertes sobre el empedrado y murmullo de voces. Veloz como un relámpago brincó una barda derruida de una casa abandonada y escuchó: era el rondín de los federales; los identificó desde su escondite por su paso marcial y el ruido metálico que hacían los acicates al chocar uno contra otro: alcanzó a oír que uno decía a la pasada:

—Nomás damos esta vuelta y nos vamos a dormir, muchachos; con esta noche de perros no hay quién salga a la calle.

Pronto se fue perdiendo en el silencio de la noche el ruido de la patrulla.

Salió Juan de su escondite y con paso cauteloso siguió caminando hacia la casa de su hermana. Faltaba sólo media cuadra para llegar a la esquina tras la cual ella vivía, cuando por esa calle precisamente oyó ruido de músicos que se acercaban cantando. Era un grupo de agraristas que andaban de parranda. Se repechó Juan en el marco de una puerta y esperó. Podía oír claramente la voz de los del grupo, que se paró precisamente en la bocacalle y sin esfuerzo los fue reconociendo a todos: eran camaradas del Rincón que se traían un cuete fenomenal.

—Bueno, mis cuates, —dijo uno con voz tartajosa por la embriaguez—. Yo aquí me corto; pero en mientras, que me echen el "Corrido de Juan Cercas".

—Ya lo sabes —dijo otro compañero— que no les gusta a los federales que toquen ese corrido, vale más que nos vayamos a dormir.

—Pos si no les gusta que le pongan florecitas, —insistió el ebrio— que me lo echen y yo respondo, y si ustedes tienen miedo, pos váyanse; yo aquí me quedo ¡y que me lo echen a mi solo!

—Bueno; pos que se lo echen —dijo otro— "al cabo mi papá es cabo y al cabo que me han de hacer"; no pasa que durmamos calientitos en chirona.

—Suélteselo pues, maistro —insistió el primero— y con todos sus versitos: no me lo vaya a cortar.

—Bueno, por ay les va; pero ustedes responden.

Rasgaron las guitarras el silencio de la noche y después de una introducción que era la misma de todos los corridos, principió el primer verso.

Señores, para empezar permiso no pido yo;
ya lo tengo conseguido; ya "Juan Cercas" me lo dio.

Creyó el Capitán Centellas que a un hombre podía ofender;
esa vez se le hizo fácil, pero no lo vuelve a hacer.

Como era su superior en la cara le pegó;
más le valía no haberlo hecho, porque desa aición murió.

Mi capitán no me pegue, dijo Juan muy disgustado;
lo respeto por su mando y ser su subordinado.

Pero si lo vuelve a hacer, no respondo de mi brazo;
echo mano a mi pistola y lo mato de un balazo.

Ya con el "cuete" en la mano quiso volverle a pegar;
Juan también sacó la suya y se empezaron a quemar.

Herido de tres balazos cayó el capitán al suelo;
muchachos, dijo a su gente: acaben con ese perro.

Los soldados obedientes a la voz del capitán,
le encendieron a "Juan Cercas" cual queriéndolo matar.

Pero éste era muy ladino y ya detrás de un pilar,
con la pistola en la mano no se los dejó arrimar.

Les quemó tres cargadores pa poderlos detener,
al teniente y tres soldados que ya no hallaban qué hacer.

A fuerza se les peló por rumbo de San Miguel;
la noche era muy obscura, y ya no dieron con él.

Ya el capitán fue juzgado por Dios Todo Poderoso;
Juan Cercas anda en el cerro y dicen que es peligroso.

Fue el dieciocho de noviembre esto que les estoy contando;
y aquí se acaba el corrido y yo me quedo llorando.

Al pensar en el destino de ese pobre Juan Salcedo,
que fue buen hijo, buen padre y nunca conoció el miedo.

Repechado, casi embarrado en el marco de la puerta para no hacer bulto, Juan oía con asombro el corrido. ¡Sí! Era de él y narraba como si lo hubieran visto, con fidelidad absoluta, los episodios de aquella noche causa de todas sus desdichas. Jamás pensó que él fuera a ser algún día motivo para un corrido y además, nunca le habían gustado esas fantasías populares que hacían héroes de salteadores de caminos, exaltando el machismo estúpido y estéril de algún matón y ahora, apenas podía dar crédito a sus oídos, él era uno de esos héroes en la imaginación popular, nada más porque había tenido que defenderse como fiera acosada, porque el instinto de conservación lo había empujado a batirse en situación desventajosa contra los soldados y su buena suerte lo había protegido para salir ileso.

¡Qué ironía del destino que lo había llevado a ser aquello que siempre él había criticado!

Y ahora, por causa de ese corrido y de esos borrachos, estaba en peligro de que lo detuvieran, porque si los federales oían el corrido, de seguro que venían a ese lugar a interrumpir. Maldecía interiormente al corrido, a su autor, a los músicos y a los borrachos que venían a interponerse en su camino cuando tan bien le iban saliendo las cosas.

En ese momento terminaron los músicos de cantar y el grupo de parranderos se dispersó.

Esperó Juan todavía por un momento, siguió al fin hacia la esquina y de ahí espió para todos lados: todo silencio, todo quieto. Quedamente, sin hacer el más leve ruido, llegó hasta la puerta del que había sido su hogar. ¡Sí! Que había sido, porque ahora no lo tenía. Su casa era el monte, el cerro, cualquier cueva, cualquier barranca, cualquier piedra donde pudiera colocar la cabeza, para dormir.

El corazón le brincaba en el pecho y la mano le temblaba de emoción cuando llamó suavemente a la puerta; volvió a tocar pasado un momento, un poco más fuerte, con más insistencia y al fin respondió la voz de su hermana Nacha que preguntaba tímidamente:

—¿Quién es?

—Soy yo, Nacha, soy Juan, tu hermano.

—¿Quién dice? —repitió incrédula—.

—Yo, Nacha, —insistió Juan pegando la boca, a la chapa para ahogar su voz— arrímate a la puerta para que me reconozcas.

Encendió Nacha el mechón, se arrimó a la puerta y volvió:

—¿Eres tú, Juan? ¿Es posible…?

—Sí, hombre, Nacha. ¿No me reconoces? Abre antes que me vayan a ver.

Abrió la hermana la puerta, y ágil entró Juan, cerrándola tras de sí sin hacer ruido. Nacha lo miraba como quien ve visiones.

—¡Juan! —dijo al fin con lágrimas en los ojos— Si ya te creyíamos muerto; pero no sé por qué me daba a mí que antavía vivías... —y se abrazaba a él llorando.

—Habla más quedo, hermana. Y los niños, ¿cómo están?

—Todos están bien, nomás que te han extrañado mucho los pobrecitos; dende que te juites, diario están nomás preguntando por ti. ¿Qué vamos a hacer, Juan, por Dios, qué vamos a hacer? —Y la voz se quebraba en sollozos.

—Cállate, Nacha, cálmate; todo esto se va a arreglar; ora verás, dentro de unos días nos vamos de aquí todos pal norte. Y ora serénate y apaga la luz..., nomás deja ver a mis inocentes, —y con el mechón en la mano alumbraba la cama donde plácidamente dormían las criaturas, al amparo de una imagen de la Virgen de San Juan que estaba colgada en la cabecera.

Los contempló Juan con el corazón sobrecogido de angustia; ahí estaban los dos pedazos de su corazón; el Juanillo moreno, casi prieto y la Niquito más blanca, más fina, pareciéndose más a la madre. Respiraban pausadamente y en sus caritas inocentes, plácidas, ni una sombra turbaba la quietud inefable de su paz y su sueño. Juan los veía extasiado; sentía ganas de abrazarlos, despertarlos para oír sus voces y que ellos también lo abrazaran; pero temía que después hubiera alguna indiscreción de los inocentes que pudiera ser fatal y ahogó sus deseos conformándose con verlos, largo, apasionadamente, con toda su alma, como si quisiera llevarlos grabados dentro, muy dentro de su corazón... Sentía una pena tremenda al pensar que aquellos hijos suyos, aquella sangre de su sangre, en una voltereta de su vida accidentada podían quedar huérfanos, sin ningún apoyo, e iban a rodar por el mundo a la deriva.

La vida con su inconsciente crueldad lo había aventado por rumbos distintos a los que había pensado llevar, robándole el deber y el derecho de cuidar a sus hijos.

La hermana había entrado hacía un momento a la cocina y volvió para decirle que se pasara para que se comiera un plato de frijoles y unas gordas que le había calentado.

Mientras él comía, ella platicaba; le dijo lo bien que se había portado con ellos su padrino, que a diario los visitaba y estaba al pendiente de todo lo que les hacía falta.

—¿Y mi caballo, Nacha? —Inquirió Juan.

—Se lo llevó él pa su casa y allí lo tiene; está bien cuidao nomás que parece que ha extrañado la mano, porque dice don Rufino que de naiden se quere dejar montar.

—¡Caramba! Pobre del "Brinco", hasta él la ha llevado.

Luego que terminó de cenar le dijo a la hermana.

—Yo necesito hablar con mi padrino; no sé con qué cara lo voy a ver, pero me urge hablarle. Tenía pensado no presentármele nunca; pero es que ora es muy necesario. Mira, vas y le hablas; él ya está esperando esto y le dices que aquí lo estoy aguardando. Si alguien te encuentra y te pregunta qué andas haciendo, les dices que el niño se te puso muy malo y como tú no jallas qué hacerle, vas a buscar a don Rufino pa que te ayude a curarlo. Haz las cosas con muncho cuidado y no le toques muy juerte.

Salió la hermana de la casa y como al cuarto de hora estaba de vuelta; venía en compañía de don Rufino; entraron y cerraron la puerta; se sentaron en sendas sillas; Juan no hablaba, con la cabeza baja le saludó como siempre lo hacía, besándole la mano y esperó a que el padrino rompiera el silencio.

—Levanta la cabeza, Juan; no creo que tengas nada de qué avergonzarte; sé cómo han pasado las cosas y no creo que en ello hayas tenido tú la culpa. Yo nunca creyí que anduvieras con Arias, porque te conocía demasiado y sabía que no eras tú capaz de eso: conozco a tu raza y sé que no tiene madera de bandidos; por eso tampoco creyí que

el muerto que encontraron en la cueva jueras tú. No dije nada porque creyí que era conveniente que pasaras por él. De todas maneras, aún así tu situación sigue siendo difícil; yo creo que por muncho tiempo y tal vez nunca podrás volver aquí. No sé si estarás al tanto de los esfuerzos, que hicimos yo y los compañeros pa arreglarte con el General pa que te presentaras; pero sólo te sé decir que todo jué por demás; los otros te habían arreglado el "negocito" en una forma que nuestros esfuerzos resultaron inútiles. Entonces, el temor que tenía, era de que se te juera a ocurrir presentarte, porque no te la habían perdonado. Le hablamos hasta al Diputado y a otros "gallones" influyentes; pero de nada sirvió porque el general estaba emperrado contigo y tú ya sabes que por desgracia, todavía en nuestra tierra los sables tienen el mando. Yo sabía que si te hacían un jurado como Dios manda, se habían aclarado las cosas y aunque de todos modos te habrían castigado, no había sido igual; pero como estaban las cosas, te consideraban juera de la ley y te habían tronado sin formación de causa. Lo que te pasó pudo habernos pasado a cualquiera y el hombre que no se defiende cuando lo humillan, no es hombre; todo puede uno perder menos el derecho de pelear cuando a uno lo queren sobajar, que en esos casos más que un derecho es una obligación, una cosa natural.

No sé qué sinio persigue a tu familia: conocí a tu agüelo; a él lo mataron en unas carreras de caballos; dijieron entonces que por mandato del dueño de la Hacienda. Era de esos hombres que no toleraban injusticias y el patrón lo tenía de ojeriza; a tu padre ya ves lo que le pasó, y ora tú andas con la vida en un hilo; quero que me digas qué piensas hacer… Cuando José Salazar me dio tu recado y me dijo que tenías pensado venir pa acá, quise prevenirte que eso era muy resgoso, pero no supe dónde hallarte y nomás te estaba esperando con el temor de que te jueran a agarrar cuando vinieras.

—Mire, padrino, yo quero irme pal norte, lejos de aquí, ya que al fin veo que esta tierra no me quere; creo que por allá podré volver a empezar donde naiden me conozca; no seré el primero que pueda hacer una nueva vida. Yo quero pedirle que venda todo lo que pueda sin que naiden se malicie nada; no le hace que las cosas se malbaraten, al fin que "los bienes son para remediar los males" y todo lo que junte se lo da a Nacha.

En seguida le explicó detalladamente sus planes.

—Todo me parece muy bien, —le dijo el padrino, tan luego como acabó de hablar— y ojalá todo te salga como lo tienes pensado.

Hablaban casi en secreto, a la luz de la mecha que pestañeaba y casi se apagaba por momentos.

Juan veía al buen viejo que se portaba con él y por él se exponía como sólo pudiera hacerlo un verdadero padre y sentía ganas de abrazarle, ya que no hallaba que decirle para expresarle su gratitud.

Ultimados todos los detalles del plan se despidieron; Juan tenía que regresarse esa misma noche.

Salió el padrino primero, fue a echar una ojeada, hasta la esquina y luego se volvió.

—Parece que todo está bien, —le dijo— no hay ni una alma en la calle, pero de todos modos ten mucho cuidado.

Se esperó Juan un buen rato todavía y al fin, después de echar una última mirada a sus muchachos, salió de la casa y se regresó por donde había venido.

Por la mañana estaba tomando el tren en la estación de Poncitlán y ya a medio día estaba presente en su trabajo. Estaba rendido, pero se sentía contento, optimista, porque hasta ahí las cosas iban saliendo como él las deseaba.

El patrón lo recibió con gusto y el viejo Melesio también se alegró, porque ya de nuevo tenía quien le hiciera su trabajo.

Los días que siguieron fueron muy pesados para Juan; dedicado a su trabajo, no salía más que lo indispensable, pues no quería trastornar sus planes con una imprudencia: ahora que se presentaba la perspectiva de que su vida se orientara de nuevo por senderos de paz y tranquilidad, no quería dejar ni el más ligero margen para que por su culpa se fueran a frustrar esos planes que tan cuidadosamente había elaborado y en los que descansaba su porvenir. Pero no estaba tranquilo, no estaba seguro de su suerte que hasta ahora lo había protegido; se sentía atemorizado, nervioso, desconfiaba de todo y de todos; un vago presentimiento entenebresía su vida.

VII. El hombre propone, Dios dispone y las mujeres lo descomponen

En Totolán el padrino no había estado inactivo; había vendido todo lo que había podido, aunque chocaba algunas veces con que el comprador, desconfiado, no aceptaba la venta sin la firma del dueño, cosa que era imposible conseguir y muchas veces tuvo que salir él garante por la cantidad importe de la venta. Tuvo además que quedarse con la casa, el caballo y los bueyes, porque aunque no los necesitaba de momento, era imposible venderlos sin que las autoridades se enteraran y comprendía que Juan iba a requerir la mayor cantidad de dinero que se le pudiera reunir, ya que iba a una tierra desconocida y a un medio extraño, donde sin amigos ni conocidos, no podía contar más que con sus propios recursos.

Un día antes del plazo convenido entregó todo el dinero a Nacha, la cual tenía todo preparado también y había envuelto en dos maletas lo más indispensable, para no llevar muchas cosas y no despertar sospechas.

El padrino la había enterado de todo y explicado de cómo tenía que hacer las cosas; todo se había preparado tal como Juan lo había dispuesto.

Por la noche se encaminó Nacha a las oficinas de los "Camiones de Oriente" a comprar los boletos.

Pero el dedo del destino había marcado ahí el principio del desastre.

Quiso la mala fortuna que en la casa de al lado de las oficinas de la Cooperativa, estuviera platicando, sentado en una silla, en la banqueta, con las muchachas de la casa, un Subteniente de la guarnición del pueblo. Al pasar Nacha saludó a las muchachas que eran conocidas suyas y entró en seguida a hacer la compra de los boletos.

—Mire, Roberto, esa es la hermana de "Juán Cercas" —dijo al oficial una de las muchachas—. Usted que la quería conocer.

—¡Ah! ¿Sí? —contestó éste— Aparentando indiferencia y siguió platicando de cosas baladíes, cuando en el fondo le había picado la curiosidad.

—Sí, ésta es. —dijo la otra muchacha— y le tocó suerte en haberla visto porque casi nunca sale; se parece muchísimo al hermano.

Tan luego como vio el oficial que salía la mujer, se despidió de las muchachas y fue directo a informarse. Ahí le dijeron que había comprado boletos para "La Arena", o sea el lugar donde entroncaba la brecha con la carretera que iba para el norte.

Sin pérdida de tiempo, se fue a ver al Mayor y lo puso al tanto del suceso.

—Este es el momento —replicó el Mayor— de desengañarnos si en efecto "Juan Cercas" vive o muere. Como usted sabe, mi Subteniente, nosotros nunca quedamos convencidos de que el muerto aquél fuera él en efecto y si aparentamos creerlo y así lo publicamos, fue porque así convenía a nuestros intereses, tanto para acallar los rumores de la gente, como para que éste creyera que nosotros lo hacíamos muerto, cobrara confianza, y nos diera una oportunidad para ponerle la mano encima. ¡Y esta oportunidad, al fin se nos presenta! Si Juan Cercas vive, la hermana va a reunirse con él y si yo lo pesco, me congracio con mi General y me enchaleco los quinientos del águila que prometió al que se lo entregara vivo o muerto, estaba jubiloso.

—Llame usted al Teniente Soto. A usted y a mí, tal vez ya nos conozca la mujer; al Teniente seguro que no, porque apenas tiene unos cuantos días de haber llegado.

Tan luego como el Teniente llegó, le dio instrucciones por más de media hora.

Al salir del cuartel, el Mayor se frotaba las manos con regocijo.

—A ver si ahora se nos va ese tal por cual. —dijo ya para despedirse— lo seguiremos hasta donde se eche. ¡Sí, bien me latía a mí que andaba vivito y coleando!

Otro día, muy temprano, antes que nadie, ya estaban acomodados en un asiento trasero del camión, dos rancheros embozados en sus

cobijas y tocados con anchos sombreros. Pero a un buen observador no había pasado desapercibido, que debajo de sus anchos calzones se les dejaba ver a aquellos, lustrosas botas de soldados.

La mañana era fría y obscura y poco antes de salir el camión llegaron Nacha, don Rufino y los chicos. Los ayudó a subir el padrino y se despidió.

La Nacha apretaba desconfiada contra su pecho el "tambachito" donde liados en un paliacate y prendidos a la camisa con un seguro, llevaba los dineros producto de la venta de los bienes de Juan.

Daban las seis de la mañana en el reloj de la Presidencia cuando partió el camión.

Como cinco minutos después salió el automóvil que había estado apostado al otro lado del jardín; en él iban el Mayor, un Sargento y dos soldados.

—Vámonos tras ellos, ya me dieron la señal que ahí va la hermana —ordenó el Mayor al chofer.

En efecto, al partir el camión, uno de los dos rancheros que primero habían subido, como quien no quiere la cosa, había sacado la mano por la ventanilla y había encendido una lámpara eléctrica.

Hasta el punto denominado "La Arena", el viaje se efectuó sin incidente alguno. A una prudente distancia seguía al camión el automóvil y como ya sabía los lugares de parada, paraban antes que ellos, también, para no acortar la distancia y no ser vistos.

En "La Arena" bajó la Nacha junto con sus muchachos; el coche se detuvo en lo alto de la cuesta y esperó. Desde ahí vio el Mayor que también bajaban sus hombres.

—¿Usted también espera camión aquí? —dijo uno de ellos, amable a la Nacha— Nosotros vamos a San Juan de los Lagos a pagar una manda.

—Pos yo también —dijo ella por no hallar más que contestar.

—Pos ojalá, —dijo el otro— que pronto pase uno y nos quera levantar.

Como obediente a su deseo, a poco se oyó el ronquido de un motor y luego apareció por la pendiente de la carretera que hasta ahí ascendía, un camión que los recogió.

—Con niños es muy pesado viajar —le dijo uno de ellos, en tanto que le ayudaba a subir las criaturas.

En Tepatitlán, uno de los puntos del recorrido, bajó Nacha a comprar pan porque los niños ya llevaban hambre, aprovechando la parada, que hizo el camión.

Uno de los hombres se acercó entonces a la Nico y le preguntó:

—¿Y tu papá, dónde está, niñita?

—Pos no sabemos; —contestó la niña ingenua— dice mi tía que en el camino nos va a encontrar…

No necesitaban saber más.

VIII. El retorno a la tierra

Ese mismo día Juan se había levantado muy temprano y se encaminó a pie, para hacer tiempo, al lugar de donde partían los camiones de "Los Altos".

Daban el alba las sonoras campanas de la catedral cuando él cruzaba por la plaza de armas.

Eran las cinco de la mañana.

Sonaban los campanazos imponentes, lúgubres, rítmicos, como si estuvieran doblando a muerto y su retumbo se alargaba como estirándose por las calles desiertas.

Juan se detuvo a escucharlas; le impresionaba la solemnidad de los campanazos. Una desazón indefinible, como si el presentimiento de algo inevitable y tremendo pesara sobre él; como si el eco de aquellas campanas estuviera anunciando la agonía, de su vida.

Presentía la catástrofe; la catástrofe que se iba enhebrando a su alrededor sin siquiera él imaginárselo, como si el dedo del destino lo señalara inexorablemente.

Y así era. A esa hora, su destino estaba ya sellado. Y así lo presentía él. Los latidos de su corazón jamás lo habían engañado.

Pero aunque lo hubiera querido, ahora no podía dar un solo paso atrás.

Llegó a la terminal y después de comprar un boleto a "Jalos", tomó asiento en un camión que estaba próximo a salir.

Había sido de los primeros en llegar; pero a poco el camión se fue llenando de pasajeros, la mayor parte alteños, que bien se distinguían por su porte y que regresaban a sus pueblos después de haber hecho sus compras y arreglar los negocios que los habían llevado a la ciudad.

Embozado en su gabán, llevando su bolsa de yute entre las piernas que era su único equipaje, encajada a la cintura la pistola con el cartucho cortado, esperaba impaciente la partida del vehículo.

Ya para partir este, subió un militar alto y gordo, el cual como por mala suerte fue a acomodarse en el único asiento desocupado que quedaba, al lado de Juan. Estuvo éste a punto de levantarse y bajarse, pero contuvo sus nervios y con la mano cerrada convulsivamente debajo del gabán, sobre la pistola, esperó.

De seguro que el militar no iba por él, porque se sentó plácidamente y volteando a ver a Juan le dijo:

—¡Ah! ¡Caramba! Ya mero no alcanzaba asiento... ¡Y qué mañanita! Ya casi va a entrar la primavera y todavía hace un frío de los mil demonios.

—Sí, señor —contestó Juan a media voz y sin intención de hacer plática.

Viendo el militar que aquél no tenía ganas de conversar, se arrellanó en su asiento y volteando para el otro lado, buscó conversación con otro pasajero.

Empezó Juan a calmarse; dejó la pistola, pero no dejaba de espiar con el rabo del ojo todos los movimientos del oficial, el cual a poco se trababa en animada plática con el otro pasajero.

Hablaban de una guerra que parecía inevitable, que estaba próxima a estallar y que según el civil envolvería a todo el mundo.

—¡No, hombre! —Interrumpió rápido el militar— ¡Qué va a envolver a todo el mundo! ¡Si a lo mejor ni guerra hay! A ese Hitler lo respetan porque saben que con el ejército alemán no pueden. ¡Por algo es el primer ejército del mundo! Y si llegaran a pelear, en un dos por tres los aplastaría a todos.

—¡Quién sabe! —respondió sentencioso el civil— Ahí está el ejército francés y el inglés y los rusos y en último caso nuestros primos los gringos, a quienes no conviene por ningún motivo que Alemania llegue a dominar al mundo.

—¡Esos qué ejércitos van a tener! Inglaterra si acaso es fuerte en el mar, por su flota; pero esta guerra no se va a decidir como la otra en el mar, porque a Alemania no la van a poder bloquear como la otra vez. El ejército francés está minado por el comunismo al igual que la moral del pueblo y en cuanto al ejército ruso, ese ni lo hay; son una horda de bandidos sin disciplina, que al primer choque se va a desmoronar como un terrón de azúcar. ¡Ya lo va usted a ver profesor! (Hacía un momento que se habían presentado). Y los gringos estos no le entran por dos cosas: porque nada tienen qué ganar y sí mucho que perder si pelean, y porque ya usted lo sabe —y reía al decir esto— que son como los pepinos... Y si hay guerra, será por culpa de ese maldito comunismo que trae a toditito el mundo trastornado y por los judíos que quieren acaparar todas las riquezas. Contra ellos es que está Hitler. ¡Y se los acaba! ¡Vaya si se los acaba! ¡Ese hombre es mucha pieza!

Juan, como casi todo el pasaje, oía con atención a los conversadores.

Rusia, Inglaterra, Alemania, Hitler, Francia, comunismo; lo oía todo comprendiendo apenas lo que significaban esas palabras. ¡Guerra! Esto sí que lo comprendía bien. Guerra entre naciones como guerra entre individuos, era igual. Guerra del rico contra el pobre por exprimirle; guerra del pobre contra el rico para no dejarse arrebatar lo suyo; guerra del hombre contra la tierra para arrancarle el sustento; lucha del hombre contra sus semejantes, porque no era el hombre más que animal de presa. Eso era la vida: una guerra, una lucha constante desde que se nace hasta que se muere. A él no le preocupaba que estallase esa guerra de la que hablaban aquellos individuos como si ellos la fueran a dirigir; la suya hacía ya mucho que había principiado, allá en la Mesa de los Guayabos, donde había nacido ya marcado con el estigma del paria. Quién sabe dónde fuera a terminar, pero para morir le daba lo mismo que fuera allá, en un campo de batalla, que aquí donde él a diario se jugaba la vida.

Al llegar a un pueblo de tránsito, el militar descendió y entonces el silencio reinó en el camión, cuyos pasajeros cabeceaban amodorrados por el monótono ronroneo del motor y la desmañanada.

Seguía el camión rodando por la carretera que con la claridad de la aurora, se veía como una negra y enorme serpiente que corriendo adelante, aprisionaba entre sus gigantescos anillos los montes y los cerros.

Al llegar a Jalos descendió Juan. En seguida se apostó en un lugar estratégico desde donde podía ver los camiones que pasaban y los que paraban.

A poco paró uno y el corazón le dio un vuelco… Pero se había equivocado, no eran ellos; era una mujer con unos niños más o menos de la edad de los suyos y los de Nacha y de momento los confundió.

Pasó otro camión y otro más y nada. Empezaba a ponerse nervioso, a pensar si había habido alguna dificultad que hubiera impedido a su hermana ir a unirse con él, porque si sus cálculos eran correctos, ya era hora de que llegara. Antes no podía haber pasado..., tal vez no tardaría.

¡Ahí estaban al fin! Sintió una inmensa alegría. ¡Ahora sí eran ellos! Ahí estaban en la ventanilla Juanito y Chole la más grandecita de las niñas de su hermana y ésta también. Hizo por llamarle la atención; pero ella volteaba para todos lados menos para donde él estaba. Se arresgó y tosió; volteó Nacha rápida al reconocerle. Él le hizo entonces una señal de que se estuviera quieta.

Se adelantó rápidamente por la calle donde sabía que pasaba el camión antes de salir del pueblo. Ya había visto que en éste no iba nadie sospechoso y, además, la Nacha no le había hecho la señal de peligro como habían convenido.

En la orilla del pueblo lo alcanzó el vehículo. A su señal de parada frenó el camión y él subió.

Al reconocerle los niños gritaron y palmotearon de alegría y él se acercó y los abrazó; cambió dos o tres palabras con la hermana después

de echar un vistazo sobre el pasaje y se sentó adelante, en uno de los asientos que iban libres, con Juanillo en las rodillas, que no había querido separarse ya de él. Volteó entonces y examinó con más detenimiento el pasaje; no había nada sospechoso: mujeres y hombres, rancheros la mayoría por su apariencia y aparte de los suyos y los de su hermana, otros dos niños que venían con una señora enlutada, "catrina" y ya entrada en años.

Parecía que todo iba bien; llegó el cobrador y compró Juan pasaje para todos hasta Aguascalientes.

La chiquilla se le arrimó y le preguntó:

—¿Dónde estabas, papá?

—Trabajando, hijita, trabajando; ya no me voy a separar de ustedes nunca; pero vaya y siéntese junto a su tía, ándele.

En ese momento uno de los dos hombres, el que iba del lado de la ventanilla, hizo una señal con un pañuelo blanco, a los del coche, que no habían dejado de seguirlos. Se pararon en seguida los dos rápidamente, y se abalanzaron sobre Juan; en sus manos brillaban las cuarenta y cinco reglamentarias del ejército.

Cuando Juan se dio cuenta, ya uno de ellos lo tenía encañonado por la nuca y el otro de frente, sobre el pecho.

—Somos federales, —dijo uno de ellos— no se mueva porque se está muriendo. ¡Dese preso!

En un instante Juan apreció la situación; estaba cogido como en una ratonera.

En ese preciso momento, el automóvil, que a la señal había acelerado la marcha, pasaba al camión y atravesándose casi sobre la carretera, hicieron señales para que éste se detuviera; frenó el conductor sin saber de qué se trataba, al ver que los que lo paraban eran militares.

En el camión reinaba un gran desorden: ante lo imprevisto de la situación todo mundo estaba espantado. Los niños lloraban, la mujer

enlutada se desmayó y a un pasajero que quiso intervenir, uno de los hombres le dio un empellón al mismo tiempo que volteando hacia el pasaje le decía:

—¡Que nadie se mueva de su asiento; somos federales que venimos a aprehender a este bandido; no se alarmen que a nadie le vamos a hacer nada!

Mientras, decía el Teniente a Juan:

—No se resista porque se muere.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, con la mano libre lo registró sacándole la automática y no contento con eso seguía esculcándolo desconfiado.

—¡Que me voy a resistir! —contestó éste— ¿No ve que tengo a mi criatura en mis rodillas? Estoy dado; guarden sus armas pa que se calme esta gente.

El Mayor había bajado del automóvil acompañado de los soldados, uno de los cuales apuntaba al camión con una subametralladora "Thompson", mientras los otros hacían lo mismo con sus maussers.

—¿Quiubole, mi Teniente? —dijo abriendo la puerta del camión y subiendo a él pistola en mano.

—Aquí lo tiene, mi Mayor, —respondió éste con una voz en la que todavía se notaba la emoción.

—Apiese, amigo; —le ordenó al preso— y cuidado con un movimiento en falso, porque lo dejamos como una criba. ¿Quién viene con este individuo? —inquirió en seguida.

—Nadie, —contestó el Teniente— digo, —rectificó— sólo la hermana y los niños.

Juan había bajado al niño de sus piernas y parándose le dijo a la hermana que sollozaba sin atinar qué hacer:

—Toma el niño y te regresas pa con mi padrino.

Al fin, en una explosión de angustia y miedo, gritó la Nacha:

—¡No lo maten— Señores, ¡no lo maten! que aquí están sus hijos...

—Eso depende de él, —dijo el Mayor con voz cortante.

Bajó Juan lentamente del camión, siendo presto rodeado por los soldados que abajo estaban.

—¿A dónde lo llevan, señor? Volvió a gritar la Nacha entre hipidos y sollozos intentando bajar tras él.

—Que nadie se baje del camión, —ordenó el Mayor—. Y usted —siguió diciendo al chofer— alíniese detrás del automóvil y no se mueva hasta que yo se lo diga.

—Es mi hermano, señor —decía implorante la Nacha— no lo puedo dejar solo. ¿Qué le van a hacer?

Los chiquillos le hacían coro a su llanto, espantados y prendidos a sus enaguas.

Bajó el Mayor tras de Juan y cerró la puerta con un golpe reseco.

—¿Quiubo, amigo; no que no lo agarrábamos? Usted se creía muy largo ¿No?

—Yo no digo nada, mi Mayor; me tocó la de perder; sólo le suplico que deje bajar a mi hermana y a los niños pa que se vuelvan pa su tierra.

—Bájenlos, —ordenó el Mayor— y usted súbale al coche... y que suba también la mujer y los niños. —siguió diciendo ya compasivo—. Ahí los bajaremos en Jalos. Y usted ya puede irse, —gritó al chófer.

Habían subido al coche Nacha y los niños y cuando Juan intentó hacerlo, lo detuvo el Mayor con una mano, diciendo a los soldados:

—A este amárrenlo.

Protestó Juan:

—No me amarren, mi jefe: yo no soy un bandido; soy hombre como cualquiera de ustedes. He matado, pero no he robado. Además, mi hermana y mis hijos van en garantía de que no trataré de fugarme.

—Está bien, déjenlo así... —accedió.

—Nomás calle a esa vieja para que se callen también los chiquillos que ya me tienen loco con sus chillidos.

—Cállate, Nacha; —dijo a ésta, acomodándose Juan adentro del coche a un lado de ella—. Con llorar no se gana nada; ya me tocó la de malas, ¡qué le vamos a hacer! está escrito que ninguno de los "Cercas" hemos de morir en la cama —dijo esto casi hablando consigo mismo— ¡Qué Dios proteja a mi hijo...!

Se acomodaron el Mayor y el Teniente en el asiento delantero del turismo y con los soldados colgados a los lados, sobre los estribos, emprendió el coche el regreso a Jalos, lentamente, porque iba sobrecargado.

Juan seguía tratando de calmar a Nacha:

—Mira hermana, no llores que asustas a los niños; ay en Jalos nos vamos a quedar nosotros y tú y los muchachos se vuelven al pueblo por donde se vinieron, ya sabes como. Le dices al padrino que me agarraron; le devuelves el dinero a ver si quere devolverte la casa y la labor y los animales. Yo creo que sí, ya ves como es buena gente. Le dices que ahí se los encargo a ti y a mis hijos mientras vuelvo. Ten valor, no llores, que no me van a hacer nada; sólo me llevan a la cárcel y ora lo verás como pronto salgo y en mientras de allí les escribo pa que vayan a verme.

Bien sabía que del lugar a donde él iba nadie podía volver ni escribir... y, sin quererlo, sentía que se le apagaba la voz en la garganta.

Llegaron a Jalos. En el centro del pueblo, frente a la plaza, bajaron a Nacha y a los niños. Juan le dio un abrazo a todos… sabía que no los volvería a ver… los miró irse por la callejuela empedrada y torcida, con su paso vacilante, cogidos de las manitas, frágiles, pequeños, indefensos, volteando sus caritas azoradas como para verlo también por última vez.

Hizo un esfuerzo para impedirlo, pero no lo logró y dos lágrimas, las últimas que había de derramar en su vida, rodaron por sus mejillas. Las limpió con el dorso de la manga en un brusco ademán, como

avergonzado de que los soldados lo hubieran visto llorar y dijo con voz entera:

—Ora sí, señores, estoy a sus órdenes...

Había bajado el Mayor del coche y entrado a la Presidencia enfrente de la cual estaban estacionados, desde donde salió al cabo de unos minutos acompañado de unos hombres; nada más se asomaron y volvieron a entrar.

Acababan de enviar un mensaje al General que decía:

"Agarramos toro perdido, "Cercas" de Jalostotitlán; ¿qué hacemos con él?"

No tardó la contestación extraurgente:

"Sacrifiquen toro "Cercas" donde lo hallaron; no regresen con él".

Salió el Mayor de la Presidencia todavía con el mensaje en la mano y ordenó a los soldados que fueran a almorzar por turnos. A su ofrecimiento, no quiso Juan que le trajeran nada.

El último que fue a almorzar, a comer más bien dicho, que ya era casi mediodía, fue el Mayor.

—Ay se lo encargo, Teniente, mucho cuidado. —Dijo al partir. Cuando volvió venía todavía picándose los dientes con un palillo.

Dio al fin la orden de partida.

Todo ese tiempo lo había pasado Juan en el coche, bien custodiado por los soldados y por el Teniente que desde una grada de la Presidencia no lo perdía de vista.

Había tenido que aguantar la mirada de los curiosos, que no cesaban de verlo, unas veces con curiosidad, otras con lástima, pero siempre molestándolo al contemplarlo como a un animal raro.

Al fin partieron; tomaron por la carretera de Tepatitlán a donde no tardaron en llegar y donde dejaron aquella, torciendo para tomar una brecha que los llevaba rumbo a San José de Gracia. Pasaron abajo del cerro "Gordo" en cuya mole inmensa se quebraban los últimos rayos del sol que empezaba a declinar.

Nadie había hablado por el camino; pero al fin el Mayor rompió el silencio:

—A ver tú, —le dijo a Juan— nos vas a decir dónde escondiste el dinero producto de tus robos...

—Yo no robé a naiden, mi Mayor; ya me esculcaron dos veces y lo poco que me quitaron y que usté me hizo el favor de entregar a mi hermana, me lo gané honradamente trabajando. Ya le dije que yo no soy bandido. Y usté que tiene esperencia en la vida, puede muy bien comprender que también un hombre honrado, por una desgracia, puede quedar por una voltereta de la vida, juera de la ley.

—Bueno, por si lo tienes escondido, a nadie le va a servir, porque tú no lo vas a aprovechar.

—Ya le dije y se lo repito, mi Mayor, yo no tengo ni un solo centavo escondido.

No hablaron más.

Del camino que habían tomado y que seguía por una brecha que zigzagueaba entre llanos y colinas y por donde al paso del coche se levantaba una nube de polvo fino, rojizo e impalpable que por momentos casi los cubría, y que más de una vez hizo que se limpiaran la cara con los paliacates, torcieron otra vez a la derecha, para tomar otra brecha menos trillada en donde podían correr a más velocidad.

Juan no dejaba de pensar en los suyos. Le acongojaba el pensar lo que iba a ser de ellos; que en cuanto a su suerte, ya no le quedaba ninguna duda. Sin embargo, estaba sereno y pensaba con lucidez.

Al principio, cuando lo aprehendieron a la vista de su hermana y de sus hijos, se sobrecogió de temor creyendo que lo iban a matar en presencia de ellos y le horrorizaba pensar que aquellas criaturas inocentes fueran a ver ese espectáculo tan horrible; que fueran a experimentar la misma sensación de horror y angustia como cuando él vio a su padre colgado de aquel guamúchil y lo cual nunca se había

podido borrar de su memoria. Pero después, cuando su hermana y sus hijos se fueron, una resignación inmensa, una calma bienhechora lo invadió, tal como si las horas de su vida no estuvieran contadas. Cuando los vio ir calle arriba, sufrió mucho, pensando en el destino de aquellos pobres inocentes que iban a quedar desamparados. Después, ante lo inevitable, aquella resignación que siempre lo había sostenido en los trances difíciles de su vida, vino en su ayuda y lo confortó y lo llenó de valor.

Y así, cuando ante su vista se perdieron al doblar la esquina, no le quedó más, que encomendarlos con toda su angustia, con toda su desesperación, al único que podía apiadarse de ellos, a aquel Dios a cuya misericordia él también ahora se acogía. A Él se los entregó para que los amparara en esa lucha fiera que iban, a entablar contra la vida, en esa lucha en la que él había salido al fin derrotado.

Nunca había temido a la muerte y aún ahora mismo que la veía cercana e inevitable, no la temía. Le apenaba nomás dejar a sus hijos ese legado de deshonor y desgracia y le atemorizaba el pensar, que fueran ellos a juzgar después, cuando se dieran cuenta que su padre había muerto como un bandolero.

No había sido de él toda la culpa, porque siempre se esforzó en ser un hombre de bien. Su caso había sido, en suma, el de un hombre de bien que por su mala fortuna había vivido e iba a morir mal... Siempre se había sacrificado; allá en su rancho, sacándole a la tierra pobre y estéril el miserable sustento a fuerza de sudor y de trabajo y después, cuando le tocó en suerte dirigir allá abajo los destinos de su Comunidad, luchando contra los malvados, para el bien de sus camaradas, de sus hijos y por su pueblo, que era su patria. Porque ésta se rehiciese y se purificara; por esa patria que ahora veía convulsa, hambrienta y desgraciada.

Y siempre lo había soñado y lo anhelaba ahora mismo todavía: ¡Que no hubiera en ella usureros y prestamistas que chuparan incansables el

sudor del pobre; por que no hubiera falsos apóstoles, engañadores que lanzaran a los pobres campesinos ignorantes a sangrientas y estériles luchas fratricidas; por que dejara de haber en las Comunidades, vividores y avorazados como aquellos con los que él se había trabado en lucha mortal y los cuales hacían fracasar y desnaturalizaban el profundo sentido social y humanista de la reforma agraria, convirtiéndolo en un nuevo instrumento de explotación del hombre por el hombre; por que ya no hubiera en su patria capitanes Centellas, ignorantes y carentes de sentido de responsabilidad y respeto a las leyes; por que no hubiera más bandoleros como aquel Andrés Arias, que por una mala hora de su vida, se pusieran fuera de la ley y declararan guerra jurada a todo el mundo y por que ya no hubiera más "Juanes Cercas" que por una voltereta del destino, se convirtieran de hombres honrados y trabajadores, en alimañas perseguidas implacablemente por una Justicia ciega, que no le concedía siquiera el sagrado derecho de defenderse.

Por eso había luchado, cuando pudo; en ello había puesto todo su esfuerzo y toda su voluntad; pero por desgracia, en esta lucha implacable contra la falacia y la maldad, había resultado vencido por la adversidad.

Pero aún soñaba, con la esperanza puesta en el porvenir, en que algún día feliz, su patria se vería libre de esas lacras, y entonces, como había oído decir al "Anticristo", a su padrino, y a todos los hombres de pensamiento claro y noble con los que había tropezado en su vida, sólo entonces, con escuelas, con cultura, con comprensión y trabajo, su patria renacería sobre sus cenizas y sus hijos, y los hijos de aquellos sus compañeros, estarían a salvo de la miseria de la ignorancia y del crimen y se acabaría esa casta miserable de parias a la que por desgracia él había pertenecido.

Iba a morir, pero se iba con una esperanza ciega en el porvenir de su patria.

Habían dejado muy atrás el Cerro Gordo y caminaban ya por la falda de las "Crestas de Picachos".

La voz del Mayor lo volvió a la realidad.

—Párale, Chino —le dijo al chofer—. Aquí nos bajamos.

Descendió primero y luego dijo a Juan:

—A ver, amigo, apiese.

Bajó Juan, sereno; se paró un momento al lado del coche, paseó su mirada lentamente a su alrededor como si quisiera deleitarse por última vez con la belleza esplendorosa del paisaje. Estaban en una parte muy alta desde donde se dominaba una gran extensión de terreno... Atrás, a un lado del camino, habían dejado las míseras casuchas de "Ojo de Agua de Latillas" que aún se podían ver como manchas grises en el fondo rojizo de los lomeríos... Adelante, a lo lejos, reclinado sobre una loma y en el borde de unas magueyeras se veía el caserío del "Rancho de Algodones" y más lejos aún, casi esfumándose en el horizonte, el manchón verde gris de los camichines y guamúchiles que ocultaban las casas de "Garabatos".

La tarde declinaba ya, encendida en llamaradas por el crepúsculo que con luz rojiza iluminaba vivamente el paisaje, como en una protesta vana y agónica por tener que retirarse ante la obscuridad de la noche, bañando de luz los montes, las colinas, las hondonadas… Allá, rumbo a Tototlán, al otro lado del valle, se destacaba la silueta borrosa del Cerro Chato...

Empezaba a enfriar y el viento que soplaba del norte llevaba hasta ahí el olor perfumado y agradable de los montes de robles, pinos y encinos que en la serranía que atrás habían dejado se alzaban, levantando sobre las lomas de tierra colorada pequeños remolinos y polvaredas.

Ese había sido su mundo: había principiado bajo el Cerro Alto, e iba a terminar a la sombra de la mole imponente del Cerro Gordo.

No había diez leguas entre uno y otro, pero en ese pequeño espacio se había desenvuelto toda su vida.

Ese había sido su mundo; pero pequeño, estrecho y todo, había tenido para él un cúmulo de miserias y desengaños y muy contadas alegrías.

Él había oído decir que el mundo era inmenso... inmenso el espacio e inmensos los mares; pero para él aquel pedazo de tierra entre aquellos dos cerros enormes, lo había sido todo. Mundo pequeño, insignificante casi, estrecho como sus ambiciones y como habían sido sus posibilidades, como su vida misma. Muy chico, muy corto su mundo; pero siempre hostil, siempre negado contra de él.

De sus límites casi nunca había salido y hasta ignoraba lo que pudiera haber detrás de esas cadenas de montañas que cerraban el horizonte; pero no podía ser otra cosa que ese mismo mundo de miserias y acechanzas.

Y ahora se iba a ir decepcionado de él y de los hombres; lo dejaba sin odios, sin rencores, sin maldecir a nadie, ni siquiera a aquéllos que sabía iban a ser sus victimarios, porque no eran más que instrumentos ciegos de un destino más ciego aún.

Y a esa hora del ángelus, la paz majestuosa del paisaje bucólico que invitaba a la meditación, conmovía profundamente a Juan.

Miraba, miraba todo intensa y profundamente, como si quisiera, llevarse aquello en su alma, en ese viaje del que nunca iba a retornar.

A la vida había dado todo cuanto había sido, su sudor, su trabajo, sus hijos, su amor, sus ilusiones y hasta su sangre, y de ella no había recibido sino miserias, sufrimientos y decepciones y sentía que se iba de ella sin deberle nada.

Todo, el sol, el aire, el campo, el canto de los pájaros, su juventud misma le hablaban de la vida..., y él iba a morir…

Sus hijos, su trabajo, sus camaradas, sus tierras, su ansiedad misma de vivir le reclamaban para que viviera..., y él iba a morir.

Por un momento sintió como una ola de pánico tremendo, incontenible, que lo invadió de pies a cabeza y una ansiedad, una necesidad aguda de llorar, de gritar, de correr..., echó mano de todo su valor para controlarse.

—No tiemble amigo, —le dijo un soldado— ¿No dicen que es usted muy macho?

—No tiemblo por miedo, —dijo Juan con calma— es que empiezo a tener frío —y tomó luego su cobija que se había quedado en el asiento del coche, echándosela sobre los hombros.

—Vamos, estoy listo, —dijo al Mayor que había ido a hacer un reconocimiento del terreno y que ahora regresaba.

—Recibimos órdenes de dejarlo ir con la condición que no vuelva por aquí; así es que váyase, —le dijo éste.

—No, mi Mayor, —respondió Juan mirándolo a los ojos— yo también sé de eso; no me maten por la espalda, no es necesario. Mátenme como a los hombres, por enfrente..., es lo único que les voy a pedir.

—Está bien, véndenlo.

—¿Pa qué, mi Mayor? No le tengo miedo a la muerte...

—Entonces camínele para adelante.

Echó a andar seguido de los soldados y todos se internaron por la orilla del montecillo de robles que bordeaba el camino. A poco en un pequeño claro, se detuvieron.

—¡Alto! —ordenó el Mayor— Y usted dé seis pasos al frente —y hacía al mismo tiempo a los soldados una señal significativa.

Obedeció Juan la orden y al voltear hacia ellos, tronó la descarga, unísona, que fue dando tumbos por montes y cañadas hasta perderse en la lejanía.

Se dobló Juan sobre las rodillas, se llevó una mano al pecho donde unas manchitas rojas se iban extendiendo hasta hacerse un enorme

manchón escarlata..., cayó el sombrero de su cabeza hacia adelante y la cobija resbaló de sus hombros..., se sostuvo por un momento así, con la cabeza inclinada sobre el pecho..., echó luego las manos hacia adelante apoyándolas sobre la tierra como para sostenerse en su agonía... Luego, con un movimiento convulsivo, crispó las manos sobre la tierra suelta, se fue doblando lentamente de la cintura y al fin, con un movimiento brusco, se desplomó boca abajo sobre la tierra: sobre esa tierra que él tanto había amado y sobre la cual toda su vida había exprimido su sudor y donde ahora exprimía su sangre..., sangre vital, pujante, roja como esa tierra a la que ahora volvía y la que al fin iba a darle esa calma y ese reposo que la vida siempre le había negado…

El último retumbo del eco se fue apagando a lo lejos, como si en su veloz huida fuera anunciando por doquier la triste nueva…

Ya mataron a Juan Cercas,
se murió de cuerpo entero;
(Las estrellas se ocultaron,
se ocultaron los luceros).

Las florecillas del campo
siguen llorando en silencio;
las tórtolas en el monte,
en la quebrada el riachuelo,
en la sierra los pinares
para siempre enmudecieron,
por que vieron tinto en sangre
al que fue su compañero.

Ya mataron a Juan Cercas,
Se murió de cuerpo entero;

(Los soldados le apuntaron
todos en medio del pecho).
Ya mataron a Juan Cercas,
sigue repitiendo el eco…

Directorio

Enrique Alfaro Ramírez
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

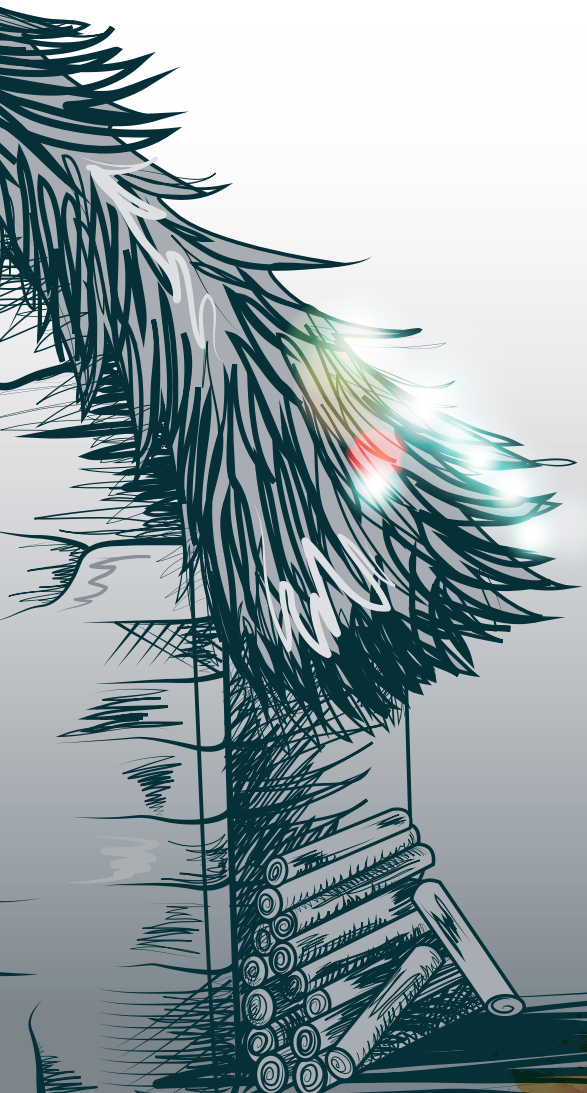
Juan Enrique Ibarra Pedroza
Secretario General de Gobierno

Carlos Mercado Tinoco
Oficial Mayor de Gobierno

Diego Alexanderson López
Director de Publicaciones y del Periódico Oficial
del Estado de Jalisco

Juan Cercas
(Novela)
Se terminó de imprimir en los talleres de la Dirección de Publicaciones del
Gobierno del Estado de Jalisco, Av. Prol. Alcalde 1351, 1er Piso del Edificio C,
Unidad Administrativa Estatal, Col. Mira lores, C.P. 44270
Guadalajara, Jalisco, México, junio de 2020.
El tiraje constó de 1,000 ejemplares impresos en Papel Cultural de 90 gramos.
Portada impresa a selección de color en papel Couché de 250 gramos.

Colección Escritores Jaliscienses

COMITÉ EDITORIAL
DEL ESTADO DE JALISCO

Jalisco
GOBIERNO DEL ESTADO